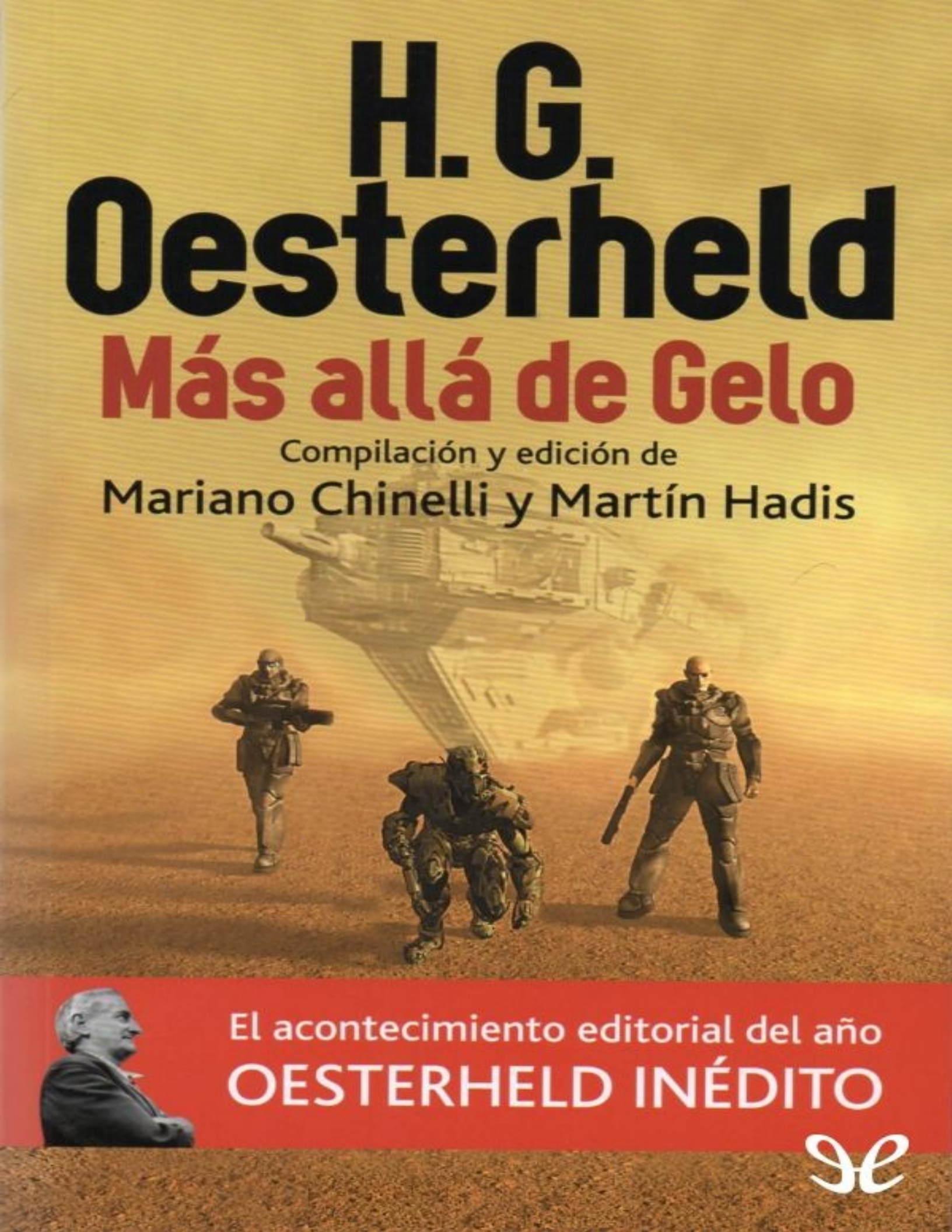
H. G. Oesterheld

Más allá de Gelo

Compilación y edición de

Mariano Chinelli y Martín Hadis



El acontecimiento editorial del año

OESTERHELD INÉDITO

El nombre de Héctor Germán Oesterheld está asociado de forma indisoluble al mundo de la historieta, y en particular a *El Eternauta*, considerada por muchos la mejor obra de ciencia ficción escrita en la Argentina. Pero Oesterheld fue además un autor prolífico: entre sus creaciones se destacan numerosos relatos de ciencia ficción, muchos de ellos inéditos u olvidados.

Mariano Chinelli y Martín Hadis emprendieron una minuciosa tarea de investigación y recopilación. Buscando —con la autorización de la familia — entre los papeles personales de Oesterheld, revisando revistas hoy míticas y rastreando toda clase de fuentes, lograron reunir esta antología, concretando así un antiguo anhelo que había quedado trunco por los avatares de la vida y la desaparición forzada de este notable escritor.

Recurriendo a palabras del mismo Oesterheld, este libro abarca una gama muy amplia dentro de la ciencia ficción: del lirismo filosófico de *El diosero* al disloque del *Inocente Maquiavelo*, de la humanidad de *Dos muertes*, a la aventura de *Paria espacial* y el suspenso de *Paraíso*. Ninguno de los cuentos está incluido porque sí. Todos tienen un trasfondo alegórico, todos tratan de decir algo, de un modo humano y *nuestro* (en el sentido de argentino, no folklórico) que no es el de Bradbury, ni el de Arthur Clarke, ni el de Calvino ni el de ningún otro grande. Solamente eso: nuestro.



H. G. Oesterheld

Más allá de Gelo

Antología de cuentos de ciencia ficción de Héctor Germán Oesterheld

ePub r1.0
Titivillus 07.09.15

Título original: *Más allá de Gelo*
H. G. Oesterheld, 2014
Compiladores: Mariano Chinelli & Martín Hadis
Ilustraciones: Leopoldo Durañona
Fotos: Archivo familia Oesterheld

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

«Yo vengo de Gelo, dulce planeta
de colinas azules y aguas alegres
y remotos cantos de sícalos en las alturas.»[1]

El nombre de Héctor Germán Oesterheld está asociado de forma indisoluble a la historieta *El Eternauta*, considerada por muchos el mejor relato de ciencia ficción escrito en la Argentina.[2]

Pero una obra de tal magnitud no puede surgir de la nada, en aislamiento. *El Eternauta* es, en efecto, la punta de un enorme iceberg. Oesterheld fue un creador prolífico: dueño de una formación literaria sólida, fue, además de historietista, autor de libros de divulgación científica, relatos infantiles, y toda clase de cuentos y novelas. El total de sus obras puede contarse por centenares o miles. Y sin embargo la mayoría de ellas permanece aún desconocida u olvidada por el gran público.

Los motivos son varios. En primer lugar, la (justa y explicable) popularidad de *El Eternauta* ha eclipsado para los lectores las demás producciones de Oesterheld. En segundo lugar, el tiempo ha hecho también lo suyo: sus obras están desperdigadas a lo largo de décadas y en cientos de revistas diferentes, la mayoría de las cuales ha caído —salvo para un grupo de investigadores y fieles seguidores— en el olvido. Sólo una fracción mínima de todas esas creaciones ha sido reeditada. Y finalmente, el hecho de que manos criminales y cobardes hayan puesto un abrupto fin a la vida de este notable escritor argentino dejó truncos muchos de sus proyectos.

Entre éstos, como veremos a continuación, el proyecto que dio origen a este libro.

Primer impulso

La idea de crear esta antología surgió hace varios años, durante una serie de investigaciones que habíamos emprendido para el Archivo Histórico Héctor Germán Oesterheld.

La familia Oesterheld, con la confianza y generosidad que siempre tuvo con nosotros, nos había brindado acceso a los manuscritos y demás textos de Héctor. Pasamos días y horas revisando materiales guardados en una gran valija, cajas y carpetas. Mientras lo hacíamos, Elsa, viuda de Oesterheld, nos contó que rescatar los papeles de Héctor y guardarlos en esa valija fue una de las últimas cosas que ella hizo antes de dejar para siempre el que había sido su hogar: aquel chalecito de Beccar que había compartido durante años con su esposo e hijas.[3] Algunas hojas estaban rotas; otras, mojadas. Elsa eligió, entre todas ellas, las que estaban mejor conservadas. Guardar en esa valija todos los papeles de Héctor que pudo juntar —consciente de la importancia que éstos revestían— fue una decisión de último momento que surgió, sin duda, entre un mar de dolor y angustia.[4] Ese rescate fue, asimismo, el que décadas más tarde habilitó y le dio el primer impulso a la preparación de este libro.

Y es que mientras revisábamos el contenido de esa valija, apareció de repente, entre manuscritos y textos mecanografiados, un grupo de hojas que llamaron nuestra atención. La primera aparentaba ser un índice; el resto contenía una serie de textos y sinopsis. Asombrados descubrimos que lo que teníamos en nuestras manos era un «proyecto de libro»[5] que el propio Héctor había preparado cuidadosamente para su posible publicación.

Se trataba —nada más y nada menos— de una compilación de sus cuentos de ciencia ficción. Algunos de los relatos que figuraban en el índice habían sido publicados hacía décadas en revistas, en tanto que otros eran —hasta donde sabíamos— inéditos, tal vez escritos por Héctor especialmente para ese proyecto. Era, en todo caso y claramente, una propuesta editorial. No sabemos a quién o a quiénes estaría dirigida ni si Héctor llegó alguna vez a presentarla. Ignoramos, de hecho, qué fue lo que ocurrió con ella; lo único cierto es que ese proyecto —que sepamos— nunca se publicó.[6]

Fue el hallazgo de este proyecto jamás concretado el que nos impulsó a trabajar en esta antología, reviviendo aquel viejo anhelo de Héctor.

Ampliando horizontes

Ahora bien: Héctor concibió su proyecto de libro —creemos— hacia fines de los años 60 o comienzos de los 70. Ese proyecto no contemplaba, por lo tanto, el total de la obra de Oesterheld como la conocemos hoy. Fue por ello que nos pareció apropiado ampliar la selección original de cuentos, sumando para este libro muchos otros textos que habíamos hallado en sucesivas investigaciones: varios que habían aparecido entre los papeles de Héctor y que permanecían hasta hoy inéditos, otros que se publicaron hace muchísimo tiempo y que desde entonces fueron olvidados, y un par de relatos que —a pesar de ser más conocidos— nos pareció que merecían una reimpresión. Así, este libro expande significativamente el proyecto de Héctor. Éste preveía la publicación de siete cuentos alternados con seis microrrelatos, en tanto que el presente volumen reúne más de cuarenta textos de su autoría.

La tarea de dar forma a este libro fue, por lo tanto, ardua y laboriosa, pero nos ofreció también el constante disfrute de la investigación, con valiosos hallazgos y sorpresas inesperadas.

Búsquedas y rescates

Trabajar en este libro nos exigió revisar papeles amarillentos, buscar informaciones diversas en bases de datos, y cruzar textos de revistas de décadas pasadas. En muchas ocasiones, tuvimos que ir incluso más lejos: debimos intentar «meternos en la cabeza» de Héctor para entender qué habría querido decir con una expresión o una palabra determinada, o comprender una frase garrapateada en su —a veces ininteligible— letra cursiva.

Mientras intentábamos darle orden y estructura a lo que había comenzado siendo una serie de papeles aparentemente inconexos, surgían a cada paso nuevos interrogantes. A veces, las búsquedas que realizábamos para confirmar o refutar un dato nos llevaban al hallazgo de un cuento nuevo e impensado. Esto exigió comparaciones y desciframientos continuos.[7] Debimos, a tal fin, reunimos con frecuencia semanal durante años entre manuscritos, revistas, libros y páginas mecanografiadas. Disponíamos, eso sí, de una excelente bibliografía; debemos agradecer asimismo el haber contado con una buena dosis de suerte.

Sin ella, varios de los cuentos incluidos en estas páginas nunca hubieran salido a la luz.

Un homenaje

Sentíamos asimismo que con este trabajo estábamos honrando la memoria de Oesterheld; y evitando que aquel «proyecto de libro» que preparó, allá lejos y hace tiempo, con tanto cuidado, quedara para siempre trunco. Concretar este proyecto que Héctor nunca pudo realizar hace que su voluntad, en cierto modo, siga viviendo. Y es que mientras trabajábamos sobre sus borradores, analizando las tachaduras y correcciones de su puño y letra, podíamos imaginarlo materializándose al lado nuestro como lo hace Juan Salvo al comienzo de *El Eternauta*, comentando, aprobando o refutando cada una de nuestras hipótesis. Confiamos en que el lector se sentirá igualmente acompañado por su presencia al leer cada una de estas páginas.

Oesterheld no pudo publicar el libro que había bosquejado por diversas razones, pero la principal —y la que nos consta— fue que «Ellos»,[8] los que terminaron con su vida, no le dieron la chance. Las vicisitudes de su biografía y su trágica partida le impidieron concretarlo. En sus propias palabras:

> *Pongamos un poco los pies sobre la tierra. Casi ninguno de los grandes escritores escribió en condiciones ideales. Yo creo que el libro viene cuando tiene que venir.*[9]

En el caso de este libro, fue necesario que transcurrieran varias décadas para llegar a ese momento propicio. Héctor, que imaginó siempre el porvenir, se alegraría acaso al saber que esta compilación de sus cuentos circula en pleno siglo XXI. Así, en las páginas de este volumen, el pasado y el futuro imaginado y real convergen, se encuentran y se hacen uno.

El orden de los textos

El criterio que utilizamos para ordenar los relatos de este libro está inspirado en el que el mismo Héctor utilizó en su proyecto: brindarle al lector una secuencia de relatos que resulte ágil y variada; a la vez amena y representativa de la obra como un todo. Priorizamos por lo tanto la experiencia del lector por sobre

cualquier otra consideración, ya sea cronológica o temática.

Sobre los hombros de gigantes

La maestría que Oesterheld despliega en estos textos alcanza los niveles más altos de la ciencia ficción. Sus cuentos recuerdan las obras de los autores más renombrados del género. Hay, sin embargo, una diferencia clave que distingue a Oesterheld de sus pares, que él mismo se encargó de destacar. Refiriéndose a su proyecto, Héctor dejó escrito:

> *Ningún cuento está incluido porque sí, por su mero valor anecdótico: todos tienen un trasfondo alegórico, todos tratan de decir algo. Y tratan de decirlo de un modo humano, no enrarecido, y «nuestro» (nuestro en el sentido de argentino, no folklórico), que no es el de Bradbury, ni el de Arthur Clarke, ni el de Calvino ni el de ningún otro grande. Solamente eso, nuestro.*

Y es que eso es lo que es Oesterheld: nuestro, pero a la altura de los grandes. Los autores de ciencia ficción que Héctor enumera en su lista no constituyen un conjunto arbitrario. Se parecen en lo siguiente: tienen una percepción tan profunda de lo que narran que son capaces de ir más allá de las convenciones del género y los cánones preexistentes. Lo que Héctor tiene en común con todos ellos es que sus relatos hacen temblar nuestras nociones más básicas acerca del universo, Dios o el destino.

Rasgos de su obra

La vigencia que conserva hoy en día la obra de Oesterheld es sorprendente; la clave de esto reside acaso en que su tema subyacente es la naturaleza humana, y pocas cosas hay en el mundo tan imperecederas como ésta. Así, no importa si el relato en cuestión tiene lugar en planetas extraños, en un futuro lejano o si el protagonista enfrenta situaciones extraordinarias. El lector nunca deja de sentirse cercano a los hechos narrados y, al mismo tiempo, receptor de algo más que simple entretenimiento. La mayoría de sus obras apuntan al núcleo de nuestra humanidad: hablan del amor y del odio, de la vida y la muerte, de la esclavitud y la esperanza; en suma, de las virtudes y los defectos, y de las experiencias comunes a toda la especie humana.

En un reportaje,[10] Oesterheld afirmó:

> *[A mí] me tira la ciencia ficción, es la pura imaginación. [Al escribir ciencia ficción] se pueden decir muchas cosas, políticas por ejemplo.*

En efecto: lo que desvela a Oesterheld no son las máquinas ni la tecnología de por sí sino los ámbitos a los que éstas nos permitirán acaso acceder, y una vez instalados en ellos, cómo será nuestro futuro como especie. ¿Qué va a ser de nosotros —pareciera preguntarse una y otra vez el autor— cuando nuestros miedos, pasiones y deseos vuelen libres entre las estrellas? ¿Con qué culturas, con qué dioses, con qué seres de ensueño o pesadilla vamos a toparnos? Y cuando estos encuentros ocurran… ¿qué nos llevarán a sentir o saber acerca de nuestra identidad y nuestra esencia? Estas preguntas no pueden envejecer, y no lo han hecho. Pese a los muchos años que han pasado, ninguno de los relatos de este libro ha perdido vigencia. Si el tiempo les ha hecho algo, es mejorarlos.

Por todos estos motivos, consideramos que éste es un libro fundamental, tanto para los que ya han leído a Oesterheld como para los lectores que aún no lo conocen: todos ellos se encontrarán aquí con la obra de uno de los mejores autores de ciencia ficción de la Argentina y quizá del mundo.

Explorando el universo

El título de esta antología procede de un nombre, Gelo, que aparece una y otra vez a lo largo de la obra de Héctor, con significados variables y a veces ambiguos. En algunos relatos —como en «Exilio»— es el nombre de un planeta; en otros, quizás, el de una estrella o un sistema solar, y aun en otros, el nombre de muchos mundos.

Así, podemos considerar a Gelo una suerte de hilo conductor entre numerosas aventuras, un nexo que entrelaza historias disjuntas —entre ellas, incluso, *El Eternauta*—, y también como el hogar de muchos de los seres y civilizaciones que soñó Héctor Germán Oesterheld.

Es cierto que Gelo no es el único elemento en común que recorre y atraviesa su obra. Hay también otros —nombres de seres alienígenas, cosmonaves, animales y planetas imaginarios— que funcionan como rutas conectoras entre los distintos textos: encontraremos en estas narraciones, si nos proponemos encontrarla, una verdadera elaboración cartográfica que nos invita a viajar por el

tiempo y el espacio.[11] Seguir estos mapas, que Oesterheld dibuja con su prosa, es una tarea siempre enriquecedora.

Y es que el conjunto de sus historias constituye un universo sin límites: su coherencia y cohesión permiten que cada lector las enriquezca con su propia imaginación. Por todos estos motivos entendemos que este libro es, esencialmente, un viaje de exploración, una invitación a recorrer ese espacio infinito que a todos nos aguarda más allá de Gelo.

MARIANO CHINELLI MARTÍN HADIS

Oesterheld por Oesterheld en el siglo XXVIII (Breve autobiografía ficticia)

Oesterheld, Héctor

Nacido en el último siglo del Segundo Milenio en Buenos Aires, que en ese entonces era una ciudad de apenas 8.000.000 de habitantes sumida en el largo letargo previo a la llamada «Argentinización de la Galaxia». Su vida es un típico ejemplo de la movilidad social de la época Pre-Galáxtica:[12] rompiose el alma estudiando geología, trabajó como geólogo algunos años, pero salió escribiendo cuentos infantiles, guiones de aventuras y relatos de ciencia ficción. Innecesario, por tan conocida, es designar su obra, basta decir que *El Eternauta, Sargento Kirk, Bull Rockett, Sherlock Time, Mort Cinder, Ernie Pike* fueron declaradas lecturas obligatorias a mediados del siglo XXIV para el Ciclo Superior de Enseñanza Intergaláxtica,[13] y que memorizar su «*Guerra de los Antartes*» es requisito indispensable para llegar a la Magistratura Summa.

Preguntado hacia 1970 d. C. sobre cuál era su obra maestra, Oesterheld respondió: no tengo una sino cuatro obras maestras: «Estela», «Diana», «Beatriz», «Marina», mis hijas. (Véase correspondiente en Vidas Ilustres).

Aún subsiste como incógnita una frase suya: «Soy fanático de Boca». Las últimas investigaciones históricas parecen indicar que se trataba de un equipo de fútbol de su época.

(De la Enciclopedia Condensada Universal,
edición de 2755 d. C.)

El texto arriba transcripto, redactado por el mismo Oesterheld y publicado sin

título, pretende ser una biografía de él mismo, a ser incluida en una hipotética enciclopedia del futuro. Formó parte del anuncio promocional sobre la inminente serialización de la historieta *¡Guerra de los Antartes!* y se publicó en abril de 1970 en el #21 de la revista *2001: Periodismo de anticipación*.

Se trata de un escrito sorprendente por varias razones. Tiene, en primer lugar, rasgos emotivos; la forma de aludir a sus hijas revela el alto concepto que Héctor tenía de ellas. En segundo lugar, nos ofrece su visión del futuro.

Oesterheld previo correctamente en estas líneas que sus escritos serían apreciados y utilizados en las escuelas de la Argentina del porvenir. Esta valoración de su propia obra, acaso concebida al momento de escribir esta biografía como una utopía personal o una broma interna, se ha convertido en una franca realidad en nuestro siglo XXI. El Eternauta forma ya parte del programa de estudios tanto en escuelas como en universidades de la Argentina y el mundo; muchas de sus demás historietas se leen y estudian también en las aulas. Quizás el pronóstico de Oesterheld se cumpla, y la influencia de su obra alcance incluso a los estudiantes del aún distante siglo XXVIII.

Cuentos de ciencia ficción

Dos muertes

Los dos textos que figuran a continuación provienen de dos cuentos individuales: «*El árbol de la buena muerte*», publicado originariamente en la revista *El Eternauta* #6 (abril-mayo de 1962) con dibujos de Leopoldo Durañona, y «*Una muerte*», publicado en la revista *Géminis* #2 (julio de 1965) con arte de Alberto Breccia.

Años más tarde, Oesterheld revisó y modificó ligeramente cada uno de esos textos y los agrupó con un único título: «*Dos muertes*». Ahora bien: este título meramente agrupa los cuentos; no los fusiona. Cada relato mantiene aquí su individualidad, sólo pierde su respectivo título original. No estamos seguros del motivo por el cual Héctor realizó esta unificación, pero de hecho figura así en el índice de su «*Proyecto de libro*»;[14] y de esta manera fue publicado en la antología de 1968 titulada *Ciencia ficción - Nuevos cuentos argentinos*.[15]

En el primero de estos relatos (originariamente: «*El árbol de la buena muerte*»), Oesterheld aborda el tema de la colonización espacial, pero con un trasfondo hondamente argentino. El cuento transcurre en el planeta Marte, pero la familia que lo protagoniza es de origen catamarqueño.

El segundo (que llevaba el simple título de «*Una muerte*») es, a nuestro entender, el cuento más bello de Oesterheld. El epígrafe del relato anticipa la acción:

> *Los contactos con seres de otros mundos pueden ser tan diferentes a todo lo imaginado… Y tan patéticos.*[16]

Éste es precisamente el argumento del cuento: el nacimiento de una amistad cósmica bajo el cielo estrellado, bajo el signo de un encuentro

tan conmovedor como inesperado.

Dos muertes

I

María Santos cierra los ojos, afloja el cuerpo, acomoda la espalda contra el blando tronco del árbol.

Se está bien allí, a la sombra de las hojas transparentes que filtraban la luz rojiza del sol.

Carlos, el yerno, no pudo hacerle un regalo mejor para su cumpleaños.

María Santos sonrió agradecida; a la vista el tronco parece rugoso y áspero, pero en realidad es muelle, cede a la menor presión, como si estuviera relleno de plumas; es un placer recostarse contra él, pobre Carlos, ¿cuánto le habrá costado?, no cualquiera regala un árbol así.

Hasta María Santos llega ahora el zumbido apagado del tractor. Por entre los párpados apenas abiertos, la anciana mira a Marisa, la hija, sentada en la máquina, junto a Carlos. Hl brazo de Marisa descansa en la cintura del hombre, las dos cabezas se juntan: hacen planes, seguro, para la nueva casa que Carlos quiere construir. Buen marido, Carlos, suerte que Marisa no se casó con Larco, el ingeniero aquel; Carlos no es más que un agricultor, pero es bueno y sabe trabajar, y no les hace faltar nada. ¿No les hace faltar nada?

Se borra la sonrisa de María Santos.

Se nubla el rostro arrugado, viejo de tantos soles y tanto trabajo.

Carlos es bueno y gana bien y puede hacer felices a Marisa y a Roberto, el hijo, tan adelantado, sólo catorce años y ya estudia medicina por televisión.

Pero nunca, nunca podrá hacerla feliz a ella, a María Santos, la abuela…

María Santos no se adaptará nunca, hace mucho que renunció a hacerlo, a la vida en aquella colonia de Marte.

Se gana bien, no les falta nada, se vive mejor que en la Tierra, la vida es ahora tan dura allá, la familia toda tiene ahora un porvenir. Lástima que Marte sea tan, tan diferente…

Si ahora soplara un poco de viento, como en la Tierra. Un poco de viento con algún «panadero» volando alto…

—¿Duermes, abuela? —es Roberto, el nieto; le sonríe, tiene un libro bajo el brazo.

—No, Roberto. Un poco cansada, nada más.

—¿No necesitas nada?

—No, nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

Curiosa la insistencia de Roberto. No suele ser tan atento; a veces se pasa días enteros sin acordarse de que la abuela existe.

Pero eso es de esperar, para eso es joven, la juventud tiene demasiado quehacer con eso, ser joven.

Aunque en verdad María Santos no tiene por qué quejarse; ahora que lo piensa, Roberto, el nieto, está desde hace un tiempo muy bueno con ella, se pasa las horas a su lado, la hace hablar de cuando vivía en la Tierra.

Claro, Roberto no conoce la Tierra, nació en Marte, y para él todo lo de la Tierra le resulta tan raro. No se cansa de preguntarle de cuando ella era chica, de cuando cazaba lagartijas entre las tunas, allá en el pueblito de Catamarca. Y de cuando llegó a Buenos Aires, de los tantos años que vivió en la casita de Saavedra, a siete cuadras de la estación. María Santos tenía que describir la casa ladrillo por ladrillo, nombrar las flores del jardincito de adelante, hablar de los charcos en la calle de tierra, antes de que la pavimentaran; del fútbol de los chicos, de los barriletes que siempre terminaban enredados en los hilos del teléfono, de los delantales blancos que todos usaban para ir al colegio, tres cuadras más allá.

Todo le interesaba a Roberto: el almacén del barrio, la librería, la lechería… Hasta una vez tuvo que explicarle cómo eran las moscas. Roberto quiso saber cuántas patas tenían, y María Santos se quedó muda, nunca se le había ocurrido de contarlas…

Pero hoy Roberto no tiene ganas de oírla recordar, claro, debe de ser la hora

de la lección, por eso él se aparta casi de pronto, como apurado.

Pero ahí vuelve, le roza la mejilla con los labios, qué raro, hace tanto que no la besa, se va casi corriendo.

Otra vez el zumbido del tractor. Carlos y Marisa terminaron el surco, ya vuelven, da gusto verlos; ya no son jóvenes, pero están contentos. Es un contento profundo, sin sonrisas, pero con una gran placidez, como si ya tuvieran la nueva casa, o el helicóptero que Carlos dice que necesitan tanto.

El tractor llega hasta cerca del nuevo árbol, Marisa saluda con la mano, María Santos sólo sonríe, quisiera contestarle, pero no, hoy está muy cansada.

Hay rocas erizando el horizonte. María Santos no vio nunca rocas así en su Catamarca de hace tanto, por todas partes se estira el pasto amarillo, ese raro pasto de Marte que cruje al pisarlo. María Santos no se acostumbró nunca a él. Es como una alfombra rota que todo lo cubre. Por los lugares rotos afloran las rocas, siempre angulosas, siempre oscuras.

Algo pasa delante de María Santos.

Un golpe de viento quiere despeinarla.

María Santos parpadea, trata de ver lo que pasa delante.

Allí viene otro.

Delicadas, ligeras estrellitas de largos rayos blancos…

¡«Panaderos»!

¡Sí, «panaderos», semillas de cardo, iguales que en la Tierra!

¿Hace cuánto que María Santos no los ve? El gastado corazón se encabrita en el viejo pecho… ¡«Panaderos»!

No más pastos amarillos, no más rocas negras y erizadas; ahora hay una calle de tierra, huellones profundos, pasto verde en los bordes, zanjas, veredas de ladrillos torcidos, callecita de barrio cualquiera, callecita de recuerdo, chicos de guardapolvo jugando a la bolita, el esqueleto de un barrilete no terminando de morirse nunca, enredado en un hilo del teléfono.

María Santos está sentada en la puerta de su casa, en su silla de paja. A los lados se alza la hilera de casitas bajas, las más viejas con jardín al frente, las más modernas son muy blancas, con balcón cromado, el colmo de la elegancia.

«Panaderos» en el viento, viento alegre que parece bajar del cielo mismo, desde las nubes tan redondas, tan blancas en el azul.

«Panaderos», los mismos que perseguía en el patio de tierra del rancho, gallinas y ropa tendida, allá en la provincia.

¡«Panaderos»!

El pecho de María Santos es un gran tumulto gozoso, liebre feliz que quiere saltar y correr.

«Panaderos» en el aire, se van arriba, cada vez más arriba.

«Panaderos»…

Carlos y Marisa han detenido el tractor.

Roberto, el hijo, se les junta, y los tres se acercan a María Santos.

Se quedan mirándola.

—Ha muerto feliz… Mirá, parece reírse.

—Sí… ¡Pobre doña María!

—Fue una suerte que pudiéramos proporcionarle una muerte así.

—Sí… Tenía razón el que me vendió el árbol, no exageró en nada: la sombra mata en poco tiempo y sin dolor alguno, al contrario. Por algo el nombre, «el árbol de la Buena Muerte»…

Algo aparte, Roberto, el nieto, no dice nada. Sus padres están satisfechos, mejor así.

Que no piensen en todo lo que se les niega, en todo lo perdido. En tiempos de la Abuelita la gente se moría sabiendo, y había últimas palabras, dolor, agonía; la muerte era la muerte, la gente se moría de verdad.

Ni eso nos dejan ahora.

«El árbol de la Buena Muerte»… ¡bah!

II

Yo andaba investigando la muerte del Jon.

Las huellas, luego de contornear todo el pueblo, me llevaron hasta la pequeña casa junto al río, casi perdida entre los juncos.

No hacía frío, pero igual me subí las solapas del abrigo y hundí las manos en los bolsillos.

Subí cinco escalones no muy seguros, empujé las puertas, entré.

Jaulas, pajareras por todas partes. De fabricación casera.

Pájaros de colores: cotorras, cardenales, pechos colorados, canarios. Pájaros grises, pájaros marrones. Grandes y chicos.

Avancé; fue como entrar en una nube de píos, trinos, gorjeos. Y de olor denso, cálido.

De entre dos pajareras salió el hombre. Tricota agujereada, cabeza blanca. Ojos curiosamente grandes y claros en el rostro ceniciento, lleno de arrugas; un rostro muy gastado, pero abierto, cordial.

—Hace tres días… —empecé. Y me detuve.

Me miró por un momento. Miró al piso, volvió a mirarme. Ya nos estábamos entendiendo.

—¿Amigo suyo?

Asentí.

—¿Sabe lo que…, lo que le pasó?

—Me lo imagino. Sé que estaba muy enfermo.

Me acercó una silla de paja. Él se sentó en un cajón vacío.

—Ahora que lo pienso —se rascó la cabeza—, quizás debí decírselo a la policía. Pero cuando sucedió no me pareció necesario. No hubieran comprendido nada; usted me entiende.

—Por supuesto.

—Ya todos me creen loco, sin necesidad de un cuento semejante —sacudió la cabeza, tenía las manos sobre las rodillas flacas; manos de dedos largos, delicados—. Además, ¿por qué habría de elegir mi casa para morir? El comisario no lo entendería nunca. Claro, podía haber ido al médico. O a ver al cura. Pero no, tuvo que caminarse toda la distancia hasta aquí.

Yo sólo sabía que el Jon estaba muerto. Lo dejé hablar.

—Aunque creo saber por qué me eligió a mí, al «Churrinche», el loco «Churrinche», el pajarero… Él adivinó que yo era el único en todo el pueblo capaz de dejarlo morir tranquilo y sin preguntas. De tanto andar con animales uno termina por amigarse, por entender a todo lo vivo, venga de donde venga.

Me miró con los ojos claros; tenían algo de charcos de agua quieta. Yo hubiera hecho lo mismo que el Jon, me hubiera confiado en él.

—Claro, al principio me tomó por sorpresa; yo no estaba preparado para verlo —continuó el hombre—. Llegó del lado del río, lo sentí chapotear en el juncal. Cuando subió los escalones creí que era José, o el Negro, o cualquiera de los vagabundos de siempre. Tardó en entrar, el último escalón le costó mucho trabajo; pensé que estaría borracho, no le hice caso. Pero al llegar a la puerta se apoyó en el marco, y recién entonces me di cuenta, al verle la mano, tan verde y con los siete dedos.

Se levantó, fue hasta un brasero donde temblaba una pava.

—¿Un matecito?

Dije que sí con la cabeza.

—Estaba que se caía —mientras hablaba puso yerba en un jarrito enlozado —. Me di cuenta de que se moría, pero no quiso que lo acostara; insistió en sentarse ahí, donde está usted. Y se quedó medio caído, los ojos cerrados.

«—Sé que eres amigo —me dijo de pronto, marcando mucho las letras—. Por eso hice toda la distancia hasta aquí… Sé que cuidas pájaros… Por eso vine.

»—¿Por los pájaros? —le pregunté.

»—Sí… Quiero pedirte un favor… ¿Podrás prestarme uno, uno cualquiera, hasta… hasta que no lo necesite más?

»Contesté que sí y le traje a la Manolita, la cotorra; es la más mansita de todas. Se la ofrecí.

»—Gracias… —la mano le tembló cuando le puse el pájaro. Y Manolita se quedó tan quieta, tan cómoda entre los siete dedos—. Gracias… No tienes idea, pajarero, cómo tus pájaros se parecen a los sícalos nuestros… Son tan iguales…

»Le costó levantar la mano, pero igual se tomó el trabajo, quería ver bien a Manolita.

»—Si uno sabe mirar, un solo pájaro…, un solo sícalo…, resume todas las bellezas de los mundos…

»Yo no decía nada. Me daba tanta pena verlo respirar tan mal; además, cuando uno anduvo mucho entre animales sabe en seguida cuándo alguno se muere, así sea un perro o una persona o…»

El pajarero me tendió el humeante jarrito. Lo tomé con cuidado, para no quemarme.

—Su amigo apoyaba ahora la mano en la mesa, y no dejaba de mirar la cotorra. Y volvió a hablar:

«—El pájaro…, el sícalo…, es los días perdidos, es la infancia… Cuidar un pájaro es revivir la infancia… Por eso tú, pajarero, cuidas pájaros… No quieres desprenderte de la infancia…

»—No lo sé —le dije por decir algo—. Pero… ¿y los chicos que cuidan pájaros?

»—Los chicos que cuidan pájaros… Tienes razón… Los chicos no pueden recordar la infancia… —hizo una pausa, se quedó mirando largamente la cotorra, que seguía quietecita en su mano, y de pronto agregó—: Los chicos que cuidan pájaros están también recordando, están también reviviendo, sin saberlo, los días perdidos, la infancia de la especie…

»Su amigo volvió a callar, siguió mirando a Manolita. Y mirando, también, vaya uno a saber qué imágenes de otros tiempos, de otros lugares.

»—¿Quiere agua? —le pregunté—. ¿Está realmente cómodo?

»No me contestó.

»Afuera se acababa la tarde, igual que ahora.

»Pensé que alguno podía venir… La sorpresa que se llevaría al verlo allí.

»Manolita se alborotó de pronto, aleteó, se me vino hasta el hombro…

»La mano verde seguía igual, apoyada sobre la mesa.

»No tuve que tocarlo para saber que ya estaba muerto.

»Cavé una fosa en el albardón, lo enterré en el mismo lugar donde entierro a los pájaros que se me mueren.

»Y allí está ahora. Pensé ponerle una cruz, pero no… ¿Qué mejor cruz para él que la misma cruz de los pájaros, el sol de cada día?»

Me levanté. Ya sabía todo lo que quería sobre la muerte del Jon.

—Gracias —le devolví el jarrito enlozado.

El Jon, después de todo, había tenido una muerte buena.

El pajarero se levantó también.

—¿Eran muy amigos?

—Mucho.

Me tendió la mano.

Vacilé un momento, le tendí la mía.

Sonrió al sentir la presión de los siete dedos. Me dio una palmada en el hombro, me acompañó hasta la puerta.

Bajé los escalones, me fui por el juncal.

Ya había estrellas. Pero no, el Gelo no se veía. Demasiado distante.

Aunque no está tan lejos, pensándolo bien.

Un pájaro nocturno pasó volando bajo, en vuelo silencioso.

¿Un pájaro, o un sícalo?

Un extraño planeta...
planeta... planeta...

Este relato se publicó por primera vez en la revista *El Eternauta* #6, entre abril y mayo del año 1962. Fue ilustrado en esa ocasión por Walter Fahrer. Oesterheld describe en este cuento los avatares de la colonización de otro planeta,[17] llamado Sigma 9. Al llegar, el protagonista se encuentra en este mundo con maravillosos paisajes y extrañas formas de vida. Estos escenarios, que el autor describe en minucioso detalle, son sin duda el venturoso y fructífero resultado del cruce entre su formación en ciencias naturales y su extraordinario poder de imaginación.

Como nota curiosa, en el relato «Paria espacial», también recopilado en este libro, se menciona una cosmonave que tiene por destino el planeta Sigma 9. ¿Se trata acaso de una de las tantas expediciones colonizadoras a las que el autor alude en el presente cuento? De ser así, ambos relatos quedan conectados por este extraño planeta, otro de los tantos signos que entrelazan las distintas narraciones de Oesterheld.

Un extraño planeta, planeta… planeta

Abril 15, 2032

Hoy terminamos de instalar la base.

Crawford y su gente partieron en la cosmonave. Por fin me quedé solo.

Fue un alivio verlos partir, ya Crawford me tenía bastante cansado, siempre sintiéndose comandante, cuidándose de darme órdenes directas, pero imponiendo siempre su voluntad. Al fin de cuentas, quien se quedará en la base durante un mes soy yo y no él; soy yo quien debe vivir aquí, soy yo quien debe disponer de todo como se me da la gana.

Nos llevamos un apurón tremendo para que la cosmonave pudiera partir a la hora fijada, la base ha quedado a medio arreglar, tengo muchísimo que hacer todavía. Y tengo que aprendérmelo todo bien de memoria, hasta hacerlo todo en forma automática, la rutina de la entrada y la salida: si me llego a equivocar una sola vez, moriré en el acto, la atmósfera exterior tiene demasiado contenido de flúor, como podrá verse en los registros de los aparatos.

Seguiré mañana anotando mis impresiones, ahora estoy demasiado cansado.

—∞—

Abril 16

Lo que se llama un día inolvidable.

Salí bien de mañana, la luz azulada del sol doble bañaba la hondonada donde está la base. La Roca Alta, que está detrás, aparecía como irisada en medio de tanta luz.

Sí, Sigma 9 es un planeta maravilloso.

Me adapté en seguida al traje espacial, no experimenté incomodidad ninguna, me muevo y respiro con toda libertad.

Me alejé bastante de la base, en dirección al «bosque» que señaló Mulligan.

Atravesé una especie de prado, cubierto por una vegetación extraña, un verdadero colchón de tallos retorcidos, parecen lianas que crecieran horizontalmente; el colchón tiene más de un metro de espesor. Pasé junto a un arroyo, el agua humeaba. Le medí casi 34 grados. Había plantas de hojas anchas en las márgenes, otras que parecían hongos, muy blancas. Más allá del arroyo pasé por la espesura de arbustos «musicales» que encontró Mulligan: es una planta de color rojizo, con hojas muy pequeñas, «vibradores» muy largos. Apenas uno los toca, tal como lo describió Mulligan, emiten una serie de sonidos extraños, en curiosa armonía. Ya cerca del «bosque» vi pasar un verdadero enjambre de seres, no más grandes que avispas; los hubiera tomado por coleópteros si no fuera porque tenían sólo dos patas, corrían con increíble rapidez. En el borde del «bosque» vi las plantas azules que también alcanzó a describir Mulligan en su informe: vi las «flores», son inmensas, impresiona verles los pétalos ondulando constantemente. Confirmo la observación de Mulligan: no había viento alguno, pero los pétalos se movían sin cesar. Filmaré el movimiento, seguro que algún ritmo lo preside.

No penetré en el «bosque», la tentación era grande, pero debo proceder con método. Investigaré el prado y, recién después, penetraré entre las «flores ondulantes».

Vi volar los «polípteros» que tanto impresionaron a Mulligan: no son más grandes que mariposas comunes y tienen un número variable de alas. Encuentro correcto el nombre que les puso Mulligan: «polípteros», o sea «muchas alas».

Regresé a la base, en tren de paseo. Una experiencia inolvidable, ver el sol doble, bastante alto en el horizonte; ver la hondonada envuelta en la bruma azulada, con la Roca Alta cada vez más irisada. La cúpula de la base no parece fuera de lugar; la bruma la envuelve, se diría que siempre ha formado parte del paisaje de Sigma 9.

Me felicito por haber venido.

Todos trataron de disuadirme, me pusieron por delante, hasta el cansancio, el ejemplo de lo ocurrido a Mulligan y a Ramsgate, los dos observadores anteriores.

Ahora me alegro de no haberles hecho caso.

En Sigma 9 no hay nada peligroso, no hay ningún animal más grande que un gato, no hay ninguna forma de vida inteligente. Crawford y su gente, en todos los días que estuvieron aquí, exploraron una superficie vastísima, sin encontrar nada que pueda representar algún peligro.

Ramsgate se mató, es cierto, pero, desgraciadamente, no es el primer observador naturalista que, librado a sí mismo en la soledad y la extrañeza de un nuevo planeta, no soporta el aislamiento y termina pegándose un tiro.

Lo de Mulligan fue más serio, no cabe duda, porque era un científico que prometía, una verdadera personalidad. Pero vaya uno a saber qué conflictos rugían en el fondo de su espíritu cuando decidió venir a Sigma 9; si terminó volviéndose loco habrá sido por algún problema anterior, no porque la vida en Sigma 9 se le hiciera insoportable, o porque algo lo aterrorizara hasta privarlo de sus facultades mentales. La misma forma de locura prueba que Sigma 9 no tuvo mucho que ver: parece que Mulligan, cuando fue encontrado por la Expedición de Relevo no hacía más que repetir la misma frase: «Desde la cima de la Roca Alta, la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…». La repetía sin cesar, casi como si fuera un rezo. Y no hubo forma de hacerlo callar, ni de hacerle decir otra cosa…

Peor para Mulligan y para Ramsgate si no supieron adaptarse: Sigma 9 es un planeta ideal para un naturalista, hay tantas nuevas formas de vida aquí que uno no sabe por dónde empezar, es un verdadero paraíso.

Y no sólo eso: quien primero estudie la flora y la fauna de este planeta pasará, sin duda, a tener un nombre destacado en la Historia Natural del espacio. Mulligan empezó a hacerlo, pero apenas si trabajó dos o tres días, Sigma 9 está prácticamente virgen, enteramente a mi disposición.

—∞—

Abril 17

Un día agotador.

Desde temprano no hago más que cazar pequeños animales, no más grandes que insectos; los cazo y los pongo en el frasco con «toxol».

Prácticamente sin alejarme de la base, he llenado más de diez frascos, todos con formas de vida diferentes. Cacé también un políptero, uno de esos animales parecidos a mariposas, con alas múltiples; mejor dicho, se cazó solo: prácticamente se metió por sí mismo en el frasco con «toxol».

Ha sido un día extenuante, tengo los ojos todavía prácticamente llenos con todo lo que he visto: es tal la variedad de seres, tan extraño aparece todo, que estoy como deslumbrado, anonadado. Lo que es más curioso, lo que me intriga más, es la sensación general de familiaridad que, a pesar del exotismo de todo, me producen las diferentes formas de vida de Sigma 9; hay un extraño paralelismo, aunque sólo sea formal, con la fauna y la flora de la Tierra.

¿Estaré en el umbral de algún gran descubrimiento científico? ¿Aquí, en Sigma 9, no terminaré por encontrar la clave al secreto de la evolución de la vida en el universo?

Darwin hizo un largo viaje en el *Beagle*, y de las observaciones que practicó extrajo las bases para su célebre teoría de la evolución. ¿Llegaré yo a algo parecido?

No, mejor no desvariar, no soy quién para aspirar a tanto. Quizá Mulligan pudo hacerlo, él era un hombre mucho más preparado que yo. A propósito, ¿qué le ocurriría a Mulligan? ¿Por qué terminaría perdiendo la razón?

Me cuesta creer que la soledad lo abatiera: Mulligan era un verdadero naturalista, y en un lugar como éste, un hombre de ciencia no puede sentirse solo nunca. Es tanto lo que hay que hacer aquí, es tanto lo que hay que observar, tantos los enigmas que se presentan al espíritu, tantas las cuestiones que quedan sin respuesta…

Para un hombre cualquiera, todo esto sería muy extraño, lo admito. El día con el sol doble, las noches con esas tres lunas que producen sombras tan cambiantes, las plantas, los animales tan ajenos a todo lo que uno ha conocido. Sí, para un hombre cualquiera tanto exotismo sería algo insoportable. Pero no para un hombre como Mulligan.

Cuando uno se entrega a la ciencia no tiene patria ni hogar. La patria y el hogar son el propio estudio… Yo mismo, que no le alcanzaría a la suela de los zapatos a Mulligan, me encuentro aquí como en mi casa; no puedo sentirme

completamente solo, conmigo están también los hombres de ciencia de la Tierra que, apenas yo regrese, se desvivirán por leer mis informes, por ver de cerca los especímenes que yo lleve, por estudiar mis colecciones.

Mulligan tiene que haber sentido lo mismo, él vivió siempre entregado totalmente al estudio. ¿Por qué se dejó abatir así? ¿Por qué su intelecto, habituado a la férrea disciplina de la investigación, terminó por claudicar de manera tan súbita?

Francamente, no lo entiendo…

—∞—

Abril 18

Hoy no salí de la base: me he quedado ordenando todo el material que recolecté ayer.

El día no me ha rendido mucho que digamos. Culpa del políptero.

Creí que el «toxol» del frasco lo mataría, igual que a todos los otros animales que recolecté.

Pero no, el políptero quedó bien vivo, tanto que, durante la noche, se comió a todos los otros animales que compartían con él el frasco.

No he visto nunca un animal semejante, la suerte me ha puesto delante de un ser verdaderamente único: su metabolismo es «fuera de serie», no creo que haya otro animal como él, capaz de crecer a ojos vista. Le he tomado fotografías seriadas, de una hora a otra su tamaño aumenta en un cinco por ciento.

Para ver si seguía aumentando de tamaño, le di de comer otro de los animales que estaban en los otros frascos; tal como lo había previsto, el políptero siguió creciendo. El «toxol», a pesar de que es tan eficaz, que mata instantáneamente a todos los otros animales, a él no le hace efecto alguno.

Pero mejor me desentiendo un poco del políptero: tengo otras muchas cosas que hacer. Debo repasar los aparatos registradores, debo cambiar las cintas, debo preparar el programa para mañana.

—∞—

Abril 19

Otra vez el políptero. Ya dije ayer que estaba delante de un animal increíble. Me he quedado corto, el políptero es, creo, el ser más desconcertante que jamás encontró expedición espacial alguna.

Hago mal en decir que es desconcertante, la palabra que lo define mejor es «sensacional».

Dormía todavía cuando me despertó un ruido seco.

Era el políptero que había roto el frasco.

Había crecido tanto durante la noche que terminó por no caber dentro, hizo presión contra las paredes, el plástico terminó por ceder.

Resolví dejar de lado totalmente el programa de trabajos para dedicarme de lleno al estudio del políptero.

Me fue fácil atraparlo. Apenas si se debatió en el cazamariposas. Lo puse bajo el microscopio binocular.

No tenía esqueleto externo, nada que lo semejara a un insecto terrestre. El cuerpo de los polípteros está recubierto por una especie de piel.

Empecé a examinarle la boca por si resultaba peligroso manejarlo. Pero no, la boca es pequeña, sin aguijón, con piezas mandibulares que recuerdan curiosamente a una langosta.

Traté de hacerle abrir las piezas mandibulares para observarlas mejor, le introduje con suavidad el extremo de la lanceta. Y entonces ocurrió algo inesperado.

Cerró las piezas mandibulares en torno a la lanceta y, con un movimiento de la cabeza, me la quitó de la mano. Sí, me la quitó de la mano.

Traté de recuperarla, pero aquella boca, aunque tan pequeña, era de una fuerza increíble.

Empezó a debatirse, traté de sujetarlo, pero fue imposible, terminó por soltarse.

Me quedó en los dedos un polvillo parecido al que deja una mariposa terrestre. Sólo que era un polvillo color plomo.

Desde el regenerador de aire, hasta donde había llegado en rápido vuelo, el políptero se quedó mirándome con los ojos grandes, múltiples. Y arreglándose las alas; sin querer, yo se las había descompuesto algo.

Esto sí que es extraordinario. Dije que el políptero era sensacional, pero me quedé corto.

Mientras escribía todo lo que precede, estuve por fuerza distraído y no miré para nada al políptero.

De pronto, algo me revoloteó cerca, levanté la vista.

Era el políptero. Aunque no, no sé si era el mismo. Porque ahora había por lo menos ocho o diez polípteros, todos iguales, revoloteándome alrededor…

Por increíble que parezca, el políptero se había reproducido en el breve lapso durante el cual yo había escrito los párrafos que preceden. Lo dicho, estoy ante una forma única de vida.

Por suerte no es peligroso, no tiene órgano alguno de ofensa. La boca, aunque tan poderosa, es pequeña y no podría lastimar aunque se lo propusiera.

La mancha color plomo que me dejaron en los dedos las alas del políptero se ha extendido hasta toda la mano, llega ya a la muñeca.

Es algo curioso, no lo entiendo, pero… ¿qué importa?

Los polípteros son inofensivos, yo lo he comprobado…

Pero si cada uno de los ocho polípteros que ahora revolotean se multiplica por otros ocho…, tendré pronto sesenta y cuatro polípteros… Y en seguida, si éstos a su vez se multiplican, tendré otros quinientos doce polípteros…

Demasiados polípteros… Me consumirán el aire.

Debería matarlos, debería fumigar la cabina con «toxol» concentrado.

Pero no, sería demasiado trabajo…

Lo haré mañana, estoy muy pero muy cansado.

Mañana mataré a los polípteros…

—∞—

Abril 20

Suerte que no maté a los polípteros. Durante la noche, contra lo que temía, no se multiplicaron.

Esta mañana salí de la base y todos los polípteros salieron conmigo, se dispersaron.

Seguro que el aire de la cabina, tan rico en oxígeno, no les gustó. Hice bien

en no tomarme el trabajo de darles muerte.

Otro día cazaré algún otro políptero y me pondré a estudiarlo.

Curioso, hoy no he tenido ninguna gana de trabajar. No sé qué me pasa, pero veo lo que me rodea, todo este esplendor, esta variedad, esta riqueza de vida, y no siento ya ningún impulso, ningún deseo de estudiarla… Sólo pienso en quedarme quieto, contemplando, gozándolo todo en forma pasiva…

Subí a la Roca Alta, la roca que está detrás de la base, la roca irisada por la luz azulada del sol doble de Sigma 9…

Toda la hondonada se extendía allá abajo; desde la cima de la Roca Alta, la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

¿Dónde oí una frase semejante?

Ya me acuerdo: era la frase que Mulligan, mi antecesor en el puesto, repetía y repetía cuando lo encontraron.

¿Me estará por pasar a mí algo semejante?

Vamos, Colby, no vale la pena pensar…

¿Para qué pensar?

La mancha plomiza, me fijé esta mañana cuando me levanté, se ha extendido por todo el brazo, me llega casi hasta el hombro.

Pero… ¿Qué importa? ¡Es tan hermoso lo que se ve desde aquí, desde la Roca Alta!

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

—∞—

Mayo 28, 2033

Hasta aquí el diario de Francis Colby.

Nuestra expedición de relevo llegó de acuerdo con el programa establecido.

Descendimos sin novedad junto a la base, pero Colby no vino a recibirnos.

Entramos a la base y la encontramos en gran desorden: restos de comida sin reducir, aparatos registradores funcionando sin cintas, nadie las había cambiado. Frascos con algunos ejemplares raros tirados por el suelo, papeles. Y, por todas partes, cubriéndolo todo había una especie de polvo muy fino, grisáceo, con algo de metálico.

Buscamos a Colby y lo encontramos en la cima de la Roca Alta.

Nos saludó, muy contento, vino a nuestro encuentro. Moviendo los labios, murmurando algo, como si rezara:

—Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

Recordé lo ocurrido a Mulligan. Sin duda Colby está afectado por la misma forma de locura.

En consecuencia, se confirma que Sigma 9 no se presta, por lo menos por ahora, para la colonización humana: debe haber aquí alguna forma de radiación, quizás algún gas en la atmósfera, en fin, no me corresponde a mí establecer qué puede ser, que afecta de manera muy profunda la capacidad mental de los seres humanos.

Deberíamos emprender el regreso ahora mismo, me doy cuenta de que eso sería lo más prudente, pero sería un trabajo tan grande poner otra vez la cosmonave en condiciones…

Después de todo, bien nos merecemos un descanso luego de tantos días de viajar por el espacio.

Mañana regresaremos…

—∞—

Mayo 29

Escribo desde la cima de la Roca Alta.

Tengo las manos color plomo, a mis compañeros les pasa lo mismo.

Subi a la Roca Alta para convencer a Colby de que debería venir con nosotros.

Pero ya se me fue el apuro.

¡Es tan hermoso lo que se ve desde aquí arriba…!

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

Desde la cima de la Roca Alta la hondonada parece un mar de brumas, un mar de sombras multicolores, transparentes…

Paraíso

Éste es otro de los cuentos que Oesterheld incluyó en su «*proyecto de libro*».[18] Se trata de un relato inédito, cuya trama es a la vez atrapante y profunda.

«*Paraíso*» está claramente anclado en el género de ciencia ficción, pero expresa —de forma muy explícita— también un juicio social y cultural. En este eje, quedaría agrupado por su mensaje junto a la nueva versión de *El Eternauta*[19] y *¡Guerra de los Antartes!*,[20] historietas que transmiten la posición crítica del autor sobre el contexto social y político que lo rodeaba. Esto es esperable: presumimos que estas tres historias fueron escritas aproximadamente en la misma época: fines de los 60 y comienzos de los 70.

Por el motivo que fuera, Héctor nunca logró publicar este cuento en la forma en que aquí figura. Entonces, con gran oficio, lo convirtió en el guión de una historieta.[21] Fue ese el formato en el que apareció, con el mismo título, en la revista *Top: Maxihistorietas* #8 (Febrero de 1972), con dibujos de Silvestre Szilagy y Gaspar González.

Paraíso

Como todas las mañanas, Juan Carlos Gamarra despierta a la dicha, entre los brazos de Silvia, su mujer, que despierta junto con él, contentos, saciados los dos por el último telesueño: Juan Carlos fue el héroe de una cacería prehistórica, su lanza dio el golpe final al gigantesco mamut, la sangre hirviente lo bañó, en la orgía que siguió las muchachas de la tribu se disputaron sus favores; por su lado Silvia navegó en un galeón español, los piratas atacaron y masacraron a la tripulación, Silvia quedó a merced de la horda embravecida, terminaron haciéndola reina del corsario bergantín.

Del lecho a la ducha feliz con los tres hijos, cada uno vivió su telesueño, juegan con los chorros radiantes, están alegres, ríen por cualquier cosa. El desayuno, otra etapa de la felicidad compartida, cuando termina Juan Carlos tiene que dejar las risas dichosas, es la hora del trabajo, debe irse. Aunque lo hace sin demasiada pena, también habrá placer en el trabajo, partir no es sacrificio.

Juan Carlos cierra la puerta metálica, saluda a la imagen que le devuelve la superficie bruñida, un rostro joven aunque ya tiene cincuenta largos, recias las cejas y la mandíbula, lástima las pecas y la nariz tan pequeña, lo infantilizan, pero ¿quién repara en eso?, se sonríe, ya está andando por el túnel, va silbando, feliz, tan feliz que ni se da cuenta.

Su felicidad no tendrá fin. Como no tendrá fin la felicidad de ningún ser humano: la muerte no existe, es apenas un fantasma del pasado, remoto fantasma ya sin espantos.

Gracias a los erbos.

Los erbos, que trajeron a la Tierra la Inmortalidad del Cuerpo.

—∞—

Un erbo, Seego, espera junto al ascensor, el gran ojo bien abierto, es su manera de mostrar contento, el corpacho verde y arrugado se balancea, otro modo erbo de decir alegría, saluda a Juan Carlos, a cada hombre que entra al ascensor.

Nadie deja de contestar el saludo: Seego, como todos los erbos, invita a la sonrisa, no se sabe bien lo que es, si su figura de maceta, con esa coronilla de torpes mechones rojos temblándole en la cabeza, tan parecida a una sandía, o si es la simpatía que entibia siempre la enorme, estrellada pupila azul.

Hay otra razón, además, para mirar con agrado a Seego, el erbo: una bolsa azul brillante, llena hasta la boca de cartas. Están sin clasificar, pero los tres largos dedos de Seego no se equivocan nunca, cada uno recibe con rapidez y exactitud las cartas que le corresponden.

Sube el ascensor, a cada tanto un golpe de luz intensa delata un túnel, Juan Carlos lee sus cartas, son cinco, del padre, de los abuelos, de la madre, de dos antiguos compañeros de trabajo.

Todas son cartas que vienen del Paraíso, de seres que hace mucho se fueron en el viaje sin retorno.

Cartas con la felicidad de siempre, serenas, un poco aburridas, hay que confesarlo, se cansaron tiempo atrás de enumerar las maravillas de la otra vida, apenas si hace algo más que mantener vivo el afecto.

Lástima que no vino carta del tío Abel, las suyas sí que son cartas, frescas, salpicadas de detalles sabrosos, nadie diría que el tío Abel lleva en el Paraíso más de doscientos años, «partió» en 1985, apenas cinco años después de la venida de los erbos.

Un tanto tediosas, sí, pero igual las cartas cumplen su función, fortifican la certeza de la no muerte; cuando los erbos decidan que a uno se le acabó el tiempo terrestre siempre estará el Paraíso, con su plazo infinito. Hay, además, tanta dicha en las cartas que Juan Carlos las lee con sonrisa ancha, Por fin las guarda, todas menos la de la madre, siempre lee dos veces sus cartas; la vida es hermosa, alguna vez se acalora pero entonces estará el Paraíso, acogedor, eterno.

El ascensor sale por fin a la superficie, un estallido de verde, alboroto de

gorriones persiguiéndose entre grandes y sombrías flores péndulas, huelen a ozono, son las favoritas de los erbos, se enredan con las madreselvas y los jazmines.

El ascensor sigue subiendo, ahora va por el filo de una estructura de aluminio, los jardines y los domos donde viven los erbos se van achicando allá abajo, por entre tanto verde emerge el gris óvalo del estadio abandonado, feo testigo de otra era, entonces había fútbol y guerras y muerte en la realidad, y no sólo en el telesueño. Más allá, hasta cambiarse en cielo, la líquida vastedad del gran río.

Cada vez más alto el ascensor, el viento los golpea en ráfagas frescas.

—¿Por qué esa cara, Raúl? ¿No pudiste conformar a alguna de las muchachas del telesueño? —todos ríen, la cosa es con Raúl Marlino, por cierto que tiene cara de no haber telesoñado, ni siquiera se afeitó.

Más viento, antes de que Juan Carlos se dé cuenta, la carta que tiene en la mano se le escapa, desordenado pájaro blanco que planea, va, viene, siempre bajando, el papel es pesado, apenas si alcanza a verlo ya, le duele perder la carta, tenía que ser la de la madre, si pudiera ver dónde cae para buscarla después, pero es inútil, ya sólo ve gorriones y palomas.

—Cayó en el estadio. —Raúl Marlino señala hacia el carcomido anillo, no será fácil encontrarla, la maleza invade las gradas, lo que debió ser la cancha.

Pero no pueden seguir mirando: el ascensor se detiene, la puerta se abre a un corredor luminoso, por allí se va al taller de telekinesis, uno entre los millones de talleres esparcidos por todo el planeta.

—∞—

Cuarenta bancos de trabajo, paredes desnudas, nada que distraiga la concentración. Pero a un lado de cada banco el ojo apagado de un telesueño promete distracción máxima.

Charlando, animosos, los hombres se reparten entre los bancos, el trabajo es muy fácil, los descansos son muy prolongados, pasarán la mayor parte de la mañana hundidos en el telesueño.

La cinta transportadora pone delante de Juan Carlos un cubo translúcido. Juan Carlos contempla por un instante el cristal de cuarzo suspendido sobre el banco, enseguida mira el interior del cubo y piensa el cristal dentro del cubo.

Mantiene la idea del cuarzo dentro del cubo hasta que tintinea un timbre, la cinta se lleva el cubo ahora irisado de colores brillantes, es un placer verlo, una enorme joya temblando en la cinta, Juan Carlos siente el placer del trabajo bien hecho, los colores brillan tanto sólo cuando la concentración es adecuada.

—¿Qué habrá en el telesueño? —clics de diales encendiendo los ojos verdes, hay media hora de descanso hasta el próximo cubo.

—¡El Mundial de Fútbol de 1974! —grita uno, sumergiéndose ya en el telesueño—. ¡La final contra Rusia!

La mano de Juan Carlos se estira hacia el dial, pero no llega a tocarlo:

—Juan Carlos… tengo que hablarte… —Raúl Marlino, desde el banco de enfrente, lo mira con ojos ansiosos.

—¿Qué te ocurre? —Juan Carlos no lo vio nunca así.

Raúl se pasa con fuerza la mano por la cara, la nariz grande se le dobla, grotesca; tiene más de setenta años pero los rasgos siguen firmes, la piel fresca, rosada. Aunque alrededor de los ojos convergen arrugas que antes no se veían.

—No doy más, Juan Carlos… El último cubo me costó un triunfo…

—¡Pero si lo que hacemos no es trabajo! Hasta un chico…

—Ya sé que es fácil, ¿pero qué querés? Estoy listo, hace cinco días que se me va algún cubo sin que termine de pensarle el cuarzo.

—¿Cinco días con fallos?

Raúl asiente, los ojos de Juan Carlos se agrandan. Cinco días con fallos son cinco días con el telesueño sin encenderse…

—No creo que los erbos —tiembla con rencor la voz de Raúl— se den cuenta de lo que es llegar a casa y encontrar que tu TLS no se prende. Aunque por algo pusieron el castigo.

—También vos, cinco fallos… ¿Le hablaste a Seego?

—Claro que le hablé, pero como si nada, me miró con su gran ojo azul, se le mojó todo, es cierto, pero terminó diciendo que ya se me pasará y me mandó a trabajar. Qué querés con los erbos, mucha compasión, mucho preocuparse por todo el género humano, pero incapaces de molestarse por un solo tipo en particular. ¿Qué le importa a Seego que un bicho llamado Raúl Marlino se pase cinco o cien días sin TLS?

—¡No tenés derecho para hablar así! —estalla Juan Carlos, aplastaría de un puñetazo la boca que dice tales cosas de los erbos, nunca, en toda la constante dicha de su vida, ha oído algo así; además, está el TLS del gran match, él y Raúl son los únicos en todo el taller que no se han hundido en el ojo verde—. ¿No

sabés lo que es gratitud? ¡Los erbos te dan todo; desde la casa y la comida hasta el TLS y la ropa! ¡Y todo por una idiotez de trabajo cuatro días por semana! ¡Hasta el Paraíso te dan! —Juan Carlos se contiene, sabe que habló de más.

—El Paraíso… Tenés razón, el Paraíso…

—¿Por qué no? —La impaciencia de Juan Carlos crece, peor para Raúl si le va mal, ¿por dónde irá el match, habrán anotado ya los rusos el primer gol?— Después de todo el Paraíso es algo estupendo, el tío Abel contó que…

—También yo recibo cartas —rebota Raúl—. Pero qué querés, a mí me gusta aquí. Ya sé que tarde o temprano hay que ir al Paraíso, pero todavía soy joven, apenas si…

—A otros los mandan mucho antes, acordate de Carlini —último esfuerzo de Juan Carlos para no mandar al otro al demonio—. Carlini tenía sólo cuarenta cuando lo mandaron. De sobra sabés que los erbos piensan siempre lo mejor para nosotros —ya Juan Carlos llegó al límite, no quiere preocuparse ni por Raúl ni por nadie, el ojo apagado del TLS es un imán irresistible.

—Ya que los erbos piensan tanto en nosotros —Raúl no repara en la furia de Juan Carlos—, ¿por qué no arreglan la ida al Paraíso de otra manera? ¿Por qué nadie vuelve nunca?

—Porque para enviar una persona al Paraíso hay que hacerle una operación irreversible, hasta las criaturas lo saben —mientras responde Juan Carlos hace girar el dial, el ojo se enverdece, oye que Raúl dice algo pero un rumor de mar le llena los oídos, viste camiseta a rayas celestes y blancas, pasto verde bajo los pies, viene la pelota, aumenta el rugido, Juan Carlos elude a un rival, a otro, lo embisten, cae, pelea desde el suelo la pelota, está enardecido, otra vez de pie, amaga un pase, dribla un defensor, elude al arquero con un toque al costado, brama el estadio, un tiro calmo a un ángulo, la pelota entra sin prisa… ¡GOOOOOOOOL! El delirio.

—∞—

Baja el ascensor, Juan Carlos ya olvidó la charla con Raúl, la mañana fue perfecta, cubos brillantes, impecables, y el TLS más atrapante que nunca.

Los árboles suben, los domos de los erbos, el óvalo sucio del estadio en ruinas.

«La carta de mamá…»

En la parada al nivel del suelo Juan Carlos se acerca a Seego:

—¿Puedo visitar el estadio? Un momento, nada más.

El gran ojo del erbo se achica.

—El viento me llevó una carta —se apresura Juan Carlos a explicarle, los demás lo apoyan, también ellos vieron volar el papel, el erbo termina por acceder, otra vez se le agranda el ojo.

—Tenés media hora para buscar la carta, hasta el próximo ascensor —el viento juega con los mechones rojos de la cabeza-sandía—. Tratá de no perderlo.

Por un camino entre jardines va Juan Carlos hacia la ruina, nunca anduvo por allí, las grandes flores péndulas, en intrincado abrazo con madreselvas y jazmines, le rozan la cabeza, pesadas mariposas erbolanas se espantan apenas a su paso, alguna huye acosada por dos gorriones, parece un ambiente sacado del TLS, sólo que no tan vivo.

La ruina. Empequeñecida por la cercana estructura de aluminio. Pero con algo de siniestro, de inquietante en el cemento que cede en muchos lugares y muestra hierros oxidados y hostiles.

Juan Carlos cruza por entre la maleza, aquélla debe de ser una de las entradas pero… ¿y estos escombros que cierran el paso?

Juan Carlos se apoya para saltar por encima, pero los escombros se mueven, se derrumban hacia atrás con rumor sordo.

Dejan un hueco al descubierto.

En el hueco algo blanquea entre pedazos de tela verde de moho, son huesos: Juan Carlos está mirando un esqueleto acurrucado, la calavera ríe bajo un casco de hierro, dos agujeros dicen por dónde entró la muerte siglos atrás. Junto al esqueleto, el cañón y la recámara de un fusil, la madera desapareció.

Es la primera vez que Juan Carlos ve en la realidad un resto humano, nunca supo de un horror así, abismal, está tan cerca del polvo que ni siquiera es obsceno o repugnante, como esos muertos ensangrentados e hinchados por el sol de tanto TLS.

Hebillas, residuos de correas entre los huesos, un soldado que murió peleando en su puesto, Juan Carlos no sabe qué guerra pudo ser, habiendo TLS ¿quién se ocupa de viejas, descoloridas historias muertas?

Algo oscuro abulta bajo el esqueleto, Juan Carlos tantea con una rama, lo aparta, es lo que fue una cartera. La toma con dedos que se niegan, es una serie de costras endurecidas, imposible abrirla, hace fuerza, se deshace, apenas si le queda entre los dedos un pedazo de papel manchado de moho.

Un título en arcaicos, ingenuos caracteres tipográficos: «¡MUERTE A LA INMORTALIDAD!»

El moho borró gran parte del texto, pero todavía se alcanza a leer algo:

«… los erbos pretenden dominarnos con el señuelo de la in mortalidad. Pero la inmortalidad que ofrecen es como las cuentas de vidrio con que conquistadores de antaño seducían a los salvajes, para explotarlos después. Inmortalidad peor que la muerte, eso ofrecen los erbos traidores en su afán de…»

Más moho, otras partes legibles:

«… cobardes que se dejan engañar por la idea de vivir para siempre…»

«¿Cambiaremos nuestros sentimientos, nuestras tradiciones, que vienen desde el alto venero de la más remota Historia, por la mentira burda y atroz de esa monstruosa masturbación colectiva que es el mal llamado telesueño?»

«… en las calles, en las casas… aliente una chispa de vida en los corazones…»

«… la muerte, nuestra muerte, la última, la más alta dignidad del hombre.»

Juan Carlos suelta el trozo de proclama, le quema, jamás, ni en el peor los telesueños, supo de un horror semejante, ¡seres humanos oponiéndose a los erbos, rechazando su favor!

No, demasiado absurdo.

Hostil, enemigo, el esqueleto, hostiles las ruinas, ¿qué otros secretos blasfemos se esconderán tras el engaño de las madreselvas y las flores péndulas?

Juan Carlos se aparta, no buscará la carta, ya recibirá otra, la madre le escribe en todos los correos, no es como el tío Abel.

Casi corriendo llega a la parada del ascensor, tiene que esperar un buen rato hasta el próximo, nunca ansió tanto sumergirse en el TLS.

—∞—

Juan Carlos pelea como soldado de fortuna en Francia, la Guerra de los Cien Años, campañas durísimas, combates cuerpo a cuerpo, asaltos y saqueo, Juan Carlos es el héroe que salva al Rey en desesperada batalla, vino y sangre y muchachas a raudales en la orgía celebrando el triunfo final.

Cuando Juan Carlos despierta, el cuerpo de Silvia huele todavía a enloquecido festín, le busca los labios pero entre la bruma de la duermevela

asoma la calavera del casco agujereado, empieza a ladrar un «¡Mueran los erbos!» que no termina porque ya están los labios encendidos de Silvia borrando todo.

El desayuno, con sus risas, el rostro pecoso y travieso devolviéndole el guiño desde la puerta bruñida, sí, es la dicha cada día, el ascensor, los compañeros, todos contentos. Seego no tiene la bolsa azul brillante, no hubo correo, pero a ninguno le importa, el telesueño fue sensacional, cada uno fue el héroe que salvó al Rey a último momento.

El ascensor vuela ya cielo arriba, hay dos nuevos que miran todo con ojos de primera vez, árboles y domos se achican allá abajo, el viento repite en el río, hasta el horizonte, cortos penachos de espuma. Entre el verdor, el roto ojo muerto del estadio en ruinas…

La calavera y sus blasfemias, la última dignidad del hombre, casa por casa erbos traidores, en el TLS una doncella árabe danzó desnuda, los muslos lustrosos crecieron en embriagador primer plano, la calavera vuelve a hundirse en su abismo de ruina y carcoma.

El ascensor se detiene, llegaron.

En el corredor Raúl se pone junto a Juan Carlos, está demacrado, de algún modo se está pareciendo al soldado muerto:

—Todo el fin de semana sin TLS. Me vuelvo loco, Juan Carlos…

«¿Quién te manda hacer fallos?» está por decirle, ¿por qué cargarlo a él con sus problemas?, apura el paso para evitar la confidencia.

Pero la silueta baja, maciza, de Seego se balancea allí adelante, cortándoles el paso:

—Tengo que hablarte, Raúl —como siempre la voz del erbo es cálida, casi aterciopelada.

«Era de prever», piensa Juan Carlos. «Candidato seguro para el Paraíso».

—A vos también tengo que hablarte, Juan Carlos —el erbo dobla por un corredor lateral, hay que seguirlo.

El corazón de Juan Carlos se dispara, es raro, muy raro que un erbo quiera hablar especialmente con uno. Lo de Raúl se entiende fácil, irá al Paraíso, seguro. Pero ¿y él?

«Cambio de cristales, eso», recuerda. «Cuando cambiaron la turmalina por el cuarzo experimentaron conmigo, hace diez años, o quince. Seguro que eso, un cambio de cristales.»

Otro erbo se les une, se lleva a Raúl, en la cara cansada del hombre hay una

sonrisa blanda, cansada, mejor así, Seego abre una puerta, deja pasar a Juan Carlos.

Una habitación pequeña, como les gusta a los erbos, colores cambiantes en las paredes; Seego ofrece a Juan Carlos una cucheta baja e incómoda, se repantiga en otra.

El gran ojo se alarga, un líquido lechoso se acumula en el fondo, refleja los colores de las paredes, la estrellada pupila azul no se aparta de Juan Carlos, que se inquieta, conoce desde siempre a los erbos, Seego lo compadece, siente una gran pena por él.

—¿De qué se trata? —no se aguanta, alarma ser el objeto de tanta compasión.

—Ayer fuiste a la ruina —gravedad desusada en la voz del erbo.

—Sí, te pedí permiso, tenía que buscar la carta que se me cayó, ¿no te acordás?

—¿Dónde está la carta?

—Este… resulta que… —se contiene, ¿cómo repetir al erbo lo que decía la vieja proclama?—. Resulta que…

La cabeza-sandía va de un lado al otro, el ojo se achica, mira al suelo. Por fin, con voz ausente:

—Sabemos lo que leíste, Juan Carlos… Sabemos lo que tu mala suerte te hizo encontrar.

—¿Mi mala suerte?

—Sí, tu mala suerte —otra vez se alarga el gran ojo, más húmedo que nunca —. Me cuesta separarme de vos, tus cubos son quizá los más brillantes de todo el taller, es un placer verte siempre tan contento. Pero no tenemos alternativa. Leíste lo que no debías.

Otra pausa. Juan Carlos contiene el aliento, adivina lo que vendrá pero se resiste a creerlo.

—Irás al Paraíso en el vuelo de esta tarde… Por supuesto —se apresura a agregar el erbo—, ir al Paraíso no tiene nada de malo, jamás llegó una sola queja de allí, si me apena tanto tu partida es sólo porque uno se aficiona a ciertos humanos, algunos se hacen querer más, cuesta separarse de ellos, vos sos de ésos.

Juan Carlos se mira las manos. Están tranquilas. Nunca esperó ser enviado tan pronto al Paraíso, pero no siente temor alguno, tantas veces leyó en las cartas que la operación previa al viaje es totalmente indolora; leyó también que suele

haber un rechazo instintivo al cambio, lo que le pasa a Raúl, por ejemplo, pero le sorprende no sentir nada de eso, al contrario, está agradablemente excitado, la novedad le atrae, sabe que el Paraíso es un lugar maravilloso, muy superior a la Tierra. Es bueno despertar cada mañana contra el cuerpo dócil de Silvia, pero el tío Abel habló siempre de mujeres que…

—Me alegra que lo tomes así. Sabemos que no hablaste con nadie de lo que leíste. Pero no podemos correr riesgos.

—¿Riesgos de qué? ¿Qué era lo que leí, Seego? No entendí nada, unas cuantas frases sin sentido…

—Eso eran, unas cuantas frases sin sentido. Pero, te repito, no podemos correr riesgos.

—¿Riesgos de qué, Seego? ¡Por favor, cada vez entiendo menos!

El erbo se levanta, no quiere hablar más. Toma de una repisa una intrincada, minuciosa armazón de alambre.

—Ahora mismo te preparás para el viaje. Tomá, ponete esto en la cabeza.

—¿La operación?

—Sí, si así querés llamarla.

Juan Carlos obedece. Toda su vida ha obedecido a los erbos.

—∞—

¿Minutos, horas, semanas?

Inconsciencia rara, Juan Carlos despierta con la sensación de haber telesoñado, en larguísimo TLS, hasta el último detalle de su vida, como si hubiera repetido cada minuto.

Seego tiene dos hojas de papel entre los dedos, se queda con una, ofrece la otra a Juan Carlos, le da un lápiz:

—Escríbele una carta a tu mujer, despidiéndote.

Juan Carlos no sabe bien lo que le pasa, pero siempre obedeció a los erbos.

«Mi querida Silvia: Te escribo unas líneas para…»

Cuenta la entrevista con Seego, habla del inminente viaje al Paraíso; ni una palabra sobre el esqueleto y la proclama, alinea frases chatas, lugares comunes, nunca habló de otro modo con Silvia, al terminar se cree obligado a un toque de tristeza por la separación, le suena a falsa, la tacha.

Acaba de tacharla cuando los tres dedos de Seego le quitan la hoja. Y le dan

la otra, la que el erbo se reservará para sí. Juan Carlos la mira, contiene el aliento. En la hoja, palabra por palabra, está escrita una carta exactamente igual a la suya, la misma letra, hasta termina con una tachadura.

¿Telepatía? Imposible: la hoja estaba escrita antes de que Juan Carlos escribiera la carta.

El ojo de Seego se achica, el azul se hace acerado:

—Pasaste el «test»… Ya podés viajar al Paraíso. Seego vuelve a estirarse hacia la repisa, ya tiene entre los dedos un raro juego de varillas, parece en pequeño el esqueleto de un paraguas, a un lado brilla una pantalla metálica. Seego enfoca a Juan Carlos con la pantalla: —No sentirás nada, te aseguro que… Se interrumpe, los colores de las paredes enloquecieron de pronto, relampaguean, se devoran unos a otros, Seego deja las varillas, se incorpora de un salto:

—Uno de los nuevos, seguro. Piensa lo que no debe en el cubo. En seguida vuelvo.

Juan Carlos queda solo. Aturdido, no tanto por las luces ni por la salida del erbo como por lo que vendrá.

La muerte manchada

A este cuento, que consideramos inédito, lo encontramos también entre los papeles de Oesterheld. Las siete hojas mecanografiadas que lo conformaban se hallaban dispersas y reunirías exigió un singular empeño. Curiosamente, la primera hoja que encontramos era la que contenía las últimas líneas del cuento. Eso nos bastó, sin embargo, para darnos cuenta de su interés e importancia. Por ese motivo nos esforzamos por reconstituirlo, descifrando y ordenando sus contenidos; tarea que afortunadamente rindió sus frutos.

«*La muerte manchada*» admite varias lecturas. Más allá de la acción inmediata, el lector minucioso encontrará entre líneas una observación aguda de los conflictos humanos y el miedo irracional a lo distinto, que lleva a los protagonistas a ejecutar de manera implacable la destrucción inmediata del otro, minimizando su muerte mediante una mirada deshumanizante. Los extraterrestres se muestran tan despiadados con los «verdes» como los ejércitos humanos pueden serlo con los «rojos».

Varios elementos de este relato —el ámbito selvático, la presencia de fuerzas militares norteamericanas y la recepción letal que estas encuentran en la espesura— remiten inmediatamente a la película *Predator* (*Depredador*).[22]

El argumento de «*La muerte manchada*» fue escrito por lo menos veinte años antes del estreno de *Predator*. No estamos sugiriendo con este dato que este cuento haya servido de inspiración para la película; por el contrario, creemos que esta similitud destaca la lúcida visión anticipatoria que Héctor desplegaba en su arte.

Cabe señalar, por último, que los extraterrestres de «La muerte manchada» son muy similares, en su conducta impasible y cruel, a las civilizaciones conquistadoras que aparecen en muchas otras obras de

Oesterheld. En lo que respecta a su apariencia física, sin embargo, los alienígenas de este cuento se asemejan específicamente a los seres del relato «*La trampa y el arma*»;[23] ésta es acaso otra de las rutas conectoras a las que aludíamos en el prólogo de este libro.

La muerte manchada

—Todo está tranquilo, Larry… Demasiado tranquilo…

—¡Escucha! —la advertencia del cabo Larry se perdió lentamente en el silencio de la noche. Hacía ya tres días que esperaban. El Viet Cong podía llegar en cualquier momento. El sargento Bennet y el cabo Larry no ignoraban que los rojos pasarían, tarde o temprano, por su puesto de avanzada, al oeste de Vai Pong. Muy cerca de allí, la frontera con Laos daba a los guerrilleros un refugio seguro, desde donde habían lanzado repetidos ataques últimamente.

—Alguien se acerca.

—No puede ser un Viet Cong —murmuró Lariy, apuntando su fusil hacia la espesura—. Viene haciendo mucho ruido, a los Viet Cong no se los oye nunca.

La voz de los *marines* era un susurro casi tan bajo como su respiración, lenta, relajada. Aflojaban los músculos cuidadosamente, para concentrar la atención en los árboles más cercanos, los índices listos sobre el gatillo.

—Viene por allí —señaló Bennet. El crujido de la maleza denunciaba claramente la dirección.

—¡Apenas asome le suelto una ráfaga! —Larry estaba preparado. Desde el puesto, un hoyo maloliente, habían visto ya la figura que se dirigía hacia ellos entre el follaje.

La maleza se abrió repentinamente, y, maltrecho, con el uniforme destrozado, un teniente americano tambaleante se precipitó hacia el puesto.

—¡No! ¡No le tires! ¡Es uno de los nuestros!

Bennet dio un salto y corrió agazapado hacia el teniente, mientras Larry lo cubría asombrado. Arrastró el cuerpo desfalleciente hasta la trinchera y se dejó

caer a los pies del cabo.

—¡Es el teniente Berwick! —exclamó Larry.

—¡El helicóptero, Larry! —ordenó Bennet—. ¡El helicóptero, pronto o se morirá!

Cuando la máquina descendió en el claro, iluminado por una bengala, el sargento Bennet se preguntaba todavía qué podía haberle pasado al teniente.

Hacía tres días que se había internado en la selva. En ese lugar, infestado de guerrilleros, veinticuatro horas eran suficientes para darlo por muerto, a él y a los quince soldados de su patrulla.

—∞—

Tres médicos se turnaron, día y noche, en su cabecera. Todos los medios disponibles en el Hospital Militar de Saigón se pusieron a disposición.

En el rincón más oscuro de la habitación un coronel observaba preocupado. Información. Necesitaba información y no se iría sin ella.

—¿Y? ¿Todavía no recupera el conocimiento? —preguntó nervioso el oficial.

—No, señor, pero ya está volviendo en sí. Le pusimos una inyección como para hacer hablar a un caballo —el doctor no parecía conforme con lo que estaba haciendo.

—Lo siento por él… —el coronel se inclinó sobre el teniente—. Pero es absolutamente necesario que hable. Tenemos que conocer lo que ocurrió en la jungla…

El médico palmeó el rostro del teniente tratando de reanimarlo. Los otros dos médicos presentes se miraron preocupados.

—¡Teniente Berwick! ¡Teniente Berwick! ¿Me oye? —insistió el doctor.

—Sí… —el esfuerzo era muy grande y parecía que el teniente se desmayaría otra vez.

—¡Pronto, Berwick! ¡Necesitamos conocer lo que le pasó a su patrulla! —el coronel lo forzó con voz fría.

—Mi patrulla… Mi patrulla… —Un mayor se acercó listo para tomar nota de lo que pudiera decir.

—Dios mío… ¡Fue terrible! ¡Terrible! —el teniente intentó incorporarse con la mirada clavada en alguna visión de pesadilla.

—¡Pronto! ¡Teniente Berwick! ¡Hable! ¡Es una orden! —gritó el coronel, implacable.

Los médicos sujetaron al teniente, tranquilizándolo. Bebió y comenzó a hablar en forma más coherente.

—Sí, señor… Aunque si piensa que puede haber otros sobrevivientes, siento decirle que no quedó ninguno… El único que se salvó fui yo…

El teniente se dejó caer nuevamente sobre la almohada y cerrando los ojos prosiguió.

—Salimos del perímetro el día 7 a las 05:30 horas… Cinco asesores americanos y diez vietnamitas… El teniente Ka Sung era el comandante… Yo era su contraparte… —Berwick respiró profundamente y continuó—: Llevábamos solamente *bazookas* y armas ligeras, de manera que avanzábamos con rapidez. Al terminar el primer día de marcha no habíamos tenido ningún tropiezo… Al otro día seguimos avanzando… Calculábamos llegar al mediodía al lugar prefijado para tenderle una emboscada al Viet Cong.

El teniente se incorporó, parecía preocupado.

—Pero apenas llevábamos una hora de marcha cuando…

—∞—

—¡Alto! —el sargento vietnamita que había dado la orden se ocultó en el pastizal. Los dos tenientes se agazaparon junto a él.

—¿Qué pasa, sargento? —preguntó Berwick.

—Allí, en ese claro… Veo algo raro… No sé lo que es…

El sargento no se equivocaba. Una cúpula de acero bruñido brillaba en la semipenumbra de la espesura, casi frente a ellos.

—Una cúpula de metal… —el teniente vietnamita estaba asustado.

—Un nuevo modelo de tanque, seguro… Estos rusos… —Pero Berwick no estaba seguro.

Los tres retrocedieron hasta donde estaba oculto el resto de la patrulla.

—Hay algo muy extraño allí adelante… —El teniente se dirigió a un americano fornido—: Ven conmigo, Casey. Vamos a ir a averiguar de qué se trata.

Los dos empezaron a arrastrarse por entre la maleza.

—No deben vernos… —murmuró el teniente—. Nos arrastraremos unos cien

metros… Recién entonces nos asomaremos.

—Entendido —respondió Casey.

Cuando habían recorrido el tramo previsto se asomaron por entre los pastos.

—¿Ves algo? —preguntó Berwick.

—Todavía no… —Casey se irguió un poco más.

—Pero… ¡No puede ser! —el teniente se había incorporado totalmente.

—Yo diría que es… —Casey dudó— ¡un plato volador!

En un instante ambos se ocultaron. Casey se arrastró hasta el teniente.

—¡En una historieta vi uno igual!

—No seas tonto, Casey… —Berwick se calmó y empezó a planear algo efectivo—. ¡Los Viet Cong no tienen platos voladores! Seguro que es lo que dijimos al principio: un nuevo modelo de tanque… ¡Suerte que trajimos las *bazookas*!

Una vez reunidos con los demás, Berwick dio las órdenes para poner en acción un plan de ataque.

—Usted y sus hombres, teniente Ka Sung, atacarán por la derecha con dos *bazookas*… Nosotros —el teniente señaló a los americanos— atacaremos por la izquierda con las otras dos. Disparen cuando lo hagamos nosotros. ¿Entendido?

—¡Entendido! —respondió Ka Sung, que ya se ponía en marcha con sus hombres.

—Vamos, entonces…

A la orden del teniente todos se pusieron otra vez silenciosamente en marcha hacia el inesperado tanque Viet Cong.

—Sigue sin moverse… —murmuró Casey cuando lo volvieron a ver—. Ofrece un blanco perfecto.

—¡Apronten las *bazookas*! —ordenó Berwick.

—Listos, señor… Cuando quiera.

—Bien, Casey… —El teniente esperó unos segundos más. Ka Sung ya debía de estar en posición…

Una pausa.

—¡Fuego! —El zumbido de los proyectiles siguió instantáneamente a la orden del teniente. Los cohetes estallaban sobre la cúpula de acero cuando resoplaron las bazookas de Ka Sung.

De uno y otro lado martillaron las andanadas… Casi no quedaban ya

proyectiles…

—No contestan… —Casey apuntó otra vez la bazooka—. ¿Acaso estén todos muertos?

—No creo… —el teniente estaba preocupado—. Parece intacto…

El rostro de Berwick se contrajo aterrorizado.

—¡Cuidado! ¡Al suelo!

Sobre la cúpula se abrió, sin un ruido, una extraña tronera. De ella surgió una bocanada de humo pesado, que adquiría una coloración amarillenta al describir una suave parábola.

—¡Disparó algo contra los vietnamitas de Ka Sung!

Sin embargo a Berwick no le pareció un proyectil, tan lento fue su vuelo. Cuando el humo se posó suavemente cerca de los vietnamitas, un estallido mudo pero impresionante conmovió a la jungla. Fue un estallido demorado, pareció la explosión de una bomba atómica filmada en cámara lenta. Los americanos contemplaron atónitos el lugar de la detonación. La jungla había sido arrasada hasta el suelo. Imposible que Ka Sung o cualquiera de sus hombres sobreviviera a semejante explosión. Pero los americanos no tuvieron tiempo de preocuparse por ellos…

La escotilla apuntaba ya hacia el teniente y sus hombres. Una nueva bocanada se desprendió de ella.

—¡Corran! —El teniente corrió enloquecido por el terror.

—¡Corran! ¡Corran! —Berwick en su desesperación ganaba terreno, dejando atrás a Casey y a los demás, demorados por el peso de las *bazookas*.

Otra vez el humo se expandió en un huracán que volatilizó todo cuanto encontró a su paso. El teniente cayó, literalmente aplastado por un manotazo titánico. El tiempo se suspendió para él.

Cuando empezó a incorporarse todavía estaba aturdido.

—Estoy vivo… Me salvé… Pero —el teniente miró en derredor—, ¿y los demás?

Incorporado a medias contempló aterrado la jungla arrasada.

—¡Casey! —El efecto del estallido debió alcanzar hasta pocos metros detrás suyo… Casey era un uniforme vacío… Un resto irreconocible.

Despavorido, el teniente recogió la *bazooka* caída entre sus pies y los restos de Casey.

—Pero… —los ojos de Berwick se clavaron febriles en la cúpula de acero—. ¡Se está abriendo!

Un complejo diafragma espiralado se desplegó abriéndose a modo de puerta en el costado de la cúpula.

—Están por salir —el teniente no vaciló ni un instante. Los años de *training* rindieron su fruto… la boca de la *bazooka* apuntó directamente a la puerta.

Impacto. El disparo hizo blanco en la abertura y estalló en el interior.

—¡Le di justo! El cohete estalló adentro. No puede haber quedado ni uno vivo. —El teniente se acercó a poco más de veinte metros—. Creo que Casey tenía razón… Esto no puede ser un tanque Viet Cong… Es demasiado raro —Berwick arrojó una granada con fuerza—, pero no correré riesgos inútiles.

Se hizo un ovillo para protegerse de la explosión.

—Ahora sí que estoy seguro de que no quedó ninguno vivo —murmuró acercándose a la abertura.

—No… No es un tanque… —Una atmósfera desconocida envolvió al teniente cuando estaba por entrar—. Casey tenía razón… esto es…

Al asomarse dentro de la cúpula, las complejas estructuras extraterrestres, completamente desconocidas para él, lo terminaron de convencer.

—Esto es… ¡un plato volador! —Berwick tocó asombrado los bajorrelieves que cubrían las paredes, totalmente bañadas por un humor verdoso.

—¿Y todo este líquido verde?

En seguida supo lo que era… Un bulto extraño, se adivinaban antenas como de un insecto monstruoso, tentáculos múltiples… Las explosiones lo habían destrozado, yacía en un gran charco de linfa verde…

—Mejor me voy… Debo dar parte de todo esto… —Berwick huyó, corrió. Era algo tan ajeno… No fue miedo. ¡No! Fue algo que nunca había sentido antes: ¡tuvo que correr! Y corrió… A pesar de las lianas y las malezas que querían retenerlo.

Pero no fue lejos…

Un silbido agudísimo le perforó los oídos. Relámpagos rojizos iluminaron la maleza… Por entre los árboles alcanzó a verlo… Sobrevoló la jungla a baja altura.

—¡Otro plato volador! ¡Debe estar buscando al otro!

El teniente miró con sorpresa hacia arriba.

—Pero… ¡No! —Una enorme nube brotó del nuevo plato volador… Lenta, muy lentamente la nube fue bajando hacia el plato asentado entre los pastos…

Berwick se había agazapado apenas tras un tronco cuando, otra vez, un estallido lento, tan lento como una película que es pasada muy despacio…

—¡No quedó ni la muestra! —el teniente se asomó asombrado—. ¡Lo desintegró! —El segundo plato ganó altura y se alejó.

—∞—

El coronel, el mayor, los médicos, todos tenían la vista clavada en el suelo. Inmóviles, no podían dar crédito a lo que el teniente les contaba.

—Fue todo tan incomprensible, señor… Tan increíble, tan absurdo… —El teniente no daba ya importancia a su relato—. Volví a correr, señor… pienso que debí estar asustado, porque corrí y corrí… Sólo me detuve cuando me venció el cansancio, pero apenas me repuse volví a correr… Cayéndome y levantándome… Hasta que me encontraron los marines…

—∞—

En aquel mismo momento un plato volador rojizo llegaba cerca de Nama, el décimo planeta de Rigel, y se ponía en comunicación con el Gran Comando.

—Patrullero Iko3 dando su informe… Siguiendo las órdenes recibidas, perseguimos al patrullero Iko22 tripulado por Res, el fugitivo… —El plato estaba ya muy cerca de la superficie del planeta—. Le dimos alcance en el tercer planeta de la estrella llamada localmente Sol. No intentó huir ni luchar. Procedimos a su aniquilación inmediata.

La respuesta llegó clara a través del espacio silencioso:

—Bien, Iko3… Suponemos que antes de aniquilarlo comprobaron que no haya habido ninguna clase de contacto entre el fugitivo Res y alguna especie nativa…

—Este… No, Gran Comando. No comprobamos si no hubo contacto entre el fugitivo y alguna especie nativa… —respondieron vacilando.

—¡Lo oímos y no lo creemos, Iko3! ¿Acaso no sabían ustedes por qué huye el fugitivo Res? —siguió la voz que llegaba desde el planeta Nama—. El fugitivo Res huía porque sabía que iba a morir. Porque sabía que estaba atacado por la muerte verde. El fugitivo Res huía porque sabía que a los verdes se los mata apenas se los ve… El fugitivo Res huía para poder vivir aunque sólo fuera unos pocos días más… ¡Por eso le dimos orden de aniquilarlo, Iko3! Para que el fugitivo no contaminara con la muerte verde el planeta que eligiera para morir.

Sabiendo ustedes eso, ¿cómo no se cercioraron del «no contacto» entre el fugitivo y alguna especie nativa?

—Perdónanos, Gran Comando… —una disculpa improvisada surgió del plato volador—. No pensamos que fuera tan importante… Total el tercer planeta del sol es tan pequeño, y su forma de vida tan atrasada…

—Entendemos… Por esta vez perdonaremos. Pero que no se repita. Ya conocen todos… —Las disculpas quedaron aceptadas.

—No se repetirá, Gran Comando. ¡Que Rigel nos devore si volvemos a errar!

Mientras tanto, algo llamaba la atención de los médicos del Hospital Militar de Saigón…

—El paciente se ha dormido, Coronel… Por un tiempo será imposible interrogarlo… —el médico vaciló—, pero… —señaló perplejo el rostro del teniente—. ¡Esto sí que es raro! ¡Miren! ¡El paciente se está poniendo verde!

Uno de los colaboradores se apresuró a tomar el pulso a Berwick. El pavor se apoderó del coronel, del mayor, de todos.

—Hay más, doctor… el pulso ¡aceleró de pronto y se detuvo!

—El teniente Berwick ha muerto… —Los médicos se miraron con desconcierto.

—Pero, doctor… ¡Usted también se está poniendo verde!

—¡Y usted también!

—Todos… —la voz del coronel fue sólo un gemido—. ¡Todos nos estamos poniendo verdes!

SONDAS

Esta serie fue publicada originariamente en la antología Los argentinos en la Luna (1968). Creemos que los microrrelatos o «supercortos»[24] que la conforman («Ciencia», «Amor»,[25] «Exilio» y «Génesis») son aquéllos a los que Oesterheld hace referencia en su «proyecto de libro».[26] Consideramos, en todo caso, que estos cuatro textos breves representan, en conjunto, una de las cumbres más elevadas de la producción literaria de Oesterheld.

Sondas

Ciencia

En algún lugar de los vastos arenales de Marte hay un cristal muy pequeño y muy extraño.

Si alzas el cristal y miras a través de él, verás el hueso detrás de tu ojo, y más adentro luces que se encienden y se apagan, luces enfermas que no consiguen arder, son tus pensamientos. Si oprimes entonces el cristal en el sentido del eje medio, tus pensamientos adquirirán claridad y justeza deslumbrantes, descubrirás de un golpe la clave del Universo lodo, sabrás por fin contestar hasta el último porqué.

En algún lugar de Marte se halla ese cristal.

Para encontrarlo hay que examinar grano por grano los inacabables arenales.

Sabemos, también, que, cuando lo encontremos y tratemos de recogerlo, el cristal se disgregará, sólo nos quedará un poco de polvo entre los dedos.

Sabemos todo eso, pero lo buscamos igual.

—∞—

Amor

Desnudos, se hacen el amor delante de la chimenea.

El resplandor de las llamas les caldea la piel, los cuerpos son un solo, rítmico latido.

Un solo, rítmico latido cada vez más pujante.

Por fin, el paroxismo.

Agotados, los tres cuerpos se desenroscan lentamente, las antenas se separan. Las llamas se multiplican en las escamas triangulares.

—∞—

Exilio

Nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

Salió de entre el roto metal con paso vacilante, movió la boca, desde el principio nos hizo reír con esas piernas tan largas, esos dos ojos de pupilas tan increíblemente redondas.

Le dimos grubas, y linas, y kialas.

Pero no quiso recibirlas, fíjate, ni siquiera aceptó las kialas, fue tan cómico verlo rechazar todo que las risas de la multitud se oyeron hasta el valle vecino.

Pronto se corrió la voz de que estaba entre nosotros, de todas partes vinieron a verlo, él aparecía cada vez más ridículo, siempre rechazando las kialas, la risa de cuantos lo miraban era tan vasta como una tempestad en el mar.

Pasaron los días, de las antípodas trajeron margas, lo mismo, no quiso ni verlas, fue para retorcerse de risa.

Pero lo mejor de todo fue el final: se acostó en la colina, de cara a las estrellas, se quedó quieto, la respiración se le fue debilitando, cuando dejó de respirar tenía los ojos llenos de agua. ¡Sí, no querrás creerlo, pero los ojos se le llenaron de agua, d-e-a-g-u-a, como lo oyes!

Nunca, nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

—∞—

Génesis

«Y el hombre creó a Dios, a su imagen y semejanza.

Y hubo amor, y placer, y virtud en el mundo. Y los días fueron largos, demasiado largos.

Entonces el hombre creó al Demonio, a su imagen y semejanza.

Y hubo así amor y odio en el mundo, placer y dolor, virtud y pecado.

Y los días fueron cortos, muy cortos.

Y fue bueno vivir.»

La trampa y el arma

Éste es un cuento fantástico de tinte localista en el que Oesterheld utiliza uno de sus argumentos preferidos: hace que la rutina cotidiana de un hombre común se vea interrumpida por un enemigo extraterrestre que lo obliga a enfrentar —sin elegirla ni esperarla— una situación límite que jamás imaginó.

Dado que se trata de un relato que permanecía inédito hasta hoy y que sólo llegó hasta nosotros sin título[27] y en páginas mecanografiadas halladas entre los manuscritos de Héctor, resulta imposible determinar con certeza la fecha en que fue redactado. Al dorso de una de esas páginas, sin embargo, figuran borradores a mano alzada de tres de los «supercortos» que conforman «Sondas».[28] Presumimos por ende que «La trampa y el arma» data de algún momento entre 1965 y 1968.

La trampa y el arma

Sentado al volante de su vieja chatita, y muy preocupado con su problema, allá iba Anselmo Lima por la Avenida Costanera.

«¿Le gustarán al señor Massini los tres enanitos que le llevo? Son los más grandes y los más pintarrajeados que pude encontrar…»

Anselmo Lima era el patrón, único peón y repartidor del «Jardín La Siempreviva - Proyectos y Realizaciones de Parques y Jardines», según rezaba la pomposa leyenda pintada con letras blancas en la portezuela de la chatita, pero la verdad era que Anselmo se ganaba la vida a duras penas vendiendo flores y plantitas de almácigo en la feria franca del barrio.

Por eso era tan importante conformar al señor Massini, el primer cliente importante que tenía; cosa nada fácil porque el señor Massini era un italiano rezongón que ya le había rechazado el pato y la cigüeña de yeso que le llevara para decorar el jardín.

Anselmo Lima, treinta años, delgado pero lo bastante ágil y resistente como para jugar de back centro en el equipo del «Vencedores de Boulogne», iba, como decimos, muy preocupado con su problema.

No podía imaginar que, unas quince cuadras más allá, a la altura del Aeroparque, le acechaba un problema mucho, pero muchísimo más difícil de resolver.

Un problema de vida o muerte.

—∞—

A mil quinientos siete años luz de Anselmo Lima, su chatita y sus enanitos pintados, en el quinto planeta de la estrella Lisa, un cinco-tentáculos llamado Hori miraba con tres ojos cargados de aprensión la bola de metal blanco que se detuvo delante de la puerta de su cueva, la más lujosa de toda la colina.

Hori sabía lo que le diría la bola. Pero igual la alzó y la apretó por el diámetro medio con el tercer tentáculo.

Una voz aterciopelada pero firme le hizo estremecer las antenas auditivas:

—Hori, la Comisión te saluda y te anuncia que te llegó el turno. Ya has vivido el término máximo en tu Nivel. Si quieres ascender al Nivel Superior tendrás que pasar por la Prueba. Si te niegas, serás degradado al Nivel Inferior.

Hori suspiró. Ya sabía lo que seguiría, pero volvió a apretar con el tentáculo.

—La Comisión realizó ya el sorteo: te toca batirte con un terráqueo (habitante del tercer planeta de la Estrella Sol, de la galaxia Vía Láctea). Ya conoces las reglas: lucha a muerte, sin armas, en el Coliseo Magno; si vences, ascenderás al Nivel Superior. Si eres derrotado, todos tus bienes serán entregados a tu vencedor. La Comisión te saluda y te desea la victoria.

Hori suspiró más hondamente aún que antes, un temblor le recorrió el corpacho macizo: Hori no se hacía ilusiones, sabía que no era valiente, la sola idea de la violencia física lo enfermaba.

Pero las leyes eran las leyes, y había que respetarlas. Si quería seguir gozando de la vida tendría que batirse. Por supuesto, el dilema que enfrentaba no podía ser más claro: por un lado estaba la vida en el Nivel Superior, una vida que era un sueño, un sueño de placeres y satisfacciones sin límites; por el otro estaba la vida de un Degradado, un espanto mil veces peor que la muerte: los Degradados eran los esclavos, los sirvientes de los tres-tentáculos, los primitivos habitantes de Uksa, los encargados de las tareas «bajas».

Una sombra oscureció la entrada de la cueva. Era Mikkoh, el tres-tentáculos experto en duelos, siempre aparecía cuando alguien recibía la bola blanca.

—Ya lo sé todo —empezó Mikkoh luego de inclinar su cuerpo larguirucho y cubierto de escamas triangulares; no se sabía cómo pero Mikkoh se las arreglaba para enterarse antes que nadie de las decisiones de la Comisión—. Tienes suerte, Hori. El adversario que te toca es un ser de físico mediano, dos piernas rudimentarias, dos tentáculos prensiles muy torpes, poca fuerza en general. Estoy seguro de que lo vencerás…

—¿Estás realmente seguro? —Hori lo miró con recelo: Mikkoh se ganaba su arcilla nutritiva preparando a los futuros duelistas para que, sin violar la ley,

llegaran al combate con las máximas garantías de victoria.

—Claro… seguridad ciento por ciento nunca hay… Suele haber sorpresas, el adversario a veces pelea mejor de lo previsto… Pero, tú sabes, Hori, tomando algunas precauciones puede irse al combate con la seguridad total de vencer… Y sin, desde luego, violar la ley que ordena no usar armas…

—¿Por ejemplo?

Mikkoh no contestó. Una lengua larga como una víbora asomó con picardía por la boca en punta.

Hori comprendió:

—¿Cuánto quieres?

—Lo habitual… Tres «imágenes»… Supongo que tendrás…

Hori resopló. Era caro, endemoniadamente caro. Pero valía la pena… ¿qué eran en verdad tres «imágenes» comparadas con su vida?

Se incorporó: si había que apelar a la ayuda de Mikkoh lo mejor era hacerlo trabajar a fondo, para asegurarse realmente de la victoria.

—Ven —Hori se desplazó con movimiento suave sobre sus cinco tentáculos; Mikkoh lo siguió, un ser grotesco con sus tres tentáculos y su cuerpo doblado en dos porque el techo bajo le impedía andar erguido.

—Lo que pides es mucho… —Hori empujó la puerta de su tesoro.

Los ojos de Mikkoh se agrandaron.

Allí, en el piso, y ocupando casi toda la cámara, brillaba cantidad de extrañas figuras de roca traslúcida; aquéllas eran las «imágenes», que representaban con fidelidad asombrosa las diferentes razas inteligentes que la civilización de Uksa había ido dominando en su larga y nunca terminada conquista del Universo.

—Tengo más de doscientas… —Hori infló el vientre peludo: tenía motivo para sentirse orgulloso, muy pocos cinco-tentáculos de su Nivel podían alardear de semejante colección—. Si salgo vencedor en el duelo te daré seis…

—¿Seis? —los ojos hexagonales de Mikkoh se achicaron, incrédulos.

—Sí, seis «imágenes» para ti si salgo vencedor. ¿No te parece que sería una lástima que te pierdas tamaña suma porque yo sufra un… digamos… un accidente en el duelo?

—¡No habrá «accidente», te lo aseguro! —brillaron de codicia los ojillos de Mikkoh.

—¡Yo te aseguro que con la «precaución» que yo te daré no correrás el menor peligro en el duelo!

—Trato hecho. —De un momento a otro Hori sería transportado al lugar del

duelo, no había tiempo para perder—. ¿Cuál es tu «precaución» para asegurarme la victoria?

—Aquí la tienes. —Mikkoh saca un frasco cilíndrico—. Estudiando los antecedentes de los terráqueos he descubierto que basta hacerles respirar ciertos gases para que se duerman al instante…

—¿Gases?

—Gases anestesiantes… Los más usados son el cloroformo y el éter… Para nosotros, ya lo sabes, el más cómodo es el éter… Toma, aquí tienes una bala de éter comprimido… Llénate de éter el reservorio… Cuando te batas con el terráqueo aplícale al rostro la ventosa del reservorio… Se dormirá enseguida, y entonces podrás estrangularlo con toda facilidad…

—Hum… una bala de éter… —Hori sopesó con el tentáculo el cilindro de vidrio—. ¿Estás seguro de que esto no podrá ser considerado un arma? Tú sabes que por nada del mundo quisiera violar la ley, una cosa es hacerle trampa al terráqueo y otra muy distinta es trampearle a la Comisión… Además de que es imposible usar un arma, el combate será ante millares de testigos.

—No, no es un arma, Hori, puedes estar seguro. Además, mi sistema tiene la gran ventaja de que los espectadores no podrán ver nada, creerán que has vencido a pura fuerza de coraje y de músculos, hasta es posible que te asciendan de una vez dos Niveles…

Hori no dijo más: tomó la «bala», la implantó en el reservorio, a un lado del cuello; Mikkoh abrió la válvula, retiró el tentáculo con presteza; Hori contrajo la boca del reservorio, el gas quedó atrapado dentro.

—Nadie notará que tienes escondida semejante forma de ataque —brillaron de orgullo profesional los ojillos de Mikkoh—. Será una gloria verte darle la gran paliza al terráqueo…

—Sí… Y ganarte de paso las seis «imágenes»…

—Si te parece excesivo el precio que tú mismo fijaste, retiramos el éter y aquí no ha pasado nada…

Hori se calló. La «laguna» central, el órgano que regulaba el ir y venir de los fluidos vitales dentro de su cuerpo, latió con fuerza desconocida: Hori estaba pensando que, dentro de muy poco tiempo, estaría gozando de las delicias sin cuento del Nivel Superior…

No pudo pensar mucho: una bola rojiza centelleó por un momento ante la cueva.

—Me vienen a buscar para trasladarme al Coliseo, llegó el momento… Hasta

luego, Mikkoh.

—Hasta luego, Hori… ¡Y buena victoria!

Una luz vivísima envolvió a Hori, un torbellino giró a su alrededor, por un instante no vio nada…

—∞—

Con las toses y estornudos de siempre ya la chatita de Anselmo Lima llegaba frente al Aeroparque; iba despacio, muy despacio, Anselmo no quería que se le rompiera alguno de los tres enanitos. Total no tenía prisa, el tiempo le sobraba.

«Con tal de que los enanitos le gusten al señor Massini y que…»

Anselmo Lima no terminó el pensamiento.

Una luz vivísima lo envolvió, se sintió girar dentro de un torbellino, por un instante no vio nada…

Al instante siguiente Anselmo Lima se encontró frente a algo que le pareció un enorme objetivo de máquina fotográfica, hubo un destello enceguecedor, todo se apagó de pronto, Anselmo se vio en el centro de una amplia pista circular, de paredes altísimas, brillantes como si fueran de metal bruñido…

«El terráqueo no tiene armas», en algún lado resonó una voz, un eco interminable quedó repitiendo la frase.

Desconcertado, Anselmo miró a los lados, hacia arriba. Las paredes, más allá de cierta altura, parecían de cristal, entrevió una multitud pero no pudo distinguir rostro alguno.

Además, ni tiempo tuvo de fijarse: allí, delante suyo, viniendo quién sabe de dónde, porque ninguna puerta se abrió para dejarlo pasar, había aparecido un rarísimo ser de cuerpo macizo, erguido sobre dos tentáculos flexibles; otros dos tentáculos se desplegaban a los lados del cuerpo, a la altura de la cintura, un quinto tentáculo se estiraba hacia adelante, a la altura del pecho. La cabeza era una masa casi esférica, achatada, con pequeñas antenas que vibraban en la parte superior; dos ojos enormes, circulares, se abrían sobre una gran boca armada de dientes agudos, desiguales… A un lado de lo que parecía el cuello, el extraño ser tenía como una gran ventosa de bordes ondulantes, sostenida por un delgado tallo flexible…

«Terráqueo del planeta Tierra…», de alguna manera alguien volvía a hablar, era una voz torpe, lenta, pero las palabras se formaban con claridad meridiana en el cerebro de Anselmo; «tu adversario se llama Hori y no tiene encima arma alguna… Hori y tú lucharán a muerte… si vences serás devuelto a tu planeta… y tuya será la fortuna de Hori… si eres derrotado, que tu Dios se apiade de ti… ¡Queda iniciado el combate!»

Era mucho lo que Anselmo hubiera querido preguntar, pero ya Hori se le venía encima, apoyándose con cuidado en los tentáculos inferiores, desplegados los restantes en toda su longitud.

Anselmo retrocedió, estaba perplejo, era demasiado desconcertante todo aquello.

Pero no pudo retroceder mucho, sintió contra la espalda la dura, helada superficie de la pared metálica.

Hori seguía avanzando…

Por un momento Anselmo tuvo delante a Hilda, su mujer, y a Ernestito, el chico… El recuerdo relampagueó en el cerebro de Anselmo, vio a Hilda en la casita a los fondos del vivero, cantando y lavando la ropa, sin dejar de vigilar a Ernestito, que andaría por ahí, en cuatro patas, muerto de risa porque se le pegaban las manos en el barro…

Rabia. Eso fue lo que sintió Anselmo, rabia contra la suerte, rabia contra la voz que le hablara, rabia contra aquel ser repugnante que ya casi lo estaba tocando… ¿Por qué habría de someterse a todo aquello?

Un latigazo en el cuello, bajo la oreja.

Haciéndose a un lado eludió apenas otro golpe de tentáculo. Y corrió hasta el otro lado de la pista, Hori era de movimientos lentos y Anselmo necesitaba tiempo para pensar, para trazarse algún plan de acción.

«… lucharán a muerte…», había dicho la voz.

Era su vida la que se jugaba.

Hilda y el chico…

El cinco-tentáculos se había movido apenas. Pero estaba cerca, mucho más cerca que antes…

Anselmo comprendió que, de alguna manera, las paredes circulares se cerraban, limitando el lugar del combate. No podría seguir huyendo.

«Al fin y al cabo, no es más grande que yo…»

Anselmo tomó impulso contra la pared metálica y contraatacó.

Eludió un tentáculo y descargó el puño contra la cabeza de los grandes ojos.

Hori reculó, Anselmo volvió a golpear a la cabeza, Hori trastabilló.

Anselmo repitió el golpe, pero se apuró demasiado, él no era boxeador, el puño pasó de largo.

Y algo duro, sólido como el acero, lo sujetó por los muslos. Un tentáculo…

Dos rápidos golpes al corpacho velludo, la boca de los dientes desiguales soltó un resoplido pero otro tentáculo inmovilizó el brazo izquierdo de Anselmo.

Forcejeó con desesperación, perdió el equilibrio, los dos cayeron sobre el piso pulido, Anselmo debajo.

Trató de librarse pero no pudo, los tentáculos lo inmovilizaban con firmeza.

La boca de los dientes desiguales se entreabría, cada vez más cerca de su rostro.

Anselmo hizo un esfuerzo, logró apartarse algo. Tenía todavía la derecha libre, si pudiera volver a golpearlo…

Pero… ¿y eso?

La ventosa junto al cuello de Hori… Casi le estaba tocando ahora la cara…

Un olor penetrante.

«Parece éter…»

Se revolvió una vez más, casi liberó una pierna, pero el tentáculo volvió a sujetarlo. Quedó casi de bruces, con Hori encima, aplastándolo con su peso.

Y la ventosa que volvía, a buscarle la cara…

La mano derecha le había quedado bajo el cuerpo, trató una vez más de liberarla. Algo duro le lastimó la muñeca, el encendedor que tenía en el bolsillo…

La ventosa le tocaba ya la mejilla, más olor a éter, se sintió embriagar, se revolvió frenético, logró apartar la cabeza unos centímetros.

Pero la ventosa siguió acercándose. Comprendió que quería adormecerlo. Para que quedara indefenso. Sería un sueño sin despertar…

Hilda y Ernestito…

Una idea le centelleó en la angustia de la desesperación, con un supremo esfuerzo se hizo algo a un lado, consiguió liberar la mano derecha, ya tenía en ella el encendedor.

Metió el puño en la ventosa, apretó el disparador del encendedor.

Una detonación apagada, como un gran bufido, un golpe de aire caliente en el rostro de Anselmo.

Aturdido, tardó en reaccionar.

Ya los tentáculos no lo oprimían más.

El Hori no se movía.

Con un esfuerzo se lo fue sacando de encima.

Se incorporó con trabajo, todo el cuerpo le temblaba.

El Hori siguió sin moverse. Lo tocó con el pie, no hubo reacción. Algo oscuro le salía por la ventosa, era una mancha que crecía y crecía. El Hori estaba muerto, no cabía duda.

Miró a los lados, había como un violento zumbido en el aire.

Una luz vivísima lo envolvió, un torbellino…

—∞—

—¿Mucho sueño, eh? ¡No hay que correrla tanto de noche! —Anselmo se despertó con un sobresalto.

Estaba en la Costanera, sentado al volante de la chatita. Un «zorro gris» se apoyaba en la ventanilla.

—Debería cobrarle multa por estacionar en lugar prohibido… Pero hoy me pescó de buenas… Váyase en seguida, antes de que aparezca un inspector.

Aceleró, no mucho, estaba tan aturdido todavía…

Notó algo raro en el coche, como si fuera muy cargado. ¿Tendría acaso alguna goma baja?

Se detuvo, echó un vistazo a las ruedas. Y entonces las vio. Una cantidad de estatuitas, a cual más extraña, como escapadas de la mente de un escultor borracho.

Recordó… ¿Sería aquélla la fortuna de Hori? Entonces… ¿no había sido un sueño el combate a muerte?

Miró en derredor, nadie venía a reclamar las estatuas… eran suyas, no cabía duda…

Se alzó de hombros. Si el señor Massini no quería los enanitos pintados, ya tenía con qué reemplazarlos y dejarlo contento.

Paria espacial

Este cuento fue publicado por primera vez en el nutrido #6 —ya mencionado anteriormente— de la revista *El Eternauta* del año 1962. El ilustrador fue Rubén Sosa.

De igual modo que en «*Un extraño planeta… planeta… planeta*» y «*El árbol de la buena muerte*»,[29] Oesterheld explora aquí las aventuras y desventuras que la humanidad debe enfrentar durante la conquista del espacio. Pero «Paria espacial» se distingue de esos dos textos anteriores por su ritmo ágil y sus rasgos épicos. El escenario no es ya un planeta en particular, sino el vasto espacio estelar, donde se suceden combates y viajes intergalácticos. Héctor no abandona en ningún momento, sin embargo, su preocupación por el valor del heroísmo y la esperanza en el espíritu humano.

Como señala Felipe Ávila,[30] este cuento tiene algunos elementos en común con el episodio de la serie *Sherlock Time*[31] que se publicó en la revista *Hora Cero Extra* #13, de septiembre de 1959. Existen, asimismo, al menos otras dos versiones de «*Paria espacial*», ambas tituladas «*La cosmonave fantasma*».[32]

Paria espacial

Rainer Lomas cerró los ojos, pero no soltó el lápiz.

Estaba cansado, harto de estudiar. Le faltaban todavía tres ecuaciones, tendría que seguir hasta terminar…

Sí; a lo mejor aquellas tres ecuaciones eran, justamente, las que decidirían el examen final…

Porqué, cuando llegaran a Molí I, Rainer Lomas y los demás «cadetes avanzados» tendrían que rendir el examen final. Si aprobaban, recibirían la codiciada Elipse de Oro, el distintivo de los Pilotos Espaciales.

Rainer Lomas abrió los ojos, miró a su alrededor, todo estaba como siempre en la cabina. La conocía al milímetro, tal como conocía al milímetro hasta el último tornillo, hasta el último conductor eléctrico de la aeronave. Como, también, conocía hasta el cansancio las reacciones de sus compañeros de estudio, los otros cinco cadetes que, alrededor suyo, se afanaban en resolver las ecuaciones.

Volvió a mirar el papel… ¿Cuántas veces, desde que saliera del colegio, había estado preparándose para algún examen? Cuando ingresó a la Fuerza Aérea, un examen muy duro porque había millares y millares que querían entrar… Luego, para pasar al Vuelo sub-espacial, cuando voló hasta la Luna… Aquel curso lo recordó con placer especial: Rainer Lomas había salido con las calificaciones más altas. Cualquier otro se hubiera dado por satisfecho, como Piloto sub-espacial tenía el porvenir asegurado, se ganaba muy bien, allá en la Tierra les daban casa, comida, colegio para los hijos, todo lo que necesitaran. Pero Rainer Lomas no se había conformado, Rainer Lomas tenía sed de espacio;

Marte, Venus, los demás planetas del sistema solar eran para él objetos casi domésticos… Rainer Lomas ambicionaba las estrellas, como un navegante de la antigüedad que se aburriera de la navegación de cabotaje, siempre con la costa a la vista para no perderse, soñara con poner alguna vez la proa al gran misterio del Océano inacabable.

El gran espacio, las infinitas distancias que se medían en años luz, la honda lejanía de los espacios interestelares… Aquello era lo que atraía a Rainer Lomas: el misterio de lo desconocido… Y, también, sus riesgos. Porque no siempre volvían quienes buceaban la inmensidad…

La atracción de lo desconocido era irresistible. Recordó las palabras de Curtiss, el primer hombre que llegara a una estrella. «Vi un sol que no era MI sol, vi planetas que nada tenían que ver con MI planeta. Me vi entonces a mí mismo, y vi que tampoco yo tenía nada que ver con el que era antes…».

Rainer Lomas respiró hondo. Ya también las estrellas habían perdido parte de su embrujo, ya era cosa de todos los días llegar hasta ellas, la Galaxia toda empezaba a ser recorrida. Había, desde luego, sorpresas increíbles, como los planetas artificiales girando en torno de Alfa de Libra, el Sol que, según algunos científicos, también sería el producto artificial de una industria inaudita; ¿qué raza había construido aquel sistema solar? ¿Y adonde había marchado, por qué había desaparecido así? Había muchas sorpresas en la Galaxia, sí. Pero en cierto modo no terminaban de bastar a Rainer Lomas. Él quería más, mucho más…

Rainer Lomas sacudió la cabeza, mejor no distraerse. Aunque costaba tanto no soñar, ya faltaba tan poco para la meta final. En aquel momento estaban a dos años luz de la Tierra, iban a Molí I, la nueva base espacial cuyo solo nombre bastaba para hacer soñar. Como Tahití, como Aku-aku, como la Tortuga, los viejos nombres de la aventura, hicieran soñar en otros tiempos a los Salgari, a los Zane Grey, a los Stevenson.

Sí, imposible no soñar. Unos días más y, cuando llegaran a la base, el examen final, el título máximo: Piloto Espacial… Haría algunos vuelos cortos de entrenamiento, y luego… Luego, al Gran Espacio, al espacio entre nuestra galaxia y la próxima, el Gran Espacio en el cual todavía no se había aventurado hombre alguno… Era a ellos, a los nuevos pilotos espaciales, a quienes sería confiada la estupenda empresa…

El examen final… Pero… ¿Y si fallaba?

Porque el examen no sería nada fácil; bien claro había sido el instructor: el reglamento era inflexible. De los seis aspirantes sólo serían aprobados tres…

El pulso se le aceleró, se le borraron de la mente las galaxias y los planetas todavía sin nombre y sin forma, volvió a concentrarse en las ecuaciones que tenía adelante.

Vio con claridad la solución. Curioso, cómo el soñar un poco suele despejar el cerebro. No eran tan difíciles aquellos cálculos, después de todo, ni…

Un timbre lo hizo estremecer. Un timbrazo claro, repetido con urgencia.

Igual que los otros cadetes, Rainer Lomas se enderezó, dejó el lápiz, se levantó de prisa.

Era tan poco frecuente en la rutina de abordo que los llamaran a la cabina de comando en plena hora de estudio, era tan desusado como que el instructor se pusiera a enseñarles pasos de baile.

Salieron, se atropellaron en el corredor, entraron en la espaciosa cabina que ocupaba toda la proa de la cosmonave.

Allí estaba Stine, el capitán. Junto a Stewart y Norlem, los dos oficiales, miraba con gran atención por el ventanal de la izquierda.

—Acérquense. —El capitán Stine era un hombre maduro, un Piloto Espacial con media vida fuera del Sistema Solar, tranquilo, siempre inalterable, siempre afable, era el hombre ideal para el mando de una cosmonave escuela—. Vale la pena que vean esto…

Rainer Lomas, lo mismo que los demás cadetes, se acercó al ventanal. Ante ellos se desplegó la increíble majestad del espacio visto sin ninguna clase de atmósfera, sin nada que velara las más remotas estrellas, sin nada que confundiera las embriagadoras espiras de las galaxias: miríadas de puntos luminosos, como si fuera una nevada de incomparable belleza que, de pronto, se hubiera quedado inmovilizada en mitad del espacio…

Pero no vio nada especial, nada que justificara el llamado del capitán Stine.

Lo mismo debió pasarles a los demás cadetes, porque todos miraron desconcertados al capitán. Éste sonrió:

—Tienen suerte, muchachos… Hay pilotos espaciales que se pasan la vida entera sin verla nunca. Claro, el espacio es tan enorme, es una verdadera casualidad encontrarla… Yo mismo, después de tantos vuelos, la he visto sólo dos veces… Ésta es la tercera.

Debió haber mucha perplejidad en el rostro de Rainer Lomas porque el capitán, riendo, lo tomó por el brazo y señaló con el dedo hacia un punto del espacio, algo a la derecha.

Había allí una especie de nube, era una galaxia muy distante, sin duda, o un

conjunto de galaxias, pero nada más, fuera de las consabidas estrellas.

—Allí… Allí, cadete Lomas: ¿ve esas tres estrellas debajo de la nubosidad? Pues bien, fíjese en la estrella más rojiza… ¿Qué le nota?

—No le noto nada… Pero… Ahora sí. ¡Veo que se mueve, señor!

—Exacto. Créanlo o no, lo que parece una estrella no es más que una cosmonave bañada por el sol… No hay ninguna otra cosmonave por esta zona, fuera de la nuestra: esa que va allá no puede ser otra que la Cosmonave Fantasma.

—¿La Cosmonave Fantasma? —los cadetes se miraron desconcertados. Aquello sí que era algo sensacional.

—Habrán leído ya sobre la Cosmonave Fantasma, me imagino —el capitán Stine dejó el ventanal y fue hacia una pantalla, cerca del puesto de comando.

—Por supuesto, señor —contestó Rainer—. Pero, la verdad, siempre creí que era una leyenda…

—No, cadete Rainer, la Cosmonave Fantasma no es ninguna leyenda. En el año 2063, o sea unos veinte años atrás, la cosmonave *Effort* no regresó a la tierra en la hora y el día calculados; había sido lanzada hacia lo que después se llamó la «Galaxia Negra», esa parte de la Vía Láctea que más tarde se decidió prohibir completamente para los vuelos espaciales, porque hay algo allí que nunca se pudo saber con precisión en qué consiste, que destruye las cosmonaves… Se consideró que la *Effort* estaba completamente perdida, se la borró de los registros, el nombre de John Bergson, su capitán, fue inscripto en la placa de bronce al pie del memorial a los Desaparecidos en el Espacio…

»Pero un día, medio año después de ser descartada como desaparecida, la *Effort* fue avistada por otra cosmonave que iba rumbo a Sigma 9. —El capitán Stine no podía con su genio pedagógico y cuando se lanzaba a una explicación, le gustaba llegar hasta los menores detalles—. James, el capitán de la cosmonave que avistara la *Effort*, maniobró para acercarse: dio por descontado que no habría nadie a bordo, que la *Effort*, vaya uno a saber por qué accidente, había quedado girando en órbita, sin posibilidades ya de regresar jamás a la Tierra. Sin embargo, James se llevó la sorpresa de su vida: antes de que se pudiera acercar demasiado hubo un destello en el flanco de la *Effort* y faltó muy poco para que la cosmonave de James quedara fuera de combate: la *Effort* acababa de disparar contra ella uno de los dos “rayores” con que estaba artillada; lo único que salvó a James fue que todavía estaban relativamente fuera de alcance. Con la cosmonave averiada, James regresó a la Tierra, y desde entonces quedó planteado el enigma:

¿quién iba a bordo de la *Effort*, por qué no intentaba aterrizar nunca? ¿Por qué atacaba con los "rayores" a todas las cosmonaves que se le acercaban? Porque James no fue el único que quiso reconocer la *Effort*: otras dos cosmonaves que trataron de acercársele fueron averiadas por los disparos de los "rayores". Una de ellas quedó tan maltrecha que debió ser abandonada por la tripulación, y motivó el famoso rescate llamado de "Epsilón del Centauro", porque fue cerca de esta estrella donde se hizo el salvataje. Desde entonces, por supuesto, se impartió orden terminante de dejar tranquila a la *Effort*, de no acercársele bajo ningún pretexto…

—Si mal no recuerdo, señor, creo haber leído que se hizo un intento de destruirla…

—Sí, pero no fue un intento llevado a fondo. —El capitán Stine se apoyó en la pantalla junto al puesto de comando: accionó un control, la pantalla se encendió—. Pensando en que la *Effort* podía convertirse en un objeto peligroso, se envió contra ella la *California*, la primera cosmonave dotada de súper «rayores» y de microtelevisores, además de tantos otros adelantos, que bien conocen ustedes por el Manual. Pues bien: la *California* consiguió localizar a la *Effort*, ya estaba por dispararle los súper «rayores» cuando, siguiendo las instrucciones recibidas, la enfocaron con el microtelevisor. Pudieron verla así de cerca, pudieron ver lo que había dentro de la *Effort*…

El capitán Stine movió otro control y prosiguió:

—Mejor que cualquier explicación mía, nuestro micro-televisor les enseñará lo que vieron los hombres de la *California*. Y comprenderán por qué no abrieron fuego con los súper «rayores»…

Hubo bandas transversales en la pantalla, las bandas ondularon, se hicieron espiras, todo quedó a oscuras, un instante después volvían a encenderse, los ojos de los cadetes se agrandaron por la sorpresa. En la pantalla, con toda claridad, se veía la *Effort*: era una cosmonave de líneas muy anticuadas, con el casco picado de incontables pequeñas abolladuras, impactos sin duda de micrometeoritos, con un gran ventanal central en la parte superior de la proa.

El capitán Stine movió un poco más el control. Otra vez las bandas transversales, las espirales, la oscuridad. Y ahora un primer plano del ventanal: en él, mirándolos a los ojos, un hombre.

Un Piloto Espacial, de rostro curiosamente avejentado, pues tenía arrugas que no iban bien con la enorme energía de los ojos…

—Ahí tienen al capitán de la «Cosmonave Fantasma»… John Bergson.

—¿Seguro que es él, señor?

—Completamente seguro, muchacho. Lo han identificado sin lugar a dudas; en la *California*, justamente, iba de comandante el coronel Paul, compañero de estudios de Bergson, fue él quien lo reconoció, y fue por eso que no quiso atacarlo. A raíz del informe del coronel Paul se desistió de atacar a la *Effort*: quedó en pie la prohibición de acercársele para no ponerse a tiro de sus «rayores» y desde entonces la «Cosmonave Fantasma» ha quedado viajando por el espacio, cambiando cada tanto de trayectoria, en órbitas imposibles, sin intentar jamás descender en algún mundo habitado…

—Pero… ¿Cómo puede Bergson seguir viviendo después de tanto tiempo? Dijo usted que la *Effort* se perdió hace veinticinco años…

—Debiera ponerle una mala nota, cadete Rainer… —el capitán Stine sonrió afectuosamente a Rainer—. Como habrá leído usted en el Manual, la *Effort* fue uno de los prototipos de las «cosmonaves autónomas», que iniciaron la serie de cosmonaves con equipos regeneradores de aire y de alimentos, capaces de mantenerse en el espacio durante años y años sin ser abastecidas. Bergson puede seguir volando en la *Effort*, si quiere, o si no se muere antes, otros veinticinco años…

—¿Trató alguien de comunicarse con él? —preguntó otro de los cadetes—. Le hicieron señales, imagino…

—Desde luego, al principio, todas las cosmonaves que lo avistaban le hacían señales luminosas, trataban de entrar en contacto radial. Pero jamás Bergson respondió, jamás hizo el menor intento de comunicación. Por todo esto se supone que John Bergson, vaya uno a saber por qué causa, perdió la razón durante la exploración a la «Galaxia Negra»; nadie piensa en molestarlo ya, es más, es tanta la lástima que inspira que es costumbre que las cosmonaves que avistan la *Effort* suelten al espacio algún bulto con provisiones. No porque le hagan falta a Bergson, como ya les dije, sino para darle algunas cosas que los regeneradores automáticos no podrán darle nunca. Por ejemplo: whisky, golosinas, cigarrillos, libros…

Rainer Lomas no escuchaba ya al capitán Stine, toda su atención se concentraba en aquel rostro que aparecía en la pantalla; no se había movido, continuaba mirándolos, como si supiera que lo observaban con el microtelevisor. Seguía mirándolos, con esa curiosa expresión que era una mezcla entre un infinito cansancio y un gran orgullo.

¿Era posible creer que aquel hombre fuera un loco?

Y si lo era, ¿qué forma de locura era la suya?

—¿Y los compañeros de Bergson, señor? —junto a Rainer quiso saber otro cadete—. Tengo entendido que la tripulación de la *Effort* fue de tres hombres…

—Muy bien, cadete Douglas. Sí, la tripulación original de la *Effort* fue de tres hombres. De los otros dos, para ser breve, sabemos exactamente lo mismo que usted. Nunca nadie los ha visto, lo más probable es que hayan muerto en el mismo accidente que hizo enloquecer a Bergson…

Ya el rostro del capitán de la «Cosmonave Fantasma» se hacía borroso en la pantalla del microtelevisor.

La *Effort* iba quedando en la distancia.

Hubo un par de sacudidas en la *Selene*.

Dos, tres bultos se desprendieron de la popa de la cosmonave escuela, fueron quedando atrás, frenados por pequeñas cargas de nitrógeno comprimido.

Eran los «regalos» que el capitán Stine hacía a la «Cosmonave Fantasma».

—Le dejamos cigarrillos, diarios, chocolates, tubos de vitaminas…

—¿Seguro que los recogerá?

—Sí. Cuando estemos bien lejos, maniobrará para recogerlos.

Rainer tuvo la idea:

—¿Nunca nadie trató de dejarle un mensaje en esos bultos? Podría proponérsele un sistema de señales… Quizá no responde a los intentos de comunicación porque le fallan los transmisores…

—Ya se intentó de todo, se lo repito. Se le hicieron señales luminosas, se le pidió por medio de los bultos, tal como usted lo propone, que hiciera señales con alguna linterna, con las manos, con los ojos, con cualquier cosa. ¡Pero nada! Bergson ha seguido siempre mudo, sin intentar jamás un contacto…

Atrás quedó la «Cosmonave Fantasma». Durante un tiempo fue visible por el telerradar. Por fin ni aun así se la pudo detectar.

De vuelta al estudio-cabina, Rainer Lomas trató de concentrarse otra vez en las ecuaciones. Pero le fue muy difícil hacerlo. /

Imposible borrarse de la retina el rostro de Bergson, a la vez tan viejo, tan orgulloso…

—∞—

Días después, ya en Moli I, los cadetes espaciales se llevaron una sorpresa.

El Instructor Jefe les hizo un anuncio inesperado:

—No tendrán que rendir examen para recibir la Elipse de Oro…

El instructor jefe, un hombre de edad madura, de frente abombada y llena de arrugas, se sonrió, adivinando su alivio.

—El examen, sin que ustedes lo supieran, lo hemos estado tomando durante el vuelo en la cosmonave-escuela. Todos, cada uno de sus actos y reacciones han sido registrados y computados; sabemos de sobra quiénes son los más adecuados para recibir la Elipse de Piloto Espacial.

El Instructor Jefe hizo una pausa, aclaró un poco la voz, continuó:

—Jeffrey Douglas, Rainer Lomas, Kent Tiang pueden considerarse desde este momento Pilotos Espaciales. Los restantes pasarán a la Escuela de Gobernadores: desde ya les digo, no como consuelo sino como simple constatación de un hecho, que un Gobernador Espacial en un nuevo planeta es un cargo tanto o más importante que el de Piloto Espacial.

—∞—

Rainer Lomas movió con cuidado el control del telerradar. Nada, todavía nada.

¿Se había equivocado de órbita? Sin embargo, la última información de la *Marylin* decía que la «Cosmonave Fantasma» iba en aquel «Canal»; la *Marylin* era la última cosmonave que avistara a la «Cosmonave Fantasma».

Tendría que esperar.

Se echó para atrás en el asiento, cerró los ojos.

Rainer Lomas volaba por fin al comando de una cosmonave. Era aquél su primer auténtico «solo» espacial. No era un vuelo importante, todavía, era sólo una misión de rutina hacia «Retus VII» en el sector Intermedio de la Galaxia. Si todo andaba bien le confiarían una de las nuevas cosmonaves, una de las «Gran Espacio» diseñadas para el vuelo intergaláctico.

Otro toque al control del telerradar. Nada todavía. Pero…

Un pequeño sonido, como el golpear de un lápiz contra un vidrio.

Sintonizó mejor, ahora el sonido fue mucho más claro.

—Por fin… ¡Unos minutos más y tendré a la vista a la «Cosmonave Fantasma»!

Los cálculos de Rainer Lomas habían resultado correctos.

Poco antes de partir para «Retus VII» había leído el informe de la *Marylin*: allí estaban los datos de la última órbita por la que volaba la cosmonave errante de Bergson.

Una órbita que pasaría muy cerca de la órbita que debía recorrer Rainer para llegar a «Retus VII».

Sin decir nada a nadie, para que no le ordenaran desistir, Rainer ajustó la hora de su partida para llegar al cruce de la órbita en el momento exacto en que lo haría la «Cosmonave Fantasma».

Porque Rainer Lomas tenía una idea.

Una idea que, si resultaba, podría terminar el calvario de Bergson, el astronauta encerrado en su cosmonave desde hacía veinticinco años…

El eco del telerradar era ya inconfundible. No podía ser un meteorito, no quedaba duda ya de que se trataba de una cosmonave.

Encendió el transmisor, emitió la señal de reconocimiento.

Como lo esperaba, no obtuvo respuesta.

Aquella cosmonave no podía ser otra que la «Cosmonave Fantasma», la *Effort*.

Los computadores electrónicos le dieron la velocidad y la órbita, pasó los datos al piloto automático para que durante un trecho volaran paralelamente a la *Effort*, pero sin acercarse demasiado.

Miró por el ventanal de babor. Tardó en verla, eran tantos los puntos que podían ser una cosmonave.

Encendió las coordenadas luminosas del telerradar, le marcaron con precisión un punto muy pequeño, ligeramente más oscuro que los que lo rodeaban.

Aquélla era la *Effort*.

Encendió la pantalla del microtelevisor.

Las bandas onduladas, las espiras, la oscuridad, allí estaba de pronto Bergson.

Siempre en su puesto de mando, siempre con su rostro ajado, gastado como un muro sin revocar, siempre con sus ojos que se hacían altivos…

—Ahora es el momento. —Rainer Lomas dejó indicado en el piloto automático el curso a seguir.

Se colocó el traje espacial, pasó a la cámara compensatoria, a popa. Allí estaba el saco de lona: se enfundó en él, aunque sólo hasta el pecho. Puso en marcha el dispositivo de «salida»; automáticamente se hizo el vacío en la cámara

compensatoria, se abrió la escotilla.

Salió al espacio, hizo funcionar por un instante el «motor manual», que no era otra cosa que un tubo con gas super-comprimido, se alejó del casco…

Y se guareció dentro del saco, cerrándolo por dentro: Bergson, desde la *Effort*, creería que otra cosmonave de las que a cada tanto se cruzaban con él le dejaba el consabido regalo de «provisiones»…

Poco a poco, por entre la trama del saco, vio alejarse su cosmonave.

Pero no se inquietó: con el «motor manual» le sería fácil alcanzarla. Además, flotar libremente en el espacio era una de las primeras cosas que se aprendían ya en el curso de Vuelo Sub-espacial.

Esperó.

No mucho, porque ya la *Effort* venía hacia él.

Terminó de encogerse dentro del saco, quedó totalmente inmóvil.

Bergson no debía sospechar nada.

Algo le golpeó con rudeza.

Ya lo había previsto: Bergson estaba tratando de recogerlo con la red automática. La *Effort*, como todas las cosmonaves de su tiempo, tenía la escotilla de entrada a un lado, la popa se reservaba enteramente para los dispositivos propulsores.

Se sintió totalmente envuelto por los cables de plástico de la red automática.

Un golpe violento en un costado, la oscuridad total.

Ya estaba en la cámara compensatoria de la *Effort*…

Oyó un zumbido. Los dispositivos automáticos llenaban con aire la cámara compensatoria.

Una luz.

Un sacudón, manos forcejeando con la boca del saco.

Era Bergson.

Que retrocedió sorprendido, con la boca abierta por la sorpresa.

Acababa de descubrirlo.

Rainer salió del saco.

Moviéndose con calma, no debía hacer nada que asustara a Bergson ni, tampoco, debía dejar de observar en ningún momento sus movimientos: imposible pensar cómo reaccionaría Bergson, no debía olvidar que estaba tratando con un demente.

Pero… ¿Era Bergson en verdad un demente?

—Por fin… Por fin se le ocurrió a uno… Aunque yo no lo quería…

Abrumado, aturdido, Bergson había retrocedido, ahora estaba sentado sobre la tubería que corría junto a una de las paredes de la cámara. Y hundía, desolado, la cabeza entre las manos…

Rainer se quitó el casco, el aire era caliente pero puro, los equipos regeneradores funcionaban bien en la *Effort*, a pesar de los años.

—He venido a llevarte, Bergson… —dijo con voz calma, como si se conocieran de siempre.

Bergson lo miró, meneó la cabeza. No había ahora ningún orgullo en sus ojos.

—Imposible, muchacho… Imposible… Creí que se darían cuenta de que soy un prisionero.

—¿Un prisionero?

—Sí. Por transmisiones posteriores sé que a esa zona de la Galaxia le llaman ahora la «Galaxia Negra», fueron tantas las cosmonaves que no volvieron de allí, que se prohibieron los vuelos a esa zona… Yo creo que soy el único que volvió de la «Galaxia Negra»… Aunque más me valiera haberme quedado…

No, el hombre que Rainer tenía delante no era un demente… Era un hombre en el último borde de la angustia, de la desesperanza. Las manos muy blancas, azules casi, temblaban como las de un anciano. Rainer adivinó que corría ya muy poca vida por aquellas venas hinchadas.

—En la «Galaxia Negra» hay un planeta, Arpa, habitado, como tantos otros… Pero nadie sabe el peligro: nadie sabe que en Arpa hay una raza inteligente, endemoniadamente inteligente, que aspira a la conquista de la Galaxia: son los «Lubos». Tienen cosmonaves primitivas, de poco radio de acción, pero muy bien artilladas: han atacado y destruido nuestras cosmonaves que se internaron en la «Galaxia Negra», por eso no regresó ninguna. La *Effort* fue la última cosmonave atacada: en lugar de destruirla, intentaron capturarla intacta, para conquistar de un golpe todos nuestros secretos.

»Nos atacaron, fue inútil que tratáramos de contenerlos con los “rayores”, lograron hacer pie en la *Effort*. Miller y Schneider, mis dos compañeros, trataron de rechazar el abordaje, consiguieron destruir la cosmonave de los “Lubos” en un acto de heroísmo increíble. Pero murieron, y no pudieron evitar que un “Lubo” quedara refugiado en la popa de la *Effort*…

—¿Y después?

—Yo estaba en la parte delantera, en el puesto de comando: conseguí cerrar la escotilla de comunicación, el «Lubo» quedó dueño de la popa, yo quedé

dueño de la proa… Yo quedé dueño del comando, y de los transmisores, pero él quedó dueño de las baterías, por lo que no pude comunicarme con el exterior…

—Pero… —Rainer tuvo un estremecimiento: aparecía en la explicación de Bergson un punto oscuro, un punto que revelaba de pronto el desequilibrio de su mente—: Pero… ¿Y los «rayores»? ¿Por qué usaste los «rayores» contra las cosmonaves que trataron de acercarse?

—Para que no lo hicieran, justamente… El «Lubo», en la popa, se ha multiplicado, hay allí lo menos una docena… Bastan y sobran para tomar al abordaje a cualquier cosmonave que trate de acercarse a la Effort… Por eso me vi obligado a disparar los «rayores» contra cuantas cosmonaves se me pusieron a tiro, para sacarles de la cabeza la idea de rescatarme… Si los «Lubos» capturan una cosmonave nada les impedirá regresar a Arpa y, dueños ya de nuestros secretos, lanzarse a la conquista de la Galaxia toda…

—Pero… ¿Por qué no hiciste señales? ¿Podrías haber usado alguna linterna o las manos?

—No… Si avisaba lo que ocurría, vendría quizá toda una fuerza de cosmonaves para rescatarme. Quizá lo conseguían, pero quizá también los «Lubos» resultaban vencedores. No podemos saber qué armas han fabricado allí a popa, en todo este tiempo que llevamos navegando por el espacio… Podría haber hecho señales, sí, pero el único mensaje que yo tendría que haber tratado de transmitir sería…

Bergson apartó los ojos, súbitamente mucho más viejo aún que antes. Y continuó:

—Sería pedir que me atacaran con los súper «rayores», para que desintegraran a la *Effort*… Pero, la verdad, me faltó valor para transmitir eso… Como me faltó valor para estrellar a la *Effort* contra cualquier planeta… Cada vez que me propuse hacerlo terminé por contenerme… Me detuvo la idea de que alguna vez ocurriría algo que me salvaría… No sé qué cosa, quizá la muerte de los «Lubos»… Pero nada, hace tiempo que perdí la esperanza… Escucha…

Bergson golpeó con el puño contra el tabique de acero.

Hubo del otro lado una sucesión de golpes violentísimos. Sí, los «Lubos» estaban en perfecto goce de todas sus energías…

Rainer Lomas puso la mano en el hombro de Bergson. Un hombre fláccido, huesudo, sin vigor.

—Ya pasó todo, Bergson… Ocurrió lo que no esperabas: he venido a rescatarte. Saldremos los dos al espacio, y, con el «motor manual», alcanzaremos

a mi cosmonave: nos será fácil hacerlo, va prácticamente a la misma velocidad que la *Effort*.

Bergson meneó la cabeza, desolado:

—Imposible, muchacho… Te agradezco el esfuerzo, te has expuesto sin necesidad a un riesgo tremendo… No podremos salir nunca de aquí… —Bergson se miró las manos con desaliento—. Si salimos de la *Effort* los «Lubos» nos matarán… Y se apoderarán por fin de la cosmonave.

—¿Que nos matarán? ¿Cómo?

—Tienen armas para hacerlo… tienen un lanzarrayos muy similar a nuestros «rayores»…

—¿Cómo lo sabes?

—Una vez traté de salir… Estoy vivo porque erraron el primer destello. Si salimos al espacio nos cazarán como a patos…

—Entonces…

—Entonces, mi muchacho… quiere decir que estás condenado a la misma suerte que yo… No podrás volver nunca a tu cosmonave…

—∞—

A los tres días de la llegada de Rainer a la *Effort* murió Bergson. Se apagó, sencillamente. Como si el saber que ahora otro compartía aquella increíble situación le hubiera roto algún resorte interior.

Se negó a comer la torta de algas vitaminizadas, fue inútil lo que hizo Rainer para preparársela según nuevas recetas.

No quiso ni beber, se quedó acostado en su cucheta, pidió a Rainer que le hablara de la Tierra.

Y así, oyendo la voz de Rainer, se le fueron congelando los ojos y dejó de respirar.

Rainer puso el cuerpo en la cámara compensatoria e hizo funcionar el dispositivo eyector. Sí, Bergson tenía razón: apenas el bulto empezó a distanciarse de la cosmonave, hubo destellos a un lado, el bulto se desintegró en un chispazo. Los «Lubos» habían creído que Bergson intentaba escapar, habían reaccionado con presteza…

—∞—

Sentado a los comandos de la Effort, Rainer Lomas miró acercarse la cosmonave. Era una «Gran Espacio», uno de los últimos modelos.

Si los «Lubos» le echaban mano…

Pero, no, los «Lubos» no la capturarían.

Bergson había sido un valiente, no había claudicado, había conseguido que ninguna cosmonave se le acercara, impidiendo, así, que los «Lubos» entraran en posesión de los secretos del vuelo interestelar.

Pero Bergson no había sido todo lo valiente que hacía falta.

El peligro de que los «Lubos» capturaran alguna cosmonave seguía siendo tan grande como en el primer día.

Rainer Lomas sabía lo que debía hacer para terminar con aquel peligro.

Cuando la otra cosmonave estuvo en curso paralelo, cuando tuvo la certeza de que lo estarían enfocando en la pantalla del microtelevisor, Rainer encendió la linterna.

Y transmitió en Morse un largo mensaje. Explicando lo que había hecho, repitiendo el informe de Bergson. Con todo detalle expuso la situación a bordo de la *Effort*, y también, con todo detalle, explicó lo que pensaba hacer.

Un destello en la «Gran Espacio»: era la señal internacional de «Mensaje entendido».

Hubo otra señal, en seguida:

«Buena suerte…»

Rainer Lomas movió los diales del piloto automático, la *Effort* comenzó a torcer el rumbo, entrando en otro «canal».

No vio más a la otra cosmonave. Pero sabía que lo seguían con el telerradar, para estar seguros…

—∞—

El punto luminoso se fue haciendo más y más grande. Era ML 14, una estrella como tantas, muy semejante al Sol.

El punto luminoso se fue agrandando, pronto se hizo un disco.

Siguió creciendo, se borró el espacio, sólo hubo la luz enceguecedora de ML 14.

El acondicionador de temperatura de la *Effort* no pudo ya contrarrestar el calor, Rainer Lomas empezó a transpirar.

Cerró los ojos, se los protegió con la mano, la luz era demasiado enceguecedora. Más y más calor.

Golpes hacia popa. Los «Lubos» se daban cuenta de todo…

—∞—

La Effort siguió su vuelo hacia la estrella, era ahora como un pequeño insecto acercándose a un gran fanal incandescente.

No llegó a tocarla, desapareció antes, volatilizada en brevísima llamarada.

Inocente Maquiavelo Reforzado

Este cuento fue publicado originariamente en la revista *Más Allá*[33] #29, de octubre de 1955, con ilustraciones de Ornay.[34] A diferencia de casos anteriores, Oesterheld firmó este relato con su propio nombre, sin recurrir a seudónimo alguno. Resulta curioso que haya renunciado a tal precaución, teniendo en cuenta lo estrafalario de la trama, y la naturaleza transgresora que el texto revestía para esa época. Es clarísimo, en todo caso, que Héctor era plenamente consciente de la potencial polémica que le aguardaba. El relato apareció precedido por el siguiente aviso:

> *Advertimos a los lectores serios, a los que no quieran leer nada alegre, nada inquietante, nada atrevido, que pasen por alto y muy de prisa, ¡porque queman!, las páginas de este cuento, desde las cuales un escritor argentino desafía a los lectores de Más Allá.*
> *Léalo y háganos conocer su opinión aunque sea para insultarnos.*
> *Lo esperamos todo.*

«Todo» fue exactamente lo que llegó al «Correo de Lectores»[35] de la revista: hubo críticas y aplausos: furibundas misivas de repudio y ofensa, elogios de toda clase, aclamaciones diversas, y —como había anticipado el mismo Héctor— algún que otro insulto.

Entre estas cartas, se destaca la de una lectora que transcribe a pies juntillas parte de la advertencia arriba citada, para luego terminar su carta con el siguiente remate: «Parece mentira, pero uno de los objetos de esta carta es ése: ¡Insultarlos!». Otro lector escribe perplejo:

> *Pese a mi mejor buena voluntad no he podido desentrañar la finalidad que pretende tener [el] contenido [de este cuento]*

Y agrega, escandalizado:

> *[Este relato] carece de los principios más elementales del decoro y puedo afirmar que este tema hubiera sido rechazado por la revistilla más insignificante y con más razón debió haberlo sido por ésta.*

La controversia que despertó «*Inocente Maquiavelo Reforzado*» no se ha aquietado con los años. Actualmente sigue siendo elogiado y criticado en igual proporción. Pese a que lleva por título el nombre de un modelo especial de corpiño, esta historia roza también la reflexión sobre temas más profundos: la naturaleza humana, inalterada en sus vicios y virtudes aun en un futuro lejano, es la verdadera protagonista de este relato tan particular.

Ahora es su turno, estimado lector: le toca a usted decidir si ama, odia, o prefiere directamente saltear este cuento. Eso sí: ¡por favor, no nos escriba a nosotros para insultarnos!

Inocente Maquiavelo Reforzado

En una de esas nubes luminosas de propaganda, tan de moda en los últimos tiempos, centelleaba con letras de oro, entre los dos cipreses, el nombre famoso: «Inocente Maquiavelo, Reforzado»…, «Inocente Maquiavelo, Reforzado», en letras de oro sobre dos círculos iguales y rosados… Detrás del arbusto, agachado para pasar inadvertido a las parejas que salían del parque, Jacobus Rándom[36] revisó por última vez los diales de su pistola atómica. Aquél era su primer asesinato, y Rándom estaba dispuesto a hacerlo bien…

El sendero quedó solitario. El lento rumor de los pasos de la última pareja se apagó, esfumándose en el suave susurro de la brisa. Jacobus Rándom quedó solo. Tan solo que un pensamiento le inquietó: «¿Y si no viene? ¿Y si me equivoqué, y no es éste el lugar?».

Pero no; no había por qué preocuparse; era temprano todavía: apenas un poco más de las ocho y media. Bien claro le habían dicho los detectives: «La persona que a usted le interesa ha sido oída citándose telefónicamente con una dama. Dijo que la esperaría en el parque, entre los dos cipreses a las nueve…».

Porque todo había empezado con aquel nombre… Por aquel nombre estaba Jacobus Rándom allí, en el parque, acechando a un hombre…

Hubo la sombra fugaz de un murciélago sobre la nube luminosa, y Jacobus Rándom, sin proponérselo, se encontró viviendo otra vez la increíble serie de acontecimientos que lo trajeron al parque y pusieron una pistola atómica en su mano…

Tres meses atrás, Jacobus Rándom estaba en su despacho de presidente de la «One-Two Company», una de las dos principales fábricas de corpiños del planeta; su gran despacho blanco de plástico imitando mármol, con el escritorio reproducción exacta del Partenón, el famoso templo de la Acrópolis de Atenas…, ¿o de Roma? Quizá ni el decorador lo sabía. La culpa la tenía esa condenada moda que quería revivir en pleno siglo XXII la arquitectura clásica.

Era temprano todavía, y apenas si Jacobus Rándom se había instalado en su silla curul, copia exacta de la usada por un senador romano del siglo I, cuando la puerta se abrió y entró Miss Gertrud, la secretaria. Con su andar rápido de empleada diligente y alerta, se plantó delante de Jacobus Rándom. Éste no pudo menos que comparar la delgada y fláccida figura de la secretaria con el cálido y rozagante retratograma de Carolyn Cónrad en *sweater* rojo, situado en la pared de enfrente. El mismo Jacobus lo había colgado allí para tener siempre presente, en aquella figura en relieve que respiraba serena y parpadeaba de cuando en cuando, la mórbida perfección de la que casi fuera su modelo.

Jacobus Rándom suspiró. La comparación con la desmayada anatomía de Miss Gertrud destacaba aún más las formas del retratograma, tan sabiamente moldeadas por el rojo tejido… «Y pensar», suspiró Jacobus, «que Carolyn pudo ser la modelo para el Inocente Maquiavelo…».

Pero ya Miss Gertrud se hacía oír:

—El señor Hítler Müller desea verlo, señor Rándom…

—¿El señor Hítler Müller? —Jacobus se estremeció. Aquél era el inventor que había venido a proponerle, un año atrás, una novedad en corpiños; una novedad tan estúpida que Rándom tuvo que reírse cuando el hombre le dijo: «Hasta ahora, y desde que se crearon los corpiños, las dos partes han sido del mismo color. Mi idea, señor Rándom, es hacer ambas partes de colores bien distintos, contrastantes…».

Sí, él, Jacobus, el genio de la One-Two Company, se había reído del inventor. Y éste había ido con su creación a la Bipolaris Incorporated, la empresa rival, y Einstein Rógers, el presidente, lo había recibido con los brazos abiertos: lanzaron el «Bi-Bi» (Bipolaris Bicolor) y causaron sensación. Las ventas de la One-Two, a pesar de toda la propaganda hecha a su último modelo, el Inocente Maquiavelo, de satén y encaje, en una audaz vuelta a lo antiguo, habían caído a

menos de la mitad…

—Dígale que espere, Miss Gertrud —Jacobus habló con aire indiferente: le interesaba saber qué traía Müller, pero quiso disimular.

La secretaria se marchó, y Jacobus paseó la mirada por la habitación. Desde su retratograma y su *sweater*, Carolyn Cónrad seguía respirando y parpadeando… Con un esfuerzo, Jacobus apartó los ojos de ella y miró hacia un panel liso, de suave tinte azulado. Oprimió un botón en el borde del escritorio. Un trazo luminoso se encendió en la pared. El trazo serpenteó, dibujando lentamente una curva irregular: era el gráfico que representaba las ganancias de la One-Two… Cuando apareció el primer pico importante Jacobus suspiró. Aquel ascenso representaba su primer gran acierto desde que había reemplazado a su padre en la dirección de la firma. El éxito lo debía al «Cojín de Seda», el primer corpiño de seda que hubo en el mundo, luego de dos siglos de reinado absoluto del material plástico. Jacobus había tenido ocasión de anticiparse a la evolución del público hacia las «viejas modas». El segundo pico importante correspondía al lanzamiento del Inocente Maquiavelo. Para confeccionarlo había tenido que redescubrir los procedimientos para hacer encajes. El triunfo había sido fulminante. Pero fulminante era también la caída del pico: la curva bajaba y bajaba en línea recta, hasta niveles jamás alcanzados de tan bajos. Aquélla era la caída causada por el Bi-Bi, el corpiño bicolor inventado por el condenado Müller…

La curva, ya en rojo, se quedó titilando a un nivel bajísimo, próximo al suelo. Con un puñetazo de fastidio, Jacobus apretó el botón y la apagó.

—Hay que idear un nuevo modelo —se dijo, poniéndose de pie—; algo que supere al Bi-Bi…

Como siempre que se ponía de pie para pensar, sus pasos lo llevaron ante el retratograma de Carolyn…

Carolyn Cónrad, la rotunda modelo que, por una simple discusión al firmar el contrato con la One-Two, había hecho pedazos el documento y se había ido con Einstein Rógers, el de la Bipolaris…

Jacobus suspiró y tocó el marco del retratograma. Lentamente, la imagen alzó los brazos y cruzó las manos detrás de la nuca, en voluptuoso movimiento… Y así se quedó, con el *sweater* más lleno que nunca y mostrando el broche de oro prendido en el cuello. El broche imitaba una mariposa, y en él se disimulaba el dispositivo electrónico que, cuando se pronunciaba cierta combinación de palabras, hacía abrir en dos no sólo el broche sino el *sweater*

todo. Otra combinación de palabras hacía el efecto contrario, cerrando broche y *sweater*, en forma instantánea. Era la versión electrónica del primitivo cierre relámpago.

—Carolyn… —volvió a suspirar Jacobus, estremeciéndose al mirar aquel broche mágico que a la vez era candado y promesa, sello y puerta—. Carolyn, la mujer ideal para un fabricante de corpiños…, la mujer opulenta que no necesita usarlos… Carolyn… —otro suspiro de Jacobus. Pero no pudo seguir suspirando porque la puerta se abrió de nuevo. Y otra vez se encontró ante la desdichadamente vacía blusa de Miss Gertrud.

—El señor Hítler Müller insiste en verlo, señor Rándom… Dice que si no lo quiere atender se va ahora mismo a ver al señor Einstein Rógers.

—Hágalo pasar…

Un momento después entraba un hombre alto y desgarbado, de espesas cejas rubias y rostro apergaminado; los ojos, bajo aquella cornisa de cejas, parecían mirar desde el fondo de un telescopio.

Hombre habituado a tratar con los capitanes de industria, fue directamente al grano:

—Espero que esta vez me hará caso. No debería ayudarlo; pero a mí me interesa que haya dos compañías rivales que se peleen, y no una sola. Así que cómpreme la idea, pues si tengo que vendérsela a la Bipolaris, la One-Two desaparecerá de la circulación…

—Bien… —Del otro lado del Partenón, Jacobus trató de conservar la calma —. Si me dice de qué se trata…

—Se trata… —Hítler Müller se inclinó sobre el frontispicio del templo— de aprovechar el SA 1760… Está totalmente en desuso desde hace más de cincuenta años, y podremos comprarlo por nada…

—Un momento… —Jacobus, como buen especialista, no sabía de nada que no fuera un corpiño—. ¿Qué es eso del SA 1760?

—SA 1760 significa «satélite artificial, número 1760» —explicó pacientemente el inventor—. Es uno de los más grandes que se instalaron jamás, y me consta que nadie lo ha reclamado desde que la Cosmarina dejó de usarlo… Con él en nuestro poder…

Un decepcionado suspiro de Jacobus lo interrumpió.

—Creí que me ofrecería algo interesante —sus dedos tamborilearon sobre el techo del Partenón—, ¡y algo más original! ¿No sabe usted que la propaganda de satélites artificiales está ya en completa decadencia? Desde que salieron las

nubes luminosas, mucho más baratas y atractivas, los saté…

Ahora fue Hítler Müller el que interrumpió, con un bufido en lugar de suspiro.

—Debo de tener cara de idiota o de fabricante de corpiños —gruñó—. Para usar un satélite artificial como propaganda, yo no me molestaría en hablarle, señor Rándom. Lo que yo me propongo hacer con el SA 1760 es algo muy distinto…; tan distinto que debe quedar entre nosotros como un secreto sagrado…

Aquí el inventor hizo una pausa, que no era necesaria, porque ya Jacobus estaba medio subido al Partenón, brillantes de ansiedad los ojos.

—Después de largas y pacientes investigaciones —continuó Müller—, he realizado un descubrimiento sensacional: el isótopo número 15 del carbono.

—¿El qué?

—El isótopo número 15 del carbono… No entraré en detalles porque ya veo que tendría que repetirle varias veces cada palabra. Bástele saber que se trata de un carbono diferente del común, y que es asimilado por el organismo humano, con un efecto sorprendente. Imagínese que con sólo respirarlo, y sin variar para nada la alimentación, un hombre podría engordar veinte o treinta kilos en pocos días. Pero lo más interesante es que el engordamiento se hace en forma selectiva: unas partes del cuerpo engordan más que otras…

Jacobus dejó el techo del Partenón y volvió a la silla.

—Sepa, señor Hítler Müller —dijo con aire cansado—, que la caridad no me interesa gran cosa. Si quiere usted engordar a la raza humana, ofrezca entonces su descubrimiento al Patriarca y no…

—Corto de visión, como todo fabricante de corpiños —el inventor meneó la cabeza con aire de reprobación—. ¿No se le ocurre pensar que, gracias a mi descubrimiento, la raza humana podría ser engordada en unas pocas semanas, sin que nadie lo advirtiera ni lo pudiera evitar? Por si le interesa saber, el engordamiento selectivo de la especie humana dará a los hombres un desarrollo anormal en la región abdominal, y a las mujeres (escuche bien, señor Rándom), un crecimiento muy pronunciado en la región pectoral… Las razones de esta diferente reacción según los sexos no están descubiertas todavía; ha de ser sin duda cuestión de hormonas… Pero ya sé que a usted no le preocupa el sustrato científico de un negocio. Lo que a usted le interesa es el negocio en sí. Pues bien, ¿calcula usted, señor Rándom, el fabuloso negocio que puede hacer el fabricante de corpiños que sepa con la debida anticipación que dicho

engordamiento selectivo se va a producir?

—No llego a verlo, señor Müller —algo mareado, Jacobus parpadeaba como si tuviera una basura en un ojo.

—¡No llego a verlo!… ¡Y ha llegado a ser presidente de una empresa como ésta! Por Zeus, ¿es usted miope? ¿Se lo tengo que dar por escrito? —ahora fue Hítler Müller el que se acostó sobre el techo del Partenón, en un colérico esfuerzo por unir su nariz con la de Jacobus—. ¡Imagínese, señor Rándom —continuó a gritos—, que usted me compra mi descubrimiento! ¡Imagínese que entonces yo, financiado por usted, desde luego, instalo en un satélite artificial (el SA 1760, por ejemplo) una planta automática para producir el isótopo 15 del carbono…! ¡Imagínese que todo el I 15 C, así producido, es entregado a la atmósfera, hasta saturarla…! ¡Imagínese que, entre tanto, usted ha puesto todas sus fábricas a fabricar corpiños de medida gigante…! ¿Le cuesta mucho imaginar el negocio que eso representará? ¿Le cuesta mucho imaginar que su compañía monopolizará tranquilamente, y sin violar ninguna ley comercial, toda la Industria? ¿Le cuesta mucho imaginar que en sus manos estará la ruina de todas las otras compañías, en especial la Bipolaris; pues, una vez producido el engordamiento selectivo, todos sus *stocks* de medidas normales serán invendibles? —Hítler Müller se enderezó, mientras el maxilar inferior de Jacobus colgaba sin fuerza—. Pero ya veo que usted no puede imaginárselo. Iré a hablar con Einstein…

—¡No! ¡Usted no habla con nadie desde ahora! —saltó Jacobus, con los ojos húmedos y las manos temblorosas de emoción—. ¿Cuánto vale su descubrimiento?

—Cincuenta millones; más un millón por la instalación de la planta en el SA; más cinco millones como indemnización por el engordamiento de mi abdomen. Total: cincuenta y seis millones.

—¡Es mucho dinero!

—Voy a ver a Einstein Ro…

—¡Usted no va nada! Pero comprenda, señor Müller, que eso es una suma galáctica… Hágame una rebaja…

Tras un largo estira y afloja, el inventor consintió en reducir su indemnización a tres millones. Fue todo lo que Jacobus pudo conseguir.

Por fin se estrecharon la mano. Esa misma tarde, Müller se encargaría de la compra del SA y de un TI (taxi interplanetario) usado, para ir y venir al SA. La planta productora del I 15 C debería estar regando la atmósfera dentro de un

mes… Para ese tiempo, las fábricas de Jacobus ya tendrían acumulado un *stock* de corpiños gigantes como para moldear las siluetas de toda una generación.

Cuando el inventor se marchó doblando cuidadosamente el cheque, Jacobus volvió a mirar el retratograma desde donde, lánguida pero llena de salud, le sonreía Carolyn, con la prometedora mariposa de oro bailándole en el cuello.

—Einstein Rógers quebrará, Carolyn… Y entonces tendrás que firmar contrato conmigo… ¡Conmigo, Carolyn! ¡Carolyn, la que no los necesita!

Todo anduvo como sobre carriles atómicos. En menos de una semana el TI y el SA estuvieron comprados. Una semana más, y ya Hítler Müller, luego de un sinfín de viajes, tenía en el SA todo lo necesario para producir el I 15 C. Claro que pudo haberlo hecho en la quinta parte del tiempo, si hubiera contado con ayudantes; pero, como el secreto era fundamental, el inventor tuvo que arreglárselas solo, haciendo tanto de chofer como de director técnico.

Desde luego, Jacobus Rándom no se durmió: sus fábricas hirvieron de actividad noche y día. Tuvo que triplicar los obreros robots; pero eso no resultó problema. Sí lo fue conseguir depósitos para acumular tanta mercadería en un planeta ya casi desprovisto de espacios aprovechables. Rándom se las arregló alquilando los silos submarinos construidos por Australia para almacenar su producción de lana antes de que el lanón, el último plástico a base de aluminio, desplazase del mercado al venerable producto ovino.

Por supuesto, Einstein Rógers, el presidente de la Bipolaris, no tardó en hacerse presente en el despacho de Jacobus.

—¡Esto sí que es algo inesperado! —dijo Jacobus, todo sonrisas, levantándose para recibirlo.

Rógers se tomó su tiempo para contestar: se sentó sobre un ala del Partenón y, encendiendo un cigarrillo, miró al retratograma. Carolyn estaba ahora de perfil, luciendo mejor que nunca el *sweater* rojo.

—¿Nunca te resignaste, eh, Jacobus? —dijo por fin Rógers.

—Te confieso que no, Einstein… Pero no te guardo rencor: no pierdo las esperanzas de traerla para la One-Two…

Rógers sonrió con aire de superioridad. Esa mañana, las ventas del Bi-Bi habían decuplicado las del Inocente Maquiavelo… Sin embargo, el aplomo de Rógers era sólo ficticio. Se había enterado de la fabulosa producción de las fábricas de Rándom, y ardía en deseos de saber a qué se debía la producción en

masa de modelos invendibles por lo grandes. ¿Estaría Rándom haciendo un suicidio comercial? ¿O el mal estado de sus negocios le había trastornado los sesos? No obstante, parecía tan contento…

—No me engañas, zorrino —dijo de pronto, mirándolo con fijeza—. ¿Qué te traes entre los huesos del cráneo?

—Nada. ¿Por qué? —Jacobus parecía el retratograma de la inocencia.

—¡Basta de tapujos! ¿Qué te propones?

—Einstein, Einstein… ¿Desde cuándo nos consultamos los proyectos? ¿Acaso me anunciaste algo cuando lanzaste el bicolor?

—¿Confiesas entonces que estás tramando algo?

—Siempre, querido Einstein, nosotros dos hemos estado tramándonos algo… Lo único que puedo adelantarte es que Carolyn vendrá a mí… ¡y dentro de muy poco!

—¡Eso nunca! —bramó Rógers, lanzando un puntapié al Partenón. Pero el plástico era pétreo, y el presidente de la Bipolaris quedó saltando en un pie y mascullando palabrotas que enrojecerían a un cosmarinero.

Dos días antes del plazo señalado, Hítler Müller anunció que todo estaba listo.

—Cuando el sol de mañana caliente la cupla de arranque, amigo Jacobus, el SA empezará a lanzar hacia la atmósfera un chorro continuo de I 15 C…

—¡Magnífico! —Jacobus se frotó las manos. Él también estaba listo ya, con los silos submarinos atiborrados de mercadería hasta el tope. Pero, como era característico en él cuando se veía en vísperas de algún gran éxito, una profunda desazón lo embargó—. ¿Está seguro, amigo Hítler, de que el I 15 C no fallará?

—Absolutamente seguro. Ya le he mostrado a usted las fotos de los monos tratados.

—Sí… —Jacobus se estremeció al recordarlas—. ¿Seguro también de que no habrá efectos nocivos?

—Seguro también: el engordamiento selectivo será tal cual le predije. Habrá, desde luego, un engordamiento general del cuerpo, pero será insignificante comparado con el desarrollo que tendrán las partes que nos interesan.

—¿Cuándo comenzarán a sentirse los efectos?

—Ya le he dicho que no puedo dar fecha. Como usted sabe, la atmósfera es loca, y uno no puede predecir cuándo se habrá operado la distribución general del I 15 C… Pero ¿por qué tanta pregunta? ¿Asustado?

—No. He gastado ya demasiados millones para asustarme… Y, además,

tengo otras razones para no echarme atrás… Dos poderosas razones —agregó mirando el retratograma, con ojos entornados.

Durante los primeros días de la puesta en marcha de la planta productora del I 15 C, Jacobus Rándom no se preocupó demasiado. Pero al comenzar la segunda semana, empezó a buscar signos reveladores de que las previsiones de Hítler Müller se cumplían. Todos los días, apenas ocupaba su puesto detrás del Partenón, llamaba a Miss Gertrud. La chata secretaria se plantaba ante él, aguardando órdenes. Y Jacobus la sometía a un silencioso escrutinio. No advirtiendo novedad alguna, la despedía, con gran sorpresa de la cuarentona muchacha. Al décimo día de no advertir cambio alguno, llamó por teléfono al inventor. Pero Hítler Müller se ocupaba ya en otras cosas…

—Sepa, señor Rándom —gruñó Müller en el aparato—, que el I 15 C no me interesa más. Todas las semanas iré a SA 1760 para renovar la carga de la planta, como está estipulado en el contrato; pero ahí termina toda mi misión. Ya le he dicho que no puede saberse cuándo empezará el efecto, y ahora déjeme en paz, que estoy muy ocupado con mi nuevo invento: unas hormigas mecánicas que le cortan a uno la barba mientras duerme… Pero esto no tiene nada que ver con usted.

Jacobus tuvo que tragarse su impaciencia y seguir esperando los acontecimientos. Al duodécimo día hubo un cambio en Miss Gertrud, pero no el que él esperaba: la secretaria apareció con un *sweater* rojo, y con el rostro rejuvenecido por un maquillaje carísimo. Jacobus se sorprendió; pero, al verla ruborizarse bajo su escrutadora mirada, comprendió lo que ocurría: Miss Gertrud interpretaba a su modo el silencioso examen de cada mañana. Claro que su nuevo arreglo no podía resultar más desastroso: invitaba a la comparación con el glorioso retratograma de Carolyn; comparación nada favorable, por cierto, para el desinflado *sweater* de la secretaria.

Ya empezaba Jacobus a preocuparse y a preguntarse si no habría sido víctima de una colosal estafa, cuando, una mañana, al vestirse, tuvo dificultades con el cinturón: debió correrlo un agujero… Esperanzado, voló a la oficina y, una vez detrás del Partenón, llamó a Miss Gertrud.

Ésta apareció con una expresión nueva en los ojos: ya no era la suya, la mirada atenta pero opaca y algo resignada de una empleada toda cumplimiento del deber: ahora había calor y luz en sus pupilas, que ardían seguras de sí

mismas, desafiantes casi. No le fue difícil a Jacobus encontrar la causa: de un día para otro, el *sweater* de Miss Gertrud había cobrado un inesperado interés…

Para la tarde tuvo la confirmación: las ventas del «Inocente Maquiavelo» acusaron un acentuado repunte, sobre todo en los números mayores. Desde luego, las cifras del Bi-Bi fueron muy superiores; pero Jacobus no se preocupó.

—Es el canto del cisne de la Bipolaris —se dijo satisfecho—. Ya veremos sus cifras dentro de unos días… ¡Carolyn, Carolyn!… ¡Qué poco tiempo nos separa!

Una vez iniciado, el engordamiento selectivo, como lo llamaba Hítler Müller, se desencadenó con increíble rapidez: a las cuarenta y ocho horas, Miss Gertrud podía mirar por encima del hombro el retratograma de Carolyn. Jacobus decidió duplicarle el sueldo, dados sus méritos sobrados, y hubiera decidido algo más si su propia persona no hubiera comenzado a preocuparle. Porque no sólo su abdomen alcanzó un diámetro increíble: también las caderas se le ensancharon, a tal punto que empezó a tener dificultades para sentarse en la silla curul, detrás del Partenón…

Llamó a Hítler Müller; pero éste lo mandó de paseo.

—¡Ya le he dicho que no me moleste! ¿No está vendiendo ya, en un día, más «Inocentes Maquiavelos», tamaño gigante, que antes en todo un año? ¿Por qué se queja? ¿Por un simple efecto secundario no del todo previsible?

Fue todo lo que pudo sacar de él.

Entretanto, como no podía dejar de suceder, también el público todo se había percatado del portentoso fenómeno que dilataba a las mujeres por arriba y a los hombres por abajo. Los diarios lo tomaron al principio con mucha alegría y espíritu; verdaderamente, un paseo por la calle en aquellos días era como para levantar el espíritu de cualquiera.

Como dijo Müller, las ventas de la One-Two llegaron a cifras supergalácticas. Era la única marca que tenía tamañas medidas, y, además, las clientas tenían que comprar cada pocos días un número mayor…

Einstein Rógers llamó a Jacobus. Éste se limitó a levantar apenas el tubo y a escuchar desde lejos el torrente de improperios. Volvió a dejar el tubo, y el silencio volvió a reinar en el despacho, presidido siempre por la incomparable Carolyn; la incomparable Carolyn que, desde hacía unos días, ya no era tan incomparable…

Aunque no había pantalón que le anduviera bien, y a pesar de que ya había tenido que abandonar la silla curul, fiel compañera de tantos desvelos, Jacobus Rándom se consideró el más feliz y genial de los capitanes de industria. Los atiborrados silos submarinos iban en rápido camino de agotamiento, y ya se discutía en Wall Street si el fenomenal Jacobus abriría una cadena de bancos para administrar sus fabulosas ganancias, o si invertiría parte de ellas en la compra del sistema planetario de Próxima Centauri.

Einstein Rógers volvió a llamar. Pero ahora había un tono muy distinto en su voz.

—Te vendo la Bipolaris, querido Jacobus, con todas las máquinas y todo el *stock*. No puedo soportar el esfuerzo de readaptar mis fábricas a la producción de semejantes medidas. Te confieso que había hecho caso a un sabio que predijo la reducción paulatina de la función mamífera en la especie humana, y que todo mi *stock* se inclinaba hacia las medidas chicas.

—No pretenderás que considere como *stock* toda esa mercadería invendible que tienes… —Jacobus, en el pináculo de la gloria, sintió piedad por el vencido rival. Era conmovedor oírlo confesarse así—. Pero, en fin, comprendo que no estabas obligado a tener la intuición genial que tuve yo de que se estaba operando un cambio en la atmósfera…

—Claro, claro, querido Jacobus… Hasta los sabios se han sorprendido del cambio. Nadie puede imaginarse de dónde ha salido ese famoso I 15 C. Has estado genial, Jacobus —al desdichado Einstein, en pleno tobogán financiero, no le importaba ya un servilismo más o menos…

—¿Cuánto pides por la Bipolaris?

—Por ser tú, trescientos cincuenta trillones.

—Bien. Pongamos quince trillones. ¿Te parece bien?

Hubo un ruido como de burbujas en el auricular del teléfono. Por fin, la voz de Einstein Rógers volvió a articular:

—Sí, querido Jacobus; me parece bien… Te llevas la mejor fábrica del mundo… ¡Después de la One-Two, desde luego!

Jacobus Rándom se sonrió a sí mismo: ¡aquél sí que era un triunfo!; ¡un triunfo por *knock-out*, y de un solo golpe!

Esa misma tarde firmaron el contrato, sobre el techo del Partenón. Cuando la ahora ondulante Miss Gertrud secó las firmas, un Jacobus condescendiente miró a un envejecido Einstein.

—Ya te he comprado la Bipolaris —dijo con voz sorprendentemente suave

—. Quisiera comprarte algo más…

—¿Algo más, todavía? —hubo angustia de perro apaleado en la mirada del ya expresidente de la Bipolaris.

—Sí, algo más todavía… ¡El contrato de Carolyn!

—¿El contrato de Carolyn? ¡Nunca!

—Creo que diez trillones es un buen precio —Jacobus aparentó no haber oído la explosión de Einstein—. ¡Ni por una cantante de ópera, en pleno Siglo Loco, se pagó tanto!

—El contrato de Carolyn no está a la venta.

—Veinte trillones.

—¡El contrato de Carolyn no está a la venta!

—¡Cien trillones!

Einstein hizo un ruido parecido a un sollozo. Luego hubo un silencio; luego un bufido, y enseguida un improperio…

—¿Qué dices? —saltó Jacobus.

—¡Que eres el canalla más recanalla que jamás encanalleció el mundo! ¡Que prefiero trabajar de ascensorista en el Pléyade Building, que tiene cinco mil pisos, antes que ceder a Carolyn! ¡Aunque haya perdido la Bipolaris, seguiré siendo toda la vida un fabricante de corpiños de alma! ¡Y Carolyn es el ideal de un fabricante de corpiños! ¡Nunca, nunca renunciaré a él!

Hubo un estampido: Einstein Rógers acababa de marcharse cerrando la puerta con violencia terrible.

Perplejo, Jacobus se quedó con la boca abierta. No sabía por qué, pero una sensación rara, penosa casi, había reemplazado a la triunfal embriaguez de momentos antes.

—¡Este Einstein es un imbécil! —gruñó en voz alta. Pero eso no mejoró las cosas: algo, allá muy adentro, le decía que acababa de recibir una lección.

Y ya no volvió a gozar de la victoria. No sólo por la discusión con Einstein, sino también por las noticias que empezaron a llegarle.

El engordamiento selectivo había continuado, y pronto surgieron las primeras dificultades: las minas de columbio del Mont Blanc paralizaron sus trabajos, porque las galerías resultaron estrechas para los ensanchados mineros: a ellas les siguieron otras; y en cuestión de horas, toda la industria extractiva del planeta quedó parada.

Fue el primer golpe. Al otro día hubo otros, tanto o más graves.

El comercio interplanetario quedó súbitamente interrumpido; los

cosmarineros no pudieron entrar más por las escotillas de sus cosmonaves, y la Tierra se encontró de pronto privada de toda importación, como si hubiera sido sometida al más inflexible de los bloqueos. Los submarinos dejaron de navegar. Pronto, los ómnibus aéreos dejaron de correr: era inútil agrandar las puertas, porque, de todos modos, los asientos no podían ser ya utilizados. Todo el intercambio cesó, como si el I 15 C, en lugar de ser un engordante selectivo, hubiera sido un anestésico de terrible eficacia paralizante.

Los arriba apuntados fueron indudablemente los perjuicios más generales e importantes ocasionados por el I 15 C.

Hubo muchos otros de consecuencias menores aunque muy molestas en unos casos e irritables en otros.

Así, por ejemplo, el problema que se planteó a los cines de barrio. (El cine es un curioso caso de supervivencia: a pesar de los siglos transcurridos desde su invención, nada ha podido relegarlo definitivamente; es lo que los sociólogos llaman una «comodidad fósil»). Los empresarios, no pudiendo acomodar en las butacas a los dilatados espectadores, las reemplazaron por bancos y aumentaron el precio de las entradas, para compensar el gasto y para resarcirse del perjuicio ocasionado por el menor número de espectadores que podían admitir. Este aumento, para una población ya en plena crisis, fue decisivo: nadie pisó más una sala de cine. Algo análogo ocurrió en las peluquerías: inútiles por chicos y no pudiendo reemplazarlos en un momento de quebranto industrial, los cómodos y aparatosos sillones dejaron de tener su atractivo mayor: ¿qué peluquero puede entretener con su charla a un cliente que debe malsentarse en un incómodo banco?

Las fábricas de automotores y cosmonaves fueron rápidamente readaptadas para producir según las nuevas medidas *standard* del ser humano. Pero se encontraron sin materias primas, porque readaptar las minas resultó mucho más difícil: los expertos calcularon en tres meses el tiempo necesario para ensancharlas y hacerlas otra vez laborables; un lapso semejante, agravado por el cese de la importación desde otros planetas, bastaba y sobraba para la desorganización completa de toda estructura económica del planeta.

Engordadas multitudes de desocupados se dejaron arrastrar por las veredas rodantes; hubo rumores de movimientos políticos y, por primera vez en dos siglos, se habló de formar cuerpos regionales de policía. El I 15 C ya no era un anestésico: ahora resultaba un veneno poderosísimo, letal… El oxidado sistema del Patriarcado vaciló hasta en los cimientos…

No sólo a la especie humana afectó el engordamiento: la naturaleza toda sufrió una conmoción como quizá no la hubo desde que el clima del Mesozoico perdiera su suavidad; los animales habituados a vivir en cuevas se encontraron con que debían pasarse fuera la mayor parte del tiempo; a medida que engordaban, las cuevas les quedaban chicas; desde los ratones hasta las lombrices pasaron las de Caín. Pero mayor fue el desastre para los pájaros: su instinto no se adaptó a la nueva situación, y siguieron haciendo nidos como para pájaros normales, más bien flacos; pronto el peso de las engordadas aves superó la resistencia de los nidos, y ya no hubo paz ni tranquilidad entre las frondas. Un gorrión hembra, por ejemplo, aparte de no caber ya en el nido, no sabía si en el momento menos pensado, el nido cedería y se vendría abajo; resultado de todo fue que los pájaros dejaron de poner huevos, y el cielo perdió el encanto de los píos y los trinos…

Toda la ciencia de la Tierra se abocó al estudio del nuevo elemento aparecido en la atmósfera. Fue rápidamente detectado por el Servicio de Centinelas. Había cierta tensión entre los terrestres y los habitantes de Churchill, el tercer planeta de Antares, descubierto por un inglés, y se ejercía estrechísima vigilancia sobre la Tierra. Como no se sabía cómo podía ser un ataque churchillano se vigilaba todo, hasta la composición química de la atmósfera y así fue descubierto el I 15 C apenas apareció. Mil conjeturas se hicieron para explicarlo. Pero todas estuvieron muy lejos de la verdad. ¿Quién hubiera podido imaginar que un terrestre fuera capaz de semejante sabotaje a su propio planeta? ¿Y quién podía suponer que la fuente productora estaba allí, en ese melancólico y oxidado anillo de satélites artificiales en desuso, que giraban y giraban en torno de la Tierra?

Abrumado por el desastre general, Jacobus, multitrillonario, se encontró más pobre que nunca: ¿de qué le valían sus trillones si no podía llamar siquiera a un TI para correr en busca de Carolyn, desaparecida desde el momento en que Einstein Rógers echó candado a sus fábricas y se marchó con rumbo desconocido?

Desde luego, también la One-Two sufrió la crisis general: llegó el momento en que el público comprador perdió poder adquisitivo, y se generalizó la antiestética y anticivilizada costumbre de no usar nada. Por otra parte, aquellas opulencias que tanto habían entusiasmado al principio perdieron atractivo en un mundo de hombres abrumados por la crisis y agobiados por sus abdómenes y sus caderas siempre en franco tren de expansión. La coquetería femenina no fue una de las víctimas menores del I 15 C. Llegó así el día en que también las ventas de

la One-Two cayeron a cero.

—¿Quién hubiera podido imaginar tamaña catástrofe? —se preguntaba desolado Jacobus, que se pasaba los días en el helado silencio de sus marmóreas oficinas—. ¿Quién podía prever que unos cuantos centímetros de más resultarían peores que la peor de las pestes?

Fue en uno de esos días cuando sufrió la peor sacudida… ¡Como que, luego de infundirle la más loca esperanza, lo enterró en el más negro abismo del desencanto!

Sonó el teléfono, y corrió a atender. Una voz femenina habló del otro lado:

—¿La One-Two? Deseo hacerles un pedido… Anote: un Inocente Maquiavelo de la medida más chica que tengan.

—¿Un Inocente Maquiavelo de la medida más chica? —atónito, Jacobus no pudo creer en lo que oía. Una loca esperanza le aceleró el corazón: ¿estaría empezando a ceder el engordamiento selectivo? ¿Quién sería aquella maravilla de mujer que necesitaba el número más chico del Inocente Maquiavelo?

—Sí, el número más chico —insistía.

—Este…, encantado, señorita… ¡Yo mismo se lo llevaré en seguida! ¿Cuál es la dirección?

—Calle 503, número 35.201, Nueva York… Es para el Museo Moderno de Antigüedades.

Totalmente *knock-out*, Jacobus cayó sobre una silla.

Para colmo de males, Hítler Müller había desaparecido: ni por teléfono, ni yendo personalmente a sus laboratorios, pudo Jacobus localizarlo. Arrepentido, sin duda, por la catástrofe mundial que había ocasionado, el inventor había preferido desaparecer de la escena.

Pero Jacobus era un hombre tenaz, y tenía trillones para tirar. Contrató un pesado cuerpo de engordados detectives, y ofreció un suculento premio a quien le trajese al inventor. Por supuesto, a ninguno dijo la razón de su interés por aquel individuo de apellido vulgar y de nombre más vulgar todavía.

Aunque engordados, los detectives eran gente capaz: en dos días localizaron a Hítler Müller y lo trajeron al despacho de Jacobus. Hubo que forcejear un poco para hacerle franquear la puerta, pues el I 15 C había cumplido una magnífica acción engordante en su descubridor, y por fin estuvieron otra vez frente a frente los causantes de todo aquel cataclismo.

Jacobus esperó a que los dejaran solos, y entonces avanzó con los puños apretados.

—¿Puede saberse por qué se escondió? —bramó tembloroso el enorme abdomen por la ira.

Hítler Müller, perdida por completo la arrogancia, ocultó la cabeza entre las manos.

—Porque no pude seguir cumpliendo el contrato —dijo con voz quebrantada.

—¡Cómo que no ha cumplido! ¡Ha cumplido y demasiado bien!

—No, señor Rándom, no… Según nuestro arreglo, yo me comprometí a renovar cada semana la carga de la planta automática productora del I 15 C…

—¿Y bien?

—Pues…, como usted sabe, ya nadie puede subir a una cosmonave: las escotillas resultan demasiado estrechas… Yo también he sido víctima: hace diez días que no puedo subir al TI para viajar hasta el SA. Por eso me escondí: ¡porque la planta instalada en el SA 1760, falta de carga, ha dejado de funcionar hace ya tres días! ¿Me perdona, señor Rándom?

Los ojos de Jacobus se agrandaron.

—¿Lo que usted dice significa que la atmósfera ya no recibirá más I 15 C?

—Así es. No es culpa mía si…

—¡Cállese! Y limítese usted a contestarme.

—Entonces, ¿el engordamiento selectivo se detendrá?

—Por supuesto —Hítler Müller se encogió aún más—. No sólo se detendrá, sino que pronto empezará a ceder. Lentamente los cuerpos volverán a la normalidad… ¿Me perdona por ello, señor Rándom? No es culpa mía si…

—¡Cállese, le digo! ¿Cuándo volverá todo a la normalidad?

—Ya, una vez, le dije que la atmósfera es loca… Pero el desengordamiento no ha de llevar mucho tiempo; desaparecido del aire el I 15 C, ya no habrá razón para que continúe la actual dilatación de los organismos…

Jacobus se sentó en el Partenón, sin medir el riesgo de aplastarlo. Y una sonrisa maligna empezó a torcerle el rostro…

—Si todo vuelve a la normalidad —se dijo—, todo el *stock* de Bi-Bi, que compré por una bicoca a Einstein, volverá a tener valor… Jacobus, Jacobus, ¡siempre dije que no hay en el mundo un genio como tú!

Por esta vez, las previsiones de Hítler se cumplieron en todas sus partes: llegó el día en que un sonido inusitado despertó a Jacobus.

—¡Trinos de pájaros! —exclamó, sentándose en el lecho—. ¡El desengordamiento ha comenzado!

Rápidamente, como si cada organismo fuera un globo que se desinfla, los distintos diámetros de cada ser fueron retornando a sus medidas de antes. Agilizados, más llenos de bríos que nunca, los hombres volvieron a tripular las cosmonaves y los submarinos, a trabajar en minas y fábricas, a recrear los ojos en las todavía opulentas pero otra vez atractivas matronas que iban y venían por las calles. La coquetería femenina recobró su imperio, y nuevamente comenzó la demanda de corpiños.

Del cero absoluto, las ventas de la One-Two se remontaron otra vez a cumbres siderales: dueño absoluto de la plaza, nuevamente inundó el mundo con el Inocente Maquiavelo. Claro que ahora la demanda era por números más chicos.

Si antes, al crecer las medidas, la fortuna de Jacobus se había multiplicado con ritmo de fiebre, ahora resultó algo incalculable. Llegó a decirse que tenía más trillones que el mismo Patriarca. Sin embargo, todo aquel triunfo no lo envaneció. Jacobus no había alcanzado el objetivo supremo que lo impulsara a trastornar de tal manera el ancho de la humanidad toda; Carolyn Cónrad, otra vez incomparable en el soberbio *sweater* rojo del retratograma, seguía tan inalcanzable para él como el primer día. Ni siquiera los mismos detectives que le trajeran a Müller supieron encontrársela. Einstein Rógers, al llevársela, no había dejado rastro alguno tras sí.

Como sucede a todo vencedor que no llega el triunfo completo, la melancolía hizo presa en Jacobus; una melancolía que día a día se agravaba ante el espectáculo cada vez más desdichado que ofrecía el cada vez más desinflado *sweater* rojo de Miss Gertrud, ya a kilómetros de distancia del invariable encanto del retratograma de Carolyn. Una mañana, sin que nadie lo hubiera llamado, se presentó Hítler Müller en el despacho de Jacobus. Aunque gordo todavía, a las claras se veía que pronto volvería a la flacura de antaño.

—Ya puedo entrar otra vez en el TI —dijo a Jacobus—. ¿Vuelvo a poner en marcha la planta productora del I 15 C?

—¡No, animal! —saltó Jacobus, presa de un violento temblor—. ¡Ya no hace falta! ¡He ganado ya más dinero que el que nunca podré contar!

—Como usted guste, señor Rándom. Se lo preguntaba porque tenemos un

contrato…

—Podemos darlo por terminado. Y para que vea cuán satisfecho he quedado —Jacobus se repantigó con placer en su silla de curul. Todavía no se había habituado a la idea de que podía sentarse en ella cuantas veces quisiera—, para que vea hasta qué punto soy agradecido, aquí tiene, Hítler, otros cincuenta millones, como premio… ¿Qué le parece?

—¡Me parecen muy bien! —el inventor parpadeó emocionado—. ¡Otra vez podré ocuparme de mis hormigas afeitadoras! —Tan agradecido se sintió el buen Hítler que agregó—: Voy a retribuirle el favor, señor Rándom. Le daré un dato que pensaba guardarme, y que a usted le hará ganar aún más dinero. Como pronto podrá comprobarlo, al volver los tejidos humanos a sus dimensiones de antes, perderán parte de su primitiva firmeza; habrá un aflojamiento general de carnes…

—No veo en qué consiste la importancia del dato. Es un detalle que…

—Es un detalle que para usted representará una fortuna, señor Rándom. ¡Haga trabajar esos sesos! —el inventor miró a Jacobus con lástima—. Todo lo que tiene que hacer usted es lanzar al mercado un nuevo modelo, un «Inocente Maquiavelo Reforzado», para hacer frente al relajamiento general de los tejidos.

Jacobus se reanimó; aunque saturado de trillones, no podía ser indiferente a la perspectiva de otro fabuloso negocio.

—Entiendo… Adaptaré los Bi-Bi que le compré a Einstein… Presiento que las medidas chicas serán las más solicitadas.

—Así es —Hítler sonreía beatífico—. Y como una última demostración de aprecio le calcularé qué refuerzo deberá poner al nuevo «Inocente Maquiavelo»…

Aquí, el inventor sacó una regla de cálculos y se entregó a una serie de complicadas operaciones. Por fin concluyó:

—Bastará con cuatro ballenitas por mitad. Con eso quedará perfectamente compensado el mayor peso causado por el relajamiento de los tejidos.

Así nació el «Inocente Maquiavelo Reforzado», que, en honor de la verdad histórica, debió llamarse, con más propiedad, Bi-Bi Reforzado. Pero la vanidad comercial tiene sus exigencias.

El favor con que el público lo recibió fue inmenso. Nueva cosecha de trillones para Jacobus, y un motivo más de orgullo para su ya envanecido espíritu.

—Si tuviera a Carolyn, mi dicha sería perfecta —se decía una mañana

apoyado de codos en el Partenón, y mirando con ojos entornados el triunfal retratograma de Carolyn—. Hasta que no esté conmigo, no se habrá realizado en su totalidad mi ideal de fabricante de corpiños… ¡Carolyn, la mujer perfecta! ¿Dónde estarás?

La puerta se abrió, y entró Miss Gertrud, otra vez embolsada en una blusa negra, deplorablemente vacía.

—Una señorita desea verlo —dijo con voz agria. Desde que sus diámetros habían vuelto a las esmirriadas proporciones de siempre, su carácter se había resecado aún más—. No quiso dar el nombre.

—Hágala pasar.

Miss Gertrud se hizo a un lado, y los ojos de Jacobus se redondearon en un desmesurado esfuerzo por escapar de las órbitas. ¡Allí, en la puerta, sonriéndole y enfundada en un fabuloso *sweater* rojo, que más parecía un engarce que una prenda de vestir, estaba Carolyn! ¡Carolyn Cónrad!, ¡el sueño de un fabricante de corpiños hecho mujer!

—¡Carolyn! —Jacobus saltó de la silla curul y contorneó el Partenón—. ¡Carolyn!

Miss Gertrud se retiró con el rostro convertido en una máscara helada. Pero Jacobus ni lo advirtió; sólo tenía ojos para aquel *sweater* que lo atraía como una llama a una mariposa, y para aquella mariposa de oro que lo quemaba como una llama.

—Me separé de Einstein —la voz de Carolyn era cálida, como correspondía a una voz que surgía de semejante pecho—. El pobre está muy venido a menos últimamente… Recordé el contrato que una vez me ofreció usted, Jacobus, y por eso me tiene aquí. ¿Sigue en pie la oferta?

—Sí… —apenas si Jacobus pudo articular, poniendo sus manos temblorosas en contacto con aquella lana de increíble suavidad y atrayendo a Carolyn hacia sí —. Sí, la oferta sigue en pie, Carolyn —agregó con voz ronca—. ¡Si supieras cuánto he deseado este momento! ¡Ha sido el ideal de toda mi vida!

Carolyn sonrió, su boca casi tocando la de Jacobus. Pero éste no la besó; se inclinó hacia el cuello, hacia la mariposa de oro: el cierre electrónico que tantas veces soñara partido en dos en sus noches febriles.

—¿Cómo se abre? —susurró.

—Las palabras son «sésamo, ábrete» —una languidez creciente aterciopeló la voz de la muchacha.

—¡Sésamo, ábrete! —hubo una arista de urgencia en el tono de Jacobus.

La mariposa de oro se partió, y, como si una mano invisible hubiera corrido un invisible cierre relámpago, el *sweater* rojo se abrió con lentitud de telón.

Ávido, Jacobus bajó los ojos…

Y retrocedió un paso, como si hubiera recibido un impacto en medio del pecho.

—Pero… ¿y esto?

—Debieras reconocerlo… Es un «Inocente Maquiavelo Reforzado» —repuso Carolyn, avanzando.

—¡No te acerques! —abiertos por el horror, los ojos de Jacobus seguían polarizados en aquel producto de sus fábricas—. ¿Qué te ha ocurrido? —agregó, buscando el apoyo del Partenón—. ¡Tú nunca usabas nada antes, como no fuera cuando posabas para los avisos!

—Te olvidas de que también yo he respirado el I 15 C —la voz de Carolyn se hizo cortante—; de que también yo he pasado por el engordamiento selectivo y por el desengordamiento… —aquí un sollozo la obligó a hacer una pausa—. ¡Ya nunca volveré a ser como antes! ¡Ya no podré prescindir nunca del «Inocente Maquiavelo Reforzado»! —otro sollozo y, en seguida en reacción furiosa, un imperioso «¡Sésamo, ciérrate!».

Como tocado por una varita mágica volvió a correrse el rojo telón *sweater*. Sin mirar siquiera al abrumado Jacobus, derrumbado a medias sobre el Partenón, Carolyn dio media vuelta y buscó la puerta. Pero, antes de llegar a ésta, se detuvo ante su retratograma. Durante un instante lo miró, y luego, echando el puño hacia atrás, lo deshizo con un violento *swing* a la mandíbula. Una nube de gas rosado quedó flotando en marco, desde donde aquella imagen perfecta reinara durante tanto tiempo en el despacho del presidente de la One-Two.

Tan aturdido estaba Jacobus que ni la oyó salir. Durante un rato larguísimo quedó como un púgil del bárbaro Siglo Loco, caído contra las cuerdas. Y no era para menos. Que Carolyn Cónrad, la mujer de sus sueños de fabricante de corpiños, usara ahora un «Inocente Maquiavelo Reforzado» representaba la peor burla que jamás podría jugarle el destino… Porque él, Jacobus Rándom, en su esfuerzo por enriquecerse y por conquistar aquella ampulosa y sólida belleza, había sido su destructor directo; él, por hacer caso de las sugestiones de Hítler Müller, había aflojado lo que antes estaba firme, había hecho ceder lo que antes jamás necesitara de sostenes…

¡Hítler Müller! El nombre del culpable, del destructor del ideal de toda su vida de fabricante de corpiños, relampagueó en su cerebro como una nube

luminosa de propaganda. Rándom se inclinó sobre el Partenón; sacó de un cajón una bruñida pistola atómica; la guardó en el bolsillo y llamó por teléfono al jefe de sus detectives.

—Quiero que me averigüen cuándo puedo encontrar a Hítler Müller en un lugar solitario —ordenó.

Diez minutos después los detectives le contestaron:

—La persona que a usted le interesa ha sido oída citándose telefónicamente con una dama. Dijo que la esperaría en el parque, entre los dos cipreses, a las nueve.

Jacobus Rándom colgó el teléfono. Por la fuerza de la costumbre, su mirada buscó el retratograma desde donde, y durante tanto tiempo, las divinas redondeces de Carolyn lo estimularan a la acción; pero sólo encontró una nube rosada flotando dentro del marco. Apretados con fuerza los labios, se levantó y marchó hacia la puerta. Así como hasta hacía apenas unos minutos, los firmes encantos de la modelo habían sido el encanto de su vida, los dos polos hacia los cuales tendieran todos sus esfuerzos, la idea de matar a Hítler Müller, el culpable de que cediera la firmeza de aquellos encantos, se había convertido ahora en una obsesión, en una obligación imperiosa, ineludible.

La nube de propaganda, colgada allá entre los dos cipreses, seguía centelleando la marca que señoreaba en el mundo: «Inocente Maquiavelo Reforzado… Inocente Maquiavelo Reforzado…».

Un gallo lejano, uno de esos infalibles gallos perfeccionados por la genética para dar la hora con exactitud de observatorio astronómico, cacareó las nueve en algún corral municipal. Automáticamente, los dedos de Jacobus se cerraron en torno de la culata de la pistola.

La hora había llegado…, y también la víctima: avanzando con paso firme, ágil, paso de enamorado impaciente, desembocó por un sendero al descubridor del I 15 C.

Jacobus sacó la pistola y oprimió un botón; sintió un suave calor en el mango, revelador de que el arma estaba lista para ser disparada. La levantó y apuntó hacia Hítler Müller, ya apenas a una decena de pasos.

Pero en seguida bajó el letal instrumento. Una ampulosa figura había surgido de un sendero lateral y se adelantaba al encuentro del inventor. No hubo palabras de saludo: apenas si un murmullo y, en seguida, un apasionado abrazo que decía

bien a las claras la prisa de Hítler.

Jacobus, desconcertado, contempló desde su escondite las enlazadas figuras…, hasta que, alzándose de hombros, volvió a levantar la pistola. Total, ninguno de los dos sentiría nada; es más: las últimas sensaciones con que se despedirían del mundo no podrían ser más agradables.

Pero tampoco ahora pudo apretar el disparador. En la semiluz que llegaba de la nube de propaganda, se oyó la voz urgente de Hítler Müller:

—¡Sésamo, ábrete!

Durante un instante, Jacobus quedó sin poder respirar. ¡La dama que se había citado con el inventor era Carolyn! Aquello era el colmo de la ironía por parte del destino… Aunque ¿Carolyn, era realmente Carolyn? Jacobus se contestó que no. Porque Carolyn, cuando se puso por necesidad un «Inocente Maquiavelo Reforzado», había dejado de ser Carolyn.

Ya no dudó más, y volvió a apuntar. Pero tampoco ahora llegó a disparar. Una voz habló detrás de él:

—Yo que tú, no lo haría.

Se volvió, y se encontró cara a cara con Einstein Rógers, el vencido rival, el expresidente de la Bipolaris, que le sonreía con desdeñosa expresión de lástima.

—Yo que tú, no lo haría —repitió Einstein—. Porque te enviarían al Desintegrador…

Aturdido, Jacobus se quedó mirándolo.

—Compré a uno de tus detectives —siguió Einstein—, y él me dijo que te encontraría aquí, a punto de matar a alguien… Entonces, me vine de un vuelo, para evitar que te perdieras.

—¿Desde cuándo tanta generosidad?

—No es generosidad, Jacobus. Es sólo refinamiento… Porque, si vas a parar al Desintegrador, yo me pierdo la ocasión de vengarme; la ocasión de pagarte con la ruina, ¡la ruina en que tú me zambulliste!

—¿Arruinarme, tú a mí? —Jacobus no pudo contener una sonrisa despectiva.

—Sí, yo a ti, Jacobus…, con el nuevo invento de Hítler Müller.

La sonrisa se borró en el rostro de Jacobus.

—¿El nuevo invento de Hítler Müller?

Einstein Rógers hizo una pausa, paladeando la victoria, y luego aclaró:

—Un modelo de corpiño totalmente transparente…: un corpiño invisible.

—¡Vaya una novedad! —Jacobus respiró aliviado—. ¡Ya en la segunda mitad del Siglo Loco se usaron corpiños transparentes de plástico!

—¡Déjame concluir! —Einstein lo miró con lástima infinita—. El invento de Hítler Müller es algo mucho más serio. Él ha convertido el corpiño transparente en un dispositivo electrónico que se ilumina a voluntad de la interesada, pudiendo colorearse con toda una gama de delicadísimas tonalidades. ¿Te imaginas el uso que la coquetería femenina puede hacer de semejante artilugio? Si hubo un tiempo en que las damas realizaban milagros con un simple abanico, calcula los estragos que podrán hacer manejando con la sabiduría inherente al sexo las infinitas posibilidades del Vía Láctea…

—¿El Vía Láctea?

—Sí… Así he resuelto bautizar al nuevo corpiño luminoso.

Jacobus Rándom no dijo nada. Se sorprendía al notar la poca impresión que le causaba la revelación de Einstein. Súbitamente comprendió que todo aquello había dejado de interesarle. Ya nunca le preocuparían ni Hítler Müller y su Vía Láctea, ni todos los corpiños del mundo. Comprendió que rota la ilusión que le impulsara a luchar, ya nada le importaba en la vida.

Hizo un despectivo saludo a Einstein y salió del parque con paso firme, resuelto.

Se detuvo unas tres cuadras más allá, donde un electrobar titilaba su muestra en la oscuridad; uno de esos electrobares donde el mozo le pone a uno un casco con electrodos que inducen al cerebro de uno toda clase de pensamientos estimulantes.

Jacobus Rándom sabía qué clase de pensamientos le serían inducidos; sabía que, apenas le pusieran el casco, vería otra vez a la incomparable Carolyn tal como era cuando le tomaron el retratograma, con su *sweater* rojo y su mariposa de oro que esperaba el «sésamo, ábrete».

Sabía todo eso, pero entró en el bar.

Cuidado con el perro

Este breve relato se publicó por primera vez en la revista *Más Allá* #3, de agosto del año 1953. Oesterheld lo firmó bajo el seudónimo Héctor Sánchez Puyol y las ilustraciones estuvieron a cargo de Salva. Al cuento lo precedía un encabezado que decía:

> *Los hombres no comprendían que el extraño esclavo, lleno de añoranzas por los pantanos de Venus, cumplía su misión en la Tierra…*

El autor regresa en este cuento a un tema recurrente y característico en su obra: la explotación del más débil. Como en tantas otras obras de su autoría, los humanos avanzan en la conquista del espacio, pero arrastran inevitablemente consigo las mismas mezquindades y prejuicios que tanto daño causaron en la Tierra.

Pocos años más tarde, Oesterheld adaptó «*Cuidado con el perro*» para su publicación en forma de historieta. Esa versión, guionada por el propio Héctor y dibujada por Julio Schiaffino, apareció en la revista *Hora Cero Semanal* #31, de abril de 1958. Desde entonces, este relato cayó en el más completo olvido y jamás volvió a editarse en la Argentina.

Cuidado con el perro

Mi Señor me ordenó escribir.

Escribir sobre cuanto vea u oiga en mi viaje a la Tierra.

Mi Señor me ordenó escribir, y esto hago.

El viaje en lo que ellos llaman astronave va hasta ahora muy bien. El único momento malo es cuando todas las cosas, incluso yo, parecen perder peso y quedan flotando en el aire. Me asusto, y los dos hombres ríen mucho.

—No tengas miedo, «venusino» —me dice uno de los hombres, el más joven, el que tiene rostro rosado y pequeñas venas muy rojas en los ángulos de los ojos—. No tengas miedo, que pronto podrás acostarte en tu cama…

Tanto me asusto que creo que ya nunca volveré a tener peso, que no puedo decirle que mi nombre no es «venusino», que mi nombre es a-Kía.

Podría decírselo luego, pero sé que es inútil; no me entendería. Les gusta tanto cambiar de nombre a todo… Hasta a Riru, el mundo de pantanos donde vivimos, le llaman Venos, o Venus, o Venis.

Ya me he tranquilizado, porque mi cuerpo vuelve a tener peso, y aprovecho para escribir.

El hombre joven me mira escribir. No puede entender los signos que hago, y se sonríe. Sus labios son rojos por dentro, muy rojos. Y en sus manos se hinchan las venas azules. Todo él, hasta los ojos con venas rojas en los ángulos, parece lleno de sangre.

Ahora se acerca su compañero. Parece más viejo, pues es más pálido; ha de tener por dentro mucha menos sangre.

Mientras me miran escribir, los dos hablan. No entiendo casi nada de lo que

dicen, pero esto es lo que dicen:

—Suerte que estos venusinos sean tan estúpidos —quien habla es el más viejo—. Si se comprueba que pueden vivir en la Tierra, el problema de la mano de obra para las ultraminas de «nife» estará resuelto…

—¿Crees realmente en ese proyecto, Jack? —quien habla es el más joven.

—¿No querrán que llevemos este venusino al Museo?

—¿Al Museo? ¡No seas ingenuo, Fred! ¿No escuchaste acaso el último discurso del Mariscal? Bien claro lo dijo: la única forma de explotar el núcleo metálico de la Tierra es empleando mano de obra extraterrestre… ¿Qué obrero humano soportaría trabajar a cien mil metros de profundidad, donde el calor, pese a la refrigeración, es terrible, y el aire, a pesar de los inyectores de oxígeno, poco menos que irrespirable? Sí, Fred, lo mejor es usar como obreros seres de otro planeta.

—¿Obreros o esclavos?

—Llámalos como quieras. De todos modos, estos venusinos tienen una inteligencia equivalente a la de un niño de tres o cuatro años; lo han comprobado los psiquiatras de todas las otras expediciones…; lo prueba también su técnica pobrísima: ni siquiera supieron construirse nunca la más simple choza… Además, todos los psiquiatras coincidieron en negarles la más rudimentaria noción de lo que nosotros llamamos sentimiento, sensibilidad…

—Los perfectos esclavos, ¿no es así?

—Así es.

Durante un momento el más joven de los hombres se calla; luego dice:

—No sé quiénes son los que carecen de sentimientos, si ellos o nosotros…

—No dramatices, Fred. ¿Te preocupó alguna vez la inmoralidad de domesticar vacas, ovejas o caballos? Con los venusinos se hará lo mismo, sólo que, en lugar de comerlos o de hacerles trabajar en el campo, les haremos trabajar en las ultraminas… Son tan estúpidos que les gusta nuestra compañía. ¡Por poco se pelean para que los llevemos a la Tierra! ¿No te parece que es un regalo demasiado grande el que nos hace la naturaleza para desperdiciarlo por un tonto prejuicio moral?

—Quizá… Aunque no me convences del todo, Jack… ¡Estos venusinos tienen ojos tan expresivos! Duele pensar que enceguecerán para siempre en las ultraminas…

—No te aflijas; también los caballos y los perros tienen ojos muy expresivos… ¡Y bien que los aprovechamos!

Recojo la conversación tal cual es, palabra por palabra. Aunque no sé qué quieren decir. ¿Qué querrán decir *esclavo, ultramina, caballo, perro, enceguecer*?

Mi Señor me ordenó escribir, aunque no entienda nada.

Mi Señor me ordenó escribir, y esto hago.

Ahora el peso de mi cuerpo se hace excesivo: me muevo con cierta dificultad.

—Estamos próximos ya a la Tierra —me explica el joven. Está satisfecho; lo sé porque sonríe, mostrando otra vez el rojo de la carne de sus labios.

El otro también está contento. Me palmea, y alcanza al joven una cosa que parece tener agua.

—Siempre me alegra volver a la Tierra —quien habla es el más viejo—. ¡Tómate un trago, Fred! ¡Es whisky, de la vieja e inmortal Escocia!

Los dos beben, y hasta las mejillas del más viejo se colorean.

Ahora creo que él está tan lleno de sangre como el otro…

Ya estamos en la Tierra. Estoy varios días tan cansado que ni escribir puedo. Algo en mi cuerpo no se acostumbra a pesar tanto. Pero los hombres me cuidan, y ahora estoy mejor.

No me gusta la Tierra. Aparte del trabajo que me cuesta moverme, hay demasiada luz, demasiado calor. El suelo es también demasiado duro. Y hay tantos colores que los ojos me duelen mucho.

Hubiera preferido huir y buscar algún pantano, para tenderme a su orilla, pero eso hubiera disgustado a los hombres. Y mi Señor me ordenó agradarles siempre, hacer cuanto ellos me dijeran.

Mi Señor me ordenó agradar a los hombres, y esto hago.

Me han hecho pasear en lo que ellos llaman un plato volador, como una astronave para viajes cortos.

He visto así muchas cosas desconocidas para mí; anoto sus nombres, porque no sé lo que son: *océanos, campos, canales, navíos, molinos, selvas.*… (sigo con la lista en hoja aparte).

Lo único que verdaderamente me llamó la atención fue lo que ellos denominan *ciudades*. ¿Qué temerán los hombres para vivir tan apretados unos contra otros?

A todo esto el aparato radiomarcador que llevo en la cintura no cesa de funcionar. ¡Hay en la Tierra una radioactividad enorme!

Mucha, mucha más que en Riru.

Mi Señor se alegrará de saberlo.

Mi Señor me ordenó no tocar para nada el radiomarcador. Porque el aparato va anotando él solo los números de la radioactividad.

Mi Señor me ordenó dejar funcionar solo el radiomarcador, y esto hago.

Hoy salgo a pasear con mis dos acompañantes de la astronave. Nos cruzamos con muchos hombres, y todos se paran a mirarme. Me miran el casco, el traje…, hasta me tocan. Yo les dejo hacer.

Varios hombres pequeños me rodean en un lugar. Gritan mucho, y ríen, y se atropellan.

—¡Un esclavo! ¡Un esclavo! —grita muy contento—. ¡Mira, Pedrito, un esclavo!

Les miro los ojos y veo que casi no tienen venas rojas en los ángulos. Pero el color de la piel es más rosado que el de los hombres grandes. Se diría que tienen la sangre más a flor de piel.

Los hombres pequeños me empujan, me palmean, hasta me pellizcan. Yo les miro la piel rosada, y sigo andando.

Mis dos acompañantes se sonríen.

Mi Señor me ordenó agradar a los hombres, y esto hago.

En un lugar donde hay lo que los hombres llaman *árboles*, me ocurre algo que al principio me asusta y luego me hace pensar…

Dos seres extraños, que no eran hombres, porque tenían cuatro patas y dientes más largos, salen de no sé dónde y se me vienen encima. Mis *compañeros* les gritan algo y los hacen huir. Pero yo me asusto mucho. Porque rugen como el knop, el carnicero nocturno de los pantanos de Riru…

—No temas —me dice el hombre joven—. No te harán ningún mal.

—¿Cómo se llaman? —pregunto.

—Perros… Son animales que nosotros enseñamos a obedecer: nos cuidan las casas, y nos acompañan en los paseos. Son muy buenos amigos; lástima que no sean más inteligentes…

No entiendo mucho de esta explicación; sólo, que los hombres se hacen obedecer por los perros…

—Si tuvieran más inteligencia, ¿podrían hacer cosas más difíciles?

—¡Por supuesto!

—¿Ayudar, por ejemplo, a conquistar otro planeta?

El hombre joven me mira sorprendido antes de contestar.

—Sí; podrían ayudar a conquistar otro planeta —contesta luego—. ¡Pero no hay cuidado de que sirvan para eso! Los perros son tan estúpidos que ni siquiera sirven para conquistar otros hombres…

No entiendo la respuesta, pero la anoto tal cual la oigo.

Veo después a otros perros, aunque lejos. No sé por qué he sentido un gran deseo de atacarlos y de matarlos.

Odio a los perros como nunca odié a nadie…

Pero mi Señor me ordenó agradar a los hombres, y esto hago.

Los hombres fabrican unos aparatos que sirven para copiar en pedacitos de materia blanca lo que ven los ojos. Los llaman máquinas fotográficas. La ventaja que tienen sobre los ojos es que la imagen no desaparece, sino que permanece fija e inmutable y puede ser vista a distancia de tiempo y por cualquier persona.

Hoy me dieron una, y he copiado las caras de muchos hombres, especialmente de aquellos que parecían más llenos de sangre. Estará contento mi Señor cuando las vea.

Hace tres días que vienen hombres a verme. Son hombres viejos, con muchas venas rojas en los ángulos de los ojos, pero muy pálidos. Me miran mucho, me ponen aparatos raros, me hacen hacer algunos ejercicios.

Después de los tres días, todos los hombres viejos se reúnen alrededor de mí. Hay una espera, y aparece otro hombre, ni joven ni viejo. Todos se agachan ante él.

—¿Cuál es el informe? —pregunta a los viejos.

—Confirma los datos anteriores, Mariscal —responde uno de los viejos—. Los venusinos son de músculos muy débiles para la Tierra, y sin duda su capacidad individual de trabajo será reducida. Pero como hay tantos en Venus, potencialmente la capacidad conjunta de trabajo es formidable.

—Magnífico, magnífico… —el hombre Mariscal parece muy contento.

—Su inteligencia, aunque superior a la de cualquier animal terrestre, es muy elemental. No pueden planear nada: fracasan hasta en los «tests» más simples. Eso sí, su memoria es prodigiosa: no tienen imaginación, pero no olvidan nada, y aprenden rápidamente cualquier idioma; siempre, desde luego, que se les hable en términos concretos y muy sencillos.

—Magnífico. Es indudable que las Altas Potencias han decidido hacer un nuevo don al hombre… Desde que pusieron a su lado a los perros, a las vacas, a los caballos, no le habían hecho un favor semejante… ¡Dispondremos de ilimitadas cantidades de esclavos para explotar las ultraminas! Las Altas Potencias han vuelto a acordarse del género humano…

No entiendo nada de lo que dicen, pero veo que los hombres bajan la cabeza y se llevan la mano al pecho.

Un hombre muy viejo, quizá el más viejo de todos, se levanta.

—Perdonad, Mariscal —quien habla es el más viejo—. Pero ¿no es peligroso hablar tan sin rodeos, delante de este venusino, de lo que haremos con los habitantes de Venus?

—Siempre temeroso, viejo Rector… —quien habla es el Mariscal—. ¿Qué peligro puede haber? Él escucha, pero no entiende nada… Lo único que entiende es que los tratamos bien y que a todos los venusinos los trataremos siempre bien. ¿Verdad, venusino?

Le contesto que sí, moviendo para adelante la cabeza, como hacen ellos.

—¿Estamos acaso seguros —quien habla es el más viejo— de que no hay en Venus seres más inteligentes que éstos?

—¡Completamente! Hemos explorado Venus en todas direcciones, y los únicos habitantes con inteligencia, si así puede llamarse, que encontramos en ese inmenso planeta pantano, son todos iguales a éste… Seres sin técnica alguna, muy inferiores aún al hombre prehistórico…

—¿Qué hay de esos hombres que murieron en Venus, Mariscal?, ¿de todos esos hombres que aparecieron con los cuerpos disecados, como si fueran momias, y sin ninguna herida visible? ¿No tendrán los venusinos algún arma

desconocida para nosotros?

—¡Absurdo! ¡Le creía con algún discernimiento, Rector! —quien habla es el Mariscal; su rostro está casi rojo…—. ¿Alguien les atribuyó alguna vez a las vacas un arma secreta, porque nos transmitieran el carbunco? ¡Los hombres que murieron en Venus han sido sin duda aniquilados por alguna enfermedad actualmente desconocida!

El Mariscal hace una pausa y luego continúa, con el rostro otra vez pálido:

—Nada hay que temer, rectores. Este venusino volverá a Venus en la astronave que lo trajo, y dirá a sus congéneres que aquí lo tratamos muy bien. Cuando vayan a Venus las astronaves de carga, los venusinos nos suplicarán que los dejemos venir… Y como ninguno volverá jamás, jamás sabrán la verdad… ¡Agradezcamos, rectores, a las Altas Poten cias el maravilloso don que nos envían, y aprovechémoslo!

Nadie vuelve a hablar cuando calla el Mariscal. Tampoco yo digo nada: han empleado demasiadas palabras nuevas, desconocidas para mí. ¿Qué significarán *Altas Potencias*, *suplicarán*, *momias*, *carbunco*?

Estamos otra vez en la astronave. Mi cuerpo pierde de nuevo todo el peso y otra vez vuelve a ganarlo; aunque nunca tanto como antes.

—Estamos acercándonos a Venus —quien habla es el más joven—. ¡Era tiempo ya!

Él y su compañero están contentos.

Pero yo lo estoy mucho, muchísimo más.

Porque una vez más veré a mi Señor.

A mi maravilloso, a mi todopoderoso Señor.

Los hombres no saben que él existe; que él, y muchos otros como él, viven ocultos en el fondo de los pantanos de Riru…; que se alimentan de radioactividad, y que por eso quieren conquistar la Tierra… Lo único que necesitan es saber si en la Tierra hay tanta como parece. Por eso yo, a-Kía, fui enviado con el radiomarcador oculto en la cintura.

Mi Señor y otro como él ocuparán la astronave de los hombres, y en ella irán a conquistar la Tierra con sus armas invencibles. Ellos tendrán toda la radioactividad que necesitan, y nos darán los hombres a nosotros…

Para nosotros los domesticarán; para que nos alimentemos con su sangre, que tanto bien nos hace, y seamos más fuertes. Así podremos vivir también nosotros

en la Tierra.

La astronave se ha detenido. Ya estamos en Riru.
Los dos hombres están abriendo la escotilla.
Mi Señor me ordenó matar cuando los hombres abran la escotilla.
Mi Señor me ordenó matar, y esto hago.

TRISKELION

Bajo este título reunimos tres prosas breves que provienen de diversas fuentes:

«*Sombras*», que inicialmente no tenía título, fue escrita por Oesterheld en 1970. Su origen queda, al menos por ahora y apropiadamente, en tinieblas; bástenos decir que la hallamos tras búsquedas minuciosas en una publicación impensada. La develación de esa fuente queda como un ejercicio para quien lea estas líneas. Parafraseando a Oesterheld: «Suspenso… suspenso, amigo lector…».

«*Huerta*» se publicó por única vez en el primer número de la revista *Fierro* (vieja época), de septiembre de 1984.

«*Joya*» procede de un original mecanografiado, y permanecía inédito hasta hoy.

Creemos que estos dos últimos relatos, pertenecientes al género «supercortos», se encuentran entre los que Oesterheld planeaba incluir en su «*proyecto de libro*».[37] En tal caso, Héctor debe haber escrito ambos por esa misma época (fines de la década de 1960 e inicios de la siguiente).

Triskelion

Sombras

Vive en un planeta de tantos, iluminado por una estrella de mediano poder.

Vive solo, aunque lo rodean millones de sombras iguales a él.

Como todas las sombras, tiene voz y sabe usar las palabras, pero ocurre que las palabras son iguales pero cambian según la boca.

Para uno «Te quiero» significa «quiero poseerte»; ya mismo y quizá mañana pero no más.

Para otro «Te quiero» es amarte para toda la vida, y después, y aún después de todos los después.

«Ausencia» puede ser un vacío, o un tedio, o un dios que se apagó.

«Muerte» puede ser horror último o gran consuelo, la nada o un recuerdo que palidece y se apaga, rostros que cada vez se convocan menos. O puede ser también «Vida»…

Imposible entenderse, pues en el planeta de los millones de sombras muchos están tan solos que ni siquiera lo saben. Cada uno sumergido en su propia herida. Casi nadie dice «perdóname» o «¿me necesitas?» o «quiero ayudarte».

Cuando las sombras se unen sólo suman heridas, soledades. ¡Pobres, pobres sombras del planeta de las sombras; pobres sombras con los ojos llenos de imágenes que no ven!

¡Pobres videntes ciegos, que perdieron para siempre las claves de la luz!

Es como si en el «Libro» estuviera escrito: negaos los unos a los otros.

—∞—

Huerta

—¿Y en Sol, rrRiy, cómo va la cosa?

—En Sol, oh AAAaaA, la cosa va bastante bien. No prendieron las semillas ni en Sol 2 ni en Sol 4, como pensábamos, pero en cambio Sol 3, como no pensábamos, resultó un éxito. Vida por todas partes, una raza inteligente, aunque muy torpe, durante muchísimo tiempo pareció que no serviría para nada, pero cuando decidimos catalizarla mejoró en forma insospechada, ya tienen más de treinta mil atómicas listas para ser detonadas. Una sola calispa y podremos cosechar.

—Mira que necesitamos mucha ncrea, rrRiy…

—Descuida, oh AAAaaA, habrá de sobra, más de tres mil millones, y todos en un día.

—∞—

Joya

«Ésta es la joya más valiosa de todo el Museo. Por eso el gran marco de oro y brillantes y el fondo de terciopelo. Para conseguirla fue necesario aniquilar a toda una gran raza, sorprendiéndola en la cima de su gloria y de su oprobio.»

(Leyenda al pie de una lágrima humana, en el Real Museo de las Razas Desaparecidas, en Guramanda, Xamia.)

Hagan juego

Éste es otro relato al que consideramos inédito. Lo encontramos en una hoja mecanografiada entre los papeles personales de Oesterheld. Al igual que muchos otros relatos así hallados, nos resulta imposible datarlo con exactitud, pero estimamos que fue escrito entre mediados de los años 60 y principios de los 70.

«*Hagan Juego*» no sólo comparte su título con un episodio de la historieta *Sherlock Time*, sino que también es de manera evidente una reelaboración en prosa del guión de ese capítulo.

Intenso, atrapante y sorprendente, este cuento se interna nuevamente en los abismos de la naturaleza humana; pero aquí Oesterheld nos ofrece una nueva perspectiva desde la cual se juzga a nuestra especie.

Hagan juego

Tres meses de soledad completa, y ahora estaban allí, claramente grabadas en la arena.

Huellas.

Una hilera de huellas pequeñas, como de chico. O de muchacho.

Lou Dillon se pasó la mano por los ojos, apretando fuerte. Estaría empezando a ver visiones. Desde aquella mañana se sentía raro, nervioso, con el pulso más fuerte que nunca…

Pero no, las huellas seguían.

Se enderezó y miró en derredor. Todo igual, como siempre. Las mismas paredes altísimas, las mismas rocas angulosas, las mismas plantas de hojas redondas, gordas, pesadas, obscenas como trozos de carne violácea, colgando inmóviles en el aire siempre sin viento. Y los restos de la cosmonave, brillando como sangre bajo los rayos despiadados del rojo sol de aquel extraño planeta.

Todo igual, como siempre. Pero ya definitivamente distinto.

Porque ahora estaban las huellas.

Desde que los controles de la cosmonave se trabaron, como si alguien los manejara desde afuera, y terminara estrellándose en el fondo del cráter, Lou Dillon no había visto otro ser viviente que aquellas plantas de hojas violetas. Bill, el copiloto, había muerto en el choque.

Y ahora estaban las huellas.

Absurdamente humanas en aquel planeta tan apartado de todas las rutas, más imposible aún en aquel cráter sin salida.

¿Por dónde entraría el muchacho?

Lou Dillon había reconocido metro a metro la pared del cráter, y sabía que no había escape.

Casi sin pensarlo se encontró siguiendo las huellas.

Demasiado delicadas para ser de muchacho. ¿Y si…?

¿Y si eran de muchacha?

Una ola espesa le recorrió las venas. Lou Dillon trotó, corrió, con el cerebro vacío de ideas, todo el cuerpo un enorme latido.

Tenían que ser de muchacha…

Bordeó la espesura con las hojas redondas de siempre. Y se frenó. Y allí la vio. Allí estaba, cerca ya de la pared del cráter, de pie sobre una roca.

Desnuda, el cabello largo, hasta las caderas. El sol rojo le daba de lleno, aterciopelando los hombros, moldeando los senos, ahondando la sombra prometedora de los muslos.

Lou Dillon reanudó la carrera.

Ella saltó de la roca y desapareció tras otra espesura.

«No puede escapar… ¡La pared le cierra el paso!».

Pero ya llegaba a la pared y ella no estaba.

Sólo sus huellas, en la arena oscura. Iban rectas hasta la pared rocosa, se perdían en ella.

Se acercó y entonces la descubrió: una abertura tan disimulada que sólo sabiendo que estaba allí podía hallársela.

Entró: un pasaje sinuoso, oscuro, con cosas duras, como raíces, que le arañaban el torso desnudo, lastimándolo, impidiéndole avanzar. Pero siguió.

Hasta que otra vez vio la luz y otra vez estuvo al sol.

Otro cráter igual al suyo, más grande. Las mismas plantas de hojas redondas y…

Allí estaba ella, recostada en la arena, estirada en abandono completo, como aguardando.

Dio un paso, con cada célula de su cuerpo gritando por ella. Pero se detuvo.

Allí, surgiendo de entre las rocas, venía otro hombre.

Otro hombre semidesnudo como él, el torso arañado, los ojos enloquecidos.

Allá, tras él, le pareció ver brillar algo, otros restos de cosmonave, quizá.

Pero Lou Dillon sólo pensó que aquel hombre se interponía entre él y la mujer.

Ahora había una piedra en la mano del hombre.

Lou Dillon se agachó sin dejar de mirarlo, tanteó frenético el suelo, encontró

otra piedra.

Atacaron a la vez, los cuerpos chocaron, resbalosos de sudor, se entrelazaron. Algo golpeó con fuerza de estallido contra la cabeza de Lou, a la vez que una rodilla se le incrustaba con furia en la ingle, apenas a un centímetro del punto vital.

Por instinto devolvió el rodillazo, debió acertar porque el otro se encogió con un gruñido, aprovechó para golpear con la piedra, para golpear y volver a golpear y golpear.

Golpeó hasta que lo tuvo en el suelo y siguió golpeando, golpeando hasta que ya no encontró nada duro que golpear.

Se incorporó. Gusto a sangre en la boca.

Allí estaba la mujer. Ajena, indiferente, siempre echada en la arena, dándole casi la espalda.

Saltó hacia ella y plantó la mano en la curva de la cadera.

Los dedos se hundieron, la carne cedió.

¿La carne? No, no era carne, era algo blando, algo que se deshacía al ser tocado…

Debajo asomó un tubo de metal oscuro, un engranaje monstruoso.

Aturdido, Lou Dillon le tocó el hombro. También allí la «carne» se deshizo, también allí apareció el metal negro.

Lou Dillon comprendió. Y retrocedió espantado.

¡Un «robot»!

Pero… ¿Por qué? ¿Quién lo había enviado? ¿Y para qué?

Y…

No más preguntas: el sol rojo se oscurecía, una gran sombra asomaba, increíblemente gigantesca, por sobre la pared del cráter.

Y en seguida otra, otra sombra inmensa, también de contornos vagos…

«Eres un torpe… ¡Ya te dije que nunca deben tocar el “robot”!».

«Lo sé… Pero nunca imaginé que le saltaría encima tan pronto… No lo pude retirar a tiempo…».

«Este hombre no querrá pelear nunca más… ¡Has arruinado a uno de los mejores ejemplares que jamás tuvimos!».

Lou Dillon no oye nada, pero en su cráneo, como en una bóveda, retumban los pensamientos: adivina que son los pensamientos que las dos moles están cambiando entre sí…

Y en un instante lo entiende todo. Su cosmonave fue obligada a descender en

el cráter… Para usarlo a él como gallo de riña… El cráter era la jaula… Lo cebaron, lo hicieron sentirse más fuerte que nunca… lo tentaron con un «robot» en forma de mujer… Había caído lo mismo que un galgo que se lanza tras una liebre mecánica… Sólo que Lou Dillon había matado a otro desdichado como él…

«Ya sabes lo que se hace con un hombre que descubre al “robot”».

«Sí, ya lo sé».

Otra vez el diálogo.

Una de las sombras alza algo oscuro, pesado, algo que tiene un punto brillante que se agranda, se agranda…

—¡No!

La voz de Lou Dillon es un alarido desgarrado. El punto luminoso ya es un destello violento. Todo el cráter relampaguea por un instante. Y nada más.

Nada queda del cuerpo de Lou Dillon. Ni del otro hombre. Sólo queda sobre la arena la armazón metálica del «robot»…

Kosmo

Entre los manuscritos de Héctor, encontramos un día una hoja que contenía el nombre «*Kosmo*», y junto a éste, una breve descripción de un personaje hasta entonces desconocido. Se trataba de un mero borrador, muy difícil de descifrar, en parte por su particular caligrafía, en parte porque se trataba únicamente de palabras e ideas sueltas: apenas un bosquejo de rasgos básicos y elementales.

Nada más supimos de ese personaje por largo tiempo. Hasta que muchos años después nos encontramos, en otra de nuestras «expediciones», con un texto inédito de pocas páginas de longitud. Se titulaba «*Kosmo*»; a pesar del tiempo transcurrido, este nombre nos recordó enseguida al bosquejo arriba descripto. El protagonista de este relato desplegaba, en efecto, los mismos rasgos que figuraban en ese borrador primigenio.

«*Kosmo*» parece ser el primer episodio de una posible serie dirigida quizás a un público infantil. Su fecha de composición es incierta. Suponemos que fue escrito alrededor del año 1964, ya que la versión manuscrita fue encontrada sobre hojas que tenían el membrete de una editorial en la que Oesterheld trabajaba por ese entonces. A este texto le falta, sin duda, un pulido, pero decidimos incluirlo a pesar de ello por su originalidad: Oesterheld combina en estas líneas la ciencia ficción con un subgénero en el cual apenas le interesó adentrarse alguna que otra vez: el de los superhéroes.

A pesar de esta particularidad, «*Kosmo*» exhibe el sello inconfundible de su autor; Héctor aprovecha incluso sus conocimientos de geología para brindarle una base científica al relato.

Kosmo

Un raro sensitivo tentáculo aprieta una esfera transparente en un extraño planeta. De un complicado aparato brota un haz luminoso que atraviesa la profundidad del espacio y termina por llegar a un remotísimo planeta, la Tierra. El haz no se detiene en la superficie, penetra el suelo, las capas geológicas. Llega hasta diez kilómetros de profundidad: hiere allí un nódulo pétreo, una esfera no más grande que un puño humano. Al minuto de ser alcanzado por el haz el «nódulo» se calienta, la roca que engloba se derrite, el «nódulo» la absorbe, crece rápidamente.

Siempre creciendo, el «nódulo» alcanza una veta metalífera, la absorbe, ya es algo así como una larva gigantesca que crece y crece a expensas de las rocas. Hasta que llega a la ramificación de un volcán, por un momento baña el magma, la larva parece arder. Pero resulta vigorizada, se le desarrollan antenas, raros miembros como aletas y reanuda la marcha hacia lo alto, «comiendo» poco a poco su camino. Hasta salir a la superficie, es una enorme larva que surge en la quebrada ladera de una colina en Texas.

El sol le da de lleno a los lados de la «cabeza»; se abren ojos, la boca que devoró las rocas se abre ahora para respirar el aire de la mañana. Tras unos minutos de descanso la larva baja hasta un camino: encuentra un camión detenido, es de una cuadrilla de obreros que reparan la calzada poco más allá. El hierro del camión atrae a la «larva», que empieza a devorarlo con potentes golpes de mandíbula. Acuden los obreros; atacan a la «larva» con picos y palas,

pero un golpe de aleta mata a dos obreros. Los demás se apartan, detienen a un auto que pasaba, van a pedir ayuda al pueblo. Cuando llegan el *sheriff* y sus hombres, la larva termina de devorar el camión. Suenan los primeros disparos, la «larva» se retuerce de dolor, escapa hacia la colina, los hombres la acosan, la acorralan entre grandes rocas. Ya parece que la terminarán a balazos, pero la larva se incrusta en la roca, «come» una vía de escape colina adentro, despide un vapor acre, que quema las gargantas, nadie se atreve a seguirla.

Tras largo avanzar «por dentro» de la colina, la larva sale al otro lado. Se arrastra al sol, sufre por las heridas recibidas.

Ya moribunda llega cerca de una carpa: allí están pasando sus vacaciones los hijos de McCallum: Alice (15 años), Joe (14) y Eleanor (10). El espanto inicial al ver aparecer la enorme larva da paso a la compasión: tratan de curarla, le dan agua, le procuran sombra. Al día siguiente los muchachos debían regresar a Austin, su pueblo; les duele abandonar a la «larva», pero ésta ya se ha repuesto, les da a entender que está curada. Durante la noche ha crecido mucho, se le ha desarrollado una piel con placas duras como metal. Cuando se despiden descubren que la «larva» le quitó a Alice una cadenita con un corazón de oro que llevaba al cuello. Imposible recuperarla.

Ya se han ido los muchachos cuando aparece un helicóptero: es el *sheriff* que anda buscando al monstruo que devoró el camión de los obreros camineros. El helicóptero desciende cerca, el *sheriff* llama a sus hombres por radio. Pero la «larva» ya no es más pasiva: con rara agilidad ataca y devora al helicóptero, el *sheriff* escapa, la balea, pero ahora las balas no le hacen nada. Llegan los hombres del *sheriff*; también sus armas resultan inútiles: la «larva» devora los vehículos en que llegaron, crece a ojos vista.

Acude la guardia nacional. Traen tanques, pero los cañones son tan ineficaces como los fusiles, la «larva» destroza a dentelladas los pesados vehículos.

Sin hacer caso de los hombres, la larva se pone en marcha hacia Austin. Es tanto su peso que al avanzar va dejando destrozado el camino. Cae la noche,

aviones ultramodernos atacan al monstruo: es en vano. Ni cohetes ni bombas consiguen detenerlo.

Tras rápida reunión de emergencia en las más altas esferas se decide el recurso máximo: atacar a la «larva» con una bomba atómica; hay que evitar que llegue a Austin.

Un avión supersónico lanza sobre la larva un paracaídas con la bomba: el estallido se produce directamente sobre el monstruo.

Cuando el hongo atómico se disipa no quedan ni rastros de la larva: un vasto cráter y nada más.

Renace la calma, se levanta la alarma, en la casa del juez McCallum los muchachos siguen con pena las noticias, no saben por qué pero sufren por la aniquilación de la larva.

Está por amanecer cuando un ruido extraño en el jardín despierta a la familia del juez McCallum. Acuden, y ven que el suelo se levanta, un viejo árbol cae. Aparece por fin la larva. Cuesta reconocerla: tiene la piel destrozada, una gran herida en el lomo. Apenas si puede arrastrarse unos metros, en seguida queda inmóvil.

La tocan, la golpean pero no responde. La dan por muerta, llevada sin duda por algún oscuro instinto trató de morir junto a los únicos que la ayudaron.

La aparición de la larva en el jardín de los McCallum despierta la atención de los vecinos, pronto el *sheriff* y sus hombres están rodeando a la inmóvil mole. Están cerciorándose de que está muerta cuando un súbito estremecimiento la sacude. Empieza a despedir vapores acres, se calienta, tiembla, surgen sordos ruidos de su interior.

La guardia nacional es llamada de prisa. Vienen tanques, la iluminan con reflectores. Pero antes de que los cañones empiecen a disparar hay una explosión

apagada, por en 1 rilas nubes de vapor se ve cómo la larva se abre en dos, a lo largo y cómo surge una forma humana, de porte gigantesco.

Se la ve mal por los vapores, en ese momento abren el fuego cañones y ametralladoras, logran varios impactos pero no afectan a la sombra que se eleva entre la humareda y desaparece en la noche.

Tan extraño es lo ocurrido que la mayoría duda que «algo» haya surgido de la larva: para los menos, los McCallum entre ellos, han asistido a la metamorfosis final de un ser extraterreno, algo así como el surgir de una mariposa de la crisálida.

Pasan los días, lo ocurrido es ya recuerdo, la vida de los McCallum recobra su ritmo habitual. Una mañana Alice y Joe parten en el viejo auto de Joe. Van al colegio; es el primer día. Ya en el camino una sombra se abate sobre el auto, es un raro plato volador que los obliga a detenerse. Un minuto más tarde tres seres extraños los hacen entrar al plato, se los llevan al espacio.

Aterrados, Joe y Alice oyen hablar a los raptores: esperan que Kosmo, por rescatar a los muchachos, ataque al plato volador, le tienen preparado un superrayo de la muerte contra el cual nada le valdrá la coraza de Kosmo.

Alice y Joe no tienen tiempo de preguntarse quién será Kosmo: ya está ahí surgiendo de las profundidades del espació, es un hombre de cuerpo hercúleo ceñido por una malla metálica, un casco raro con antenas; vuela a voluntad en el espacio.

Kosmo se interpone al paso del plato volador, lo frena; dentro, los tres se felicitan, contentísimos: descargarán el superrayo a quemarropa, Kosmo no tiene salvación.

Ya están por encender el rayo cuando Joe entra en acción, seguido por Alice. Atacan a los tres seres, por unos momentos logran impedir que el rayo sea dispersado. Pero la desigual lucha dura muy poco; pronto son dominados Joe y

Alice.

Uno de los seres va a encender el rayo, pero una mano potente lo aparta. Kosmo está dentro del plato volador, con tremendos golpes da cuenta de los tres seres.

Kosmo guía al plato volador de regreso a la Tierra, deja a Joe y Alice en el camino junto al viejo auto. Les sonríe, muestra a Alice la cadenita con un corazón de oro que lleva al cuello: es la misma de la que se apoderara la larva.

Kosmo se va y Joe y Alice saben que han trabado amistad con el más extraordinario de los seres, y que también ellos serán desde ahora partícipes en el tremendo conflicto que conmueve a la galaxia.

El diosero

Éste es un cuento realmente peculiar, que puede exigir lecturas sucesivas para lograr comprenderlo o abarcarlo. Superada la sensación inicial de extrañeza, y las ocurrencias lingüísticas que el autor deja instaladas, «*El diosero*» se abre a múltiples interpretaciones y sentidos.

El título revela —sólo en parte— el argumento del relato: un comerciante llega a un extraño planeta a ofrecer su mercancía, cuya naturaleza resulta enigmática. Inmediatamente, allí donde no había una necesidad, se crea una. Pero a la vez, en un ámbito donde nadie hacía hasta entonces ciertas preguntas, se exigen repentinamente respuestas. En palabras del mismo Oesterheld: «lirismo filosófico».

EN BUSCA DE UN CUENTO PERDIDO

En un principio creíamos que «*El diosero*» se había extraviado para siempre, porque —pese a que Oesterheld lo había incluido en el índice de su «*proyecto de libro*»—,[38] nunca habíamos logrado encontrarlo entre sus papeles. Recuperarlo exigió una investigación ardua y una buena dosis de suerte.

Habíamos dado prácticamente a este cuento por perdido cuando, un buen día, nuestras búsquedas nos llevaron hasta el blog *Ahí va* (http://ahi-va.blogspot.com/). Su autor, José Peláez, se había tomado el trabajo de transcribir el índice entero de cada número de una revista española de ciencia ficción: *Nueva Dimensión*. En la entrada correspondiente al #104, figuraba, en letras pequeñas: «“*El diosero*”, escrito por Héctor G. Oesterheld».

Nuestra alegría ante este descubrimiento fue realmente enorme. Pero

una cosa era saber en qué numero de esa revista figuraba y otra muy distinta, encontrar un ejemplar. Debimos dar vuelta cielo y tierra para lograrlo; fue nuestro amigo Daniel Luján Heredia —antiguo corresponsal en la Argentina de *Nueva Dimensión*— quien nos brindó generosamente una copia.

Probablemente no sepamos nunca con certeza cómo fue que «*El diosero*» viajó hasta España y terminó publicado allí, en *Nueva Dimensión*. Este periplo nos causó tanta perplejidad que decidimos intentar localizar en la península ibérica a quienes habían sido los editores de esa publicación durante la década del 70, con el fin de averiguar el derrotero de este cuento. Albergábamos también la esperanza de que ese contacto con Oesterheld hubiera habilitado otras publicaciones.

No fue fácil encontrar a estos editores,[39] distantes en el espacio y en el tiempo; cuando finalmente lo logramos, el resultado no fue —lamentablemente— el que esperábamos. Pasados tantos años, les resultó imposible recordar las particularidades de un cuento entre miles.

Una posible pista al respecto es que *Nueva Dimensión* dedicó un número especial (#49 de agosto-septiembre 1973) a su predecesora argentina *Más Allá*, cuando ésta llevaba ya extinta casi dos décadas. En ese número 49, *Nueva Dimensión* publicó varios cuentos que habían aparecido en *Más Allá*; entre éstos, los de Oesterheld. Suponemos que éste fue el origen del vínculo entre Héctor y la revista española.

Lo cierto, en todo caso, es que el número 104 de *Nueva Dimensión*, que incluía efectivamente el texto completo de «*El diosero*», salió a la venta en España en septiembre de 1978. Tristemente, para ese entonces, Héctor Germán Oesterheld llevaba más de un año desaparecido.[40]

El diosero

En el planeta sin dioses los neblines sueñan con tener cada uno su dios.

Hasta que llega un diosero con su gran muestrario de dioses.

Una enorme multitud de neblines, pálidas vejigas concéntricas, se apiña en torno al diosero. Todos se entenan impacientes, bien desplegados los eleos.

Tres días más tarde, cuando ya no vienen más neblines, el diosero se esfera y comienza a vibrar:

—Todos mis dioses son de invisibilidad e incomprensión garantidas, son ajustables a todas las necesidades individuales. Mis dioses, neblines, son dioses a la medida.

Tiembla la multitud. En el fondo de los eleos hay lucecitas blancas, esperanza.

El diosero, esferado en todo su diámetro, elea con elocuencia de viejo difusor de dioses:

—Este dios, por ejemplo, te hermosea el mundo si le rezas con toda la melancolía que necesita, diáfano, sutil dios estético, ideal para seres con tendencias vegetales o impulsos al cristal. Este otro dios, también por ejemplo, es un dios de aire, aire más o menos físico o espiritual, según la calidad del creyente, es un dios bueno y necesario, de aroma femenino, frío y fuego, cambiante e inesperado como todo aire.

Silencio y niebla sobre la multitud, y nostalgia de dios, anhelo que duele. Los eleos casi se cierran.

—Este otro dios es lágrima y consuelo, por el dolor te lleva al amor y a la dicha, es dios ideal para sociedades nuevas, ricas en dolor. En los mundos viejos

y bien organizados el dolor es escaso, y escaso es por lo tanto el amor. En esos mundos ya nadie se comunica ni se odia siquiera.

Luces de colores irisan los eleos de la multitud. Es como si quisiera nacer una felicidad, pero hay un neblín que se adelanta con los eleos opacados:

—¡Charlatán! —asperiza el neblín—. ¿Por qué ofreces, diosero, lo que bien sabes que no sirve?

—Mis dioses…

—¡Contesta, diosero! —el neblín no le deja responder—. ¿Cuál es la forma última, la flor final de la materia-energía?

—¿La flor final de la materia-energía? Pues… la vida.

—Bien. ¿Y cuál es la flor final de la vida?

—El espíritu.

—¿Y la flor final del espíritu?

—Dios.

—Perfecto. Y ahora, diosero, ¿cuál es la forma última, la flor final del dios?

—Este… No hay… Ningún dios florece en flor final…

—¿Por qué mientes, diosero? —relámpagos sombríos en los eleos del neblín —. ¡Tú sabes cuál es la flor final del dios! Tráenos esa flor final y entonces sí cerraremos trato. ¿Para qué queremos todas estas mediocres caras del mismo dios con que intentas embaucarnos? ¡Llévate ya tu muestrario, diosero, que nadie aquí desea tus dioses! ¿No es así, neblines?

Pero ninguno le ha escuchado. La multitud ondula ya en medio del muestrario, se llenan de dios los eleos, es el éxtasis, tan de atrás les viene el ansia.

Los neblines se dispersan, se van. Cada uno tiene su dios, ya ninguno estará solo, jamás hubo tanto gozo en planeta alguno.

El diosero ya sin dioses y el neblín de los eleos opacados tiritan de vacío. Todo es páramo alrededor.

—¡Es un fraude, diosero! Tú sabes que todos esos dioses…

—Silencio, amigo… ¿Quién sabe nada de nada? Te lo repito, no hay flor final del dios. Y no me atormentes más. Toma, quédate con este dios. No lo puse en el muestrario, suelo reservarlo para mí.

El diosero llena entonces los eleos del neblín con un dios cifra y cristal, los eleos se diáfanan, encienden luces vagas, frías pero dulcemente resignadas.

—Cuídalo, neblín… Con este dios alcanzarás la calma a través del número y la ecuación.

Innecesaria la advertencia. El neblín se aleja, sumido ya en un alto y errado cálculo que le consumirá la vida entera y le hará feliz.

El diosero queda solo. Como nunca nadie quedó solo en el Universo todo.

Mintió al neblín cuando negó la flor final del dios. ¿Para qué quebrarlo con el peso de tanta angustia?

Justamente él, el diosero, está en eso, en la flor final del dios.

Si todo dios es incomprensible, ¿cómo no lo será la flor final del dios?

Soledad última, diosero: te usan pero no son para ti, pobre abeja en la flor, ni el aroma ni el color ni la liturgia vital en el secreto del ovario.

La cosmonave fantasma

Este cuento se publicó originariamente el 10 de enero de 1972, en las páginas de la revista *Billiken* #2713, con ilustraciones de Alberto Breccia. Es claramente una nueva versión del cuento «*Paria espacial*», aunque difiere de éste en varios aspectos. El más obvio es su extensión: el presente relato es muchísimo más breve que su antecesor.[41] Pero acaso el cambio más significativo que se observa entre estos dos relatos es el nombre y la nacionalidad del protagonista.

En «*Paria espacial*», escrito en 1962, el intrépido piloto se llama Rainer Lomas; en el presente relato, escrito diez años más tarde, el personaje principal es Ramón Cobas, un cosmonauta «nacido entre los peñascos al sur de la Rinconada, en Jujuy, Argentina», lo cual refleja quizás un enfoque más localista, y un mayor interés en enfatizar «la aventura desde aquí, este hemisferio austral, que también forma parte del planeta».[42]

Ése es seguramente también el motivo por el cual la nave que tripula el protagonista del cuento recibe en esta nueva versión el nombre de «Chamical Vil». Chamical es el nombre de una localidad ubicada en la provincia de La Rioja; allí funcionó, entre los años 60 y principios de los 70, el Centro de Experimentación y Lanzamiento de Proyectiles Autopropulsados (CELPA), operado por la Fuerza Aérea Argentina. Esas instalaciones representaban —por aquel entonces— una de las mayores esperanzas de que el país participara de la conquista del espacio.

La cosmonave fantasma

PIP-PIP… PIP-PIP… PIP-PIP…

La alarma del telerradar resuena en la cabina de la *Chamical VII*, cosmonave de la Patrulla Espacial. Ramón Cobas, el piloto, se sobresalta. En varias semanas de vuelo solitario es la primera vez que el telerradar localiza algo que no sea un planeta, una estrella o un meteorito. ¿De qué se tratará?

Ramón Cobas aprieta un botón. A su lado se enciende una pantalla. Y en ella aparece con toda nitidez el objeto descubierto por el telerradar.

Ramón Cobas contiene el aliento: ¡es una cosmonave viejísima, enorme, de un modelo totalmente en desuso! Las complicadas aletas de la cola, rotas y retorcidas, hablan de algún duro combate sostenido quién sabe hace cuánto tiempo.

—¡Es la *Effort*! —Ramón Cobas la reconoce. Tantas veces vio la foto en los libros, en las telerrevistas.

Sí, es la *Effort*… ¡la cosmonave fantasma!

La *Effort*, entonces el más poderoso cosmoacorazado de la Federación Galáctica, al mando del capitán Bergson y con dos tripulantes a bordo, desapareció noventa años atrás, hacia fines de 2190. Navegaba hacia la Galaxia Negra, uno de los sectores menos explorados del espacio, cuando la comunicación con la Tierra se cortó de golpe; ya nunca más se supo nada de la inmensa cosmonave.

Treinta años después avistó a la *Effort* el *Gagarin*, un cosmocrucero de la

carrera Tierra-Vega; con las luces apagadas y sin señales de vida, la *Effort* no respondió a ningún intento de comunicación. Informaba el *Gagarin* sobre la posición y la trayectoria de la *Effort* cuando, luego de dos explosiones casi simultáneas, la transmisión se cortó. Y nunca más volvió a saberse del *Gagarin*…

Fue el comienzo de la leyenda. Según ella, la *Effort*, la cosmonave fantasma, correría por el espacio como una maldición, llevando la tragedia a quienes tuvieran la desgracia de avistarla. Le fueron achacados cuantos accidentes dudosos ocurrieron en el espacio; como los marinos del tiempo de la navegación a vela, los cosmonautas han sido siempre amigos de imaginar cosas.

Sin embargo, la *Effort* existe.

Está ahí, bien a la vista.

Ramón Cobas detalla en un grabador los datos de la trayectoria y la velocidad de la *Effort*. Inserta luego el rollo en el transmisor automático para que informe a la Tierra cuando le llegue el turno de transmisión.

Ahora debe esperar las instrucciones de la Tierra. Ramón Cobas, nacido entre los peñascos al sur de la Rinconada, en Jujuy, Argentina, es amigo desde chico del peligro y la aventura.

Pero… ¿y esa luz?

Una luz amarillenta, en uno de los ventanales de la *Effort*…

La luz se apaga, vuelve a encenderse. Un brillo breve, de nuevo se apaga, otro largo guiño…

—¡SOS! ¡Está pidiendo auxilio en el alfabeto Morse!

Ramón Cobas no pierde un solo instante. Se coloca el traje espacial, se ajusta a la espalda el micromotor y entra a la cámara compensadora. Un minuto más tarde se hace el vacío en la cámara y el piloto de la *Chamical VII* puede salir al espacio.

Acelerando y frenando el micromotor, Ramón Cobas flota por el espacio hasta el ventanal de la *Effort*. Y mira al interior con ojos ávidos.

Penetra en el cosmoacorazado y llega a la cabina de control.

El haz de la linterna recorre el tablero, los asientos vacíos, los mapas de tres dimensiones. Recostados contra la pared, al fondo, aparecen tres bultos. La linterna se detiene en ellos: son las momias del capitán Bergson y sus dos tripulantes.

—No hay nadie… —sin darse cuenta Ramón Cobas está hablando en voz alta—. ¿Habré soñado las señales luminosas?

—No. No las soñaste… —una voz metálica detrás suyo.

Ramón Cobas se vuelve con presteza. Pero no ve a nadie.

—Tranquilo… ya nos verás… ¡Somos millones!

Un leve chasquido… y una luz cenicienta inunda la cabina. Ramón Cobas se ve rodeado por una multitud de siluetas alargadas, traslúcidas, vagas formas que recuerdan globos sin aire; en cada una brillan tres puntos irisados, deben de ser los ojos.

—Somos invisibles para tu luz… no para la nuestra. Aprendimos tu idioma descifrando las grabaciones que encontramos aquí.

—Pero… ¿quiénes son ustedes?

—«Lubos»… Atacamos, y abordamos la *Effort* por sorpresa. Éramos sólo un puñado, pero, como ves, nos hemos multiplicado… Hace mucho una cosmonave trató de acercarse; como todavía éramos pocos, la barrimos con un lanzarrayos. Igual como ahora barremos a tu cosmonave…

Una sacudida, un destello allá afuera… ¡ni rastros quedan de la *Chamical VII*! Una víctima más de la cosmonave fantasma…

—Como te dije antes, ahora somos millones… ¡De sobra para la gran invasión! Por eso te atrajimos con el SOS…

—¿Qué invasión?

—La invasión a la Tierra… No atacamos antes porque no sabíamos cómo llegar. Tú conducirás la *Effort* hasta la Tierra. Son tan pocos los planetas realmente habitables. Y el tuyo debe de ser hermosísimo. Ríos, mares, pájaros… ¿Es verdad que el cielo en la Tierra es azul?

—¿Para qué quieren invadir la Tierra?

—Nuestro planeta quedó inhabitable luego de la última guerra nuclear. Pero no temas, no acabaremos en seguida con todos los terrestres… Tú…

—¿Y si me niego a conducirlos a la Tierra?

Algo invisible toca la mano de Ramón Cobas. Un dolor agudísimo, enloquecedor, le paraliza por un momento el brazo.

—Si no obedeces, el próximo «toque» será en la cabeza. Morirás, igual que el capitán Bergson y sus tripulantes.

Ramón Cobas no necesita volverse. Las momias contra la pared dicen que el «lubo» no habla en vano.

—Está bien… ¡ustedes ganan! Conduciré la *Effort* hasta la Tierra…

Crece en la pantalla la esfera, el sol le pinta mitad noche, mitad día.

El corazón de Ramón Cobas late con fuerza. Hace tanto que no ve la nubosidad blanquecina, los verdes y los azules que marcan océanos y continentes. Hace tanto que no ve la Tierra…

Ni una luz en la *Effort*; desde la Tierra creerán que es un casco vacío, muerto, el que llega. En torno a Ramón Cobas se apretujan los «lubos». Devoran con los ojos el planeta que crece y crece.

—¡Es mucho más hermoso que nuestro planeta!

—¡Qué maravilla! ¡Miren! ¡Eso blanco debe de ser hielo!

—Como premio por traernos tú serás el jefe de los terrestres que sobrevivan…

Ramón Cobas sonríe. Y hace girar un dial.

Una sacudida estremece a la cosmonave.

—Pero… ¿qué haces? ¡Estás acelerando!

Otra vuelta del dial. Ya llega hasta el tope. El indicador marca velocidad máxima…

—¡Pasaremos de largo! ¡Caeremos en el Sol!

—Exacto… —sonríe Ramón Cobas—. ¡Puedes matarme, porque ya nada frenará a la *Effort*! ¿Cómo pudiste creer, «lubo», que iba a entregarte así a mi planeta?

Los telescopios terrestres siguen a la Effort hasta que se pierde en el disco incandescente del Sol. Nadie puede ver la llamarada final, apenas un destello en la portentosa hoguera.

El turista del tiempo

Decidimos cerrar esta selección de cuentos con una obra que combina la ciencia ficción con el relato de anticipación a lo Julio Verne. Fusiona también el relato en prosa con la historieta. Ilustrada por Leopoldo Durañona[43], se publicó originariamente en la revista *Gente* #262 del 30 de julio de 1970.

La precisión de Oesterheld para anticiparse a los desarrollos futuros es realmente asombrosa. A lo largo de todo el relato hay referencias detalladas a tecnologías e implementaciones que en 1970, año en que Héctor creó esta obra, habrán parecido meras fantasías, pero que, vistas con nuestra mirada actual del siglo XXI, resultan ser a la vez lúcidas y exactas. Gran parte de lo que Héctor profetizaba en este texto se ha convertido hoy en nuestra realidad cotidiana.

Así presentaba «El turista del tiempo» el mismo Héctor:

> *Atención, ubiquese. Apague el cigarrillo, ajústese el cinturón, pronto una extraña azafata, la imaginación, lo invitará a dar un fabuloso paseo por las fascinantes comarcas del tiempo futuro. El viaje se hará a caballo de dos fantasías. La primera, que da título a esta nota, es una ficción. La segunda, una historieta que la continúa. Las dos se basan, no obstante, en pronósticos científicos y pretenden que usted tenga una idea cabal de los pequeños y grandes inventos que modificarán, y mucho, su vida cotidiana en la década que ahora se inicia.*

El turista del tiempo

Turista del tiempo, aparezco en el mundo de 1980; a primera vista no me parece tan raro, estoy en el auto de mi amigo Martín; la diferencia principal es el volante, que no está. Martín maneja con un «puño» de metal cromado.

—El volante era un absurdo. No «sentías» el coche como con el «puño».

Debe de ser cierto, vamos a casi doscientos kilómetros por hora.

Pero no por mucho tiempo, una luz roja titila allá adelante.

—Velocidad excesiva —nos reta una voz desde el tablero—. Ciento noventa y siete kilómetros. La velocidad permitida es de ciento veinte. Son cien mil pesos de débito.

Martín reduce la velocidad, pero no detiene el coche; el puesto policial queda atrás.

—¿Y la boleta? —me asusto—. ¡Te van a declarar fugado!

—No tengas miedo… —resopla Martín—. Hace tiempo que se acabaron las boletas. La poli tiene el número del coche, me hace directamente el descuento en la Computadora Bancaria… ¡Pensar que en un tiempo podías discutirla y hasta pelearla!

—Vaya con el sistemita…

—Las multas son nada. Con los impuestos es la cosa. La Computadora Central registra todo, lo que te pagan y lo que tenés que pagar, no hay escapatoria posible. Al principio fue la mar de protestas —Martín se ha calmado, el velocímetro luminoso en el parabrisas no sube de los ciento diez—. Pero te habituás en seguida y le ves el lado bueno. La Computadora Central trajo tanto ahorro al eliminar burocracia inútil que hubo una rebaja de impuestos tremenda.

Calculá, todos los ministerios, todas las reparticiones oficiales, entendeme bien, T-O-D-A-S, en un edificio chico, creo que es el viejo Ministerio de Hacienda, en Plaza de Mayo. Además ya nadie pierde ni media hora en una repartición oficial, ¿te das cuenta lo que es eso?

Huye a los lados el paisaje serrano, a cada tanto entre las peñas ardidas una sorpresa verde, casas.

—Esto sí que no cambiará nunca —me compadezco—. El aislamiento de la gente que vive en el campo…

Martín se sonríe:

—Si te digo que mucha gente está dejando la ciudad para volver al campo… Todavía hay aislamiento, por supuesto, pero cada vez menos. Los satélites sincrónicos han resultado todavía más eficaces de lo que se pensaba. Para que te des cuenta, cualquier chico de los que viven en esas casas puede tener ahora una educación tan buena como la del mejor colegio de la Capital… Sí, la escuela por TV. Y el Colegio Nacional con deberes, exámenes y todo. Y la facultad que se te dé la gana, el que no estudia es porque no quiere, ahora sí que empieza a haber igualdad de oportunidades.

De algún modo ya no me parecen tan solas las casas, el paisaje se ablanda.

—Y lo que vendrá con el tiempo… Computadoras Centrales que almacenarán el contenido de bibliotecas enteras; harás un pedido por radio o por teléfono y tendrás en tu casa la batalla de Cepeda o la gira de Boca en el ’25 o el discurso del presi en el Congreso.

—Entonces los diarios…

—Sonados a plazo fijo. En Suecia y en Estados Unidos ya empezaron: la Computadora Central te manda a tu casa, vía satélite, las páginas que te interesan, tu computadora las imprime por muchos centavos menos de lo que hoy pagás por el diario que comprás en la esquina. Se salvarán las revistas y los libros caros: los «de bolsillo» sonarán también, los tendrás en casa vía computadora por monedas. Monedas que, desde luego, no tendrás que girar.

—Ya sé, débito instantáneo en la cuenta bancaria.

Suspiro.

—¿Condenados, entonces, el placer de escarbar en las librerías, de leer solapas, algún capítulo de ojito, de espiar algún final? Pero claro, si te sale mucho más barato… Y las bibliotecas… ¿seguirán, me imagino?…

—No. Sonadas también. Apenas si quedará alguna, más como museo que otra cosa.

Quiero ponerme nostálgico, pero no, pienso en tanto lugar perdido en el mapa, aislado de las ciudades, solo pero unido ahora a las grandes computadoras por los hilos invisibles de los satélites; en cada casa Sartre, Palito Ortega, Heródoto o Leo Sala con sólo tocar un botón…

—Cuando termine de instalarse el sistema de fonovisión entonces sí que habrá terminado el aislamiento del campo —Martín me sabe impresionado, me pega en el suelo—. Todos los días tendrás en casa, por lejos que vivas, las visitas que se te dé la gana. Costará unos pesos la comunicación combinada de teléfono y TV, pero pensá en lo que te ahorrás de masitas y de whisky…

Definitivamente, el paisaje que huye a los lados del coche ya no es duro ni hostil. Los manchones verdes, las casas, ya no son oasis. No están solos.

—∞—

La casa de Martín me desconcierta, colores sombríos pero intensos en las paredes, techo traslúcido, forma extraña, aérea, como si apenas se apoyara en el suelo.

—Lo que te habrá costado…

—Mucho menos de lo que te imaginás. Una casa cuesta hoy tres veces menos que diez años atrás. Y te la hacen en treinta días. Éste es el secreto —Martín palmea una pared, la superficie es lisa, cálida—. Material plástico, propileno. Mucho más liviano y resistente que el cemento, y mucho más barato y manejable. Casi no hacen falta cimientos. Ni pintura. Al tacho la piedra, el ladrillo, el cemento.

Fiesta en el living, una treintena de chicas y chicos bailando un aquelarre atronador. Nos refugiamos en la cocina.

—Ahora verás una de las más grandes conquistas de la década —anuncia Martín; le oigo apenas, tanto aturde la música.

Mi amigo cierra la puerta, un silencio instantáneo, profundo, silencio de espacio interestelar.

—Plásticos aislantes en puertas y paredes. Resultado, el silencio, la tranquilidad total, eso que antes era un lujo de pocos… Se acabaron «las peleas y los gritos» en el departamento de al lado.

La cocina es un acorde de colores sobrios pero alegres; sé que es una cocina porque esos discos deben de ser hornallas y hay armarios, y porque alguien

olvidó un libro de recetas en el sillón anatómico.

—¿Eléctrica?

—Sí, pero a pila. Pila de gas. Da electricidad a toda la casa: luz, agua caliente, calefacción, aire acondicionado. Sale mucho más barato que comprar la electricidad a la compañía. Cada vez se usan más las pilas; calculá, han sido la gran solución para el campo.

Pasamos a una salita, por fin algo familiar, una TV.

Pero no, tiene tan poco que ver, es una tele por conductor; Martín paga un abono y le mandan lo que le gusta, sin propagandas.

—Si algún programa te gusta te comprás el *casette*: ahí guardo mi colección de *tapes*.

Miro algunos títulos: *La Quimera del Oro*, *Juana de Arco*, *Don Segundo Sombra*, *Z*, *El Mundial del 78*. En otras *casettes* escrito a mano, leo: «Safari en Kenya», «El bautismo de Martita», «Martita en el baño», «Martita en el colegio», «Martita…».

—Ésos son *tapes* familiares —se disculpa Martín—. Tengo más de cien, los grabo con la cámara y listo, los paso en la tele. También grabé esos otros —Martín señala «Safari en Kenya», «Cacería en Bengala»—. Se abarató tanto el turismo con los aviones grandes.

—¿Quedan todavía animales para cazar?

—Más de los que te pensás. En parte porque cada vez se usa más la cámara que el fusil. Pero más todavía porque en muchas partes, sobre todo en África, se han dado cuenta de que es más conveniente explotar con turismo las extensiones salvajes que tratar de sacarles a fuerza de montañas de dólares un poco de cultivos o de ganadería.

—Pero el alimento…

—El alimento es cada vez más barato en el mundo. Nosotros mismos, con la explotación intensiva de la plataforma submarina, hemos multiplicado por diez la producción de alimentos.

—No me digas que ahora comen pescado en lugar de bifes…

—El bife se sigue comiendo, por supuesto, pero ahora sale tanta proteína del mar que el tan viejo problema del hambre se está terminando. Frente a la Patagonia, en pleno mar, hay una cantidad de fábricas que bombean el plancton del mar y le sacan las proteínas; las llaman las «ballenas artificiales», porque hacen la misma función de las ballenas. A la pasta que sale le ponen gustos artificiales y te la venden como «pollo», «langosta», «filet de lomo», lo que se te

ocurra. Todo sale tan barato que un campo tiene que ser muy bueno para poder competir económicamente con el mar. Y por eso, como te decía, cada vez las zonas pobres se dejan más como reservas naturales.

—Cosa que no me parece nada mal…

—¡Por supuesto! Las ciudades están creciendo tanto que dentro de pocos años las «zonas pobres» van a ser «zonas de lujo», donde para ir a vivir unos días con la naturaleza habrá que pagar un buen montoncito de pesos.

Martín disimula mal el orgullo al hablar; se sabe participando de algo así como un milagro colectivo en escala mundial; se entiende, es ingeniero. Siento algo muy parecido a la envidia.

—Éste es mi último juguete —Martín señala un aparato raro, varios tubos estilizados, negro y cromo—. Un proyector de holografías te da imagen en relieve completo, con frente, espalda y costado.

No sé por qué me entra fastidio; no tengo ganas de mirar las dichosas holografías. Veo un abrigo de lana tirado sobre una silla, me aferró a él como a una tabla de salvación.

—Menos mal que todavía queda algo de los viejos tiempos… Una silla de madera. Y un tapado de lana…

—No es madera —Martín tiene la piedad de no reírse—. Es también plástico, propileno, y propileno es también la «lana».

—∞—

Un whisky delicioso, lo elogio y agradezco la atención; no tenían por qué convidarme con «importado».

—Es nacional —Martín lo paladea también—. Y casi tan barato como la grapa. Los gustos sintéticos y el añejamiento ultrarrápido barrieron a los escoceses; ni los entendidos notan la diferencia.

El whisky me ablanda, acepto ver en la TV algunos *tapes* familiares.

Martín jugando al tenis con su mujer, Carmen y los chicos.

Martín y los chicos trabajando en el jardín.

Martín y familia remando en el Tigre; me sorprende el agua tan azul; es el resultado de los grandes diques que se han construido en el Norte; el agua ya no acarrea los sedimentos que la hacían «color de león».

Martín y los chicos están armando una reproducción de la *Santa María*, de

Colón.

—Se ve que te sobra el tiempo.

—Y claro. No te olvides que ahora trabajamos cuatro días por semana. Estamos entrando, gracias a las computadoras, en lo que los diarios llaman la Era del Ocio. Tiempo de sobra para *hobbies*, para deportes, para viajar.

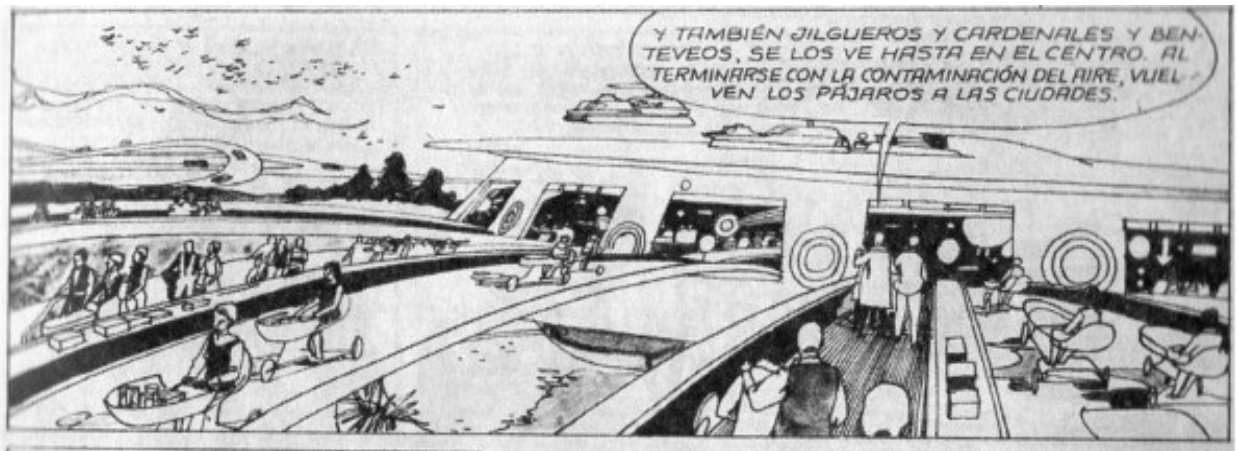
Martín en la playa construyendo con los chicos un cohete Saturno de arena.

—Se ve también que te gustan los chicos.

—Sí. Y ésa es otra de las grandes cosas del ocio; las tensiones de antes se aflojaron, ahora hay mucho más tiempo para dedicarlo a los hijos, vivís mucho más con ellos, te podés ocupar más de tu mujer, la familia se reafirma.

diario del turista







MANGOS DE LA INDIA, PAPAYAS DE LA POLINESIA; A OTROS MUCHOS FRUTOS NI LE SÉ EL NOMBRE. Y ENTRE TANTA COSA EXÓTICA QUE SEGURO VIENE DE QUILMES, UN MONTÓN DE OBJETOS TODOS DISTINTOS, COMO HECHOS A MANO.



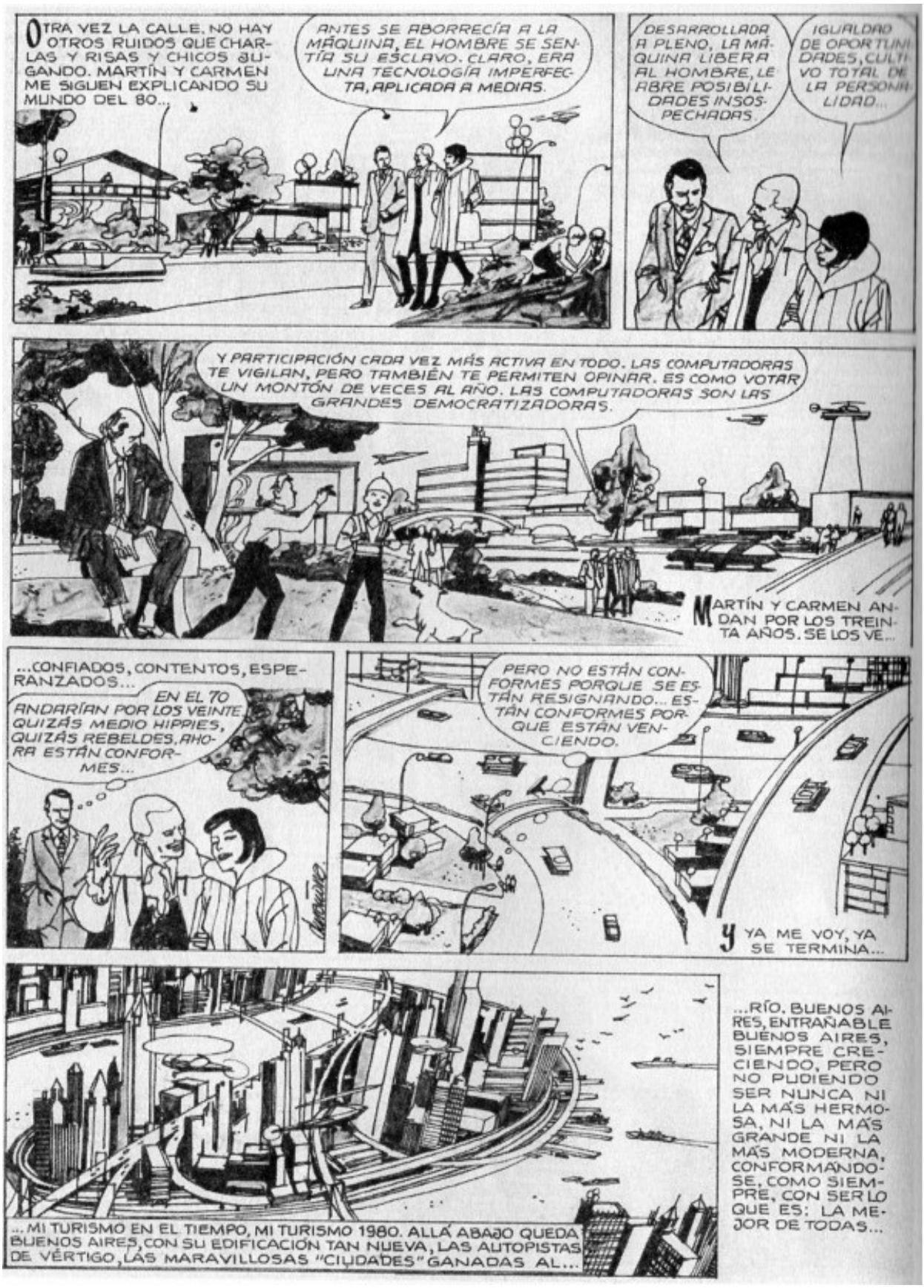











OTRA VEZ LA CALLE. NO HAY OTROS RUIDOS QUE CHARLAS Y RISAS Y CHICOS JUGANDO. MARTÍN Y CARMEN ME SIGUEN EXPLICANDO SU MUNDO DEL 80...
ANTES SE ABORRECÍA A LA MÁQUINA, EL HOMBRE SE SENTÍA SU ESCLAVO. CLARO, ERA UNA TECNOLOGÍA IMPERFECTA, APLICADA A MEDIAS.
DESARROLLADA A PLENO, LA MÁQUINA LIBERA AL HOMBRE, LE ABRE POSIBILIDADES INSOSPECHADAS.
IGUALDAD DE OPORTUNIDADES, CULTIVO TOTAL DE LA PERSONALIDAD...
Y PARTICIPACIÓN CADA VEZ MÁS ACTIVA EN TODO. LAS COMPUTADORAS TE VIGILAN, PERO TAMBIÉN TE PERMITEN OPINAR. ES COMO VOTAR UN MONTÓN DE VECES AL AÑO. LAS COMPUTADORAS SON LAS GRANDES DEMOCRATIZADORAS.
MARTÍN Y CARMEN ANDAN POR LOS TREINTA AÑOS. SE LOS VE...
...CONFIADOS, CONTENTOS, ESPERANZADOS...
EN EL 70 ANDARÍAN POR LOS VEINTE QUIZÁS MEDIO HIPPIES, QUIZÁS REBELDES. AHORA ESTÁN CONFORMES...
PERO NO ESTÁN CONFORMES PORQUE SE ESTÁN RESIGNANDO... ESTÁN CONFORMES PORQUE ESTÁN VENCIENDO.
Y YA ME VOY, YA SE TERMINA...
...MI TURISMO EN EL TIEMPO, MI TURISMO 1980. ALLÁ ABAJO QUEDA BUENOS AIRES, CON SU EDIFICACIÓN TAN NUEVA, LAS AUTOPISTAS DE VÉRTIGO, LAS MARAVILLOSAS "CIUDADES" GANADAS AL...
...RÍO. BUENOS AIRES, ENTRAÑABLE BUENOS AIRES, SIEMPRE CRECIENDO, PERO NO PUDIENDO SER NUNCA NI LA MÁS HERMOSA, NI LA MÁS GRANDE NI LA MÁS MODERNA, CONFORMÁNDOSE, COMO SIEMPRE, CON SER LO QUE ES: LA MEJOR DE TODAS...

Los inconquistables:
del argumento al guión

El texto que figura a continuación es el argumento (planteo inicial de la trama) de una historieta que Héctor se encontraba bosquejando. Probablemente, fue escrito entre 1970 o 1971. Es —hasta donde sabemos— una obra inédita, concebida ya sea para acompañar a un chocolatín o para ayudar a promocionarlo. Resulta evidente, en todo caso, que estaba destinado a un público infantil.

Se trata de un borrador, en un estado todavía «crudo», aún insuficientemente pulido como para permitir una lectura fluida, por lo que debatimos largamente si debíamos incluirlo o no en el presente libro. Cuando tiempo después hallamos también —en forma completa— el guión de historieta que Héctor escribió a partir de ese argumento, decidimos incluir a ambos. En secuencia, es decir, leídos uno después del otro, el argumento y el guión resultante permitirán a los lectores asomarse a la «cocina» de Oesterheld en plena inspiración.

Los invitamos entonces a leer primero el argumento con cierta indulgencia —como el amigo o familiar a quien Héctor recurre para que evalúe una potencial historia que está forjándose aún en su imaginación — para luego sumergirse, sí, en el guión a partir del cual se dibujaría la historieta.

Esta lectura en dos pasos permite seguir el proceso creativo de Oesterheld y observar la forma en que éste desplegaba sus técnicas de redacción y su genio narrativo.

Como todo guión, el de «*Los inconquistables*» consiste en una serie de apuntes e instrucciones para el dibujante; se parece por ende más a un libreto que a una narración acabada. El énfasis no está puesto en la puntuación ni en la corrección sintáctica, sino en la capacidad de transmitir al ilustrador la atmósfera que éste deberá plasmar con su arte.

La transcripción que figura a continuación del argumento, realizada a partir del original del guión mecanografiado, es estrictamente literal; esto incluye al curioso título que Héctor empleó para denominar a esta obra: «*CHOCOLATÍN-HISTORIETA*».

El lector notará asimismo que «*Los inconquistables*» tiene una trama simple y ágil. Esto obedece seguramente a las características del medio y el formato en el que la historieta sería publicada: acaso dentro del envoltorio del chocolatín en cuestión o como aviso publicitario en una revista para niños.

Los admiradores de Oesterheld encontrarán en esta breve aventura varios elementos que les resultarán familiares. Hay en «*Los inconquistables*» ecos de *El Eternauta*, de *Rolo, el marciano adoptivo*,[44] y también del relato «*Paraíso*», incluido en esta antología. «*Los inconquistables*» representa acaso el germen de la serie *Marvo Luna*,[45] historieta infantil publicada en la revista *Billiken* entre los años 1971 y 1973.

Los inconquistables

En la Avenida de Mayo un muchacho, Pepo, de catorce años (es el héroe), ve que de pronto toda la gente se pone a caminar de prisa hacia el sur, en dirección al río. Muy sorprendido, quiere preguntar qué ocurre, pero él mismo se siente ansioso por caminar, un deseo irresistible lo empuja hacia el río.

Formando parte de un verdadero río humano, Pepo se ve cruzando la Plaza de Mayo. Nadie habla, es una marea creciente que camina y camina.

Llegan a la Costanera, Pepo ve que quienes lo preceden suben al paredón y se lanzan sin vacilar al agua.

Ya está cerca del paredón, sabe que hará lo mismo que los demás, cuando un grito lo arranca de la hipnosis: es un angustiado pedido de ayuda.

Se detiene. Es una chica, Dani, de trece años, la que pide auxilio. Está arrodillada junto a lo que parece un hombre grueso, caído al lado de un auto. Pepo se acerca, ve que el hombre es un ser extraterrestre, humanoide pero de facciones extrañísimas. Está malherido: del cuello le mana un fluido azulado.

Pepo debe luchar consigo mismo para vencer el impulso que lo arrastra hacia el río; la compasión se impone, ayuda a Dani a vendar la herida. El ser reacciona, los toca con su mano-tentáculo, el ansia de correr hacia el río entonces se apaga… pero sólo en Dani y en Pepo: el resto de la gente sigue corriendo hacia el río, es una inmensa multitud que se va deslizando hacia el agua.

El ser tiene oculta bajo el cuerpo un arma rara, que parece un fusil, trata de explicar a Pepo su manejo, el muchacho no lo entiende, por fin se establece entre ambos un contacto telepático: el «fusil» es un lanzarrayos, Pepo comprende

[que] debe dispararlo contra un plato volador que, muy alto, está volando sobre el río.

Pepo dispara el lanzarrayos, hay un estallido enceguecedor en el cielo, todo vuelve repentinamente a la normalidad, la multitud que corría hacia el río se detiene aturdida.

El ser explica que, desde su plato volador, los «milcaras», seres provenientes del remoto planeta Murtor, habían dominado a la multitud con ondas hipnóticas. El propósito era despoblar Buenos Aires para utilizar la ciudad como base de invasión; dominada Buenos Aires los «milcaras» se lanzarían a la conquista de la Tierra toda (los «milcaras» se llaman así porque, por un misterioso capricho biológico, todos tienen rostros totalmente distintos).

El ser que les explica todo esto es también un «milcaras». Se llama Seego y es un pacifista que lucha contra el partido de los conquistadores, [e] hizo un desesperado intento por contener la invasión. Pero lo hirieron y quedó fuera de combate.

Pepo y Dani corren a buscar ayuda pero la confusión es enorme, la gente está desconcertada, nadie entiende qué ha ocurrido. Cuando regresan junto a Seego lo encuentran inmóvil, sin vida; tratan de reanimarlo pero tres «milcaras» que se habían emboscado tras el auto los atacan por sorpresa y, luego de breve lucha, los dominan.

Los «milcaras» llevan a Pepo y a Dani a un plato volador oculto entre los árboles… Alzan vuelo, enseguida están en pleno espacio, llegan a una enorme y rara cosmonave, es la central de la invasión.

Los muchachos son conducidos ante el jefe de los «milcaras», la cosmonave es como un pueblo, en un vasto recinto ven una supermaqueta de Buenos Aires, allí se ultiman los detalles para el nuevo ataque, los «milcaras» perdieron su lanzarrayos hipnótico pero disponen de muchas otras armas: con un ataque a fondo de platos voladores destruirán los efectivos militares en los cuarteles y en Campo de Mayo, al mismo tiempo atacarán por el agua con extraños vehículos anfibios que se transforman al tocar tierra en monstruosas topadoras que arrasan cuanto encuentran, así sea un rascacielos.

Pepo y Dani asisten en la maqueta al ensayo general del asalto, la ciudad en miniatura empieza a ser arrasada; no pueden contenerse y atacan al jefe de los «milcaras», lo dominan por un momento pero son finalmente vencidos.

Están por ser ejecutados cuando una mano misteriosa les da un lanzarrayos; superan a los guardias y consiguen apoderarse de uno de los platos voladores, en

él escapan hacia Buenos Aires.

Creen tener tiempo para dar la alarma pero oyen por la radio que el ataque ya comenzó. Al advertir la fuga los «milcaras» anticiparon el gran asalto.

No hay tiempo de hacer nada; pronto las barcazas-topadoras estarán penetrando en la ciudad. Pepo apela entonces a un último recurso: aterrizarán en el baldío donde en aquel mismo momento estará reunido el «club» del cual él es presidente, armará a todos con lanzarrayos que hay en el plato, quizá puedan rechazar la invasión.

Gran sorpresa del club al ver descender al plato, Pepo los hace subir mientras les explica, enseguida están bajando en la Costanera.

A tiempo, ya las barcazas-topadoras llegan a la orilla.

Tras furioso y desesperado combate logran paralizar la ofensiva con los lanzarrayos. Pero en la radio las noticias son desastrosas, el dominio de los platos voladores que atacan al ejército es abrumador, Campo de Mayo y los cuarteles resisten con heroísmo, pero su caída es cuestión de horas.

Pepo y sus amigos deciden entonces un postrer golpe de mano: suben al plato volador y van hacia la inmensa cosmonave que sirve de central a la invasión. La atacan, son rechazados, pero una inesperada falla en las defensas les permite vulnerar toda la resistencia, se lanzan entonces al abordaje, se abren paso entre los sorprendidos «milcaras», llegan por fin a la cabina de mando, dominan al jefe, lo obligan a rendirse con todos sus efectivos.

Gran triunfo, se aclara que quien los ayudó a escapar y en varias otras ocasiones, incluso, quien produjo la falla final de las defensas de la cosmonave fue Seego, el «milcaras» pacifista que no estaba muerto como creyeron.

Los chicos vuelven a la vida de siempre, pero saben que la tranquilidad no durará: los «milcaras» volverán, y en escala mucho mayor…

CHOCOLATÍN—HISTORIETA
Los inconquistables

01.- [PLANO] GENERAL CON PEPO EN MEDIO PLANO, ES EL HÉROE, DOCE AÑOS, FUERTE, SIMPÁTICO, PERO NO BONITO, TRICOTA,[46] MIRA EXTRAÑADO A LA GENTE QUE CAMINA SERIA EN UNA MISMA DIRECCIÓN, EN LA AVENIDA DE MAYO, DE DÍA, INVIERNO.

PEPO (globo pensamiento): Pero… ¿qué le pasa a la gente? Todos van hacia Plaza de Mayo… Hacia el río.

Texto Inferior: Era tan extraño ver a la gente caminando de prisa en la misma dirección, en silencio, como obedeciendo una orden misteriosa e inapelable.

02.- PRIMER PLANO DE PEPO, EXPRESIÓN ALGO ESPANTADA, CAMINANDO ENTRE LA GENTE, TODOS EN LA MISMA DIRECCIÓN.

PEPO: ¡También yo me siento obligado a caminar hacia el río!

Texto Inferior: Era muy extraño, sí. ¡Pero mucho más extraño aún fue sentirse él mismo, Pepo Casas, impulsado a marchar con los demás!

03.- PANORÁMICA DE LA PLAZA DE MAYO, GRAN MULTITUD MARCHANDO BOVINAMENTE HACIA EL RÍO.

PEPO: (globo pensativo): ¡Esto es increíble!

Texto inferior: Como una pesadilla… Había que caminar hacia el río… En silencio total, sin un grito, sin una pregunta… Una siempre creciente marea humana… unas cuadras más y ya la Costanera.

04.- GENERAL DE LA COSTANERA. LA MULTITUD VA HACIA EL RÍO. LOS QUE LLEGAN AL MURALLÓN SE DEJAN CAER AL AGUA.

PEPO: (globo pensamiento): ¡Los que llegan al murallón se tiran sin dudar al río!

Texto inferior: El río estaba crecido, las olas rompían contra el murallón. Pero la gente se tiraba igual. Pepo Casas supo que también él se iba a tirar.

05.- PLANO MEDIO DE PEPO VINIENDO HACIA EL LECTOR CON SOMBRÍA PREOCUPACIÓN. HA PASADO JUNTO A DANI, LINDA CHICA DE DOCE AÑOS, ES LA HEROÍNA. DANI ESTÁ ARRODILLADA JUNTO A UN HOMBRE CAÍDO AL LADO DE UN AUTO, PIDE AYUDA CON EXPRESIÓN ANGUSTIADA.

PEPO (globo pensamiento): Me tiraré al río… y no intentaré nadar… Me tiraré al río… y no intentaré…

DANI: ¡Socorro! ¡Por favor, ayúdame!

06.- DESDE DANI, INCLINADA SOBRE EL CAÍDO (QUE PARECE SER UN HOMBRE CORPULENTO), MIRA ANGUSTIOSA A PEPO, QUE SE HA DETENIDO PERO NO SE ACERCA, TRAS ÉL LA GENTE SIGUE PASANDO.

PEPO (globo de pensamiento): Debería ayudarla… ¡Pero tengo que seguir con los demás, tengo que tirarme al río!

DANI: ¡Está mal herido, se desangra, ayúdame!

07.- MEDIO PLANO DE PEPO INCLINÁNDOSE JUNTO A DANI QUE ESTÁ ARRODILLADA JUNTO AL CAÍDO QUE APARECE DE ESPALDA.

PEPO: No… No puedo dejar sin ayudar a un herido. ¿Qué le pasa? ¿Dónde tiene la herida?

DANI: Aquí… en el… en eso que parece el pescuezo.

08.- PRIMER PLANO DE LOS DOS, GRAN ASOMBRO DE PEPO, DANI SE OCUPA CON RESOLUCIÓN EN RESTAÑAR LA HERIDA DEL CAÍDO, ÉSTE APARECE EN SILUETA.

PEPO: Pero… ¡No es un ser humano! ¡No es un hombre!

DANI: No, no es un ser humano. ¡Pero qué importa eso! ¡Lo que interesa es que está herido!

09.- TOMA DESDE ATRÁS Y ARRIBA DE PEPO Y DANI. SE VE BIEN AL CAÍDO: ES UN SER EXTRATERRESTRE, HUMANOIDE, ROSTRO MUY EXTRAÑO, A VOLUNTAD DEL DIBUJANTE, TIENE UNA HERIDA EN EL CUELLO, DE ELLA MANA LÍQUIDO AZUL. MUY CORPULENTO, VISTE ESPECIE DE CAPA ROJA.

PEPO: ¿Será un marciano?

DANI: Traeme un poco de agua… pero ¡mirá, está reaccionando! Texto inferior: Unos pocos metros más allá, entretanto… Texto superior:… continuaba el ciego marchar de la multitud…

10.- [PLANO] GENERAL DE LOS DOS JUNTO AL CAÍDO. LA MULTITUD SIGUE AVANZANDO HACIA EL MURALLÓN, SIGUE

TIRÁNDOSE AL AGUA. OLEAJE.

DANI: ¡Quiere decirnos algo!

PEPO: ¡Sí, pero es peor que si hablase chino!

11.- MEDIO PRIMER PLANO DEL SER, TRATA DE REINCORPORARSE, OFRECE A PEPO CON RESOLUCIÓN SU FUSIL RARO. SEÑALA HACIA ARRIBA, DESCONCIERTO EN PEPO Y DANI.

DANI: Quiere que tomes al fusil…

PEPO: ¡Ya sé lo que quiere! ¡Me está hablando dentro de la cabeza; telepatía, seguro! ¡El fusil es un lanzarrayos! ¡Y quiere que lo dispare…

12.- PANORÁMICA DE LA ESCENA. LA GENTE SIGUE DESLIZÁNDOSE AL AGUA. JUNTO AL AUTO, PEPO APUNTA EL «FUSIL» HACIA ARRIBA, HACIA EL PLATO VOLADOR RARO.

PEPO:… contra aquel plato volador! ¡Dice que si le acierto salvaré a la gente de morir ahogada!

13.- T0MA DESDE EL PLATO VOLADOR, MUY RARO, FORMAS BARROCAS, NADA AERODINÁMICAS. ALLÍ ABAJO LA MULTITUD, EL RÍO. PEPO DISPARA EL «FUSIL».

PEPO: ¡No debo errar!

14.- GENERAL DEL PLATO VOLADOR ALCANZADO POR DESTELLO DEL «FUSIL», SE DESINTEGRA EN GRAN ESTALLIDO.

(Globo Estallido): ¡BUUUNG!

15.- GENTE DESCONCERTADA SOBRE EL MURALLÓN, ESTABA POR TIRARSE AL AGUA, HA DESPERTADO DE PRONTO, SE HA DETENIDO. LA MULTITUD QUE VENÍA SE DETUVO TAMBIÉN. GRAN EXTRAÑEZA EN TODOS, SE MIRAN, SE HABLAN ATURDIDOS.

UNO: ¿Qué pasó?

OTRO: ¿Qué hacemos aquí? ¿Quién nos trajo?

Texto inferior: El efecto fue instantáneo. La multitud se detuvo, desconcertada. Ya nadie pensó en arrojarse al agua…

Texto superior: Mientras el extraño ser volvía a hablar dentro del cerebro de los muchachos.

16.- MEDIO PRIMER PLANO DE PEPO Y DANI INCLINADOS CON EXPRESIÓN TENSA SOBRE EL SER QUE HA VUELTO A DESFALLECER.

SER (globo con contorno irradiado): Esto es sólo el comienzo de la invasión… Los «milcaras», del planeta Murtor, quieren conquistar la Tierra… el plato volador emitía rayos hipnóticos… La idea era despoblar Buenos Aires para usarla como cabeza de invasión…

17.- PRIMER PLANO DEL SER HABLANDO AL LECTOR, DESFALLECIENTE.

SER (globo irradiado): Los «milcaras» se llaman así porque todos tienen caras distintas… Yo también soy un «milcaras», mi nombre es Seego… Soy pacifista, me opuse al partido de los conquistadores… Por eso me hirieron… Ocupada Buenos Aires…

18.- [PLANO] GENERAL DE LA ESCENA. PEPO Y DANI MIRAN DESPAVORIDOS AL DESFALLECIENTE SEEGO.

SEEGO (globo irradiado):… los «milcaras» se lanzarán a la conquista de todo el planeta… Ya les dije, esto fue sólo el principio, volverán a atacar… ¡Hay que contenerlos a cualquier precio! Hay que…

DANI: Pero… ¡Volvió a desmayarse!

19.- MEDIO PLANO DE LOS DOS CHICOS MIRANDO DESPAVORIDOS A SEEGO.

PEPO: ¡Está temblando! ¡Y mírale los ojos! ¡Para mí que está muerto!

DANI: Se le ponen verdes… Pobre Seego… Trató de ayudarnos y le costó la vida.

20.- GENERAL DE LOS DOS CONTEMPLANDO AL DERRUMBADO SEEGO. LA TOMA ES DESDE ATRÁS DE SILUETAS DE TRES MILCARAS QUE SE ACERCAN CON SIGILO SIN SER VISTOS.

PEPO: Hay que avisar a la policía… Y ahora que lo pienso, ¿cómo te llamás? Yo soy Pepo… Pepo Casas.

DANI: Me dicen Dani y…

21.- PRIMER PLANO DE LA ATERRADA DANI. UN MILCARA LA SUJETA POR DETRÁS. LE TAPA LA BOCA. ALGO MÁS ATRÁS PEPO ES TAMBIÉN ATACADO.

DANI: Pero.

PEPO: ¡Milcaras!

22.- [PLANO] GENERAL DE PEPO QUE HA DERRIBADO A UN MILCARA PERO LOS DOS RESTANTES LOS CONTROLAN.

Texto inferior: Pepo Casas sintió que la culata rompía algo. Pero era imposible resistir, la fuerza de los milcaras era tremenda.

23.- [PLANO] GENERAL DE LOS MILCARAS HACIENDO SUBIR A PEPO Y A DANI A RARO APARATO VOLADOR, OCULTO ENTRE ÁRBOLES. ESTABA COMO SUSPENDIDO A MEDIO METRO DEL SUELO.

MILCARAS (globo irradiado): ¿No sería mejor liquidarlos ya mismo?

MILCARAS DOS (globo irradiado): Ya habrá tiempo para eso: el Jefe quiere conocer a los que hicieron estallar el lanzaondas hipnótico…

Texto inferior: Un par de minutos más tarde…

24.- PLANO GENERAL DEL INTERIOR DE LA ASTRONAVE DONDE HAN SIDO LLEVADOS LOS CHICOS. LA PLANA MAYOR DE LOS «MILCARAS» LOS RECIBE.

JEFE MILCARAS: Serán ejecutados en cuanto presencien el ensayo general de la destrucción de la ciudad de Buenos Aires sobre esta maqueta.

PEPO: ¡Antes muerto!

Texto inferior: Pepo se zafa de los guardianes. ¿Se salvará?

25.- PLANO GENERAL DEL PLATO VOLADOR LISTO PARA DESPEGAR DE LA ASTRONAVE MADRE. PEPO Y DANI CORREN HACIA ÉL. LOS MILCARAS LOS PERSIGUEN.

PEPO: ¡Apúrate Dani, antes de que nos alcancen!

Texto inferior: ¿Llegarán Pepo y Dani al plato antes que los milcaras los alcancen?

26.- PLANO TOTAL DEL INTERIOR DE UN PLATO VOLADOR QUE REGRESA A LA TIERRA CON PEPO Y DANI.

PEPO: No tenemos tiempo para dar la alarma; la única solución es buscar a todos los socios de mi club y armarlos para repeler la invasión.

Texto inferior: Pepo dirige el plato volador hacia el baldío donde están reunidos los miembros del club del cual es presidente.

27.- PLANO TOTAL DEL PLATO VOLADOR QUE DESCENDIÓ EN EL BALDÍO DONDE LOS PIBES ESTABAN REUNIDOS. PEPO, DESDE LA PUERTA DEL MISMO, CON DANI, LES PIDE A LOS CHICOS QUE LO ACOMPAÑEN.

PEPO: ¡Chicos, suban! ¡Tenemos que salvar a la Tierra!

28.- EL PLATO ATERRIZA EN LA COSTANERA. PEPO Y LOS CHICOS DESCIENDEN CON LOS LANZARRAYOS Y PARALIZAN EL DESEMBARCO DE LOS INVASORES.

Texto inferior: En el momento que las barcazas llegan a la orilla, con furioso y desesperado esfuerzo los pibes detienen la ofensiva.

29.- PLANO GENERAL DE LA COSTANERA. EL PLATO ESTÁ DEPOSITADO SOBRE LA PLAYA. LOS CHICOS ESTÁN REUNIDOS LUEGO DE VENCER A LOS INVASORES, ESCUCHANDO LA RADIO.

RADIO: Pese a la heroica resistencia de las tropas de Campo de Mayo

la situación es desesperante…

PEPO: ¡Se me ocurre una idea!

30.- PLANO GENERAL DEL PLATO VOLADOR DE PEPO Y SUS AMIGOS QUE SE DIRIGEN A LA NAVE ESPACIAL CENTRAL DESDE DONDE HABÍAN ESCAPADO Y SE DIRIGE TODA LA INVASIÓN.

Texto que emana del plato: ¡Los abordaremos!

31.- PLANO GENERAL DE PEPO Y SUS AMIGOS ABRIÉNDOSE PASO ENTRE LOS SORPRENDIDOS MILCARAS QUE CAEN ANTE LA SORPRESA Y EL FUEGO DE LOS LANZARRAYOS.

PEPO: ¡Vamos, chicos, a la cabina de mando!

32.- PLANO GENERAL DE LA CABINA DE CONTROL. PEPO Y LOS CHICOS CONTROLAN AL JEFE DE LA COSMONAVE Y A SUS EFECTIVOS.

PEPO: ¡Ríndanse con todos sus efectivos!

Texto inferior: Pepo y los chicos eran los dominadores de la situación.

33.- PLANO TOTAL DEL INTERIOR DEL PLATO VOLADOR CONDUCIDO POR SEEGO, EL MILCARA PACIFISTA QUE NO ESTABA MUERTO COMO LOS CHICOS CREÍAN.

PEPO: Te agradecemos mucho todo lo que has hecho por los terráqueos…

DANI: Esperamos que nos visites siempre…

34.- PLANO GENERAL DE PEPO Y DANI TOMADOS DE LA MANO Y SALUDANDO AL PLATO QUE REGRESA AL ESPACIO. LOS CHICOS LOS RODEAN.

Texto inferior: Pepo y Dani vuelven a la vida de siempre pero saben que la tranquilidad no durará: los «milcaras» volverán y en escala mayor.

FIN

Crónicas del átomo y del espacio

Permítanme presentarme: soy corresponsal del átomo y del espacio. Sí, no se asombren: del átomo y del espacio. Así como hay reporteros para la guerra, el deporte, la política, la moda, yo soy reportero de los descubrimientos atómicos, de las conquistas espaciales. Pero entendámonos, yo no escribo solamente sobre los aspectos técnicos o científicos. Mis relatos tratan de narrar también las dudas, las angustias, los terrores de los hombres que, con abdicación total, jugándose la vida o la razón, están haciendo posible el estupendo salto del hombre hacia lo desconocido. Aunque no todo es heroísmo. Porque a donde vaya la humanidad, llevará consigo tanto lo bueno como lo malo de su especie. Los textos que ahora leerán son un buen ejemplo de mi trabajo. Ningún gran diario los publicará. Algunos pintan en forma cabal las tremendas tensiones a que se ven sometidos los Cristóbal Colón del espacio; otros, simplemente, reflejan lo raro y lo nuevo de nuestra ciencia y técnica.[47]

El mismo afán que llevaba a Oesterheld a imaginar posibles futuros lo motivó a investigar y difundir las últimas novedades de la ciencia y la técnica.

Ambas facetas —la de autor de ciencia ficción y de divulgador— están estrechamente vinculadas. Los textos de esta sección cabalgan a medio camino entre esas dos facetas y eluden por lo tanto toda clasificación rigurosa. Algunos no son enteramente de ciencia ficción, sin dejar de serlo; otros pertenecen al género pero están vinculados —siquiera tangencialmente— con hechos de la vida real, a la vez que incluyen aspectos ficticios que impiden clasificarlos como meras crónicas.

En los inicios de su carrera, Héctor fue autor de numerosas obras de divulgación científica, entre otras: *Historia de las rosas y los tulipanes, La vida en el fondo del mar, El mundo maravilloso de los insectos, La aventura del petróleo, Animales industriosos* y *La vida de los animales prehistóricos*.

Para las mismas revistas en las que colaboraba con sus historietas y cuentos, escribía lo que él llamaba «*píldoras y flashes con curiosidades*», y también notas más extensas y relatos de no ficción que comunicaban los últimos avances del conocimiento humano.

Por todos estos motivos es que incluimos a continuación esta serie de textos, que ponen de manifiesto no sólo la vocación de Héctor de enseñar entreteniendo, sino también su capacidad para transmitir conocimientos de una manera atractiva y accesible.

TRES HOMBRES EN EL ESPACIO: se recrea aquí, desde el punto de vista de los astronautas del *Apolo XIII*, uno de los momentos finales y

más angustiosos de la accidentada misión. Probablemente inédito, estimamos que este texto fue escrito durante los sucesos que describe, es decir, cerca del 17 de abril de 1970.

COMPRAR INMORTALIDAD:[*] este relato de Oesterheld sobre las posibilidades e implicancias futuras de la criopreservación de seres humanos acompañaba un artículo de divulgación científica que redactó para el número 11 de la revista *2001: Periodismo de anticipación*, de junio de 1969.

VIVIR EN LA TIERRA:* Héctor analiza en este texto las verdaderas motivaciones que impulsaron la carrera espacial. Y así llega a una conclusión tan incisiva como paradójica, a contracorriente de las opiniones generalizadas que se regocijaban ante las primeras hazañas del ser humano en el espacio. Este texto se publicó como editorial del número 6 de la revista *El Eternauta*, de abril/mayo de 1962.

MIRADA AL FUTURO:* se trata del editorial del número 10 de la revista *El Eternauta*, publicada en septiembre de 1962. Oesterheld comenta la portada de ese número, realizada por Abel Guibe, que retrata a un astronauta reflejado en el iris de un ojo alienígena. Sus palabras anticipan con asombrosa exactitud el alunizaje de la misión *Apolo XI*, siete años antes de que ésta ocurriera. Hay en este texto incluso un eco, que en retrospectiva parece profético, de las primeras palabras de Armstrong al pisar la Luna.

MENSAJES INTERESTELARES:* Héctor disiente en este breve ensayo con el consenso científico que sostenía la imposibilidad de establecer contacto con civilizaciones extraterrestres. Su argumento plantea una visión más amplia. No deberíamos proyectar —parece decirnos Héctor— los posibles futuros que nos aguardan en términos de nuestros conocimientos actuales; eso implicaría subestimar el potencial humano y nuestra capacidad demostrada de romper barreras. Este texto fue publicado como editorial del número 15 de la revista *El Eternauta* (febrero de 1963).

MUNDO BOCHO: esta colección de textos breves fue escrita para la potencial sección de una revista que, al parecer, nunca llegó a publicarse. Héctor la tituló con simpatía *Mundo Bocho*; las «píldoras» informativas que la conforman son tan ocurrentes como el título que las agrupa; recuerdan además a las pequeñas notas que Oesterheld escribía para la revista *Más Allá*. Por el contenido de los textos, es razonable estimar que fueron redactados alrededor del año 1969. Un par de estas «píldoras» aparecieron en la sección «2001 Informa: Ciencia y Técnica» de la revista *2001: Periodismo de anticipación* (número 22, de mayo de 1970).

Tres hombres en el espacio

Tiembla la aguja en el dial del indicador. Parece en el mismo lugar, pero no: milímetro a milímetro viaja inexorable hacia el cero.

El cero, que es la muerte.

Ese pequeño trayecto blanco que todavía le falta recorrer a la aguja del indicador de oxígeno representa todo lo que les resta de vida.

Cada vez menos, ya sólo quedan unas cuantas horas.

Mejor no mirar el indicador, si todo funciona como prevé Houston hay margen de sobra, antes de que la aguja bese el cero ya estarán flotando en el mar, los pulmones llenándose del acre, del viejo olor del buen mar, ese tantas veces milenario caldo lustral de la vida.

Si todo sale como prevé Houston…

Pero también Houston y sus baterías de computadoras se equivocan. ¿En qué cálculos apareció la explosión en el módulo de servicio, en qué planes el forzado no a la Luna, este desesperado regreso a la Tierra?

Están viviendo de prestado, gracias a que todavía tenían al LEM, con sus reservas de oxígeno intactas. ¿Y si la explosión ocurría en el camino de retorno, cuando ya el LEM se hubiera estrellado contra la Luna?

Otro «no cálculo» de Houston, otro percance, por pequeño que sea, y ya no habrá recuperación. Están en lo justo, en el límite del oxígeno y la electricidad, en el filo del precipicio. Un cortocircuito, una batería que se descarga algo más de lo previsto, y es el fin.

El fin…

Trata de no pensar, pero ahí están siempre las perspectivas tantas veces vividas con la imaginación.

Si la cápsula no reingresa a la atmósfera en el ángulo debido, pueden ocurrir dos cosas: o rebotan contra la atmósfera y se pierden para siempre en el vacío, o penetran en el aire con tanta violencia que será el choque, el incendio fulminante, abrasador.

«Perderse en el vacío» es alejarse más y más de la Tierra, en inútil y vana carrera hacia la nada, con sólo unas horas más de vida. Hasta que la aguja del indicador del oxígeno deje de temblar, ya definitivamente caída en el cero. Será la hipoxia, el cerebro que no recibe el oxígeno suficiente, que alucina imágenes extrañas, entre la risa y el espanto, las alucinaciones se hacen confusas, ya es la borrachera que se va insensibilizando en el pesado sopor sin despertar posible, entre sueños se le irá muriendo el cuerpo, millones de células apagándose, la noche total.

Quizá prefiera el choque, el calor abrasador: ni habrá tiempo para el dolor, tan súbita la pérdida de velocidad que enseguida será la nada. Aunque también es posible que la desviación del «corredor útil» sea de pocos grados, que el calentamiento no sea instantáneo, que la temperatura dentro de la cápsula suba lenta pero implacablemente, el escudo refractario de la base y el revestimiento de resina epoxy serán barridos, la muerte será un abrazo más y más cálido, los cuerpos brevísimas antorchas, pequeñas pavesas dentro de otra pavesa que arde y se consume, una estrella errante más entre las tantas que hora a hora brillan y desaparecen en la alta atmósfera.

No pensar, concentrarse en los diales, en los indicadores, en lo que hay que decir a Houston cuando vuelvan a llamar, ya pronto habrá que corregir por última vez la trayectoria, hay que pensar en los compañeros, quizá pueda ayudarlos en algo, y allá en Houston tanto amigo con el sueño perdido en la angustia, y Mary y los chicos pendientes de *Apolo XIII*, diarios y radios y televisores pendientes de la aventura, plegarias en las iglesias, y Mary y los chicos, Maty, ¿nunca más?

Pero… ¿Por qué «no pensar»?

Si está viviendo sus últimos minutos, ¿por qué no aprovecharlos, por qué no vivirlos hasta el fondo?

No lamentarse, ya tantos otros antes que él pasaron por lo mismo.

No murieron en cápsulas espaciales, pero fueron muertes en el fondo tan parecidas. Marineros de submarinos, anclados para siempre en el fondo del mar, el aire que se acaba pero dura días; mineros sepultados vivos en la negra, dura entraña de la Tierra; pilotos que ven en un motor que se detiene la muerte en cuestión de minutos.

No, no está solo, es apenas uno más en la fatídica legión de los muertos a plazo fijo. Un Sócrates apurando la cicuta, tanto mártir político o religioso acatando el suplicio final, tanto investigador aceptando con calma el contagio o la radiación mortal.

Además, nadie lo obligó al espacio, nadie lo empujó a la hazaña, sólo él, nadie más que él optó por el camino a las estrellas.

Cuando eligió esta vida sabía que estaba eligiendo esta muerte.

Se jugó, y perdió.

¿Perdió? ¡Nunca! Son pérdidas, son derrotas, las muertes inútiles; esta muerte, si llega, no será muerte vana, vencida. Será una muerte victoriosa, una muerte que acercará un poco más las estrellas al hombre.

Hace mucho frío, el cuerpo es una miseria que tirita, el aire viciado apesta, la tiniebla los envuelve, por la escotilla se entrevé la inmensidad sembrada de estrellas, más hostil, más ajena que nunca. Pero dentro del astronauta hay algo que se galvaniza, algo así como una frente que se alza: luchará hasta el último instante, hasta el fin será el técnico eficiente que cumple con su misión.

Su misión. Su victoria.

Fred Haise levanta la cabeza, se apoya en el codo.

Lovell lo está mirando; también Swiggert.

Se sonríen. ¿Acaso han pensado los tres lo mismo?

Apolo XIII, herida pero todavía con vida, sigue su carrera hacia la Tierra, hacia el regazo que espera.

Comprar inmortalidad

«La muerte es una enfermedad. Una enfermedad muy seria, por supuesto, pero no necesariamente incurable.»

ROBERT C. W. ETTINGER,
fundador del Instituto Criónico

El hombre soñó siempre burlar a la muerte. En un tiempo apelamos a los dioses, hoy buscamos la respuesta en la ciencia. Aunque los progresos médicos superan hoy a nuestra razón, todavía no sobrepasan a nuestra imaginación. El sueño sobrevive con todas sus macabras implicaciones. Ya hay en los Estados Unidos, quienes, a fuerza de optimismo y dinero, esperan ser congelados hasta que la muerte sea curable. Con tres millones y medio de pesos se compra la esperanza de la inmortalidad.

El hombre poniendo el pie en la Luna, el hombre iniciando el camino hacia las estrellas…

Parece la hazaña máxima, la más sensacional del siglo. Pero no es así; el viaje de los astronautas de la *Apolo* no es la empresa más estupenda de la época: hay otro viaje, iniciado hace ya más de dos años, que tiene en potencia una significación mucho mayor y una posible trascendencia social e histórica que supera cuanto hayan podido soñar en Cabo Kennedy.

Un viaje sin meta, que no espera arribar ni a la Luna ni a Marte ni a Alfa del Centauro; un viaje que terminará aquí mismo, en la Tierra; un viaje quizá muy largo pero sin distancia alguna.

Es el viaje al futuro. Que empezó en 1967, cuando el doctor James Belford, muerto de cáncer a los setenta y tres años, fue congelado y guardado en una cápsula de acero a 200° bajo cero; allí seguirá hasta que el progreso de la ciencia permita su descongelamiento y su retorno a la vida; para ese entonces se

descuenta que el mal que le trajo la muerte será perfectamente curable.

Como Belford, hay ocho navegantes más hacia el futuro; el último congelado es Steven Mandell, de 24 años, estudiante de ingeniería en la Universidad de Nueva York.

La cápsula que guarda el cuerpo de Steven Mandell está en el Washington Memorial Park, en Long Island, Nueva York; la Sociedad Criónica, a la que pertenecía Steven, es la encargada de mantener la temperatura adecuada durante el tiempo que sea necesario, hasta que el desarrollo de la ciencia permita descongelar el cuerpo y volverlo a la vida.

El tiempo necesario…

Técnicos de la Sociedad Criónica lo estiman en no más de cien años. Cien años…

«—La fecha de hoy, 20 de junio de 2069 será, mis queridos televidentes, una fecha histórica… de un momento a otro asistiremos al retorno a la vida de Steven Mandell, un hombre muerto hace poco más de cien años; para ser más exactos, en julio de 1968.

”Dos cosas han posibilitado este hecho sensacional: la primera es la fe de quienes, a pesar de las insuficiencias técnicas del siglo pasado, confiaron en la conservación indefinida de un ser humano; por medio del congelamiento; la segunda, los portentosos avances de la ciencia actual, capaz hoy de proezas totalmente impensables para los científicos de hace cien años.

”Ahí está, amigos. Se llama Steven Mandell, y tenía 24 años cuando murió y fue congelado: quiere decir que en este momento tiene ciento veinticinco años. Pero al volver a la vida seguirá tan joven como antes, los cien años que pasó en congelamiento profundo no lo han envejecido ni siquiera un día: la bajísima temperatura a la que estuvo sometido paralizó totalmente los procesos vitales, para Steven Mandell los últimos cien años no han transcurrido.

”Como pueden ustedes ver, Steven parece dormido; ese aparato que sostiene en la mano es un primitivo termómetro que registra constantemente la temperatura del cuerpo. La ciencia de hace cien años debía valerse de instrumentos extremadamente crudos; es notable lo mucho que se hacía entonces con elementos tan rudimentarios.

”Pero ya está aquí con nosotros Charles Mark, funcionario del Departamento Social…

—Señor Mark, ¿qué problemas legales plantea el retorno a la vida de Steven Mandell? Entendemos que hace cien años fue declarado oficialmente muerto: el Steven Mandell que volverá a vivir, ¿quién será? ¿Seguirá llamándose Steven Mandell o habrá que bautizarlo de nuevo? ¿Podrá votar? ¿Podrá ser elegido presidente? Y su avanzada edad, ¿lo hace elegible para la jubilación automática?

—Son muchas preguntas a la vez, amigo López, pero las contestaré en globo: hace ya tiempo, cuando se anunció que habían desaparecido los obstáculos técnicos para la resurrección de congelados, la Computadora Central dictó el estatuto que regirá la nueva existencia de Steven Mandell y de los millones de seres que, como él, están congelados en los depósitos criónicos de todo el mundo. La ciencia, que supo resolver las enormes dificultades técnicas del descongelamiento y la resurrección, soluciona también los problemas que se le plantearán a Steven. Resumiendo, señor López: todos los resucitados, luego de un período de adaptación no mayor de tres meses, serán debidamente integrados a la sociedad, con todos los derechos y todas las obligaciones de cualquier ciudadano normal.

—Gracias, señor Mark. Como ven, amigos televidentes, el regreso a la vida de Steven Mandell no nos encuentra desprevenidos. El que, desgraciadamente, no ha de estar muy preparado para la resurrección, es el mismo Steven Mandell… Doctor Vignalli, sabemos que usted, como rector de la Dirección de Psiquiatría, dirigirá el proceso de readaptación de Steven Mandell… ¿qué puede decirnos sobre lo que le espera a este joven y superanciano viajero que nos llega del pasado?

—Mi respuesta, amigo López, es similar a la del señor Mark: la Computadora Central ha previsto todas las reacciones posibles de Steven Mandell y nos ha señalado el camino a seguir en cada caso. El cambio para Steven Mandell será sin duda tremendo: debemos tener en cuenta que se trata de un hombre que ni siquiera vio volar al Concorde, un hombre anterior a la explosión planetaria, un hombre que se habrá asombrado mirando 2001 en el cine, que soñaba quizá con un automóvil sport, que sufría por las agonías de la Primera Guerra en el Vietnam, que deliró con los Beatles… Sí, Steven Mandell se encontrará en un mundo irreconocible, pero, por suerte para él, disponemos hoy, como todos ustedes saben, de medios eficacísimos para imprimir en su ego los tabúes, los complejos y las inhibiciones que nos hacen posible, en pleno 2069, la vida civilizada y libérrima que todos vivimos.

—Muchísimas gracias, doctor Vignalli. Ya no nos queda mucho tiempo, el

Autorresurrector ha sido conectado ya a la cápsula criónica. Pero tenemos interés en saber lo que opina la calle… usted, señorita, ¿qué piensa de todo esto? ¿Qué haría usted, por ejemplo, si la dejaran a solas con el recién despierto Steven Mandell?

—Hum… Por lo que se ve desde aquí Steven es bastante buen mozo… Pero le confieso, señor López, que no me entusiasma la idea de quedarme a solas con él… ¡Si hay algo donde no rige aquello de que todo tiempo pasado fue mejor es en el amor!

—¡Completamente de acuerdo, señorita! Pero, disculpe usted… ¡atención todos, el Autorresurrector comienza a actuar, Steven Mandell abre los ojos!»

¿Una fantasía todo esto?

Sí, una fantasía quizá en los detalles. Pero no en el fondo: Belford, Mandell y los demás congelados, aunque por ahora muertos, tienen chance de ser revividos alguna vez.

Por mucho que esta chance nos parezca descabelladamente remota, debemos admitir que si hubieran sido cremados o enterrados en la forma convencional, Belford y Mandell no tendrían ninguna esperanza de volver a ver la luz del Sol.

Aprender a vivir

«El hombre, alzando su cabeza hasta las estrellas, se lanza a la conquista del Universo…»

«Los vuelos de Gagarin, de Titov, de Glenn, son estupendas demostraciones de lo que puede el genio de la especie humana.»

«La civilización contemporánea culmina en las hazañas espaciales a que estamos asistiendo, del mismo modo como el viejo Egipto culminó en las pirámides…»

Con frases como éstas aclamaron los comentaristas de todo el mundo los últimos vuelos orbitales. A primera vista parecerían muy justas, pero apenas se las analiza surge el desacuerdo.

Toda la capacidad científica, toda la habilidad técnica que representan cada uno de esos vuelos no tienen nada que ver con el genio de la especie, no son ninguna culminación de nuestra civilización actual: los vuelos de Gagarin, de Titov, de Glenn, no son otra cosa que el resultado del miedo.

El gran miedo entre las dos potencias rectoras del mundo, lanzadas a una frenética carrera que nadie sabe cómo concluirá.

La investigación espacial sería, sí, una expresión del genio humano, sería, sí, una culminación de toda una civilización, si los móviles que la impulsan fueran otros.

Sin el miedo, sin el febril prepararse para la guerra total, ¿habrían Gagarin, Titov y Glenn girado en órbita alrededor de la Tierra?

Mucho nos tememos que no.

Lo que en verdad prueban las actuales penetraciones al espacio es que nuestra civilización está aún en un muy primitivo estado de desarrollo.

Aprender a vivir en el espacio, o en la Luna, o en Marte, es quizá mucho más fácil que aprender a vivir en la Tierra.

Mirada al futuro

«Un ojo de pupila extraña.

Acechando desde una espesura de vegetales que no son vegetales.

En la pupila se refleja la imagen de un hombre. Es un explorador, que avanza ajeno al peligro que le acecha…»

Tal el tema de nuestra portada, que ilustra una historia verídica.

Sí, verídica. Sólo que todavía no ha ocurrido. Es una historia verídica que ocurrirá en el futuro. Como sucederán en el futuro las otras historias de la presente edición. Todas con el mismo tema básico del encuentro del hombre con ambientes y faunas extraños.

Un futuro que se acerca a paso de gigante: la última hazaña espacial de los rusos, al poner en órbita, prácticamente juntas, a dos cápsulas tripuladas, reduce en mucho la distancia en kilómetros y en años que separa al explorador de nuestra portada de la pupila que lo acecha.

Porque la proeza rusa significa que la técnica del viaje interplanetario está siendo dominada. Al demostrar que es posible acoplar cápsulas en el espacio, el vuelo tripulado hasta la Luna o Marte se acerca de manera asombrosa.

Para dentro de un par de años, a lo sumo, tendremos la primera cosmonave madre colocándose en órbita en torno a la Luna y soltando una cosmonave menor que alunizará en el satélite. De esta cosmonave menor descenderán los Cristóbal Colón de la Luna: cumplida su tarea científica, la cosmonave menor los llevará hasta la cosmonave madre, a la que pasarán en pleno espacio: el

regreso a la Tierra no ofrecerá mayores dificultades.

Todo esto, según lo demuestra el vuelo de Popovich y Nicolayev, se puede llevar a la práctica en el futuro muy próximo: el explorador de la portada es quizá uno de nuestros lectores; la pupila que lo acecha ha de parpadear ya bajo el sol doble de algún inimaginable planeta.

Mensajes interestelares

Hay hombres de ciencia, y también periodistas, que piensan que jamás el hombre podrá llegar a algún planeta que no pertenezca a nuestro sistema solar. Su manera de razonar es más o menos ésta:

«La estrella más próxima a la Tierra, Alfa del Centauro, está a cuatro años luz. ¿Cómo es posible que se sueñe con establecer contactos radiales en los planetas de algunas estrellas? Si los mensajes a cada respuesta que enviemos demorarán lo menos ocho años para llegar a nuestros receptores…»

«Imposible también enviar con viajes interestelares. Aun viajando a "igual velocidad de la luz" tardaríamos en ir y volver tantos años que el viaje de El Cano parecerá cosa de un día.»

«Es inútil pues, esperar comunicaciones extraterrestres, ni qué decir exploraciones a los planetas de alguna otra estrella.»

«Estamos aislados, definitivamente aislados en la parte del universo donde nos tocó vivir.»

Razonamientos válidos, evidentemente… si uno se atiene a las técnicas actuales, a la manera de pensar, de conocer, que hoy tenemos.

Pero… ¿seguirá el hombre así?

Por supuesto que no.

Un sabio norteamericano demuestra que el ser humano no hace uso de la mitad del cerebro… ¿Qué potencias adquirirá, a qué nuevas fronteras llegará la inteligencia humana cuando aprenda a hacer uso de los medios de que ya dispone?

Así como hace apenas unos años, gracias al desarrollo de los

radiotelescopios, se sabe que del fondo del espacio nos llega un gran caudal de emisiones, ¿quién puede saber qué nuevas «emisiones» captaremos el día que hagamos pleno uso de nuestras facultades mentales?

Si se piensa en los misterios no explicados, pero científicamente comprobados, de la telepatía y de la percepción extrasensorial, no resulta disparatado pensar que dentro de pocos años, el hombre contará, para captar quién sabe qué mensajes, con la más fabulosa y a la vez más perfecta de las antenas: su propio cerebro.

No hay que negar las posibilidades humanas; recién ahora el hombre está dando los primeros vacilantes pasos.

Mundo bocho

«Lo raro y lo nuevo en la técnica
y la ciencia, con algo de cosquilla
y su pizca de ciencia ficción.»

Fantasmas divinos

Lo anuncia Ray Bradbury, el grande de la ciencia ficción: en un futuro próximo en todas las casas habrá espectros. No los ensabanados espectros tradicionales, sino las imágenes de TV tridimensional: Cleopatra, Nixon, Napoleón, Rattín, Rosas, Ringo Wood te andarán por el living como si fueran de la familia. Bastará con apretar un botón y así como ahora encendés la tele y ya te estás asomando a un almuerzo de Misia Mirtha, con la TV del futuro estarás codo a codo —es un decir— con Susana Giménez o Liliana Caldini. Que no aparecerán con la desolada chatura de la TV actual, sino con todo el rotundo esplendor de las tres dimensiones. Milagro de la holografía, el nuevo chiche derivado de ese rayo de superluz que emite el láser.

Verdad que también vendrán en sus tres dimensiones Galán y Héctor Coire, pero qué querés, todo invento tiene sus contras.

—∞—

Todo se paga

Que la mujer vive término medio siete años más que el hombre es un hecho reconocido. Lo que no está tan claro es el porqué. Según una teoría la cosa sería

cuestión de cromosomas; otra teoría culpa a los andrógenos (hormonas sexuales masculinas).

Un último trabajo estadístico practicado en un loquero confirmaría la culpa de los andrógenos: del estudio comparado de los hombres castrados y hombres enteros se desprende que los eunucos viven catorce años más. Cuanto más temprana la castración, mayor la longevidad.

Catorce años menos de vida. A cambio de…

A no quejarse, muchachos. Seguimos teniendo la mejor parte del negocio.

—∞—

Regalito

Hace tres años un chico regresó a su casa de Florida, Estados Unidos, luego de pasar un mes en Hawai; nieto amante, se apareció con un regalo para la abuelita: tres rollizos caracoles vivos. Pero la abuelita no debió quedar muy chocha con el regalo porque tiró los caracoles al jardín. Las ofendidas bestezuelas, de pura rabia, empezaron a multiplicarse y a multiplicarse y a multiplicarse: hoy el estado de Florida está gastando millones de dólares para terminar con la plaga de los hawaianos caracoles.

Más que merecido lo tiene la abuela, no se tiran los regalos de los nietos, quién la manda.

—∞—

Bostezo educado

¿Por qué te tapás la boca al bostezar?

¿Para no mostrar los tres dientes de arriba que no tenés? ¿Para no voltear al prójimo con el mal aliento? ¿Para hacerte el «finoli»?

Nada de eso: taparse la boca al bostezar es una costumbrecita que se pegó desde la más más remota antigüedad, cuando el hombre creía que si abría mucho

la boca el demonio aprovechaba y se le colaba dentro.

Lo cual es una nada descabellada idea: por algo a los abribocas les va tan como la mona.

—∞—

Superbirome

La NASA dispone para sus astronautas de una nueva lapicera a bolilla con cartuchos a presión: con ellas es posible escribir aun con la punta para arriba. La carga de tinta —de una composición química totalmente distinta a la utilizada habitualmente— dura tres veces más. Y aunque la lapicera esté guardada durante cien años o más, siempre estará lista para escribir.

—∞—

Para amargarse

«¿Qué puede esperarse de una civilización que todavía no ha sido capaz de ponerse a discutir con franqueza la posibilidad de que la humanidad sea totalmente liquidada por un holocausto atómico?»

—Oppenheimer, el capo de la primera bomba atómica

—∞—

Herramientas para *Apolo 14*

Cada vez se enriquece más el arsenal a disposición de los astronautas. Aparte de la criba para extraer muestras de polvo lunar (que será inaugurada por *Apolo 13*),

los astronautas de la *Apolo 14* llevarán un microscopio de campaña: con él seleccionarán rocas según detalles difíciles de apreciar a simple vista como, por ejemplo, la estructura cristalina. *Apolo 14* contará también con un magnetómetro manual, para medir el grado de magnetismo lunar (según demostró *Apolo 12* la Luna tiene un magnetismo superior al calculado); otra «herramienta» para *Apolo 14* es algo así como un papel cazamoscas: colocado sobre el suelo lunar, la superficie adherente retendrá el polvo que lo cubre. Gracias al «papel cazamoscas» se podrá estudiar la capa más externa del suelo lunar, la más expuesta al bombardeo de los rayos cósmicos, de las partículas solares y de los micrometeoritos.

Para facilitar la recolección de muestras los astronautas dispondrán de un carrito de dos ruedas, ni más ni menos que un «changuito».

—∞—

Buena noticia

Una máquina de escribir sin cinta… porque tiene caracteres Braille, y lo que escribe es para ser leído al taco por los ciegos. Los tipos golpean al papel por la parte de atrás, para que queden en el frente las salientes que serán «leídas» por los dedos del novidente. Inventos así son los que te reconcilian con la tecnología.

—∞—

Alegría navideña

Los arbolitos de Navidad pueden producir alergia, acaba de demostrarlo un reciente estudio médico. Ojo, hablamos de alergia-enfermedad, no de la alergia-desesperación de los laburantes padres de familia que año a año deben ordeñarle paquetes y más paquetes con regalos al bendito sí que angustiante arbolito.

—∞—

¿Animales en pleno espacio?

Observaciones mediante radiotelescopios indicarían la existencia de formaldehídos, hidrógeno, amoníaco e hidroxilo en el espacio exterior. El formaldehído sugiere la presencia de metano; todos éstos son materiales considerados básicos para la evolución orgánica.

Como estas sustancias han sido detectadas sobre todo en nubes de polvo tan alejadas de estrellas como para estar a salvo de radiaciones peligrosas, se estima posible que dentro de estas nubes exista alguna forma de vida.

—∞—

El faraón perdido

Un detector de rayos cósmicos ha sido instalado debajo de la pirámide de Kefrén, en Egipto. Los rayos cósmicos, que bombardean la Tierra desde el espacio exterior y son capaces de atravesar cualquier espesor, revelarán la existencia de espacios huecos dentro de las pirámides; será algo así como una radiografía de la vieja mole.

Se busca así la tumba de Kefrén: hay buenas razones para suponer que el faraón se hizo enterrar dentro de la colosal construcción. Si se la encuentra, será un hallazgo arqueológico tanto o más importante que el tan famoso de la tumba de Tut-Ank-Amón.

—∞—

Momias frescas

Las turberas, pantanos varias veces milenarios, son como las roscas de Reyes, que de vez en cuando te sueltan un muñequito. Que en este caso no es de loza ni de plástico, sino de momia; ya se han encontrado en turberas europeas unos 700

cuerpos humanos, muchos viejos de más de dos mil años. Lo notable de estas momias naturales es que las sales y condiciones reinantes en la turbera preservaron en algunos casos tan fenomenalmente bien los tejidos blandos que la llamada «doncella de Windeby», muerta hace por lo menos mil años, tenía cuando la encontraron el cerebro todavía fresco.

La mayoría de los cuerpos que aparecen en las turberas datan de 1500 años atrás, siglo más, siglo menos; nos cuentan de ritos perdidos, de tragedias espeluznantes: unos fueron atravesados con estacas antes de ser arrojados al pantano; a otros los degollaron como pollos. La «doncella de Windeby» tenía los ojos vendados cuando le dieron el postrer empujoncito.

—∞—

Inflación animal

En California se remató un circo.

Precios: orangután en buen estado, 3.500.000 (pesos añejos); hipopótama casadera, 1.000.000; camello bactriano (esos lanudos, refeos) 10.000.000 (comparados con los autos, los camellos, sobre todo, están por las nubes).

El cable calla los precios que se obtuvieron por el domador, la mujer barbuda y el payaso, sin duda para no avergonzarlos.

—∞—

De bebitos

El chimpancecito y el hombre recién nacidos se parecen todavía más que los adultos: el chimpancecito viene a este valle de píldoras atómicas tan sin pelos en el cuerpo como el bebito humano. Apenas si luce cejas y un canterito de pelusa en el cráneo; eso sí, para que no haya equivocaciones y no te salgan encajando un monito en la maternidad, la sabia naturaleza le pone al chimpancecito una villana barbita en punta.

—∞—

Proyecto de libro

INDICE

"Ejecución"	15	pág., aprox.
Supercorto	1	"
"El Diosero"	2	"
Supercorto	1	"
"Dos Muertes"	7	"
"Supercorto	1	"
"Inocente Machiavelo"	25	"
Supercorto	1	"
"Paraíso"	20	"
Supercorto	1	"
"Mendigo"	5	"
Supercorto	1	"
"Nueva Samarkanda"	30	"

Entre cuento y cuento, como se ve, se intercalan "supercortos" (short shrt stories) en la línea de ~~xxxixxxxxix~~ "Nostalgia", "Ciencia", etc. Además de agilizar y dar aum mayor variedad al libro, tienen el valor de la novedad: el "supercorto", que sepamos, es un género sin cultivo entre nosotros.

—

Se ha buscado en general abarcar una gama muy amplia dentro de la ciencia ficción: del lirismo filosófico de "El Diosero" se va al diloque del "Inocente Machiavelo", a la humanidad de "Dos Muertes", a la superaventura de "Nueva Samarkanda", al suspenso de "Ejecución", etc. Ningún cuento está incluído porque sí, por su mero valor anecdótico: todos tienen un trasfondo alegórico, todos tratan de decir algo. Y tratan de decirlo de un modo humano, no enrarecido, y "nuestro" (nuestro en el sentido de argentino, no folklórico), que no es el de Bradbury, ni el de Arthur Clarke, ni el de Calvino ni el de ningún otro grande. Solamente eso, nuestro.

Un enigma que persiste

En las primeras páginas de este volumen explicamos que la motivación inicial para este libro nos la dio el mismo Oesterheld. Recordará el lector que en el prólogo hicimos mención de un proyecto de libro: una propuesta editorial, realizada por H. G. 0., que presentaba, para su posible publicación, una compilación de trece cuentos de ciencia ficción de su autoría. Por sus contenidos, podemos deducir que esa propuesta data de entre fines de los años 60 y principios de la década siguiente. No sabemos siquiera hasta qué punto llegó Héctor con esta idea. Ignoramos si llegó a presentarla ante algún editor. Decidimos tratar de imaginar quiénes podrían haber sido los potenciales destinatarios de este proyecto para consultarlos uno por uno. Algún editor habría recibido acaso esta propuesta y nos podría contar qué ocurrió con ella y por qué no prosperó.

Consultamos en primer lugar a Daniel Divinsky, de Ediciones de la Flor, cuya vinculación laboral con Oesterheld era ya conocida, pero la respuesta fue negativa. Entrevistamos luego al célebre escritor Alfredo J. Grassi, compilador de una antología de ciencia ficción en la que figuraba uno de los relatos del proyecto de Héctor. Con toda amabilidad, Alfredo nos dijo que Oesterheld nunca le mencionó siquiera el proyecto de libro.

Dirigimos entonces nuestra mirada a Europa. Acaso alguno de los editores españoles que publicaron en su momento cuentos de Oesterheld habrían recibido esta propuesta… Nuevamente, la respuesta fue negativa.

Agotadas todas las instancias, consideramos que esta propuesta jamás había sido publicada tal como Héctor la había concebido.

Contenidos

La propuesta de Héctor consta de tres secciones definidas:

Un índice que enumera los cuentos a incluir.
Una breve descripción global del proyecto.
Sinopsis de cada uno de los cuentos.[48]

Héctor describía su proyecto en los siguientes términos:

> *Se ha buscado en general abarcar una gama muy amplia dentro de la ciencia ficción: del lirismo filosófico de «*El diosero*» se va al disloque del «*Inocente Machiavelo*», a la humanidad de «*Dos muertes*», a la superaventura de «*Nueva Samarkanda*», al suspenso de «*Ejecución*», etc. Ningún cuento está incluido porque si, por su mero valor anecdótico: todos tienen un trasfondo alegórico, todos tratan de decir algo. Y tratan de decirlo de un modo humano, no enrarecido, y «nuestro» (nuestro en el sentido de argentino, no folklórico), que no es el de Bradbury, ni el de Arthur Clarke, ni el de Calvino ni el de ningún otro grande. Solamente eso, nuestro.*

Supercortos

En el índice figuran seis relatos «supercortos» [*short short stories*], listados bajo esa etiqueta, es decir, sin especificar sus respectivos títulos.

En un comienzo no teníamos más que suposiciones acerca de cuáles serían esos seis «supercortos». Pero en su propuesta, Héctor menciona a modo de ejemplo dos cuentos de ese género: «*Ciencia*» y «*Nostalgia*».

Recordemos que «*Ciencia*» integra el colectivo *Sondas* (que abarca un total de cuatro cuentos: «*Ciencia*», «*Amor*», «*Exilio*» y «*Génesis*») Si a estos cuatro sumamos los otros dos «supercortos» que hallamos en hojas sueltas, «*Huerta*» y «*Joya*», llegamos al total de seis que Héctor mencionaba en su propuesta.

En tal caso, sin embargo, nos sobraría el título de «Nostalgia», cuyo texto, por otra parte, jamás apareció. Nuestro amigo Sergio Castro[49] nos brindó una explicación que juzgamos acertada: ¿No será acaso «Nostalgia» el título primigenio del cuento que ahora conocemos como

«Exilio»? Dado que ésa es la emoción que predomina en ese breve relato y que el mismo Héctor ya había descartado otro título (se observa tachado en la propuesta original el título de «Melancolía»), esta hipótesis resulta más que plausible.

Oesterheld planeó intercalar estos «supercortos» entre cada uno de los cuentos de su proyecto, para —en sus propias palabras— «agilizar y dar aún mayor variedad al libro». Héctor consideraba además que este tipo de relato tenía el valor de la novedad, ya por ese entonces éste era —en su opinión— un género «sin cultivo» entre el público argentino.

Otros cuentos

Los otros siete cuentos que figuran el índice con sus correspondientes títulos son: «*Dos muertes*», «*Inocente Machiavelo*»;[50] «*El diosero*», «*Paraíso*», «*Ejecución*», «*Mendigo*» y «*Nueva Samarkanda*».

Los dos primeros relatos —en sus versiones primigenias— ya habían sido publicados con anterioridad; el tercero sólo en España. A «*Paraíso*» lo consideramos inédito. Los tres restantes, «*Ejecución*», «*Mendigo*» y «*Nueva Samarkanda*» representan una verdadera incógnita, ya que sólo encontramos borradores fragmentarios y casi ilegibles, pero ninguna prueba de que hayan sido terminados y/o publicados.

No perdemos, sin embargo, la esperanza de encontrarlos. Si algún lector llega a tener alguna pista para hallar cualquiera de estos tres cuentos —«*Ejecución*», «*Mendigo*» y «*Nueva Samarkanda*»— o bien la versión más reciente de «*Inocente Maquiavelo Reforzado*» le agradeceremos que se ponga en contacto con nosotros.

Resúmenes y aclaraciones

Transcribimos a continuación las sinopsis que Héctor escribió para presentar los cuentos que integraban su proyecto.

Consideramos que estos textos son de por sí interesantes y valiosos.

Para aquellos cuentos que no logramos encontrar, estos resúmenes son, además, todo lo que queda de ellos. Para los cuentos que sí logramos rescatar, estas sinopsis nos ofrecen una ventana a las

motivaciones que llevaron a Héctor a escribirlos. En ambos casos, nos permiten no sólo vislumbrar esos mundos fantásticos, sino también comprender mejor a su autor.

Ejecución

Año 2068, en Buenos Aires. Aniceto Lara se gana la vida en Balvanera, una Reserva Urbana dedicada a preservar las pintorescas costumbres del Buenos Aires de principios del 1900. Aniceto es cuarteador, ayuda a los tranvías de caballos que deben repechar una cuesta; gana poco, lo mismo les pasa a otros que trabajan de compadritos, de organilleros, etc. Empujado por el deseo de sacar a su mujer, Laura, del conventillo en que viven, Aniceto decide cometer un crimen: se ha enterado de que en San Isidro vive un supermillonario completamente solo. Consigue penetrar en la casona, asiste, escondido, a las fantásticas reconstrucciones históricas que son el *hobby* del millonario: robots que parecen seres de carne y hueso, teleguiados por computadoras, reviven escenas culminantes del pasado histórico. Aniceto asesina al millonario, ya escapa cuando pone en marcha, sin querer, una reconstrucción histórica: es después de Caseros, los robots-soldados de Urquiza están cazando mazorqueros, lo acorralan, le preguntan qué color prefiere, el desdichado Aniceto no sabe historia, grita que celeste, lo degüellan.

Con el pretexto de un relato policial, «Ejecución» ironiza sobre la Historia del futuro, sobre los errores que se van cristalizando para siempre. (Una de las reconstrucciones en la casona del millonario corresponde a nuestra época).

Inocente Machiavelo

Es un cuento humorístico: narra la lucha despiadada entre Hochimingo y Hitlerio, dos fabricantes de corpiños que dominan la industria en la Galaxia y están enamorados de la misma modelo. Todo gira en torno de la trampa que Hochimingo tiende al otro: ayudado por un inventor, riega la atmósfera con un nuevo isótopo del carbono que, al alterar el equilibrio hormonal de los humanos, obliga a las mujeres a usar medidas insólitas de corpiños; cuando se produce el ensanchamiento, Hochimingo, que acopió enormes cantidades de supercorpiños, se adueña del mercado y arruina a Hitlerio. Pero éste, en final sorpresivo, se queda con el triunfo final. Y con la modelo.

La historia es el pretexto divertido para mostrar una insólita Argentina del año 3000; es además una sátira de las prácticas comerciales llevadas al extremo.

Paraíso

La humanidad vive en un orden perfecto, la felicidad es total. Los erbos, una raza superior, pacífica y altruista, dominan la Tierra; los erbos dan a cada hombre todo lo necesario para vivir dichoso con su familia, desde la casa y la comida hasta el TLS, el telesueño, una especie de TV mental donde cada «soñante» vive, como si fuera la realidad, toda clase de aventuras. Pero la base de la felicidad que los erbos trajeron a la Tierra es la Inmortalidad; nadie se muere en la Tierra, cuando los erbos estiman concluido el ciclo terrestre de un ser humano lo envían al Paraíso (es el nombre popular de Erbolano, el planeta de origen de los erbos), donde vivirá para siempre en plácida eternidad; dos correos semanales traen del Paraíso cartas de los seres queridos que debieron partir, cada hombre sabe que sus antepasados viven, que alguna vez se reunirá con ellos, es la dicha total, sin cuidados y sin muerte. Lo único que los erbos piden a cambio de tanta felicidad son cuatro horas diarias de trabajo en el taller de telekinesia más próximo, la tarea no puede ser más sencilla, hay que pensar cristales de cuarzo dentro de ciertos cubos translúcidos, eso es todo, y entre cubo y cubo uno puede conectarse al TLS.

El relato se hace a través de Juan Carlos Gamarra, un hombre como tantos, completamente feliz. Hasta que un día hace un descubrimiento casual: en la vieja ruina de un estadio, River Plate, se produce un desmoronamiento; Juan Carlos encuentra el esqueleto de un soldado con el casco agujereado, en la cartera tiene una vieja proclama apenas legible; por ella Juan Carlos deduce que el soldado murió peleando contra la invasión de los erbos. Juan Carlos está convencido de la bondad de los erbos, rompe la proclama; pero los erbos no corren nunca riesgos, deciden enviarlo al Paraíso. Lo están preparando para el gran viaje cuando Juan Carlos descubre accidentalmente la verdad: la inmortalidad no existe, lo que hacen los erbos es almacenar en computadoras la memoria de las personas que matan por inservibles, son computadoras las que mantienen la correspondencia con los vivos; Juan Carlos, atónito, ve millones de manos mecánicas, teledirigidas, escribiendo incontables cartas; tal como dijera la proclama, la inmortalidad es el vidrio coloreado con que los erbos engañaron a la humanidad para hacerla producir los cubos con el cuarzo pensado dentro que necesitan para sus baterías telekinéticas, allá en Erbolano. El aterrado Juan

Carlos trata de escapar pero los erbos, aunque doliéndoles en el alma, porque son decentes y compasivos, lo matan. «Paraíso» es una alegoría del colonialismo en escala planetaria.

Mendigo

En la línea de «El diosero», habla de un mendigo en la escalinata de una iglesia de construcción reciente, sin mayor tradición, en Buenos Aires. Sus reflexiones, sus quejas por las piedras demasiado nuevas, todavía no tienen nada que contar. Sin advertirlo el mendigo se va transformando en un mendigo intemporal, acurrucado en las gradas de un templo esencial, en un planeta sin nombre, el templo ya está pero él sabe que lo están construyendo y que él ayuda. ¿Es Dios el templo final y nunca acabado que se construye día por día, vida por vida, plegaria por plegaria? Vuelve el mendigo a la realidad cotidiana del templo sin siglos ni tradiciones, todavía con tan poca plegaria. Se conforma, sabe que el templo nuevo es parte del otro, del grande.

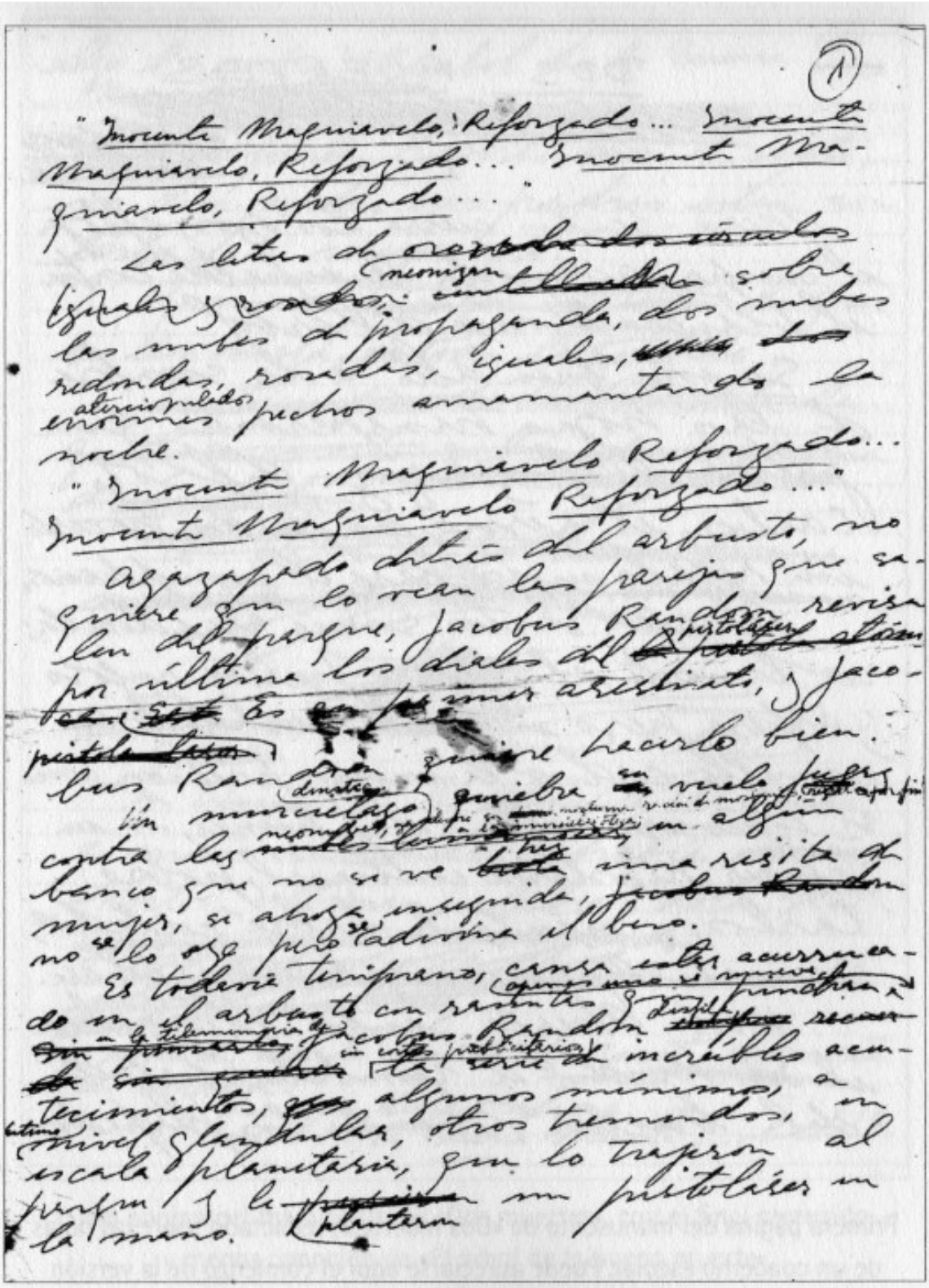
Nueva Samarkanda

Es en el año 2500, la humanidad ha conquistado el vuelo interestelar. Se han encontrado muchas razas inteligentes, pero ninguna marcadamente superior a la nuestra; eso sí, por todas partes en la Galaxia aparecen ruinas extrañísimas, en nada comparables a lo conocido, ha debido dejarlas una superraza desaparecida, de civilización muy avanzada. En un apartado lugar de Marte, en una pequeña colonia terrestre que vegeta, vive un muchacho, Pedro Salas, hijo de colonos; una tarde Pedro encuentra una cosmonave semidestruida, que ha debido hacer un aterrizaje forzoso: el último sobreviviente, moribundo, habla de un hallazgo fabuloso, encontraron en un extremo de la Galaxia el planeta de los arkandas, la superraza que se creía extinguida, es el más maravilloso de los lugares. El hombre muere, Pedro convence a varios amigos, consiguen reconstruir la cosmonave, se lanzan al espacio en busca de la Nueva Samarkanda.

«Nueva Samarkanda» es el relato que escribe Pedro Salas, luego del gran viaje, ya viejo y de regreso en la pequeña colonia marciana: en una evocación a pantallazos cuenta de los mundos que visitaron, las aventuras que corrieron con razas imprevisibles, los conflictos que hubo entre ellos mismos hasta que

llegaron a la soñada meta final. Que no resulta la gran supercivilización esperada, es una «tierra de nadie» entre la realidad y la imaginación, los arkandas viven todavía, pero no ya como seres reales, concretos, la evolución los llevó a otro plano, incomprensible para nosotros, quizá alguna vez lo alcancemos. «Nueva Samarkanda» es una alegoría de la gran aventura tipo La isla del tesoro, una odisea del espacio donde se mezclan la acción y el lirismo.

Manuscritos y otros textos originales



"Inocente Maquiavelo Reforzado... Inocente Maquiavelo, Reforzado... Inocente Maquiavelo, Reforzado..."

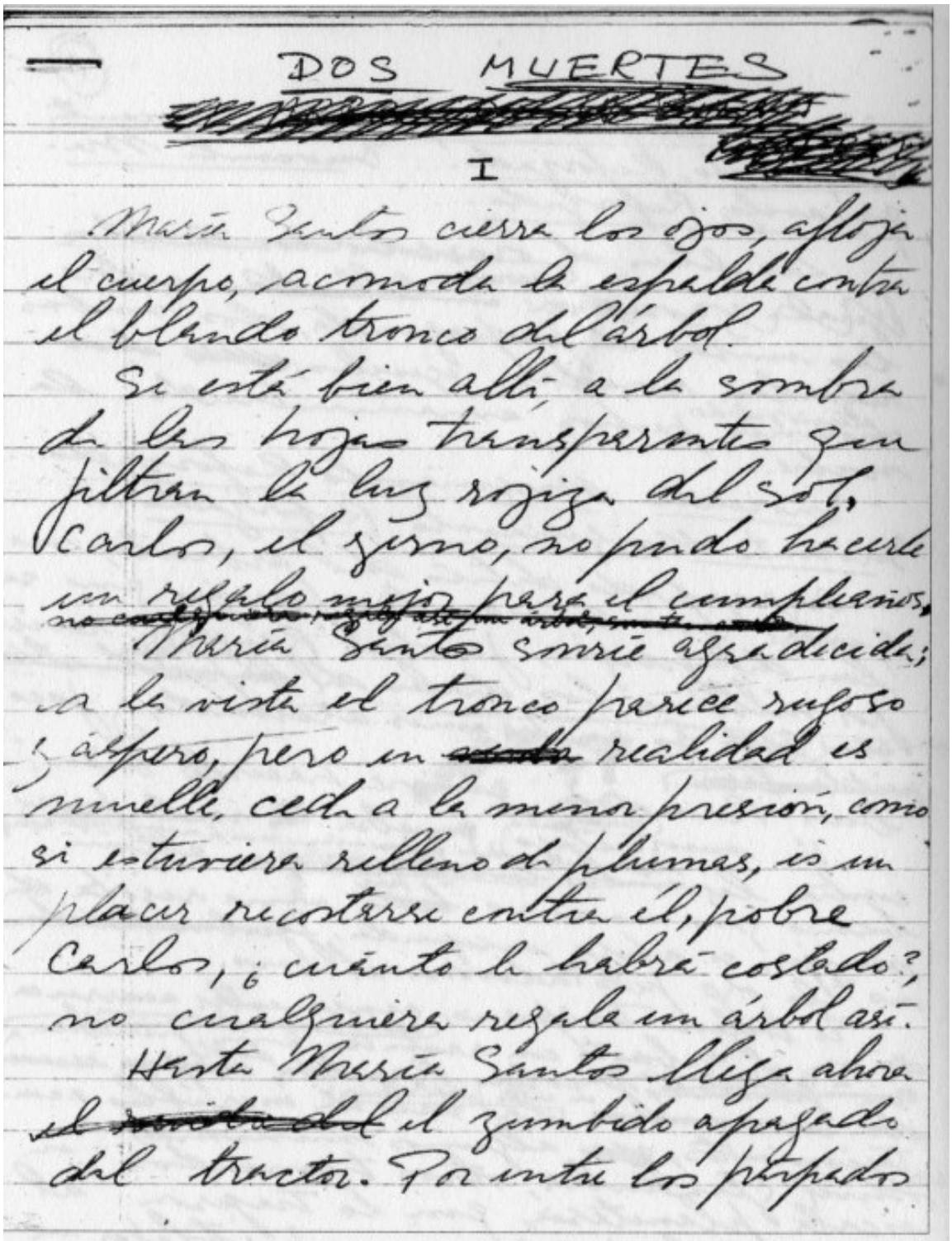
Las letras de ~~acababan de trazarse~~ (acababan de tatuarse) sobre ~~la piel~~ (piel) ~~y~~ (y) ~~sobre~~ las nubes de propaganda, dos nubes redondas, ~~iguales~~ (iguales), ~~iguales~~ (iguales), ~~los~~ (los) enormes pechos amamantando la noche.

"Inocente Maquiavelo Reforzado..."

Inocente Maquiavelo Reforzado..."

Agazapado detrás del arbusto, no quiere ver lo rean las parejas que salen del parque, Jacobus Random revisa por última vez los ~~detalles~~ (detalles) del ~~asesinato~~ (asesinato), ~~los~~ (los) ~~pistolas~~ (pistolas), ~~listos~~ (listos) ~~para~~ (para) ~~el~~ (el) primer atentado, y Jacobus Random (Random) se dispone (dispone) a hacerlo bien.

Un murciélago (murciélago) ~~cruza~~ (cruza) ~~el~~ (el) cielo (cielo) ~~y~~ (y) ~~se~~ (se) ~~estrella~~ (estrella) contra las ~~ramas~~ (ramas) ~~de~~ (de) un árbol (árbol). Un banco que no se ve (ve) una visita de mujer, se abraza (abraza) ~~a~~ (a) ~~la~~ (la) mujer, ~~se~~ (se) ~~abraza~~ (abraza) ~~a~~ (a) ~~la~~ (la) mujer, se abraza



DOS MUERTES

I

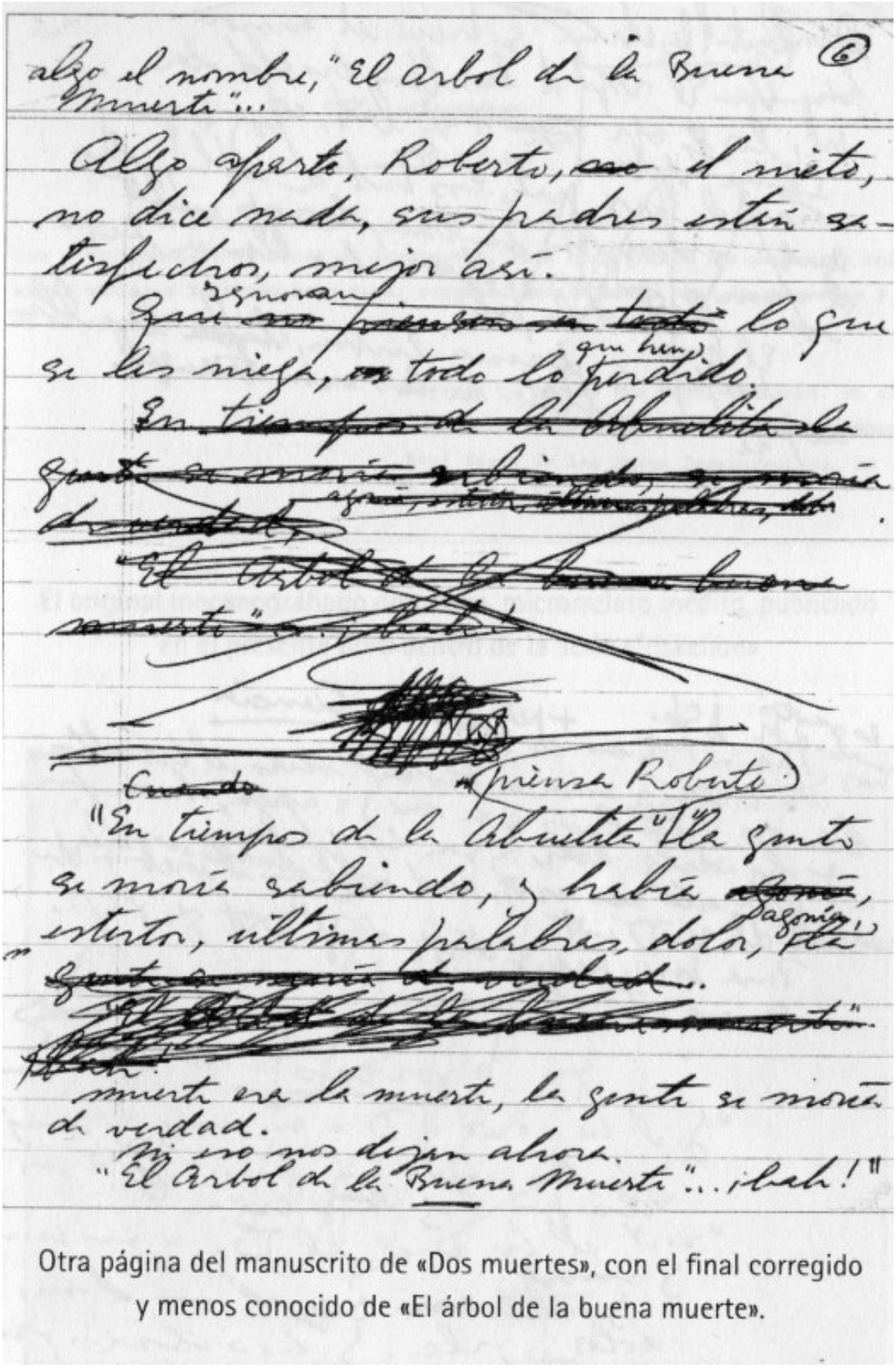
María Santos cierra los ojos, afloja el cuerpo, acomoda la espalda contra el blando tronco del árbol.

Se está bien allí, a la sombra de las hojas transparentes que filtran la luz rojiza del sol, Carlos, el yerno, no pudo hacerle un regalo mejor para el cumpleaños, no cualquiera regala un árbol así.

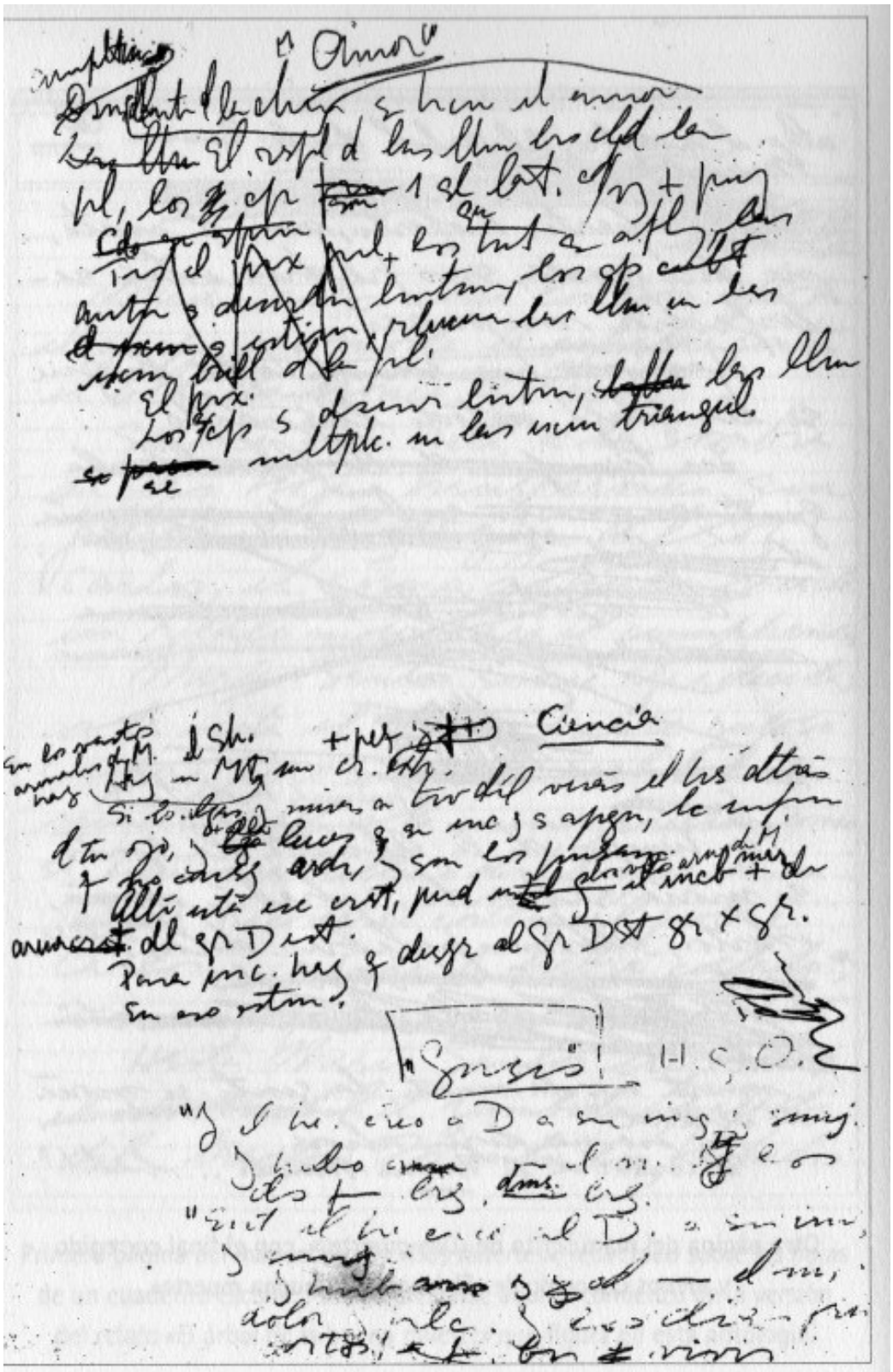
María Santos sonríe agradecida; a la vista el tronco parece rugoso y áspero, pero en realidad es mullido, cede a la menor presión, como si estuviera relleno de plumas, es un placer recostarse contra él, pobre Carlos, ¿cuánto le habrá costado?, no cualquiera regala un árbol así.

Hasta María Santos llega ahora el zumbido apagado del tractor. Por entre los párpados

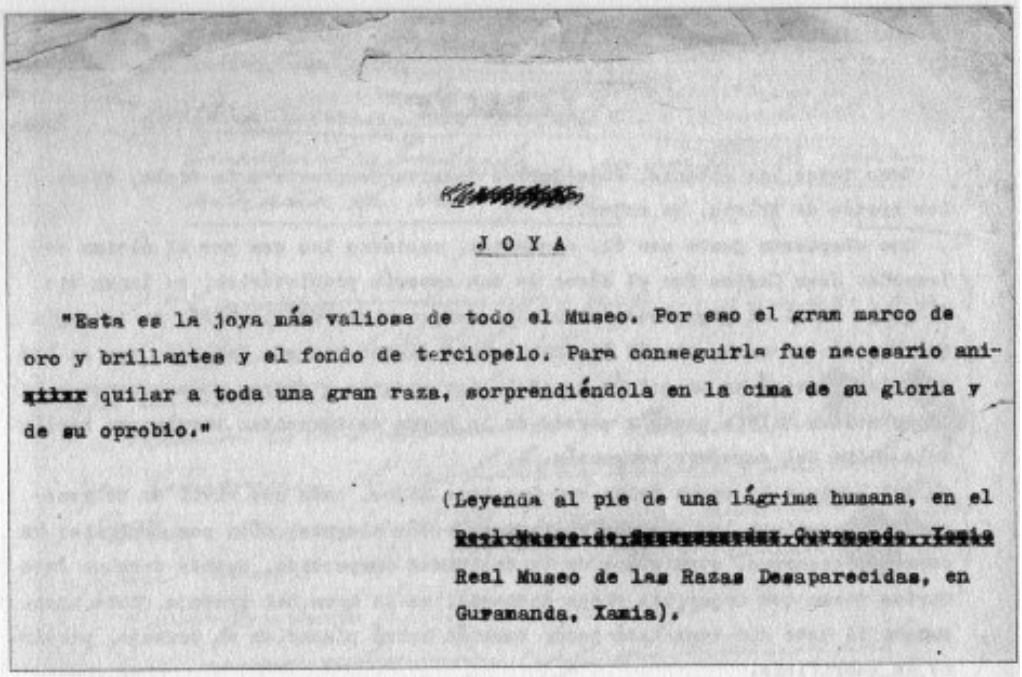
Primera página del manuscrito de «Dos muertes», redactado sobre las hojas de un cuaderno escolar. Puede apreciarse aquí el comienzo de la versión del relato «El árbol de la buena muerte» que figura en esta antología.



Otra página del manuscrito de «Dos muertes», con el final corregido y menos conocido de «El árbol de la buena muerte».



Versiones manuscritas y primigenias de «Amor», «Ciencia» y «Génesis», los tres microrrelatos que conforman la serie «Sondas».

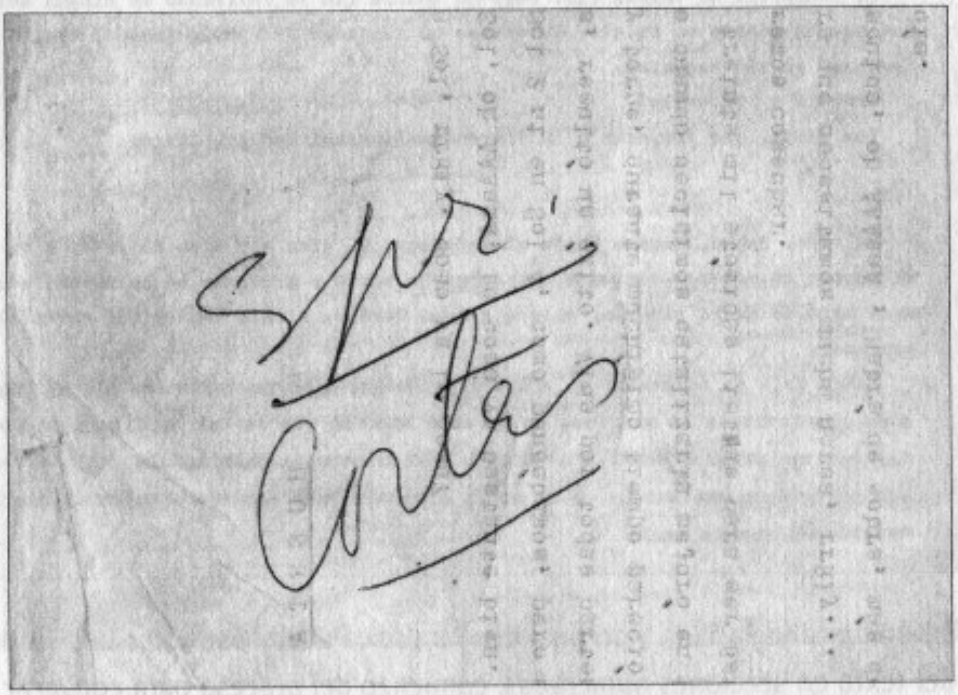


J O Y A

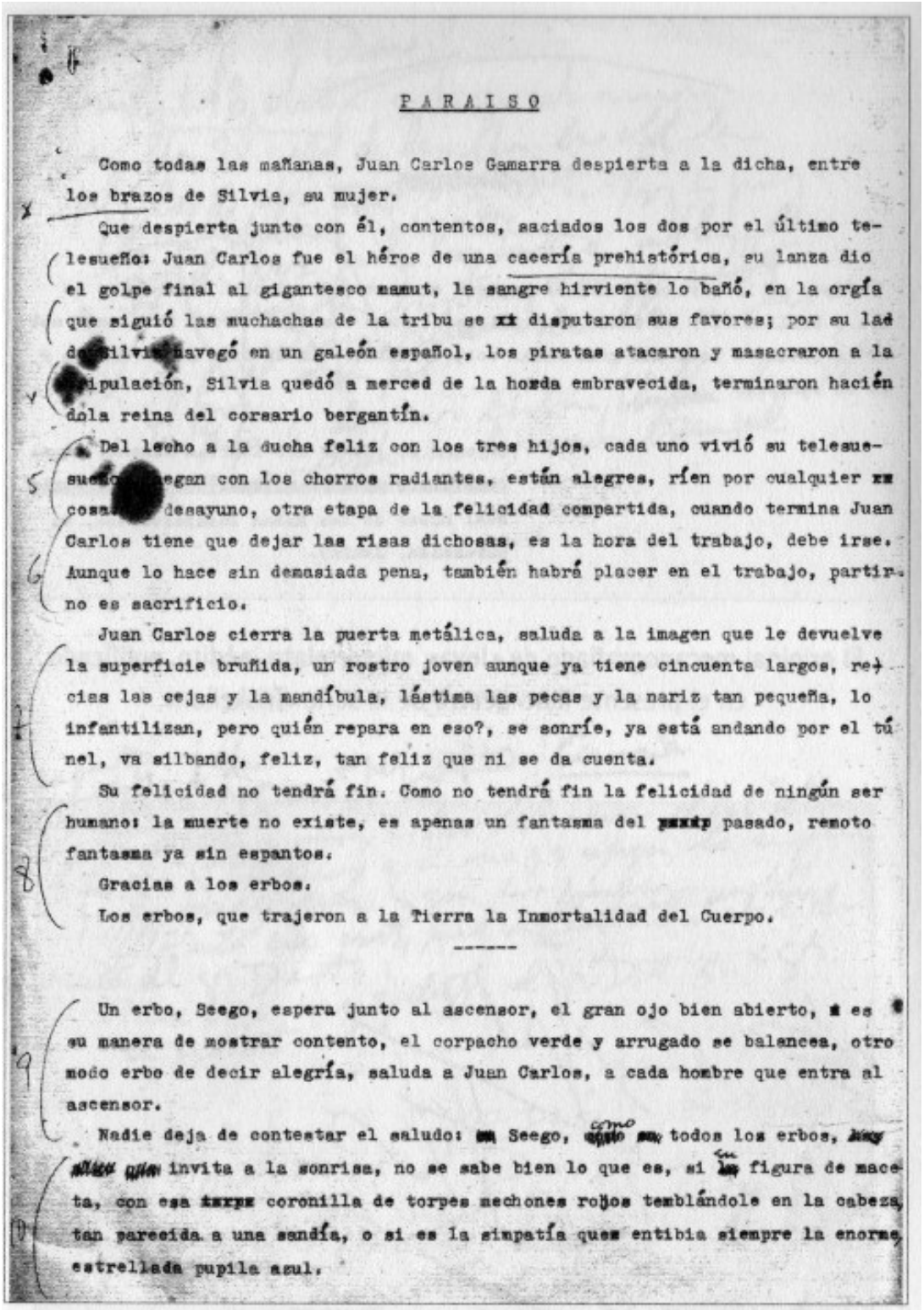
"Esta es la joya más valiosa de todo el Museo. Por eso el gran marco de oro y brillantes y el fondo de terciopelo. Para conseguirla fue necesario aniquilar a toda una gran raza, sorprendiéndola en la cima de su gloria y de su oprobio."

(Leyenda al pie de una lágrima humana, en el Real Museo de las Razas Desaparecidas, Guramanda, Xamia).

El original mecanografiado de «Joya», microrrelato inédito, publicado en el presente libro dentro de la serie «Triskelion»



Oesterheld denominaba a sus microrrelatos «supercortos». Así los describió con su puño y letra, al dorso del original mecanografiado de «Huerta».



PARAISO

Como todas las mañanas, Juan Carlos Gamarra despierta a la dicha, entre los brazos de Silvia, su mujer.

Que despierta junto con él, contentos, saciados los dos por el último telesueño: Juan Carlos fue el héroe de una cacería prehistórica, su lanza dio el golpe final al gigantesco mamut, la sangre hirviente lo bañó, en la orgía que siguió las muchachas de la tribu se xx disputaron sus favores; por su lad de Silvia navegó en un galeón español, los piratas atacaron y masacraron a la tripulación, Silvia quedó a merced de la horda embravecida, terminaron haciéndola reina del corsario bergantín.

Del lecho a la ducha feliz con los tres hijos, cada uno vivió su telesueño, llegan con los chorros radiantes, están alegres, ríen por cualquier xx cosa, desayuno, otra etapa de la felicidad compartida, cuando termina Juan Carlos tiene que dejar las risas dichosas, es la hora del trabajo, debe irse. Aunque lo hace sin demasiada pena, también habrá placer en el trabajo, partir no es sacrificio.

Juan Carlos cierra la puerta metálica, saluda a la imagen que le devuelve la superficie bruñida, un rostro joven aunque ya tiene cincuenta largos, recias las cejas y la mandíbula, lástima las pecas y la nariz tan pequeña, lo infantilizan, pero quién repara en eso?, se sonríe, ya está andando por el túnel, va silbando, feliz, tan feliz que ni se da cuenta.

Su felicidad no tendrá fin. Como no tendrá fin la felicidad de ningún ser humano: la muerte no existe, es apenas un fantasma del pasado, remoto fantasma ya sin espantos.

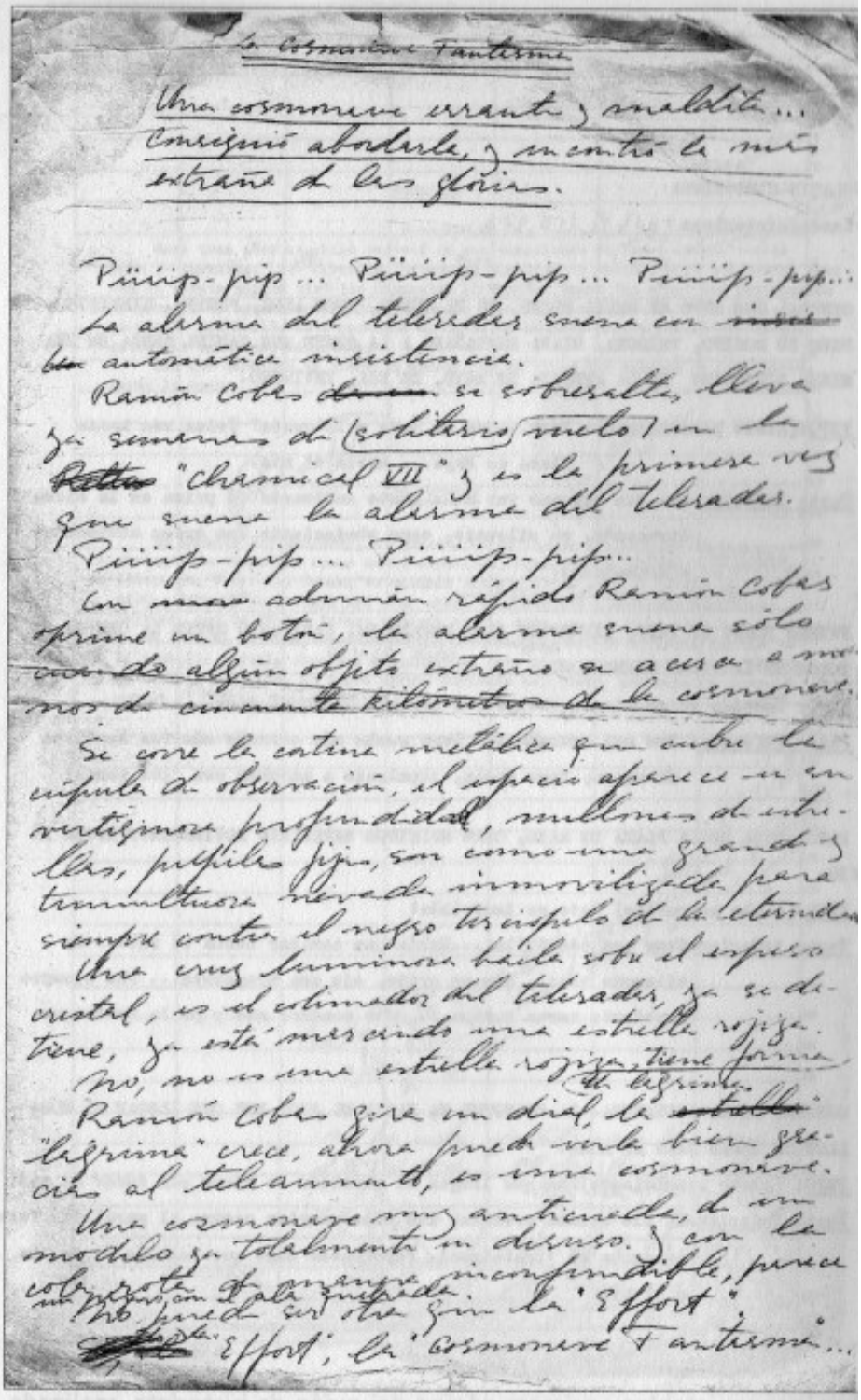
Gracias a los erbos.

Los erbos, que trajeron a la Tierra la Inmortalidad del Cuerpo.

Un erbo, Seego, espera junto al ascensor, el gran ojo bien abierto, es su manera de mostrar contento, el corpacho verde y arrugado se balancea, otro modo erbo de decir alegría, saluda a Juan Carlos, a cada hombre que entra al ascensor.

Nadie deja de contestar el saludo: en Seego, como en todos los erbos, invita a la sonrisa, no se sabe bien lo que es, si la figura de maceta, con esa coronilla de torpes mechones rojos temblándole en la cabeza, tan parecida a una sandía, o si es la simpatía que entibia siempre la enorme estrellada pupila azul.

Versión mecanografiada y original de «Paraíso». Puede observarse la división del texto en secciones numeradas, comienzo del proceso para convertir este relato en historieta, formato en el cual se publicó en 1972.



La Cosmonave Fantasma

Una cosmonave errante y maldita... Consiguió abordarla, y encontró la más extraña de las glorias.

Piiiip-pip... Piiiip-pip... Piiiip-pip...
La alarma del teleradar suena con ~~inicia~~ la automática insistencia.
Ramón Cobos ~~duerme~~ se sobresalta, lleva ya semanas de (cabiturio suelo) en la ~~Nebu~~ "Chemical VII" y es la primera vez que suena la alarma del teleradar.
Piiiip-pip... Piiiip-pip...
Con ~~mano~~ admirable rápidez Ramón Cobes oprime un botón, la alarma suena sólo ~~cuando~~ de algún objeto extraño se acerca a menos de cincuenta kilómetros de la cosmonave.
Se corre la cortina metálica que cubre la cúpula de observación, el espacio aparece en su vertiginosa profundidad, multitud de estrellas, pupilas fijas, son como una grande y tumultuosa mirada inmovilizada para siempre contra el negro terciopelo de la eternidad.
Una cruz luminosa baila sobre el espeso cristal, es el eliminador del teleradar, ya se detiene, ya está marcando una estrella rojiza.
No, no es una estrella rojiza, tiene forma de lágrima.
Ramón Cobos gira un dial, la ~~estrella~~ "lágrima" crece, ahora puede verla bien gracias al telearmant, es una cosmonave.
Una cosmonave muy antigua, de un modelo ya totalmente en desuso. Y con la cola rota, un ala quebrada, un profundo boquete de orange inconfundible, parece no puede ser otra que la "Effort".
~~Effort~~ "Effort", la "cosmonave fantasma"...

Manuscrito de la primera versión de «La cosmonave fantasma». La que figura en el presente volumen es una reelaboración de igual título pero más breve.

CHOCOLATIN-HISTORIETA

Los Inconquistables

1.- GENERAL CON PEPO EN MEDIO PLANO, ES EL HEROE, DOCE AÑOS, FUERTE, SIMPATICO, PERO NO BONITO, TRICOTA, MIARA EXTRAÑADO A LA GENTE QUE CAMINA SERIA EN UNA MISMA DIRECCION, EN LA AVENIDA DE MAYO, DE DIA, INVIERNO.

PEPO:(globo pensamiento): Pero...que le pasa a la gente? Todos van hacia Plaza de Mayo... hacia el río.

Texto Inferior:Era tan extrano ver a la gente caminando de prisa en la misma dirección, en silencio, como obedeciendo una orden misteriosa e inapelable.

2.- PRIMER PLANO DE PEPO, EXPRESION ALGO ESPANTADA, CAMINANDO ENTRE LA GENTE, TODOS EN LA MISMA DIRECCION.

PEPO: También yo me siento obligado a caminar hacia el río!

Texto Inferior: Era muy extraño,sí. Pero mucho más extraño aún fue sentirse él mismo, Pepe Casas, impulsado a marchar con los demás!

3.- PANORAMICA DE LA PLAZA DE MAYO, GRAN MULTITUD MARCHANDO BOVINAMENTE HACIA EL RIO.

PEPO:(globo pensativo) Esto es increible!

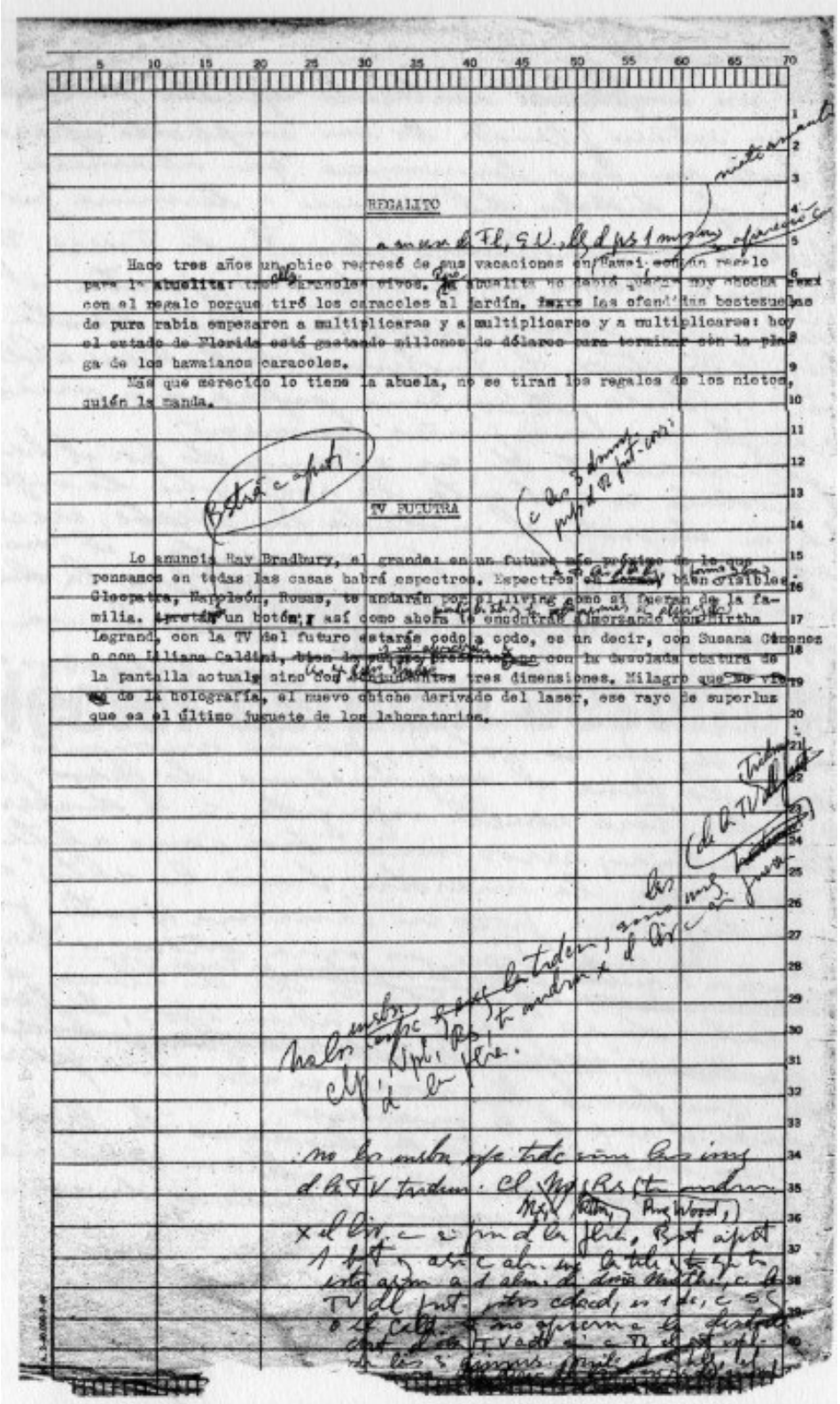
Texto inferior:Como una pesadilla ...Había que caminar hacia el río... En silencio total, sin un grito, sin una pregunta... Una siempre creciente marea humana... unas cuadras más y ya la Costanera.

4.- GENERAL DE LA COSTANERA. LA MULTITUD VA HACIA EL RIO. LOS QUE LLEGAN AL MURALLON SE DEJAN CAER AL AGUA.

PEPO: (globo pensamiento)Los que llegan al murallón se tiran sin dudar al río!

Texto Inferior:El rio estaba crecido, las olas rompian contra el murallón. Pero la gente se tirabaigual. Pepo Casas supo que también él se iba a tirar.

«Los inconquistables»: primera página del guión de historieta, realizado a partir del argumento también incluido en el presente volumen.



REGALITO

Hace tres años un chico regresó de sus vacaciones en Hawai con un regalo para la abuelita: tres caracoles vivos. La abuelita no cabía de gusto con el regalo porque tiró los caracoles al jardín, donde los caracoles se multiplicaron y a multiplicarse y a multiplicarse: hoy el estado de Florida está gastando millones de dólares para terminar con la plaga de los hawaianos caracoles.

Más que merecido lo tiene la abuela, no se tiran los regalos de los nietos, quién la manda.

TV FUTURA

Lo anunció Ray Bradbury, el grande: en un futuro no lejano de lo que pensamos en todas las casas habrá espectros. Espectros en colores y bien visibles. Cleopatra, Napoleón, Rosas, te andarán por el living como si fueran de la familia. Apretás un botón, y así como ahora te encontrás conversando con Martha Legrand, con la TV del futuro estarás codo a codo, es un decir, con Susana Giménez o con Liliana Caldini, bien de cerca, prácticamente con la desolada estatura de la pantalla actual, pero con dimensiones tres dimensiones. Milagro que se verá de la holografía, el nuevo artificio derivado del laser, ese rayo de superluz que es el último juguete de los laboratorios.

Borradores de dos «píldoras» de «Mundo Bocho»: «TV Futura» (cuyo título el autor cambió luego por «Fantasmas divinos») y «Regalito».

KOSMO

(1)

Un raro, sensitivo tentáculo aprieta una esfera transparente en un extraño planeta. De un complicado aparato brota un haz luminoso que atraviesa las profundidades del espacio y termina por llegar a un remotísimo planeta, la Tierra. El haz no se detiene en la superficie, penetra el suelo, las capas geológicas, llega hasta diez kilómetros de profundidad: hiere allí un nódulo pétreo, una esfera no más grande que un puño humano.

Al minuto de ser alcanzado por el haz el nódulo se calienta, la roca que lo engloba se derrite, el nódulo la absorbe, crece rápidamente. Siempre creciendo, el "nódulo" alcanza una veta metalífera, la absorbe, ya es algo así como una larva gigantesca que crece y crece a expensas de las rocas. Hasta que llega a la ramificación de un volcán, por un momento lo baña el magma, la larva parece arder. Pero resulta vigorizada, se yergue, alza antenas, raros miembros como alitas. Y reanuda la marcha hacia lo alto, "comiendo" poco a poco su camino. Hasta que sale a la superficie, es una enorme "larva" que surge en la cumbre de una colina en Texas. El sol la da de lleno, a los lados de la "cabeza" se abren ojos, la boca de la "larva" bajo [illegible] que devoró las rocas se abre ahora para respirar el aire de la mañana.

Tras unos minutos de descanso la "larva" baja hasta un camino: se encuentra un camión detenido, es de una

Original manuscrito de la primera página del relato «Kosmo».

Biografía de
Héctor Germán Oesterheld

Lector y escritor

Héctor Germán Oesterheld, hijo de Fernando Oesterheld y Elvira Puyol, nace en la Ciudad de Buenos Aires el 23 de julio de 1919. En su infancia alterna las calles de su barrio natal de Balvanera con vacaciones rurales en la estancia familiar. Lee, ya desde pequeño, con avidez: libros de aventuras, policiales y clásicos como los de Salgari, Defoe, Stevenson y Verne. «Tuve la ventaja —recordó una vez— de tener hermanos mayores, de manera que desde los cinco años ya contaba con una buena biblioteca de esos géneros».

Su afecto por el campo lo lleva a elegir la carrera de Geología, que inicia en la Universidad de Buenos Aires. Mientras estudia, consigue un trabajo como geólogo en YPF. Aún considera sus escritos un *hobby*. Continúa avanzando con sus estudios y pasa a trabajar como corrector en una editorial. En 1943, a la edad de 23 años, publica su primer cuento, «Truila y Miltar», que narra las aventuras de dos gnomos muy singulares, en el suplemento literario del diario *La Prensa*.

Las editoriales Codex y Abril le encargan la redacción de libros de divulgación científica y cuentos infantiles. Logra terminar sus estudios y en 1947 se casa con Elsa Sánchez. Poco tiempo después abandona para siempre la profesión de geólogo. Sus actividades literarias han pasado a ocupar el foco de sus labores. En sus propias palabras «El *hobby* se ha hecho profesión y la profesión se ha hecho *hobby*».

En 1951 Editorial Abril le ofrece trabajar como guionista de historietas. Oesterheld acepta el desafío, a pesar de no tener experiencia alguna en este medio. Tras un modesto inicio, las historietas *Bull Rockett* con dibujos de Paul

Campani (1952) y *Sargento Kirk* con dibujos de Hugo Pratt (1953) superan toda expectativa y se convierten en éxitos rotundos. Esto le permite afianzarse en la editorial; en paralelo continúa escribiendo cuentos infantiles[51] y relatos cortos.

Comienza además, en 1953, a trabajar en la redacción de una publicación legendaria: La revista *Más Allá*[52], pionera en la ciencia ficción de nuestro país.

Oesterheld y *Más Allá*

La aparición de esta revista marcó un hito en la Argentina y el mundo de habla hispana. El vínculo de Héctor con esta revista fue profundo y duradero; el carácter y la duración exacta de ese vínculo continúa siendo estudiado hoy en día por numerosos investigadores. En esta antología figuran los dos únicos cuentos que Héctor publicó en *Más Allá* cuya autoría podemos asignarle sin lugar a dudas: «*Cuidado con el perro*» (1953) e «*Inocente Maquiavelo Reforzado*» (1955).

Cabe mencionar también la coautoría que, según Oesterheld, dio origen al cuento titulado «Boomerang», publicado en *Más Allá* #7, de diciembre de 1953. Éste es el único cuento que apareció firmado por «Jorge Mora», seudónimo que solía utilizar Jorge Oesterheld (hermano de Héctor), pero que —en este caso— parece haber enmascarado una colaboración entre ambos. Al referirse a sus labores en *Más Allá*, el mismo Héctor explica[53]:

> *Jorge Mora era mi hermano. Una vez me trajo una historia de como treinta páginas, larguísima, impublicable, pero con un buen carozo, un buen nudo argumental. La abrevié, usé ese nudo y quedó una historia de calidad, ganó por la precisión del tema.*

Sabemos que además de aportar sus propios cuentos, Héctor cumplía diversas tareas en la redacción de la revista. Si bien no tenía formalmente el puesto de director, ése era, en los hechos, el rol que ejercía en *Más Allá*: respondía el correo de lectores, seleccionaba el material a publicar, escribía notas y se ocupaba también de traducir algunos de los relatos procedentes del extranjero al castellano[54]. La recordada antología de ciencia ficción *Los argentinos en la Luna* (1968) ratifica esta información: presenta a Héctor Germán Oesterheld como «uno de los pioneros de la revista *Más Allá*» y le adjudica además el rol de asesor y «factótum» de esa publicación.

Cumpliendo sueños

De su matrimonio con Elsa nacerían cuatro hijas: Estela, Diana, Beatriz y Marina. Al ir agrandándose la familia, los Oesterheld deciden mudarse. Eligen un chalet en Beccar, en el partido de San Isidro, zona norte del Gran Buenos Aires, que se convierte en oficina y espacio habitual de reuniones de trabajo y camaradería. La familia pasa allí muchos años felices.

En 1956 Oesterheld intenta conformar junto con Alfredo Grassi y otros guionistas de ciencia ficción una sociedad de carácter sindical que los agrupara y defendiera sus intereses. El proyecto no prospera, pero sentó un precedente para la conformación de una sociedad que reuniría años más tarde a distintas personalidades vinculadas de un modo u otro con el género.

Ese mismo año Héctor se asocia con su hermano Jorge para fundar la Editorial Frontera. En un principio se limita a publicar novelas de bolsillo, versiones en prosa de sus historietas más famosas: *Bull Rockett* y *Sargento Kirk*. Un año después, en 1957, se lanzan al mercado de historietas con las revistas *Frontera*, *Hora Cero* y el suplemento semanal de esta última. Publican allí, con guiones propios y dibujos de muchos de los grandes artistas de la época (Francisco Solano López, Hugo Pratt, Arturo Del Castillo, Carlos Roume y Alberto Breccia, entre otros), las series que pronto se convertirían en marca registrada de la flamante editorial: *Rolo, el marciano adoptivo*, *Ernie Pike*, *Ticonderoga*, *Randall*, *Patria Vieja*, *Sherlock Time* y *El Eternauta*. Todas ellas fueron grandes éxitos de ventas; estos logros motivaron a su vez a los hermanos Oesterheld a seguir agregando nuevos títulos a su producción. En un texto[55] de 1957, Oesterheld exponía de este modo sus pensamientos al encarar esta nueva empresa:

> *La historieta es mala cuando se la hace mal. Negarla en conjunto, condenarla en globo, es tan irracional como negar el cine en conjunto porque hay películas malas. O condenar la literatura porque hay libros malos. Hay, y en proporción desgraciadamente muy elevada, muchas historietas malas. Pero ellas no invalidan las historietas buenas. Al contrario, por comparación, sirven para exaltarlas aún más. Creemos estar en la línea de la historieta buena, entendiendo por buena la historieta fuerte, la historieta que sabe ser a la vez recia y alegre, violenta y humana, la historieta que agarra con recursos limpios, de buena ley, la historieta que sorprende al lector porque es nueva, porque es original, porque es moderna, de hoy, de mañana si hace al caso.*

A pesar de los éxitos conseguidos, la inexperiencia empresarial de los

hermanos Oesterheld y las malas jugadas del destino hacen que la Editorial Frontera termine cerrando a mediados de 1961. Muchos de sus títulos continúan, sin embargo, en circulación: comienza a publicarlos otra empresa, que contrata a Oesterheld para esa tarea y le encarga además que continúe su labor de escritor y guionista.

Nuevos caminos

Tras el cierre de la Editorial Frontera, la casa Emilio Ramírez se encarga de continuar publicando muchas de las revistas de su acervo, y añade también otras más. Nace así una nueva revista: *El Eternauta*[56], con la dirección del mismo Oesterheld, quien la presentaba de este modo en su primer editorial:

> *El ETERNAUTA sigue.*
>
> *Por imposición de los mismos lectores, que no quieren perderse la ventana al futuro que es EL ETERNAUTA.*
>
> *El ETERNAUTA sigue, pero ha hecho un alto en la larga narración de la lucha contra los ellos y cuenta entonces lo que vio en un día atroz para la humanidad, el 6 de agosto de 1945, el día de HIROSHIMA.*
>
> *Otros relatos se le agregan. Ubicados todos en el futuro remoto o en el futuro cercano, nos hacen vivir por anticipado lo que alguna vez se habrá de vivir. Desde el duro combate de LA ÚLTIMA TRINCHERA hasta la viril ternura del GUARDAMAR por su delfín domesticado. Desde el supremo sacrificio de DILEMA hasta la desesperada rebelión de EL RETORNO.*
>
> *Y los inolvidables relatos de Luna, el amigo de SHERLOCK TIME, con los antológicos dibujos de Alberto Breccia…*
>
> *El ETERNAUTA sigue, pues, pero muy cambiado. Le hemos agregado, además, pantallazos del presente, este fabuloso presente que*

vivimos, impregnado de futuro como ningún presente en la historia.

El resultado es, como puede verlo el lector, una revista única.

Una revista que no es imitación de ninguna otra. Una revista nueva, tan nueva como los temas que trata.

El ETERNAUTA sigue, por imposición de los lectores. Confiamos haber cumplido.

En las páginas de esta revista aparecen notas de divulgación científica además de cuentos e historietas, tanto del género fantástico como de ciencia ficción. Previsiblemente, la gran mayoría de ese material surge de la pluma de Oesterheld; entre los cuentos, se destacan tres que incluimos en la presente antología[57].

Entre los años 1962 y 1964 además trabaja para editorial Yago. Allí nacen las series *Watami*, *Marcianeros* y *Mort Cinder*, esta última, considerada una de las obras maestras de la historieta mundial, no sólo debido al brillante guión de Oesterheld, sino también a los magistrales dibujos de Alberto Breccia.

Ideas y emprendimientos

En 1965, Héctor se adelanta a los hechos: meses antes de que los Estados Unidos de América lancen al espacio las primeras misiones tripuladas GÉMINIS, crea para la revista *Billiken* la serie de historietas *Rumbo a las estrellas*, que anticipa los desafíos que deberán enfrentar los astronautas de ese programa espacial. Los dibujos están a cargo de Eugenio Zoppi. Durante esos años, Oesterheld trabaja también para las editoriales Caymi y Dayca. Suponemos que fue en medio de estas tareas que Héctor «cocinó» su nuevo proyecto empresarial: una nueva publicación de ciencia ficción que dirigiría él mismo.

Oesterheld aprovechó su experiencia en *Más Allá* para crear una nueva revista que pudiera aspirar a suceder y quizá incluso superar a esta última. Se volvió a convertir en editor, buscando quizá una revancha contra el amargo final de su anterior Editorial Frontera. El objetivo de esta nueva publicación queda

claro en su ensayo de presentación:

Al lector

GÉMINIS publicará quincenalmente los mejores cuentos que vayamos encontrando en la riquísima cantera de la Ciencia Ficción mundial.

Pero GÉMINIS no quiere limitarse a esa función.

GÉMINIS quiere llegar a ser algo más que traducciones: GÉMINIS aspira a ser el medio donde puedan expresarse los escritores nuestros, nóveles o no, que, lo sabemos, pueden producir cuentos de Ciencia Ficción tan buenos como los mejores.

Por eso el concurso que ofrecemos en las páginas finales de la presente edición: en él podrá participar todo aquel que crea tener algo que decir en Ciencia Ficción, ya sea un cuento, una idea original o un enfoque nuevo de un problema viejo.

Y no sólo los autores, también los lectores podrán intervenir en GÉMINIS: en el correo, el «Cabo Kennedy de los lectores», podrán decirnos sus deseos y sus críticas, las secciones que les agradaría encontrar en GÉMINIS, las cosas que les parecen mal.

En resumen, GÉMINIS seguirá siendo siempre una antología de grandes cuentos de Ciencia Ficción.

Pero la Ciencia Ficción aparecerá en GÉMINIS vista desde aquí, desde este Hemisferio Austral que también forma parte del planeta.

No es sorprendente que Héctor recurriera, para bautizar su nueva publicación, al nombre del programa espacial contemporáneo arriba citado: GÉMINIS[58]. La revista fue publicada por la flamante HGO Ediciones, cuyo

primer número apareció en junio de 1965. Oesterheld quedó así nuevamente al frente de su propia editorial. En las páginas de la revista *Géminis* aparecían notas de divulgación, cuentos de autores extranjeros[59] y también cuentos de su propia autoría[60].

Un detalle digno de mencionar es que en el segundo número se anunciaba por primera vez la inminente publicación de *El Eternauta* en forma novelada[61]:

> *Ya llega la novela de ciencia ficción que no se creía posible: El Eternauta, por Héctor Germán Oesterheld. El libro de mayor suspenso jamás escrito en la Argentina. Buenos Aires, [o,] para ser más exacto, la Plaza del Congreso, cabeza de invasión…*

Héctor llegó a bocetar el tercer número de *Géminis*. Las correspondientes pruebas de imprenta se conservan hasta hoy. Sin embargo este ejemplar jamás llegó a los kioscos[62]. Es probable que motivos económicos hayan frustrado nuevamente las metas de su director. En todo caso, ése fue el último número en ser diagramado. HGO Ediciones cerró sus puertas y la revista *Géminis* jamás volvió a publicarse.

Durante este período de dificultades, Oesterheld trabaja simultáneamente para muchas otras editoriales. Sus circunstancias económicas eran claramente adversas y esto propició una producción prolífica y diversa: historietas de fútbol y automovilismo, fotonovelas, series de superhéroes encapotados y relatos históricos, aventuras del lejano oeste norteamericano y hasta una historieta biográfica sobre los Beatles.

A principios de 1967, el escritor de ciencia ficción Alfredo Grassi forma en Buenos Aires la Sociedad Argentina de Autores, Editores y Lectores de Ciencia Ficción. Oesterheld participa activamente y es nombrado vicepresidente. La idea no prospera, pero cumple de todos modos con creces el propósito de reunir a numerosos autores y editores de ciencia ficción. Sirve así de germen para toda una serie de publicaciones y antologías del género en las que Héctor colabora, también, en los años subsiguientes.

En 1968 Oesterheld es invitado a colaborar en dos antologías de ciencia ficción: *Los argentinos en la Luna* y *Ciencia ficción — Nuevos cuentos argentinos*. Además recibe un importante reconocimiento en la «Primera Bienal Mundial de la Historieta» realizada en el Instituto Torcuato Di Tella.

Últimos años

El hogar de los Oesterheld continúa recibiendo visitas y amigos. Sigue siendo una usina de proyectos, ideas y largas charlas, en el que se respira una atmósfera de indagación intelectual. Con los años, Oesterheld y sus hijas se vuelcan cada vez más a la actividad política. Esto queda reflejado en historietas de carácter histórico que Oesterheld escribe en esos años tales como *Vida del Che* (1968), el guión de *Vida y obra de Eva Perón* y *450 años de guerra contra el imperialismo* (1973), y también en historietas de ciencia ficción, como la nueva versión de *El Eternauta* (1969), *¡Guerra de los Antartes!* (1970) y la reelaboración de esta última: *La Guerra de los Antartes* (1974).

Como lo hiciera desde el inicio de su carrera como autor, Oesterheld continuó creando obras diversas, transmitiendo su pensamiento y ofreciendo, en cada época, la visión que tenía del mundo que lo rodeaba. Sobre su trabajo, por ese entonces, Héctor comentó en un reportaje[63]:

> *Yo pienso que a mí me ayudó la formación humanística que tuve como producto de mis estudios. Y también el hecho de que siempre me mantuve en contacto con la buena literatura. La buena literatura es imperecedera y en ella están los grandes temas del hombre. En definitiva se trata, guardando las distancias, de reflejar en las aventuras de la historieta esos mismos temas. A mí, por ejemplo, nunca me interesaron los superhombres ni los héroes invencibles y todopoderosos. Con ellos sólo pueden construirse malas historietas. Prefiero los hombres comunes, viviendo historias que quizá pueden ocurrirle al lector.*

Mientras colaboraba en revistas infantiles, Héctor siguió escribiendo para el público adulto a través de varias editoriales prestigiosas, como Columba y Record: acaso sus últimas creaciones más populares fueron las historietas *Roland El Corsario* (1972), *Brigada Madeleine* (1974) y *Nekrodamus* (1976). Su obra netamente militante se publicaba entretanto en revistas como *El Descamisado*, *Evita Montonera* y el diario *Noticias*.

En el año 1975 la historieta *El Eternauta* se publica por primera vez recopilada en un solo tomo; se convierte en un éxito contundente. Al año

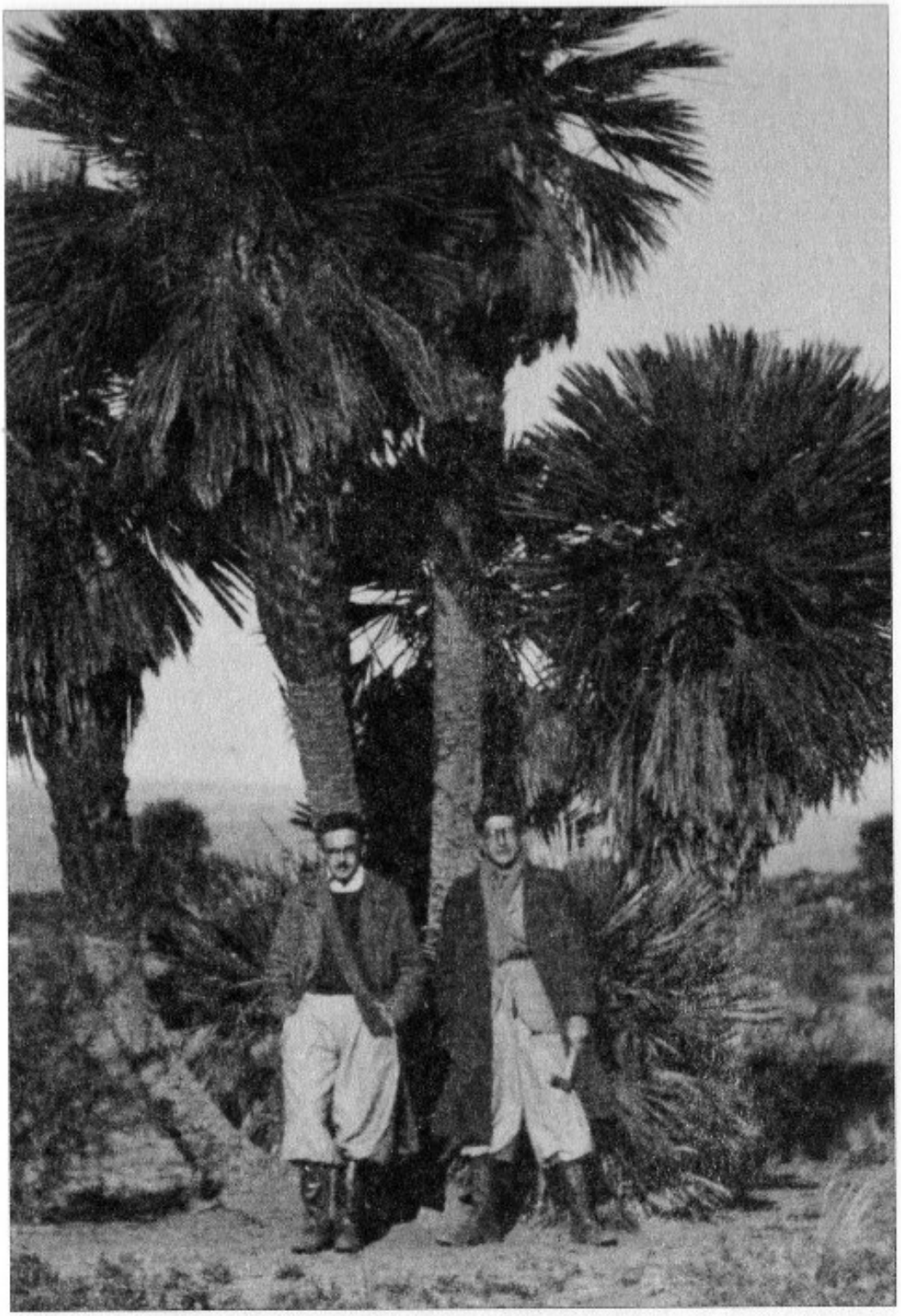
siguiente comenzaron a publicarse en la revista *Skorpio* los episodios de la ansiada secuela: *El Eternauta II.* Dibujada nuevamente por Solano López y escrita por Oesterheld desde la clandestinidad —en ese entonces el escritor ya era perseguido por su militancia en la agrupación Montoneros—, esta continuación contiene referencias políticas mucho más explícitas y directas que la primera parte. Puede que allí, en esa conjunción de lugares y tiempos precisos, naciera el mito que hoy une al autor y a su obra en forma indivisible.

Oesterheld fue secuestrado en el año 1977. Se cree que a fines del mes de abril y en la ciudad de La Plata. Aunque no hay certeza sobre su paradero, se sabe que fue llevado sucesivamente a varios centros clandestinos de detención. Se sospecha que pudo ser asesinado en 1978. Sus cuatro hijas fueron víctimas del mismo horror. Estela (24 años), Diana (23 años) y Marina (18 años), junto a dos yernos y dos nietos de Héctor, pasaron así a formar parte de la lista de desaparecidos durante la dictadura militar que asoló a la Argentina a partir de 1976. El cuerpo de Beatriz (19 años) fue entregado a la esposa del escritor, y otros dos nietos —Martín Mórtola y Fernando Araldi— fueron recuperados con vida.

El Eternauta II siguió publicándose ininterrumpidamente hasta pasado casi un año del secuestro de su guionista.

Cuando se publicó la última entrega, en el año 1978, Oesterheld posiblemente estaba ya sin vida. Otros de sus trabajos aparecieron publicados tiempo después; muchos continuaron leyendo así su obra sin siquiera imaginar el trágico destino que habían sufrido el autor y su familia.

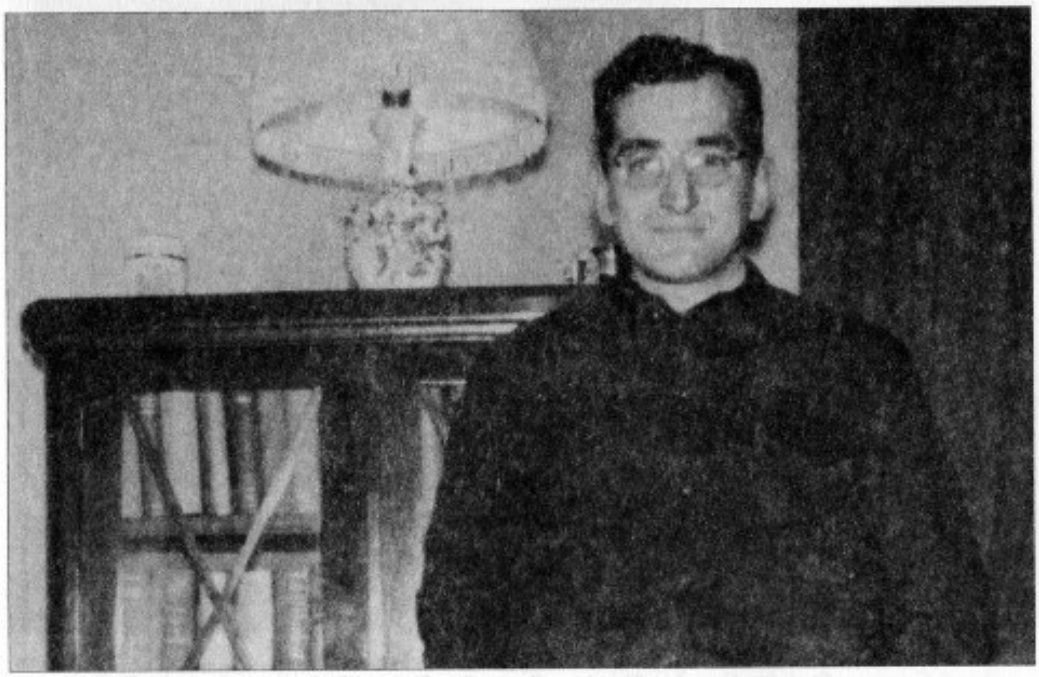
ÁLBUM DE FOTOS



José Santos Gollán (izq.) y Héctor Germán Oesterheld (der.) en la Pampa de Achala, pcia. de Córdoba, junio de 1939. Ambos eran por ese entonces estudiantes de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires. (Gentileza familia Oesterheld.)



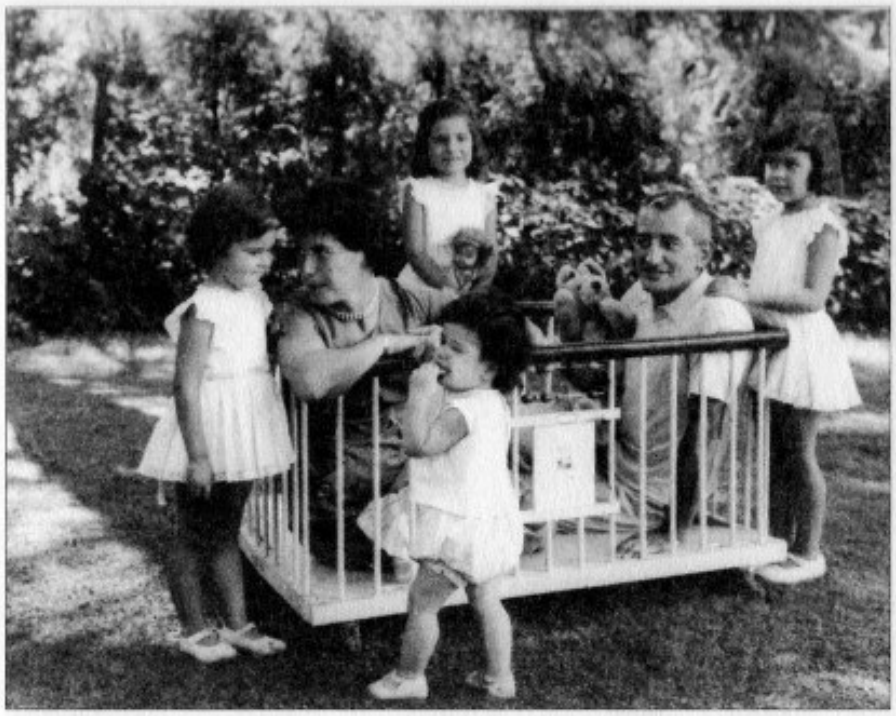
H. G. O. (tercero, de izquierda a derecha) en un campamento de YPF, enero de 1940. Oesterheld trabajó como pasante para esa empresa y recorrió así gran parte del territorio argentino. (Gentileza familia Oesterheld.)



Héctor en su casa junto a una de sus bibliotecas, fuentes constantes de conocimiento e inspiración para sus obras, *circa* 1946. (Gentileza familia Oesterheld.)



Héctor Germán Oesterheld retratado junto a varias de sus creaciones. Esta imagen fue tomada durante una entrevista realizada en su estudio, ubicado en la planta alta de su chalecito familiar en el barrio de Beccar, pcia. de Buenos Aires, 1959. (Fuente: *Revista O´Cruzeiro Internacional Año III #2*, 16/01/1959.)



Héctor y su esposa Elsa, en el jardín de su chalecito de Beccar, junto a sus hijas Beatriz (izq.), Estela (arriba), Marina (abajo) y Diana (der.), 1959. (Gentileza familia Oesterheld.)



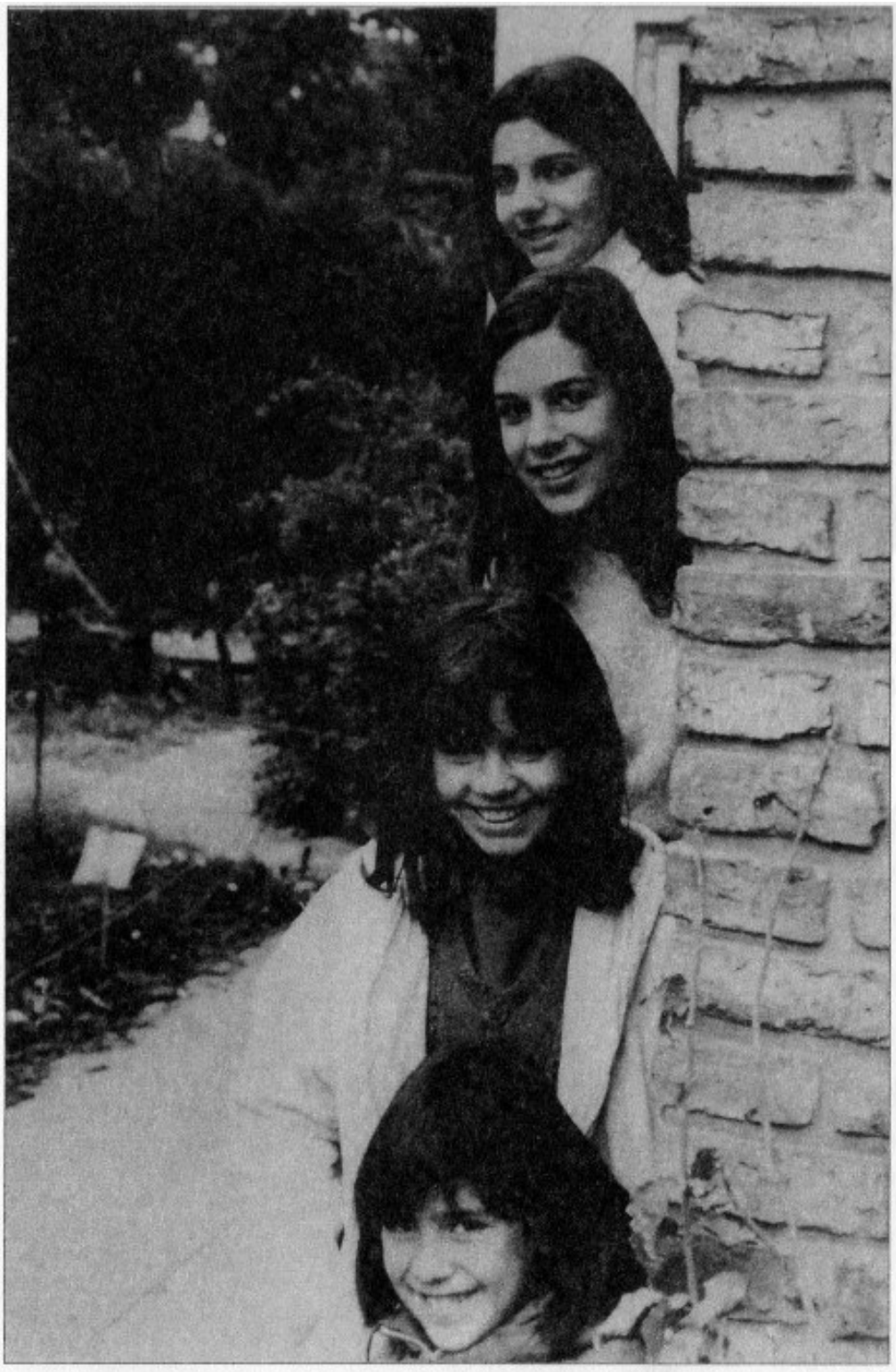
El matrimonio Oesterheld durante una cena con amigos. (Gentileza familia Oesterheld.)



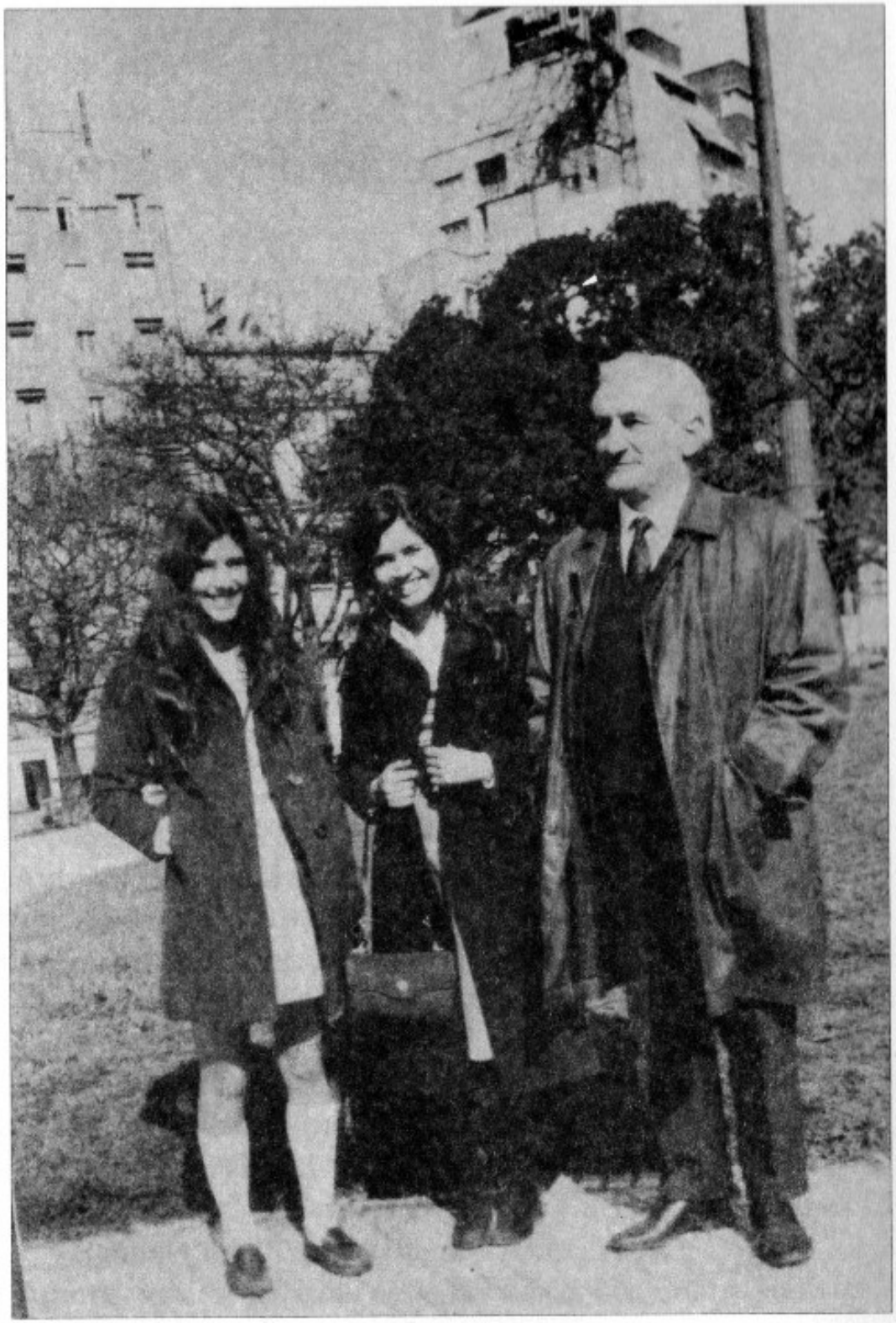
Héctor Germán Oesterheld lee rodeado de niños. Foto tomada en el Club Suizo de Tigre, pcia. de Buenos Aires, *circa* 1964. (Gentileza familia Oesterheld.)



Héctor (centro) y sus hijas Marina (izq.) y Beatriz (der.), en Plaza de Mayo, *circa* 1967. (Gentileza familia Oesterheld.)



Las hijas del matrimonio Oesterheld en el jardín de Beccar, *circa* 1965.
De arriba hacia abajo: Estela, Diana, Beatriz y Marina.
(Gentileza familia Oesterheld.)



Marina (izq.), Beatriz (centro) y Héctor (der.), en Buenos Aires, *circa* 1974.
(Gentileza familia Oesterheld.)

Fuentes y bibliografía

- Altgelt, Carlos A., *Cerebro, piñas y humor: la historia de Bull Rockett*, autoedición, Buenos Aires, 2009.
- Autores varios, *Libros De Fierro* #1: *Especial Oesterheld*. Ediciones de la Urraca, Buenos Aires, 1985.
- Autores varios, *Oesterheld: Héroes Colectivos*, Secretaría de Cultura de la Nación de la República Argentina, Buenos Aires, 2002.
- Autores varios, *«H. G. Oesterheld: Maestro de Sueños»*, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre la Historieta* #21, Editorial Pablo de la Tornente, Buenos Aires, 2004.
- Autores varios, *Oesterheld en primera persona*, Ediciones La Bañadera del Cómic, Buenos Aires, 2005.
- Autores varios, *Escritos en la memoria*, Los Cuatro Indiciecitos, Buenos Aires, 2005.
- Autores varios, *Solano López en primera persona*, 2ª Edición, Aneares Editora, Buenos Aires, 2006.
- Autores varios, *Oesterheld en Tercera Persona*, Ediciones La Bañadera del Cómic, Buenos Aires, 2008.
- Autores varios, *50/30: 50 años con El Eternauta, 30 años sin Oesterheld*, Ministerio de Educación de la Nación Argentina, Buenos Aires, 2007.
- Avila, Felipe, *Oesterheld y nuestras invasiones extraterrestres*, Editorial Deux Books, Buenos Aires, 2007.
- Bailo, Víctor y Daniel Stefanello, *H. G. 0. Héctor Germán Oesterheld*, Video documental, 1998.
- Bistagnino, Paula, «Elsa Sánchez», reportaje publicado en la sección «Historia de Mujeres», revista *Para Ti*, #4498, octubre 2008. En internet: http://www.parati.com.ar/lonuevo/personajes/elsa-sanchez/10051.html

- De Moraes, Mario, «Cuentos de Oesterheld», revista *O'Cruzeiro Internacional*, Año III #2, 1959.
- García, Fernando y Hernán Ostuni, «*El Eternauta*», revista *Comic Magazine* #2, Editorial El-DECAN, 1989.
- Maunás, Delia, *Boris Spivacov: Memoria de un sueño argentino*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1995.
- Mira de Echeverría, Teresa, *La filosofía como ciencia ficción y la ciencia ficción como filosofía*, seminario dictado en la Pontificia Universidad Católica Argentina, 31 de agosto de 2011. En internet: http://youtu.be/mKsLHJLXInY
- Morhain, Jorge Claudio, *La Argentina premonitoria en El Eternauta*, 1992. En internet: http://www.quintadimension.com/node/254; http://axxon.com.ar/c-96.htm
- Mora Bördel, Javier, «H.G.O.» *Tebeosfera*, 2002. En internet: http://www.tebeosfera.com/1/Documento/Articulo/Argentina/Oesterheld.htn
- Oesterheld, Héctor Germán y Juan Sasturain, *El Eternauta y otros cuentos de ciencia ficción*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1996.
- Palmer, Oscar, «Entrevista a Horacio Altuna», revista *U* #22, 2001.
- Peláez, José, blog *Ahí Va.…* En internet: http://ahi-va.blogspot.com.ar /
- Sasturain, Juan, *El domicilio de la aventura*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1995.
- Trigo, Gustavo, «Prólogo» a *La Guerra de los Antartes*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1998.
- Sinay, Sergio, «Entrevista: Héctor Oesterheld o la historieta se pone los pantalones largos», diario *El Cronista*: Suplemento Cultural #10 (1975).
- Trillo, Carlos y Guillermo Saccomanno, *Historia de la historieta argentina*, Ediciones Record, Buenos Aires, 1980.
- Vacca, Roberto, «Entrevista: mis cien personajes y yo», revista *Siete Días*, Año VIII #381, 1974.
- Vallini, Christian, «Trazos de ayer: Ornay», revista *NM* #12, Ediciones Turas Mór, 2009. En internet: http://www.revistanm.com.ar/content/012.pdf

Revistas

- *Billiken* #2351, Editorial Atlántida, 1965.
- *Billiken* #2713, Editorial Atlántida, 1972.
- *2001: Periodismo de anticipación*. Editorial MBH. Nos 11 (junio de 1969), 21 (abril de 1970), 22 (mayo de 1970) y 31 (febrero de 1971).
- *El eternauta*, Editorial Emilio Ramírez, Nos 4 (febrero de 1962), 6 (abril/mayo de 1962), 10 (septiembre de 1962) y 15 (febrero de 1963).
- *Feriado Nacional* #5, Asociados porque queremos, 1983.
- *Géminis*, HGO Ediciones, Nos 1 y 2 (junio y julio de 1965).
- *Gente*, Editorial Atlántida, Nos 234 (15 de enero de 1970) y 262 (30 de julio de 1970).
- *Hora Cero Semanal* #1, Editorial Frontera, 1957.
- *Hora Cero Semanal* #31, Editorial Frontera, 1958.
- *Más allá*, Editorial Abril, Nos 3 (agosto de 1953), 7 (diciembre de 1953) y 29 (octubre de 1955).
- *Nueva Dimensión*, Ediciones Dronte, Nos 49 (agosto de 1973) y 104 (septiembre de 1978).
- *Top: Maxi Historietas* #8, Cielosur Editora, 1972.
- *Skorpio: Gran Color* #72, Ediciones Record, 1981.

Obras de referencia

- *Enciclopedia de la ciencia ficción y fantasía argentina*, Axxón On-line. En internet: http://axxon.com.ar/wiki/index.php?title=Portada
- La Biblioteca de la Tercera Fundación, Los Conseguidores. En internet: http://www.tercerafundacion.net/

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin el material de investigación y consulta, conservado y aportado por la familia Oesterheld, el Archivo Histórico Héctor Germán Oesterheld y la biblioteca de Daniel Luján Heredia.

Queremos agradecer también a los investigadores Felipe Ávila, Juan Sasturain y a los del colectivo «La Bañadera del Cómic», cuyas obras y aportes han sido de inestimable ayuda. A Leopoldo Durañona, Andrés Ferreiro, Mario Formosa, Fernando García, Hernán Ostuni, Norberto Rodríguez Van Rousselt, Luis Rosales, Diego Accorsi, Roberto Baschetti, Carlos Trillo, Guillermo Saccomanno, Alfredo Grassi, Jorge Claudio Morhain, Javier Rago, Héctor Pessina, Sergio Castro, Eduardo Diez, Daniel Divinsky, Osvaldo «Oswal» Viola y Cristian Vallini Lawson por sus anécdotas, su tiempo y su apoyo; a los editores españoles Luis Vigil, Domingo Santos, Antonio Martín y Manuel Barrero, por su gentileza, amabilidad y paciencia en atender nuestras búsquedas al otro lado del Atlántico.



MARIANO CHINELLI (Argentina 1974). Es investigador y curador del archivo histórico Héctor Germán Oesterheld. Creador del fanzine y webzine *Continuum 4*, fue el organizador de la muestra *50/30: 50 años con El Eternauta, 30 años sin Oesterheld* (Buenos Aires 2007) y participó en la edición del volumen alusivo, editado por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la República Argentina. Fue así mismo cocurador de las muestras *Héctor Germán Oesterheld, de profesión: imaginador* (2008) y *Héctor Germán Oesterheld: el hombre como unidad de medida* (2009), que tuvieron lugar en Amadora, Portugal.

Como especialista en la obra de Oesterheld, colabora habitualmente en publicaciones, proyectos editoriales y muestras relacionadas con el autor.



MARTÍN HADIS (Argentina, 1971). Es escritor, investigador y profesor universitario. Se recibió de licenciado en sistemas en la Universidad CAECE, realizó una maestría interdisciplinaria en tecnología y humanidades en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), estudió literaturas germánicas medievales en Harvard y completó otra maestría, en antropología cultural, en la Universidad de North Texas (UNT). Lector asiduo y admirador de la obra de Oesterheld, se especializa en temas de mitología y folklore, literatura fantástica y ciencia ficción. Es autor de varios libros: *Borges profesor* (2000), *Literatos y excéntricos* (2006) y *Siete guerreros nortumbrios* (2011). Ha dictado cursos en la Universidad de Belgrano, la Universidad Torcuato Di Tella, el Centro Culturar Borges y el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, MALBA.

Notas

[1] Esta cita procede de Galac-Master, historieta dibujada por Osvaldo «Oswal» Viola, con guión del propio Oesterheld (1980/1981). <<

[2] Sobre la relevancia y las significaciones que El Eternauta ha adquirido con el tiempo, autores como Juan Sasturain y Carlos Trillo han escrito diversos artículos y notas muy recomendables, algunos de los cuales figuran en la bibliografía del presente libro. <<

[3] Este chalet de la familia Oesterheld sirvió, dicho sea de paso, de inspiración al ilustrador Solano López para dibujar la casa de Juan Salvo en la historieta *El Eternauta*. <<

[4] Héctor Germán Oesterheld fue secuestrado y desaparecido por fuerzas de la dictadura militar en 1977. Destinos igualmente trágicos sufrieron sus cuatro hijas. Véase la biografía al final de este volumen. <<

[5] Véase el apartado titulado «Proyecto de libro», que contiene una transcripción y sus análisis de la propuesta de Héctor, en la pág. 297 del presente volumen. <<

[6] Algunos de esos cuentos fueron incluidos —pero dispersos— en un par de publicaciones que datan de fines de los años 70, y también en proyectos encarados en su momento por los investigadores Juan Sasturain, Felipe Avila y Javier Rago, quienes ya habían accedido y estudiado parte de ese material. Esta antología continúa y extiende la línea de esos rescates. <<

[7] Como ya hemos señalado, además de ser vasta y variada, la obra de Oesterheld está desperdigada en un cúmulo de revistas y libros que aparecieron a lo largo de décadas; muchos de sus textos fueron, además, publicados sin firma o bajo seudónimo. La recuperación de su obra es por lo tanto un proceso que quizá no tenga nunca fin. Es, por el contrario, sensato esperar que los años por venir continúen brindándonos nuevos hallazgos y documentos hasta hoy desconocidos. <<

[8] Los «Ellos» son seres malignos, conquistadores y destructores que lideran la invasión extraterrestre que Oesterheld describe en la historieta El Eternauta: «Ellos son el odio… El odio cósmico… Ellos quieren para sí el universo todo… Ellos nos obligan a destruir y a matar». Para muchos lectores, estos seres indefinidos cuya verdadera naturaleza Oesterheld jamás revela, constituyen en realidad una metáfora de las facetas más oscuras del ser humano. <<

[9] Esta cita figura en el reportaje que Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno le hicieron a Oesterheld en 1975. Se publicó por primera vez en forma completa en el libro Oesterheld en primera persona (2005). <<

[10] El que Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno le hicieron a Oesterheld en 1975. Se publicó por primera vez en forma completa en el libro Oesterheld en primera persona (2005). <<

[11] Felipe Ávila se explaya ampliamente sobre estas y otras interrelaciones en su libro Oesterheld y nuestras invasiones extraterrestres (2007). <<

[12] Galáxtica: conservamos esta peculiar grafía porque bien puede ser producto de la particular costumbre que tenía Oesterheld de darles nuevas formas y significados a las palabras. <<

[13] Intergaláxtica: ídem nota anterior. <<

[14] Véase el «Proyecto de libro» en la pág. 297. <<

[15] Azcuy y otros, *Ciencia ficción - Nuevos cuentos argentinos*, Calatayud-Dea Editores, Buenos Aires, 1968. <<

[16] Este epígrafe figura en la primera publicación de «Una muerte» en la Revista *Géminis* #2 (1965). <<

[17] Esta temática está también presente, aunque enfocada desde distintas perspectivas, en otros dos cuentos de su autoría («*El árbol de la buena muerte*» y «*Paria espacial*») que Héctor incluyó en ese mismo número de la revista *El Eternauta* y que figuran también en las páginas de la presente antología. <<

[18] Véase el «*Proyecto de libro*» en la pág. 297. <<

[19] *El Eternauta*: con dibujos de Alberto Breccia y guión de H. G. Oesterheld, esta reelaboración de la historieta original fue publicada en la revista *Gente*, entre mayo y septiembre de 1969. <<

[20] *¡Guerra de los Antartes!*: con dibujos de León Napoo y guión de H. G. Oesterheld, la historieta fue señalizada entre 1970 y 1971, dentro la revista *2001: Periodismo de anticipación*. <<

[21] La trama de *Paraíso* en forma de historieta es prácticamente idéntica a la del presente relato, incluso en sus diálogos y descripciones. Sin embargo, hacia el desenlace de la historieta, Oesterheld extiende el final y lo hace más explícito. Esta diferencia nos hizo creer, en un principio, que la versión en prosa que habíamos encontrado estaba incompleta. Descartamos luego esa posibilidad, al hallar y analizar dos versiones del guión de la historieta *Paraíso*. Por lo demás, el cuento, como aparece publicado aquí, resulta completo y coherente. No podemos dejar de señalar, sin embargo, que Felipe Ávila y Javier Rago afirman en un trabajo conjunto que el cuento está incompleto, por lo que no podemos dejar de considerar tal posibilidad. <<

[22] *Predator* (*Depredador*): película norteamericana estrenada en 1987. Fue dirigida por John McTiernan y protagonizada por Arnold Schwarzenegger. <<

[23] «*La trampa y el arma*», cuento inédito, también incluido en la presente antología. <<

[24] «Supercortos», así denomina H. G. Oesterheld a los microrrelatos. <<

[25] La versión de «*Amor*» que figura a continuación incluye una línea entera que no aparece en otras publicaciones pero que sí figura tanto en el borrador manuscrito como en el original mecanografiado. <<

[26] Véase el «*Proyecto de libro*» en la pág. 297. <<

[27] El título del relato nos lo facilitó Felipe Ávila, que contaba con una versión diferente de este texto. <<

[28] «*Sondas*», serie que abarca los cuatro «supercortos»: «*Ciencia*», «*Amor*», «*Génesis*» y «*Exilio*». Incluida en este volumen y publicada por primera vez en la antología de ciencia ficción titulada *Los argentinos en la Luna* (1968). <<

[29] Publicados en el mismo número de la revista El *Eternauta* #6 en el que aparece «*Paria espacial*» e incluidos asimismo en el presente volumen. <<

[30] En su libro *Oesterheld y nuestras invasiones extraterrestres* (2007). <<

[31] *Sherlock Time*: con dibujos de Alberto Breccia y guión de H. G. Oesterheld, la historieta fue publicada en las revistas *Hora Cero Extra* y *Hora Cero Semanal*, entre los años 1958 y 1959. <<

[32] «*La cosmonave fantasma*» es el título de dos versiones sucesivas. La primera versión, inédita y redescubierta durante la investigación realizada para esta antología, fue asignada para su publicación en un futuro proyecto. La segunda versión del cuento, de igual título pero más breve que el anterior, es la que incluimos en este volumen. <<

[33] Para una descripción más detallada del vínculo entre Héctor Oesterheld y la legendaria revista *Más Allá* véase el apartado correspondiente en la biografía del autor. <<

[34] Ornay es el seudónimo del artista plástico Rubén Molteni. Christian Vallini así lo explica en un artículo publicado en la revista NM #12. En ese mismo artículo, Vallini aclara que el mérito de haber revelado la identidad del artista que usaba ese seudónimo pertenece al equipo de Ediciones Pulpship. <<

[35] La sección llevaba el título «Correspondencia» y dentro de éste, el apartado en cuestión se llamaba (sugestivamente) «Proyectiles dirigidos», a cargo, seguramente, del mismo Oesterheld. Las dos cartas, cuyos fragmentos reproducimos aquí, aparecieron originariamente en dicha sección y en el número 32 de Más Allá. Los textos completos de esas dos cartas (y de varias otras) fueron rescatados por La Banadera del Cómic y compiladas en la nota titulada «H. G. Oesterheld: maestro de sueños - A propósito de Más Allá», publicada en la Revista Latinoamericana de Estudios sobre la Historieta #21, Editorial Pablo de la Tornente, 2004. <<

[36] Jacobus Rándom: ésta es acaso una referencia a «Jacobus Rex», el célebre Rey Jacobo (King James) recordado por la versión de la Biblia que hoy lleva su nombre, y por haber sido blanco de la famosa «conspiración de la pólvora». Refuerza esta hipótesis el hecho de que el nombre que Oesterheld dio al contrincante de Jacobus, Hitler Müller, alude a otro personaje histórico; este enfrentamiento entre figuras históricas se mantiene en otra versión en que el autor rebautizó a sus protagonistas como Hitlerio y Hochimingo (véase la sinopsis correspondiente en el «Proyecto de Libro»). El Rey Jacobo (1566-1625) gobernó a la vez Escocia e Inglaterra, siendo así a la vez conocido como Jacobo VI de Escocia («Jacobus VI Rex Scotiae») y Jacobo I de Inglaterra («Jacobus I Rex Angllae»). El curioso apellido «Rándom» (azar, azaroso) alude quizás al hecho de que al nombre del rey podían sucederlo cualquiera de esos dos números: «Jacobus Rándom» podría traducirse al castellano como «Jacobo Loquesea» o «Jacobo Cualquiera». <<

[37] Véase el «*Proyecto de libro*» en la pág. 297. <<

[38] Véase el «Proyecto de libro» en la pág. 297. <<

[39] Nos referimos a los prestigiosos editores españoles Luis Vigil y Domingo Santos. <<

[40] Véase el apartado correspondiente en la biografía del autor en la pág. 321. <<

[41] Como ya explicamos en la introducción del cuento «*Paria espacial*», existe asimismo una versión más extensa de «*La cosmonave fantasma*», aún inédita. <<

[42] Esta frase pertenece al editorial de la revista *Géminis* #2 (1965). <<

[43] Leopoldo Durañona también dibujó la historieta que forma parte del relato, la cual puede leerse en las páginas siguientes. <<

[44] Rolo, el marciano adoptivo: con dibujos de Francisco Solano López y guión de H. G. Oesterheld. La saga inicial de esta historieta fue publicada en la revista Hora Cero, entre los años 1957 y 1958. Siempre dibujada por Solano, también Jorge Mora —seudónimo del hermano de Héctor— participó en algunos de los guiones. <<

[45] Marvo Luna: con guión de H. 6. Oesterheld y dibujos de Francisco Solano López. La historieta también contó con dibujos de José Muñoz, Gustavo Trigo y Roque Vittaca. <<

[46] Tricota: pulóver cerrado de lana con mangas cubiertas. <<

[47] Este texto está basado e inspirado en el de la presentación que hace de sí mismo una especie de *alter ego* del propio Oesterheld: Ray García, personaje de la historieta Rumbo a las estrellas publicada en la revista Billiken (1965) con guiones de Héctor Germán Oesterheld y dibujos de Eugenio Zoppi. <<

[*] los títulos marcados con asteriscos fueron creados por los compiladores en base a los contenidos de los respectivos textos. <<

[48] No logramos hallar todas las sinopsis. Algunas quizá se perdieron; otras quizá jamás existieron. Para los cuentos ultrabreves llamados «supercortos», por ejemplo, la idea de una sinopsis no tiene el menor sentido. <<

[49] Sergio Castro. Ilustrador, diseñador e historietista. <<

[50] Vale aclarar que «*Inocente Machiavelo*» es una nueva versión de «*Inocente Maquiavelo Reforzado*». Esto resulta evidente al leer la correspondiente sinopsis. Lamentablemente, el texto completo de esta nueva versión no pudo ser encontrado. <<

[51] Cabe mencionar, por ejemplo, la colección *Bolsillitos* y la revista *Gatito*. <<

[52] *Más Allá* se publicó mensualmente entre los años 1953 y 1957; a través de sus páginas, los lectores pudieron acceder a los grandes autores del género: Isaac Asimov, Ray Bradbury, Arthur C. Clarke, Philip K. Dick, Robert Heinlein y un largo etcétera. *Más Allá* ofrecía novelas y cuentos, pero también artículos de divulgación que cubrían las novedades técnicas y científicas del momento. Fue, en su época, una publicación precursora y un referente insoslayable; el paso del tiempo la ha transformado además en un clásico. <<

[53] Esta cita figura en el reportaje que Carlos Trillo y Guillermo Saccomanno le hicieron a Oesterheld en 1975. Se publicó por primera vez en forma completa en el libro *Oesterheld en primera persona* (2005). <<

[54] Esta información nos fue confirmada por Alfredo Grassi y Jorge Claudio Morhain, ambos escritores e historietistas que contaban con información directa. <<

[55] Publicado en la contratatapa del primer número de la revista *Hora Cero Semanal* del 4 de septiembre de 1957. <<

[56] Tras el éxito de la reimpresión en tres tomos de la historieta *El Eternauta* publicada por Emilio Ramírez en el año 1961, esa casa editorial decide encarar una revista mensual que lleve el mismo nombre, con el probable fin de capitalizar así la repercusión obtenida. <<

[57] Esos tres cuentos son: «*Un extraño planeta… planeta… planeta*», «*El árbol de la buena muerte*» y «*Paria espacial*». <<

[58] Es ampliamente conocida la fascinación de Oesterheld por la carrera espacial que tenía lugar por ese entonces, y que se refleja con frecuencia tanto en sus relatos como en sus obras de divulgación. <<

[59] La revista anunciaba en sus primeras páginas: «Por acuerdo especial con la *Galaxy Publishing Co*., de los Estados Unidos, la mayor parte literaria de *Géminis* proviene de la revista *Galaxy*». <<

[60] Los dos cuentos que Oesterheld publicó en Géminis fueron: «*El árbol de la buena muerte*» y «*Una muerte*». Nuevas versiones de esos dos cuentos —revisadas por el autor y unificadas bajo el título «*Dos muertes*»— forman parte de la presente antología. <<

[61] *El Eternauta*: este clásico fue publicado originariamente en forma de historieta entre 1957 y 1959, con dibujos de Francisco Solano López y guión de H. G. Oesterheld, en la revista Hora Cero Semanal. La que se anuncia es la versión novelada de esa obra. La aparición de esta novelización fue nuevamente anunciada en 1968, en la antología Los argentinos en la Luna. A pesar de estos anuncios, jamás llegó a publicarse. <<

[62] En los bocetos y pruebas de imprenta que aún se conservan de ese tercer número que jamás llegó a aparecer, puede observarse que Oesterheld planeaba volver a imprimir en ese número el cuento «*Paria espacial*», ya publicado con anterioridad y que también figura en esta antología. <<

[63] Sinay, Sergio, «*Héctor Oesterheld o la historieta se pone los pantalones largos*», *Diario El Cronista*: Suplemento Cultural #10 (10 de octubre de 1975). <<